

ADIOS AL CORONEL **Jorge Abelardo Ramos**

PROLOGO

Fue un año terrible. Lo llamamos “el año de la peste”. Toda suerte de infortunios parecían abatirse sobre la patria. En 1974 murieron Jauretche (un 25 de mayo), Hernández Arregui y Alfredo Terzaga. El mismo año una banda- de las bandas de variado color que pululaban- secuestró y asesinó a nuestro querido compañero, el ingeniero Carlos Llerena Rosas.

Y el 10 de julio, al mediodía, una llamada del Ministro del Interior me invitaba a concurrir a la Quinta Presidencial de Olivos. Perón acababa de morir una hora antes. Al regresar de la residencia, donde había saludado que a una trémula Presidente Constitucional, abrumada por la inmensa responsabilidad caída sobre sus hombros, escribí “Adiós al Coronel”, que da título al volumen. Así, y sin proponérmelo, empezó a redactarse este libro, más bien dictado por la historia atroz que tan rápidamente nos envolvió a todos y a todos imprimió su sello.

Llovía sin cesar en esos días. Con las mudas lágrimas de la muchedumbre, Perón entraba en la memoria colectiva. Y como cerrando un ciclo previsto, parecía que con la desaparición del viejo caudillo una noche profunda se apoderaba del país, una noche total, sin otro matiz que el relampagueo incesante de la plaga terrorista. A partir del 1 de julio comenzaba de algún modo una pesadilla, que iría a extenderse a lo largo de estos ocho años interminables.

La fuerza motriz de la crisis reposaba en que la oligarquía había demostrado ser más fuerte que la burguesía y que todos los gobiernos populares, de Yrigoyen a Perón. El siglo de Roca agonizaba. La hegemonía oligárquica tendía a destruir la industria nacional, debilitaba al estado defensivo y bajaba el nivel de vida de los trabajadores. Pero también conducía a la desesperación y a la cólera de las clases medias. Una parte de ellas – las fuerzas armadas- se ponía al servicio de los financieros y terratenientes. Y otro sector de la pequeña burguesía, salida de las buenas familias, de la “gente decente”, de los Colegios religiosos o de los Liceos militares, tanto como de la Universidad liberal, brotada del riñón mismo del universo antiperonista de los barrios acomodados, adoptaba la denominación de “peronista”, aborrecida por sus padres. Luego, una fracción militante de esa misma clase sucumbió a una demencia social que facilitaría la caída de la Presidente Isabel. Sus jefes más notorios eran católicos de comunión diaria, proto-fascistas y archi-militaristas. Se convertirían en pocos meses en ambiguos “marxistas”, de sospechoso tinte y emplearán el atentado individual como método de la acción “militar”. Los nuevos vengadores asesinan a Generales como Aramburu o a dirigentes obreros legendarios, como Vandor, al que consideran “reformista”. Revolucionarios del Barrio Norte, no logran esconder, sin embargo, su hostilidad profunda hacia Perón y hacia el peronismo real de la clase obrera en cuyo nombre simulan actuar.

El contraterror, con todos los recursos del Estado a su disposición, cierra el círculo infernal y prepara la sedición oligárquica de 24 de marzo de 1976. Invoca el caos terrorista y sume a la sociedad civil en el pánico. Al nacionalismo vacilante y contradictorio del último gobierno peronista, sucede una saga de tristeza y horror que destruye, en beneficio del imperialismo y la rosca oligárquica, toda la estructura del Estado erigida por el pueblo y otro Ejército en los cuarenta años anteriores.

Como sólo cabía esperar lo peor, el gobierno militar lleva al país al filo de una guerra con Chile. Y cuando menos lo hacía pensar, en un giro espectacular de la historia, se ocupan las Malvinas y libramos una guerra contra el imperialismo mundial. Pero el alto mando capitula en Puerto Argentino. Luego, quienes fueron a luchar o morir merecen culpa, ludibrio o castigo de los grandes jefes. Y bien, desde 1974 a 1982, hasta ayer, escribí sobre cada uno de los episodios decisivos.

Vuelvo a leer en pruebas estas páginas. Compruebo sin orgullo que bajo los años de la innoble dictadura supimos luchar con honor. Tampoco nos dejamos influir en momento alguno por la “opinión pública” de la supuesta “oposición” al gobierno, fuera de “izquierdistas” o de “derechistas”, manipulada en su mayor parte por intereses ajenos. En cada una de estas páginas me propuse examinar la política y la sociedad argentina como un hispanoamericano. Los textos que van a leerse fueron escritos bajo la convicción de que solo el empleo del socialismo criollo” como método de análisis podía ayudarme a ver con ojos claros la patria vieja. Tal es la sustancia del libro.

Sostengo aquí que muerto Perón, un “comicio puro” sin Revolución Nacional o que no se proponga hacerla, será una farsa. La partidocracia de hoy se precipita alborozada hacia ese comicio para dejar a la Argentina crucificada en el “statu quo”. Por todo lo dicho atribuyo importancia cardinal al estudio de la guerra de las Malvinas. Es cierto que toda la “cipayería ilustrada” pretende enterrarla para siempre, como si se hubiera tratado de una especie de locura. A mi juicio fue el comienzo glorioso de un largo viaje, erizado de peligros y promesas, hacia un nuevo Ayacucho.

Jorge Abelardo Ramos

24 de setiembre de 1982

LA ÚLTIMA BATALLA

Un año después de su llegada al país, el general Perón ha comenzado a gobernar. Diríamos que el tercer gobierno peronista se ha iniciado con su discurso del 12 de junio. Pues no hay gobierno verdadero sin adversarios. Bajo la presión de los intereses hostiles, Perón recobra en ese discurso su característico estilo y baja a la arena. Cuando el actual presidente llegó a Ezeiza el 20 de junio, el panorama político argentino y el de su propio movimiento estaban muy lejos de ser simples. El doctor Càmpora, de cuya lealtad personal nadie podía dudar, acababa de instalarse en el poder y ya presionaban en su torno formidables factores opuestos al caudillo exiliado. Podía divisarse en el horizonte la inminencia de la “patada histórica”, pues los factores reales del poder son más importantes que las intenciones de su titular legal, tal cual lo había entendido Fernando Lasalle hace un siglo. El doctor Càmpora encontraba su única base de sustentación en un sector juvenil de la pequeña burguesía, recién llegado al peronismo (más bien diría, recién llegado al 11 de marzo).

Se trataba de los mismos núcleos de la clase media universitaria o profesional que treinta años antes habían constituido los polos dinámicos de la lucha contra el peronismo naciente. Bajo los crueles golpes del destino, esa sección de la pequeña burguesía advirtió que la revolución libertadora aclamada por sus padres en 1955 y trocada en dictadura militar en 1966, no sólo había proscrito al peronismo sino que ponía en peligro su propio nivel de vida, volvía incierto su porvenir, la obligaba a emigrar o conducía a la ruina a su familia. Según las estadísticas, durante el gobierno militar quebraron más de 16.000 empresas de capital nacional. El gran exiliado no podía ser tan detestable como habían dicho sus padres. Y la pequeña burguesía universitaria y profesional de 1973, despojada de toda ilusión sobre las divisas políticas y los ideales de cultura de 1945, incurrió en un lógico parricidio: se volcó el 11 de marzo en apoyo del representante de Perón. Es cierto que en el fondo pensaban que, al fin y al cabo, Perón estaba impedido de ser presidente, ya que Lanusse lo había prohibido. La idea de un peronismo sin Perón podía tener lugar y que el bullicio de la multitud podía unirse a la vigencia de las libertades públicas, a un vago nacionalismo, a la supresión de las torturas y, en definitiva, a la ocupación de puestos claves en la administración del estado por jóvenes recién egresados de la universidad no dejaba de ser seductora. Tales esperanzas, latentes o manifiestas, se tiñeron de un vago tono rosa, al que algunos pretendían atribuirle algunos reflejos de socialismo. La realidad se volvió duramente contra tales ilusiones. Pues el general Perón, que conocía mejor que nadie la verdadera

naturaleza del sindicalismo, ya que él mismo había sido jaqueado durante años, advirtió ante la tragedia de Ezeiza y luego, que antes de desprenderse del vandomismo archiburocratizado, pero que había sido peronista, debía arreglar sus cuentas con un sector nuevo, desafiante y poco respetuoso de su jefatura, que no había sido nunca peronista y que estaba destinado a transformarse rápidamente en antiperonista, como efectivamente ocurrió.

Los observadores oligárquicos que sólo ven la superficie de los grandes procesos políticos, señalaron con cierto alborozo que al fin le había brotado al peronismo un “ala izquierda” capaz de ponerlo en aprietos. Pero era un error óptico. Bastó que la renuncia de Càmpora el 13 de julio planteara la urgencia de un nuevo comicio, dirigido a perfeccionar el acto ilegítimo del 11 de marzo, para que esa supuesta ala izquierda exhibiera su verdadera naturaleza y acusase a tal renuncia de ser fruto de una “conspiración” y de un “giro a la derecha”. Se olvidaban que el 11 de marzo se había librado una batalla para recuperar parte de la soberanía popular perdida. A partir del Cordobazo y de los levantamientos de provincias, el gobierno militar cedió posiciones y admitió que el peronismo podía gobernar, pero no Perón. La revolución de 55, en cambio, proscribía a ambos. Sin la renuncia de Càmpora y de nuevos comicios *la revolución libertadora* seguía vigente.

Al comenzar su nuevo gobierno, el general Perón proclamó la necesidad de la unidad de todos los sectores para realizar la liberación nacional. Sin embargo, la naturaleza nacionalista y popular de sus primeras medidas, que fueron poco a poco desplegándose, cada vez con mayor claridad, despertaron resistencias, no por sordas, menos formidables. El antiguo régimen comercial, agrario, financiero e intermediario de la oligarquía, comenzó a trabajar para despojar a tales medidas de toda eficacia. Por otro lado, la estructura gremial del peronismo, desde la sanción de la ley de asociaciones profesionales de 1958, se había esclerosado y cada día representaba menos la voluntad de los trabajadores.

En síntesis, los factores que enfrentó el Presidente en los últimos meses son: una supuesta izquierda que se reveló muy pronto antiperonista; el embate del viejo régimen, que resiste sus medidas fundamentales; la petrificación de la dirección gremial, incapaz de movilizar a cien obreros, como no sea contra ella misma. El discurso del 12 abre el fuego de un combate que parecía cosa del pasado. La espontánea presencia de los trabajadores en la Plaza de Mayo, señaló inequívocamente que los fuegos del 17 de octubre no se han extinguido.

21-6-74

ADIOS AL CORONEL

Acaba de morir Perón, cuya inmortalidad aseguraban algunos de sus adictos más devotos. Pero había algo de verdad en semejante idea, pues a ese hombre singular podían aplicarse las palabras de Bismarck: *“Todo hombre es tan grande como la ola que ruge debajo de él”*. La ola de Perón no era el ejército prusiano sino la multitud innumerable que transmitirá su memoria al porvenir. Cabe decir de él, como de Yrigoyen, que fue *“el más odiado y el más amado de su tiempo.”* Su tiempo comenzó en una madurez avanzada, a los cincuenta años. Cuando los coroneles se retiran o ascienden a generales para proyectar su retiro y concluir ordenadamente su vida, le tocó a Perón lanzarse a una aventura histórica, de una turbulencia e intensidad pocas veces conocida.

Ingresó a la acción pública cuando terminaban al mismo tiempo la crisis, la década infame y la Segunda Guerra Mundial imperialista. La neutral Argentina gozaba de prosperidad. Poco a poco, la desocupación de los años duros era absorbida por el impulso industrial creado a consecuencia del conflicto bélico y de la bancarrota del 30. Los peones se hacían obreros y las chicas de servicio doméstico, humillado y martirizado, ingresaban a las nuevas fábricas. Pero al llegar a las ciudades, no había lugar para ellos ni en los partidos políticos de izquierda, ni en los antiguos sindicatos influidos por tales partidos. Los trabajadores que se harían peronistas en 1945, descubrieron un sistema político fuertemente impregnado de la influencia anglosajona. La herencia del viejo partido de Yrigoyen había caído en manos de los alvearistas, amigos de Inglaterra, de la CADE y de los conservadores liberales. De Lisandro de la Torre, los demócratas progresistas no querían ni acordarse: participaban en amables tertulias con los protectores de los asesinos del senador Bordabehere, para urdir el ingreso de la Argentina a la segunda gran guerra de las democracias coloniales. Naturalmente, el partido Socialista fundado por Juan B. Justo, integraba tales reuniones, que prologaban la inminente Unión Democrática. Para no ser menos, el partido Comunista, inspirado por Vittorio Codovilla (bajo la luz bienhechora de Stalin) era uno de los artífices de tal alianza, que pretendía reproducir en la Argentina el pacto de los Tres Grandes y los acuerdos de Yalta. Estos pactos se traducían al castellano mediante la exigencia de sustituir la lucha contra el imperialismo, por la lucha contra el fascismo. Como el fascismo era desconocido en el país, se idealizaba la presencia del imperialismo “democrático” y se recomendaba a los obreros de los frigoríficos no pedir aumentos de salarios para no dificultar *“la lucha de los ejércitos que luchaban por la libertad del mundo”*. Por su parte, la burguesía industrial era tan débil que ni siquiera contaba con un diario propio.

Al irrumpir en la historia, Perón se enfrentó con ese cuadro. Su robusto realismo político le permitió advertir que el país se encontraba en el umbral de una nueva edad. Muchos lo habían anunciado y hasta habían llamado a esa hora del destino: Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Manuel Ortiz Pereira, el general Savio, el capitán de Fragata Oca Balda, el ingeniero Alejandro Bunge, Joaquín Coca, Manuel Ugarte. Desde el campo del Yrigoyenismo revolucionario, del nacionalismo burgués, del nacionalismo tradicional, del socialismo clásico y hasta del marxismo no staliniano, argentinos

resueltos habían preconizado la necesidad de concluir para siempre con la vergüenza de la factoría inglesa, hermo­seada con poetas anglo­maniacos, con izquierdistas de Su Majestad o con trogloditas del nuevo orden.

Perón resumió a su modo algunas de esas aspiraciones explícitas. Encarnó las esperanzas latentes de las grandes masas que carecían de voz y los intereses de la nueva burguesía así como llevó a la práctica el nacionalismo militar concebido por el general Savio. Esa síntesis fue su fuerza y su justificación histórica. Pero cada vez que una corriente nacional brota en América Latina, los doctos sabihondos se precipitan al error con un olfato infalible. Pulularon en la época múltiples teorías sociológicas, que habrían erizado de risa o de cólera al viejo Marx, ya que mucho de sus apologistas invocaban nada menos que a semejante maestro. Desde 1944, cuando Perón pronunciaba sus primeros discursos en los balcones de la calle Perú, las preguntas o afirmaciones más corrientes eran: ¿Es fascista? ¿Es falangista? ¿Es un candidato a dictador? ¿Es un agente alemán? Aquellos que tenían el dudoso gusto de leer la folletería de la “izquierda rooseveltiana” añadían con sabio misterio: “*es un caudillo del lumpemproletariat*”. Parece mentira, pero tales gentes de hace treinta años tienen prole ideológica, que repite las mismas vaciedades en nuestros días.

Perón fue el jefe de un movimiento nacional en un país semicolonial. Su poder personal emergió de la impotencia de los viejos partidos que se negaron a apoyarlo en 1945 y que prefirieron aliarse con Braden. Ese poder personal perduró como un factor arbitral en una sociedad inmadura. Adquirió por momentos un franco carácter bonapartista. Este fenómeno es habitual en los países del llamado Tercer Mundo, pues frecuentemente se revela como una verdadera necesidad general, para resistir la intolerable presión del imperialismo, altamente concentrado en su poder y dirección. Las contradicciones que se le reprochaban a Perón no eran sino la expresión personal de las clases sociales nucleadas en su torno y que el caudillo representó a lo largo de toda su carrera. No fue un “agente de la burguesía industrial” ni un “caudillo del proletariado”, ni mucho menos un “líder de poder carismático”. El vocablo “carisma” refleja la pobreza científica de la sociedad norteamericana, que ahora apela a la magia. El influjo de Perón no era sobrenatural o inexplicable. Consistía en interpretar el estado de ánimo y los intereses de las grandes masas y clases oprimidas. Cuando lo lograba ese poder era tan inmenso como la energía de las multitudes que hablaban a través de él. En otras ocasiones, ese poder era el de un ciudadano corriente.

Perón e Yrigoyen fueron los dos grandes caudillos nacionales en lo que va del siglo. Nadie podrá imputarle a lo largo de su prolongada lucha que haya sido infiel al programa que propuso al país en 1945. No fue un fascista, por supuesto, ni un socialista, naturalmente. Los gorilas del 45 no comprendieron lo primero, ni muchos de sus hijos, lo segundo. Perón siempre aspiró a ser él mismo su propia izquierda y su propia derecha. Como luchó por desarrollar un capitalismo nacional (estatal y privado) contra la sociedad inmóvil de la hegemonía terrateniente, ésta lo declaró indeseable, lo derribó y lo expatrió durante 18 años. El pueblo, sin la ayuda de los sociólogos, comprendió que sólo un patriota podía merecer tal castigo. A tal odio, respondió con un amor equivalente. Perón intuyó certeramente su próximo fin. El discurso del 12 de junio, que declaraba al pueblo único heredero de sus banderas, constituyó el testamento político de este varón singular, que entró en la muerte tan oportunamente como había irrumpido 30 años antes en la historia.

BALBIN Y LA ORATORIA ROMANA

Ante los restos mortales de César, su fiel soldado Marco Antonio, lo recuerda la tragedia romana, pronunció una alocución en honor de su jefe y aludió irónicamente en ella a sus asesinos: *“Bruto y Casio, como todos sabéis, son hombres honrados. ¡No quiero ser injusto con ellos! ¡prefiero serlo con el muerto, conmigo y con vosotros, antes que con estos hombres tan honrados!”* Pero no hubo un discurso semejante entre nosotros; el doctor Balbín no era Marco Antonio, ni podía serlo, no solamente porque su oratoria carece de la sobriedad latina, sino ante todo porque se trataba del discurso de un adversario. En ese hecho y en la importancia que bruscamente adquirió el tribuno radical, reside el aspecto original de la situación que se produjo inmediatamente después de las exequias del gran muerto.

Pareció por un momento que el radicalismo y su jefe se habían constituido en la mayoría del país y que el peronismo en el gobierno, amputada su cabeza, no era sino una minoría atacada de parálisis. El doctor Balbín atrajo en los primeros días posteriores a la desaparición del general Perón las miradas de casi todo el mundo político, en particular de sus antiguos connilitones de 1945 y de 1955, así como la súbita atención del gobierno y del partido gobernante. El eje del interés político se había desplazado, como impelido por una ley física, del general Perón al dirigente del viejo y cansado Partido Radical. Pero esta traslación no respondía a las fuerzas reales de la sociedad argentina. Era una pura ilusión óptica creada por el pánico que sucedió a la muerte del presidente. Como la naturaleza y la historia aborrecen el vacío, de alguna manera este será colmado por los sectores decisivos del país en el momento oportuno. Es lícito e instructivo señalar que esas fuerzas no se encuentran en el campo de los partidos “democráticos”, para designarlos de algún modo, cuyo destacamento más considerable, aunque medroso y conservador, es el radicalismo. Este campo también se integra, en importancia decreciente, con los siete u ocho partidos o grupos conocidos, a justo título, como la “oposición”. Hecho curioso, tales partidos han sido históricamente antiyrigoyenistas y antiperonistas (como los demoprogresistas, los socialistas y los comunistas) o, por razones de edad, simplemente antiperonistas, a la manera de los demócratas cristianos. No cabe mencionar a los conservadores, porque su larga experiencia en la política nacional les manda permanecer al margen de tales agrupamientos. Conocen muy bien la impopularidad que los rodea y no desean contagiar con ella a los frentes ocasionales cuya victoria, como mal menor, secretamente desean. Pero siempre estuvieron dispuestos a colaborar con sus antiguos adversarios radicales, a partir de la época en que estos dejaron de ser expresión de la mayoría. Desde 1945 los radicales, jugaron para los conservadores el papel desempeñado antes de 1930 por los socialistas. Cuando el gran adversario de la

oligarquía era Yrigoyen, los conservadores votaban en la capital con la boleta socialista, para derrotar a los seguidores de Don Hipólito. Luego hicieron lo mismo contra Perón, votando por el radicalismo en las parroquias céntricas. Los grupos oligárquicos no se guiaron jamás por principios abstractos o siglas facciosas, sino por sus intereses de clase. De ahí que resultaran significativas tanto las visitas de los núcleos de “izquierda” al doctor Balbín, para escuchar sus metáforas, como la de los representantes de la Sociedad Rural, que desgranaron sus cuitas ante las amenazas fiscalistas del poder central. Balbín comentó el coloquio con estos últimos, musitando una inquietud trascendente por el destino del “campo”. Conociendo a los visitantes podría interpretarse tal inquietud como referida al destino de los propietarios de campos. No faltaron en el inesperado besamanos los sectores juveniles del “peronismo de las regionales”, ni los comunistas stalinianos, ni otras sectas menores a la búsqueda de alguna inspiración hermética. El espectáculo revistió caracteres más sorprendentes todavía si se considera que hasta prominentes jefes del elenco gobernante concurrieron a platicar con Balbín, que parecía tocar el cielo con las manos.

La satisfacción en los círculos dirigentes del radicalismo por el triunfo personal de Balbín en la conducción del partido no era menos notoria que el desaliento profundo del pueblo argentino a raíz de la muerte de Perón. En un lado se festejaba (moderadamente y con prudencia) una especie de victoria, y en el otro, todo el país advertía una amarga derrota. ¡Infortunado será aquel o aquellos partidos que sólo pueden divisar un futuro gracias a la tristeza o a la decepción de las multitudes! Pero el origen de esta situación es algo más lejano de lo que habitualmente se supone. En realidad, arranca desde el fracaso abrumador de la revolución libertadora, que ejerció sus efectos no tan sólo sobre los trabajadores, sino también sobre los adictos a los partidos que hicieron que su triunfo, en particular en el radicalismo de Balbín. Las clases medias probaron año tras año los frutos amargos de aquel levantamiento, que tendría para el país consecuencias más dolorosas que las que produjo la caída de Yrigoyen y el comienzo de la “década infame”. A la decadencia de la economía semicolonial y a la introducción de los grandes monopolios en esta estructura, sucedió la reacción política y la represión en regla. Tales fenómenos encontraron su respuesta en las conmociones de Fuente Ovejuna, iniciadas en Córdoba hacia 1969, y que se propagaron en todo el país hasta 1972. Los sectores de la pequeña burguesía acomodada, que habían detestado a Perón y al peronismo en sus dos primeros gobiernos, comprendieron que la reacción antiperonista de la oligarquía encubría fines reaccionarios que afectaban de algún modo tanto a los obreros como a ellos mismos. Las viejas consignas de la Segunda Guerra Mundial ya resultaban intolerables hasta para grandes sectores nuevos de la clase media. La fórmula stalinista de la “lucha contra el nazi-peronismo” no conducía muy lejos.

Por lo demás, las grandes figuras de 1945, civiles o militares, lo habían intentado todo para derrotar y eliminar a Perón. Tanto Balbín como Lanusse, que expresaba en el terreno militar los mismos puntos de vista de la ideología liberal-democrática, advirtieron finalmente la imposibilidad de vencer a Perón, sea por medio de la dictadura, sea por medio de las elecciones. Ambos habían luchado durante más de treinta años contra Perón y su movimiento. En 1945 Balbín y los militares habían coincidido en librar contra el joven coronel una gran batalla; lograron voltearlo el 8 de octubre y encontraron en Campo de Mayo fuerzas suficientes como para enviar a Perón

a la isla de Martín García. Creyeron segura la victoria electoral de Tamborini- Mosca el 24 de febrero de 1946. Pero anonadados por el triunfo de Perón, conspiraron, sufrieron cárcel y, finalmente, pudieron derribarlo, después de una penosa lucha que duró una década. Luego, durante 18 años, Balbín y Lanusse, como figuras políticas simbólicas de las fuerzas demoliberales, lograron mantener la expatriación de Perón y creyeron ver en esa expatriación algo definitivo e irrevocable.

Perón ya aparecía en la memoria de sus viejos adversarios como algo del pasado, cuando, de pronto, el Cordobazo sonó como una bala de cañón en el alma de la dictadura e indicó el comienzo del fin. Las masas, que parecían dormidas e indiferentes, se pusieron de pie y con un vigor y poder irresistibles, destruyeron en pocos días la infalibilidad pétrea del régimen de Onganía. La oficialidad de las tres armas se persuadió que el gobierno militar debía concluir, si es que las instituciones armadas no deseaban poner en peligro su existencia misma. No se podía gobernar, con espada o sin ella, de modo indefinido, contra la voluntad general. Lanusse comprendió la situación política y prometió elecciones en 24 meses. Esa retirada ordenada hacia los cuarteles “sin vencedores ni vencidos”. En esa difícil marcha contó con la inapreciable ayuda de su ministro del Interior, el doctor Mor Roig, amigo y asesor político del doctor Balbín, Aramburu, había sido el candidato oficial de la Revolución Libertadora en un comicio que le ganó Frondizi con el apoyo de Perón.

Fue justamente este correligionario del doctor Balbín, quien redactó la legislación política y electoral que condujo a los comicios del 11 de marzo y que establecía la prohibición a Perón de presentarse como candidato si no ingresaba al territorio nacional antes del 25 de agosto de 1972. Como se ve, hasta el último momento, los amigos de Balbín en el gobierno del general Lanusse se propusieron impedir la presencia de Perón en el suelo argentino, en las elecciones y en el gobierno. Sin embargo, después del 11 de marzo, se desmoronó la presión psicológica de los tres comandantes sobre las fuerzas armadas. La segunda batalla del 23 de setiembre cedió el paso a un triunfo de Perón, que sumó 7 millones y medio de votos. Cabía imaginar que, tanto el doctor Balbín, como el general Lanusse, no podrían reponerse fácilmente de semejantes reveses, que volvían inútil su lucha de tres décadas contra Perón y su movimiento. A los treinta años de aparecer en la escena, el anciano general triunfaba nuevamente y, lo que parecía una verdadera pesadilla, se instalaba en la Casa de Gobierno. Fundados en tales hechos, tanto el doctor Balbín como el general Lanusse y los restantes dirigentes políticos de una oposición perpleja, resolvieron renunciar a dar nacimiento a una nueva oposición, a nuevas campañas y a nuevas conspiraciones. Habían pasado en tales trajines sus verdes años, sin resultado alguno. Todos ellos comprendieron que la única estrategia posible debía consistir en proclamarse los más severos custodios del orden institucional. Meditaron sobre la inmortalidad de Perón, convinieron que, pese a todas las evidencias, no gozaba de ese privilegio de los dioses y se consagraron a esperar. No podían hacer otra cosa. De este modo, la “concordancia nacional” y el reconocimiento del carácter legal del gobierno sustituyó a una verdadera política. De algún modo el punto de vista de Balbín, como jefe de su partido y de la oposición, consistía en ofrecer una especie de trueque al gobierno: si este limitaba o concedía modificaciones a sus medidas de gobierno, este acuerdo político y parlamentario debía subsistir hasta las elecciones de 1977. Desaparecido Perón, el radicalismo tiende a restringir, con su presión política, el despliegue del programa del

peronismo en el poder. Si esto llegara a ocurrir, porque el partido gobernante no asumiera la conciencia plena de que debe gobernar sin vacilaciones, Balbín habría conseguido arruinar la reputación del gobierno, sin poner en peligro la suya. Por otra parte, con el peronismo despojado de su conductor, la posibilidad de una división del movimiento en las futuras elecciones presidenciales podría abrir el camino del triunfo comicial al partido fundado por Yrigoyen, ya que no puede vencer como mayoría.

Esta táctica, al morir Perón, se ha puesto de manifiesto con perfecta claridad. Su resplandor ha abierto los ojos a sus amables y caballerescos adversarios internos que, como el doctor Alfonsín, no han vacilado en prestarle hoy su más completo apoyo. El partido Comunista y otras variantes del mismo grisáceo universo, participan de tales ilusiones. Todos ellos han estado presentes en las exequias de Perón. Podrían algunos repetir en este caso las palabras de Bruto al morir Julio César: *“Nos complacemos en que se tributen a César todos los ritos y ceremonias legales. Esto nos proporcionará más ventajas que culpabilidad.”* Pero a diferencia del drama antiguo, donde los héroes vivían una historia inmodificable que ya estaba escrita en el destino, entre nosotros sólo el pueblo dará a cada cual lo suyo.

14-7-74

AL MORIR PERON

Su jornada final duró un año. La crónica y hasta la historia han comenzado ya a ocuparse de un hombre preparado por su medio familiar, social y profesional a constituirse en un baluarte del orden y que, sin embargo, encabezó, no siempre complacido, gigantescos movimientos de masas que tendían a subvertir la sociedad oligárquica. De ahí su singularidad psicológica, que solo puede iluminarse si se considera que los factores sociales y políticos vivientes pueden más que las normas heredadas. Pero su último período, el de la ancianidad, se parece extrañamente al período inicial. Había regresado de Europa con la intención proclamada de unir a los argentinos y sellar una pacificación definitiva. No cabe duda que Perón acarició la ilusión de lograr esa meta mediante la conciliación de los partidos y el otorgamiento de ciertas concesiones a sus antiguos adversarios. Pero la liberación nacional parecía entrar en contradicción con la unión nacional. Ya que tales partidos directa o indirectamente, de manera diáfana o ambigua, tienden a expresar los intereses y antagonismos de la sociedad de clases, que en la Argentina también es una sociedad semicolonial. A poco de asumir la presidencia, Perón observó el aumento de tensión de las contradicciones latentes. Por esa razón resultó muy notable ordenar su jornada final, que duró un año y que puede resumirse así: estableció que la izquierda está fuera del peronismo y no dentro de él; que la política económica del país debía abrirse con Cuba y con todos los países del mundo, hasta el momento excluidos de nuestro comercio exterior; que la ley agraria debe aplicar una vuelta de tuerca a la oligarquía estéril; que la ley de abastecimiento deberá ser un factor de compulsión extra-económico contra intermediarios y monopolios, que los latinoamericanos en la Argentina son hermanos y

deberán ser incluidos en todos los beneficios que establece la ley, que la unidad latinoamericana es el objetivo de la política exterior argentina. Dos semanas antes de morir, convocó a los trabajadores a defender con la lucha ese programa nacional revolucionario. Quizás el secreto de su herencia resida justamente en este último llamado. Porque Perón, en realidad, no había cambiado ni sus enemigos tampoco. El matutino “La Prensa” nos lo acaba de recordar en una nota necrológica de media página.

Allí resume los agravios que la vieja oligarquía argentina formuló contra Perón en los últimos treinta años, incluyendo varios argumentos que la izquierda “socialista”, “comunista” o “trotskista” esgrimió contra él, unos en nombre de Carlos Marx y otros en nombre de Alberto Gainza Paz. Estas coincidencias teóricas confirman el atraso histórico argentino y la tesis de que en los países semicoloniales siempre hay dos bloques de clases, cada uno de ellos con su izquierda, su centro y su derecha.

Afirma “La Prensa” que Perón desde Trabajo y Previsión auspició decretos que favorecían a los obreros “*para lo cual se sirvió de proyectos del Partido Socialista que no habían prosperado en el congreso*”. En lugar de elogiar al coronel que llevaba a la práctica proyectos útiles a los trabajadores, “La Prensa” pretende disminuir las leyes reales con el elogio a los proyectos irrealizables. Pero “La Prensa” no podía citar entre tales proyectos del Partido Socialista al Estatuto del Peón, por ejemplo, por la sencilla razón de que los partidarios del doctor Juan B. Justo presentaban al Congreso con frecuencia proyectos que beneficiaban a los obreros industriales y que muchas veces eran aprobados con el voto de los terratenientes conservadores. De todos modos, los que pagaban esas mejoras eran los fabricantes. Esta generosidad de los estancieros, que miraban con tanta simpatía a los socialistas, no se manifestaba en realidad con respecto a sus propios peones, que sólo encontraron un Estatuto que los defendiera en 1944, cuando Perón lo firmó y los socialistas lo calificaron de “demagógico”: “La Prensa” omite estas intimidaciones de nuestra historia legislativa. Su interpretación del 17 de Octubre no es menos interesante que su caracterización de las presidencias de Perón como “totalitarias”. El Partido Comunista y otros grupos adversarios del peronismo han publicado obras muy documentadas en coincidencia con estas opiniones de los Paz. Sobre el “17 de octubre” afirma el diario mencionado que Eva Perón, Cipriano Reyes, Velasco, Mercante y otros funcionarios, organizaron ese día “*una manifestación obrera*” que proclamó la candidatura presidencial de Perón. ¡Eso fue todo!

El vuelo histórico del editorialista no es muy amplio y los acontecimientos grandiosos que arrojaron sobre la escena a las clases y partidos de la Argentina petrificada de 1945 aparecen en esta pluma reducidos al laconismo de una noticia fúnebre. Lo importante de estos juicios consiste en la invariabilidad intelectual del vocero oligárquico. Para explicarse esta conducta vale la pena recordar quien era el inventor del estilo de la política de “La Prensa”. Hijo del fundador, Ezequiel C. Paz era mitrista como su padre. Dirigió el diario famoso hacia la “*belle époque*”. Construyó su residencia privada como un monumento a sí mismo y a la vanidad de los ganaderos que se creían en los tiempos del Centenario omnipotentes e inmortales. El palacio de la calle Charcas contaba con 320 habitaciones. Para un matrimonio sin hijos, como Ezequiel Paz y su mujer, sólo podía justificarse, según el recuerdo socarrón de Clemenceau, si viviera en él la corte de Versalles. Sus viajes a Europa eran bien extraños y hacían las delicias de los cronistas de París, que ironizaban a costa del gran “*mèteque*”. Ezequiel

Paz arrendaba un sector completo del trasatlántico para sí y su mujer. Antes de embarcarse, lo mandaba a pintar y decorar de nuevo a sus expensas, con pasión minuciosa de “nouveau riche”, ante el asombro despectivo de los armadores ingleses. Con no menor asombro la tripulación veía subir al barco un par de enormes vacas lecheras y varias yuntas de gallinas ponedoras, de la misma raza que los temibles gallos Calcuta que hacían vibrar los reñideros. Las vacas eran para ingerir leche fresca durante la travesía. Las gallinas para servirse huevos del día en las dos semanas de navegación. Al llegar a Marsella, el dueño de “La Prensa” mandaba a sacrificar las vacas y obsequiaba la carne a los marineros. En cuanto a las gallinitas, servían para hacer alguna sopa a algún grumete enfermo de escorbuto. A su regreso se repetía la ceremonia, de embarque, ordeño y matadero.

Parecía derrochador, pero lo único que derrochaba era vanidad. Pues en materia de salarios, la historia gremial de “La Prensa” revela que siempre rehusó a su personal todo beneficio proveniente de su organización sindical. A cada reportero le ponía un teléfono en su casa particular para tenerlo a mano, o sea bajo el pie. Cuando una ley del Congreso entregó “La Prensa” a los trabajadores y canillitas se descubrió que los Paz eran asociados de la United Press mediante el método o de soslayar la ley de réditos argentina con la remisión de sumas enormes de dólares a Estados Unidos para pagar un servicio noticioso en el que cada palabra costaba una fortuna. De esa forma “La Prensa” vaciaba la empresa, antes que se inventara ese vocablo. Así resultaron los Paz fuertes accionistas de la United Press. Estos apóstoles de la libertad, que despacharon a Hipólito Yrigoyen con cuatro palabras gélidas en 1933, ahora pretenden reincidir en el método de Stalin o de los Incas en materia historiográfica: suprimir a alguien de una reseña o de un manual, supone suprimirlo de la memoria colectiva. Pero “La Prensa” no ha hecho ni podrá escribir la historia argentina. Por el contrario, la historia argentina incluirá a la familia Paz en una de sus páginas y le hará justicia.

5-7-74

LA NATURALEZA Y LA HISTORIA ABORRECEN AL VACIO

Ahora parece un siglo: en realidad, hace solamente un mes que Perón ha dejado de existir. En cuatro o cinco semanas las fuerzas afectadas por su política han comenzado a actuar. Naturalmente, no hay un plan concertado. Sólo hay y es bastante, la convergencia de intereses que actúan con la espontaneidad de un reflejo. En este momento, todo género de conflictos pondrá a prueba la aptitud política y la unidad de dirección de un gobierno que no sólo cuenta con un apoyo mayoritario sino que ha aplicado (a pesar de sus limitaciones) la política que esperabana de él quienes lo votaron. Esto no quiere decir que el gobierno esté exento de lunares. Por ejemplo, el presidente del Banco Central opina que no hay liquidez y alerta contra el peligro de la inflación monetaria. Conocemos esta melodía que tiene una clara raíz oligárquica y que se funda en la restricción del crédito y en la limitación antinatural de la emisión monetaria. Tal es el criterio de las financieras privadas que aspiran, como en el tiempo de Krieger Vasena a un “dinero caro” y su manipuleo como mercancía rara. La industria y los trabajadores, en cambio, necesitan un “dinero barato” y una emisión fluida, bajo el control de un concepto fundado en una economía de crecimiento. En un

país semicolonial, la emisión, dentro de los límites señalados, es una forma de creación de capital. Se hace útil recordar aquí la inflación que exportan las grandes potencias industriales, y que encarna una forma internacional y nueva del viejo despojo en los términos de intercambio.

A todo lo dicho cabe agregar que una voz algo olvidada, la del general Roberto Levingston, que nuestros lectores recuerdan sin duda, pues fue presidente de la República durante algunos meses, ha hecho oír expresiones referidas a que el país vive “una guerra revolucionaria”. La Sociedad Rural Argentina, afectada por los proyectos de ley agraria y el conjunto de intereses que esa antigua institución congrega, desenvuelve simultáneamente su condena a la política gubernamental.

El Pacto Social, por su parte, era concebido por el general Perón como una especie de paritaria suprema, donde la burguesía nacional y la clase obrera, con el arbitraje decisivo del Jefe del Estado, resumía y zanjaba las “*diferencias de clase*” en el seno del bloque nacional conducido por Perón. No era ni podía ser un pacto fundado en la congelación perpetua de precios y salarios, sino en la fórmula flexible para regular ambos en el complejo proceso del auto despliegue de la economía argentina tras 18 años de estancamiento. Pero la discutida representatividad de algunos sectores sindicales prominentes, debilitaba uno de los términos del Pacto Social, que aparecía ante los ojos de la opinión pública como un pacto unilateral. A lo dicho debe añadirse la indefinición oficial ante la Universidad de Buenos Aires. Algunos aspiran a que ella sea una Universidad peronista. Si esto resultara así (como si llegara a ser una universidad marxista, radical o conservadora) no consultaría el estado actual del estudiantado y del país que la paga, que desean una Universidad no partidaria sino crítica, tanto ante la política como ante la ciencia, una Universidad viviente y múltiple. Democracia económica, democracia sindical y democracia universitaria, ¿no sería este tríptico acaso la coronación del proceso de democracia política abierto el 23 de setiembre? Una revolución nacional digna de este nombre y que realice en su marcha tales postulaciones, despierta la aversión de las clases parasitarias en la República oligárquica agonizante. Por esta razón, el gobierno y las mayorías nacionales deberán conservar la cabeza fría y la pólvora seca.

9-8-74

CONCILIACION O REVOLUCION

Hay una extraña dualidad en el gobierno nacional. Por un lado, se buscan las “coincidencias pragmáticas” en las reuniones multipartidarias. Por el otro, se realizan actos que podrían calificarse de revolucionarios, si se tiene en cuenta la resistencia social y política que impidió llevarlos a la práctica hasta ahora.

Digamos ante todo que las “coincidencias pragmáticas” son una frase vacía. No hay ni puede haber coincidencias programáticas entre partidos de distinta tradición, de desigual base social, que expresan clases sociales diferentes y que se proponen ir hacia atrás unos, prosternarse ante el “statu quo” otros y marchar hacia el futuro, los menos. Las reuniones multipartidarias, en realidad, tienen por objeto común mantener las manos de cierta gente pura de inquietudes conspirativas y procurar un apoyo a la “institucionalización”. ¿Qué es esto? Simplemente, la “Institucionalización”, para los partidos electorales de viejo cuño, significa que no desean que ningún militar tercié en la discordia civil. Acarician la esperanza de que el año 1977 los encuentre fortalecidos y, por el contrario, alicaído al partido de gobierno. Pero por la institucionalización, o sea por no conspirar, están la mayoría de los partidos. Demasiado próxima se encuentra la experiencia de la dictadura como para hacer nuevas pruebas. Lo importante, sin embargo, es que una cosa es la “institucionalización” y otra cosa muy distinta es apoyar la política general del gobierno. Esta política, que es esencialmente popular, a pesar de las deformaciones burocráticas, y del aparato represivo, encuentra en el propio partido de gobierno sectores que se le oponen. Basta recordar la actitud de algunos senadores justicialistas, que abrazan la posición de la Sociedad Rural ante el proyecto de ley agraria, para comprender que el desarrollo de una política nacional está erizado de dificultades y que la nacionalización de la televisión y de la comercialización de los combustibles sólo es concebible por la presencia de un movimiento de masas en el Gobierno.

Justamente tales medidas son las que aludimos al comienzo. Se trata de actos gubernamentales que despiertan resistencias conservadoras adentro y afuera del peronismo. Nada valen ante estos hechos vagas enunciaciones “programáticas”, que se exhiben triunfalmente como demostración “tangible” de que están logrando amansar al gobierno nacional. Peligrosa alusión. Si el movimiento pendular perfectamente natural que traza el peronismo entre la conciliación y la revolución, entre la aplicación de su programa histórico y las relaciones civilizadas con la oposición, se inclinara decisivamente hacia las “coincidencias”, como algunos dirigentes peronistas parecían desear, sin duda que el clima de “convivencia” podría mantenerse hasta 1977 entre los partidos interesados. Pero el peronismo habría perdido su sustancia vital y su justificación histórica, así como la perdió en su tiempo el radicalismo. Las masas populares ya encontrarían en ese caso otra bandera. Porque si los dos partidos mayores que hay en la Argentina logran un acuerdo de programa y de gobierno, esto significaría que el promedio se haría por la línea más moderada. El país advertiría con asombro que la oposición derrotada en los comicios triunfaría de algún modo al condicionar al gobierno y amputar el programa que votó el pueblo. Estaríamos ante un “pacto colombiano”. El nacionalismo revolucionario sostenido por las masas o la democracia parlamentaria tolerada por la oligarquía, tales son las fórmulas reales que subyacen,

inex`resadas, en las reuniones multipartidarias. No hay mucho tiempo y el gobierno deberá elegir.

1-9-74

LAS CLASES SOCIALES EN EL PERONISMO

Peron postulo una coincidencia para la liberación. Sus antiguos adversarios pretenden una coincidencia para el estancamiento. De este modo la formula de la “unidad nacional” parece estar destinada a dejar las cosas como están, hasta que un comicio futuro permita probar suerte de nuevo. Por el contrario, en todos los países semicoloniales que combaten para dejar de serlo, la “unidad nacional” se expresa en la práctica como un Frente Unico Antiimperialista en acción. Sus métodos de combate y su dirección son seleccionados por la lucha misma, no por doctrinarios esteriles que exigen a la historia una puntualidad escolar y una virtud sin reveses. Un día se expreso en Brasil con el estanciero sureño Getulio Vargas; otro, con el General Velasco Alvarado en el Perú gamonalista; Fidel Castro asumió las banderas con otro signo en la Cuba del sargento; y en 1945 la Argentina engendró al peronismo, provisto de un jefe por el Ejercito. A veces esos movimientos de liberación son encabezados por la burguesía nacional, otras por las fuerzas armadas, o por la clase obrera. Con elecciones, a través de la lucha armada, como fruto de la guerra civil o por medio de una sedición de cuartel, la revolución latinoamericana se abre camino en nuestra época con fuerza irresistible y sin detenerse a consultar las farmacopeas importadas de los teóricos o de las microsectas para echarse a vivir.

A partir del 45, el movimiento nacional expresó su contenido social por medio de las nacionalizaciones, el IAPI, la banca nacionalizada, el desarrollo del capitalismo de Estado, el impulso a la industria nacional, la organización de los grandes sindicatos y otras medidas semejantes. Ese movimiento fue proscripto durante dos décadas por obra de la oligarquía; pero ésta no habría podido hacerlo sin la ayuda indispensable de los partidos y clases que representaban a los grupos conservadores, demoliberales, de centro izquierda o izquierda vernácula, que constituyeron la base de masa de aquella oligarquía. Al volver el peronismo al poder, esos antagonismos no desaparecieron, sino que asumieron la forma de una esperanza filosófica: había que desensillar hasta que aclarase. Quizás la desaparición del caudillo, pensaban, limaria las aristas de los fines proclamados o algún milagro vendría a poner las cosas en su lugar. Ya que Peron parecía insumergible y por el contrario sumergia a sus oponentes bajo una cordillera de votos, ¿no sería posible llegar a un entendimiento para congelar la revolución nacional con un mitin de pacificadores que incluyera todas las especies en un Arca de Neó quimérica?

Esta hermosa esperanza de las fuerzas decrepitas no se realizó. En su tercer gobierno Perón garantizó todas las libertades básicas, se convirtió en interlocutor de todos los partidos y poco menos que en el Patriarca de la República; pero no renunció, porque no podía hacerlo, su programa implícito, mucho más importante que las postulaciones puramente declarativas que carecen en un respaldo real. Pues las clases

sociales y las tradiciones plebeyas del peronismo se pusieron en movimiento después del 11 de marzo y el 23 de septiembre y reorientaron el aparato del Estado hacia otro horizonte. Esta estructura de clases- burguesía nacional, clase obrera, pequeña burguesía rural, sectores militares, capas de la burocracia civil y otras análogas- poseía un dinamismo incomparablemente mayor que el nucleamiento social enfrentado a Perón desde 1945: ganaderos, chacareros ricos, gran burguesía comercial, pequeña burguesía urbana, estudiantes universitarios y profesionales del puerto, importadores, , exportadores, intermediarios o, en términos políticos, los conservadores, los radicales, los grupos de centro-izquierda, la izquierda porteña, la “intelligentsia” y epígonos. Bajo la fraseología de unos y otros, era posible que un observador poco habituado a la política argentina pudiese ser inducido a error. Basta leer la prensa europea o norteamericana para comprender que allí nadie entiende nuestra política. Para ellos seguimos en Buenos Aires, South América. Pero cuando hablan los hechos, todo aparece bajo una potente luz. Es sabido que en materia expresiva, los radicales son locuaces y los peronistas lacónicos, al revés de sus caudillos respectivos. Los acontecimientos son hoy más claros que las palabras. La intervención en Mendoza, el proyecto de ley agraria y la nacionalización de la televisión han puesto a prueba a unos y otros.

Nadie ignora que la intervención a Mendoza supone desalojar de esa provincia el creciente poder de un sector de la burocracia sindical cuya representatividad esta sujeta a debate. Sin embargo, radicales y conservadores, unidos a un grupo peronista, no solamente llevaron a un juicio político al gobernador constitucional, sino que ahora se oponen a la intervención federal. De este modo, los “gansos” mendocinos y los radicales principistas, se colocan junto a la ansiosa burocracia. En cuanto a la ley agraria, baste señalar que la oposición del radicalismo al proyecto coincide con la movilización decretada por la Sociedad Rural. El propio presidente de este partido ha esbozado su desagrado en un lenguaje ambiguo, pues los grandes ganaderos tienen vos en el radicalismo bonaerense. En tanto, el doctor Alfonsín ha perdido la suya.

En otro plano, el criterio sustentado por el general Perón para que la televisión pase de manos inspiradas por el lucro al control del Estado y de los trabajadores de la cultura, ha encontrado asimismo una condenación global de los grupos minoritarios del Congreso Nacional.

Como puede verse, el “acuerdo”, de lejanas reminiscencias mitristas, sólo puede tener principios de ejecución cuando no se hace nada; pero en cuanto el gobierno actúa como tal, es decir, cuando gobierna en nombre de los millones de votos que lo eligieron, el otro bloque de clases y partidos se articula en una franca oposición. Esta oposición es legítima y hay que preservarla, pues es la condición sine qua non de la democracia (burguesa o proletaria) y permite al país confrontar y recontar las ideas e intereses en pugna. Resulta más saludable que la “unidad amorfa”, esa unidad invertebrada cuyo único fin es inmovilizar la historia argentina bajo una oratoria fatua. Porque al fin y al cabo, como decía Hegel, el no es la palanca del devenir.

LA PRENSA Y LA TOGA

Cuenta Eduardo Wilde que al realizar su paseo matinal por la calle Florida, un caballero amigo le preguntò:

-¿Ha leído usted esta mañana “*La Nación*”? cuando Wilde le respondió negativamente, el caballero quedó anonadado. Esta omisión parecía inconcebible a principios de siglo. El órgano del general Mitre y luego *La Prensa* de los Paz, eran las columnas de Hércules de la República oligárquica. Un editorial de *La Prensa* era generalmente el anticipo de una ley, o la prueba de vetarla. *La Nación* obligaba, con un suelto, a la renuncia de un ministro. (como en el caso de Osvaldo Magnasco). Los “anticipos” de novedades políticas o financieras no se producían por la audacia e imaginación de un reportero ambicioso de brillar en su profesión. Eran el resultado de la vinculación con el gran órgano de nota, por ejemplo el Dr. Federico Pinedo, que enviaba al diario *La Prensa* una copia anticipada, desde su bufete, del proyecto de ley ferroviaria que presentaría Pinedo al Senado, como Ministro de Hacienda. La relación entre el gran estudio legal, la cátedra en la Facultad de Derecho, la magistratura y el gobierno o el Parlamento, era profunda e intercomunicante. Dicho sistema reposaba en la formación de la opinión pública por los diarios, que sintetizaban los múltiples intereses fundados en las grandes estancias y en las inversiones extranjeras. De ahí su poder. Se trataba de las mismas personas, pertenecían a las mismas clases sociales y eran miembros del mismo club. El “popular” era el Jockey y el exclusivo, el Círculo de Armas. Este último era llamado por el ex embajador británico en la Argentina, Sir David Nelly, “el poder detrás del trono”. La maquinaria de la gran prensa elevaba a la notoriedad y hacía personajes a las jóvenes promesas, fueran del centro, de derecha o de la izquierda “evolutiva”. De semejantes severas columnas nació la fama de un modesto abogado socialista, el Dr. Antonio De Tomaso, que había logrado, junto a Pinedo, realizar la proeza geométrica-política, de situarse a la derecha de Juan B. Justo y de Nicolás Repetto en el Partido Socialista. De la gran prensa al Ministerio de Agricultura del presidente Agustín Justo, la carrera de De Tomaso estuvo asegurada.

Cuando la maligna campaña que *La Prensa* llevó a cabo contra el gobierno militar del 4 de junio llegó a límites intolerables, la debilidad de este gobierno, que carecía de base popular antes del 17 de octubre, lo condujo a clausurar, por tres días, al famoso diario de los Paz. El viejo país oligárquico, los profesionales liberales, los apóstoles de los partidos y sus cuzquitos de izquierda se miraron arrobados.

Todos se pusieron a esperar que los cielos se precipitaran sobre las manos sacrílegas y que el Paraná se saliera de madre. ¡Tocar a *La Prensa*! Pero no ocurrió nada. El mundo siguió andando. Desde entonces, la gente le perdió el respeto para siempre a la potente Esfinge y hasta sus clientes de los avisos clasificados, los vendedores de muebles usados o comisionistas de bienes raíces emigraron hacia otros horizontes publicitarios. En realidad, el país había perdido su temor hacia la oligarquía omnipotente. Sus diarios, de algún modo, pagaban la culpa. En la Argentina esto parecía cosa del pasado. Pero la perpetuación de los antiguos intereses y la amenaza que sobre ellos supone una política popular, hace brotar del arcaico sistema de prensa, al que se han añadido voces nuevas

de clases viejas, figuras y personajes de ultratumba han recuperado el habla. Tal es el caso del Dr. Sebastián Soler.

En *La Nación* del domingo último se nos gratifica con las opiniones de un hombre de Derecho que se ha especializado en Derecho Penal, o sea en el Derecho de Penar a los vencidos, cuando algún general los tiene bien sujetos en el suelo. ¡Curiosa profesión!

En efecto, el Dr. Soler vuelve de Chile y está admirado de la pureza jurídica del actual régimen militar. Al Dr. Soler le atraen ciertos círculos políticos de Chile. No es la primera vez que viaja al otro lado de la cordillera. Ya estuvo allí, enviado por el gobierno del general Aramburu, para asesorar a los juristas chilenos contratados por el gobierno de la Revolución Libertadora y que pugnaban por obtener de la justicia de Chile una sentencia de extradición para Cooke, Càmpera, Antonio y otros detenidos peronistas. Pero su desempeño en la justicia argentina lo exhibe bajo una luz mejor, si cabe decirlo así.

El diligente Dr. Soler es el famoso jurista que estableció la doctrina de la inversión de la prueba, lo que debe traducirse en el lenguaje de la gente indocta en la obligación del acusado de probar su inocencia en lugar de que el acusador pruebe su culpabilidad. ¡Una joyita de abogado! Pero esto no es todo. Quien ayuda ahora a los pretores de Chile, es el mismo personaje que redujo la Constitución Argentina al tamaño de un poroto cuando admitió la legitimidad de las comisiones investigadoras que la Constitución prohíbe. Es el mismo pensador que apoyó al juez Botet para extender la jurisdicción de su Juzgado Federal desde la Capital Federal hasta Tierra del Fuego, a fin de impedir que el procesado Cooke y otros vinieran a declarar a Buenos Aires. Esta hechura científica de la gran prensa fue la misma proclamó la vigencia del “derecho revolucionario” para restablecer la dictadura de los estancieros en 1955.

¿A que se debe esta sepulcral reaparición? No a los acontecimientos de Chile, seguramente. Será más razonable pensar que la sorda cólera de los terratenientes y del gran capital ante la Ley Agraria y la Ley de abastecimiento del gobierno peronista está ya necesitando juristas en reserva para exponer sus nuevos agravios ante un pueblo que no quiere morir y que parece inmortal.

25-6-74

LA OLIGARQUÍA RECOBRA EL HABLA

La atmósfera política argentina está viciada por una rara especie de “smog” que no oscurecía el horizonte desde hace largos años. El país conoció esta contaminación, sin embargo, cada vez que un gobierno elegido por el pueblo aparecía en escena. La generación del 14 pudo respirarlo en las dos presidencias de Hipólito Irigoyen. Hacían furor entre los estancieros, los gerentes ingleses y los estudiantes universitarios de izquierda de 1930 los picantes aforismos de “La Fronda”, sus versos burlescos, la enfermedad real o supuesta del Presidente, los errores de los funcionarios radicales. La crónica, los libros de memorias y hasta los sobrevivientes pueden testimoniar que para ciertos círculos, nada era menos popular que el gobierno más popular conocido por el país hasta la llegada del peronismo al poder en 1945. Lo mismo ocurrió durante la década que concluyó en 1955.

En estos días, hasta los grandes diarios de Estados Unidos coinciden en especular sobre el “desorden” que parece reinar en la Argentina. Hasta aventuran atrevidas hipótesis sobre la eventualidad de un retorno al poder de las Fuerzas Armadas, eliminadas de él por los pronunciamientos populares del 11 de marzo y del 23 de setiembre.

Las cuarenta manzanas que rodean Corrientes y San Martín, la City parasitaria, participan con ardor de tales hipótesis. La Sociedad Rural pide al altísimo un 20 por ciento de aumento sobre la hacienda en pie y, si es posible, que un mal rayo parta a este gobierno y a todos sus sostenedores. El poderoso aparato intermediario con vinculaciones internacionales y el gran capital comercial o industrial, también se muestran muy interesados en un milagroso cambio de gobierno. ¿Cuál es la explicación de este “smog”?

No resulta difícil. Como los dos primeros gobiernos peronistas dejaron intactos los fundamentos sociales de la vieja oligarquía, ésta pudo derribar al gobierno popular de 1955 y prosperar a partir de ese año en fructuosa alianza con el capital extranjero. Desde cierto punto de vista, esa “rosca” nacional e internacional, es hoy comparativamente más fuerte en la economía argentina que cuando Perón fue arrojado del gobierno hace dieciocho años. Se habían acostumbrado a manejar un país dócil con gobiernos mutables, de los que entraba y salían cada semana múltiples ministros de economía, la mayor parte de ellos sensibles a las insinuaciones del gran poder invisible, cuando no eran sus empleados directos. ¡Que tiempos lindos los del mercado libre de cambios! Pero las cosas se han vuelto ásperas. Pues todo el horizonte fue ocupado por los millones de votos que sucedieron a los levantamientos populares de 1969-1972. El 23 de setiembre, ante la estupefacción de los antiguos intereses, se instaló un gobierno que encarnaba un mandato popular inequívoco. El viejo régimen se quedó sin habla. Ahora la recobra.

Los propios partidos políticos que habían luchado sin descanso contra Perón y habían logrado finalmente derribarlo, quedaron anonadados: a) Por los siete millones y medio de votos, que parecían una verdadera pesadilla y una maldición gitana. (Los jefes políticos de los partidos habían entregado sus últimos treinta años, toda su juventud, a luchar contra Perón), y ahí estaba de nuevo el caudillo justicialista, con más

votos que antes. Y b) Los vastos sectores de la clase media habían cambiado su actitud política hacia el peronismo, después de comprobar en su propia piel los resultados de la revolución libertadora.

Por esa razón Balbín interpretó fielmente esos cambios de la pequeña burguesía y comprendió la necesidad de sostener al gobierno constitucional frente a los enemigos comunes. Así se explica que derrotase a Alfonsín en las elecciones internas, ya que Alfonsín expresaba, bajo una máscara de izquierda, el antiperonismo inmodificable y anacrónico de una fracción de la pequeña burguesía, de la misma que había servido siempre en este siglo a la oligarquía para juntar gente en la Plaza de Mayo y hostigar a los caudillos. Esta izquierda es un modelo 1939, cuando se usaba la palabra “munichismo”, que hoy nadie comprende, salvo Alfonsín, lo que revela que no es tan joven como dicen. Es la izquierda del bloque Roosevelt-Stalin, más gorila que izquierdista y más liberal que nacional. La pequeña burguesía argentina ya no desea ayudar a los propietarios de tierras a derribar a los gobiernos elevados por las masas; estos desplazamientos han hecho que todos aquellos que por una u otra causa se enfrentan a Perón pierdan sustentación política. Tal es el caso de lo que fue hace unos meses la juventud peronista-montoneros, cuyas bases juveniles se han volatilizado al mismo tiempo que sus dirigentes estrechan filas en la Universidad con los radicales-alfonsinistas y los comunistas, en un nuevo bloque fubista.

Los partidos restantes, ya no tienen ánimo ni para gemir. Todo su porvenir se cifra en la desaparición del gobierno de las mayorías. Esto último no será un programa, sin duda, pero al menos es una esperanza. No faltarán oleadas de “smog” emitidas por las clases retardatarias en el próximo futuro. Pero si el gobierno popular sigue adelante sin vacilaciones encontrará aire puro.

28-6-74

EL ASESINATO POLÍTICO

Si no hay ningún crimen que pueda aspirar a cierta "legitimidad" y hasta diríamos a cierta "necesidad histórica", el asesinato del Dr. Arturo Mor Roig posee un carácter tan superfluo e "innecesario", reviste tal carga de crueldad estúpida, que sólo volviendo al revés el aforismo del antiguo derecho ("*quid prodest?*", ¿a quien beneficia?) podría entenderse su significado. En efecto, ¿a quien daña este crimen? No daña la reputación del gobierno del general Lanusse, por cierto, ni la del radicalismo, al que perteneció la víctima y que ahora se dispone a rendir honores a quien de algún modo sacrificó su carrera política para desempeñarse como ministro del Interior de la dictadura militar. ¿A quien daña este crimen?

La historia del terrorismo político en nuestro país es tan antigua como su esterilidad. No sólo han incurrido en asesinato de "carácter público" los vengadores individuales de la era anarquista (Radowsky, Wilkens, Durruti). También los pequeños o grandes Estados emplearon en nuestro siglo ese recurso expeditivo para eliminar adversarios que juzgaban peligrosos. Dos siglas célebres en nuestra época han hecho demostraciones espectaculares en la materia. La CIA norteamericana no ha logrado ocultar su participación decisiva en el asesinato del presidente Trujillo, después de haberlo sostenido durante treinta años. El propio Trujillo había ordenado a su vez el asesinato de Galíndez y muchos adversarios de su satrapía. La CIA había elaborado planes para matar a Fidel Castro y otros revolucionarios latinoamericanos, proyectos que luego fueron abandonados por ignoradas razones, según informó en su momento la prensa internacional.

La otra sigla notoria es la GPU. En tiempos de Stalin, montó los Procesos de Moscú, donde los compañeros de Lenin y fundadores del Estado Soviético, fueron públicamente acusados de "agentes del capitalismo" o de Hitler o del "Intelligence Service". Luego los fusilaron en 1936-1939 con un tiro en la nuca. Justamente en México un agente de la GPU – Jackson Mornard- ultimó a Leon Trotsky, organizador de la insurrección de Octubre y fundador del Ejército Rojo. Resulta también difícil concebir que papel real juega la "ideología política" o la demencia pura de ciertos estados (o de los pequeños grupos de cualquier signo) cuando el terrorismo adquiere un carácter epidémico y se produce la inmolación del Dr. Mor Roig. Pues, en efecto, se sobrepone a cualquier designio. Ese contenido es herir la continuidad del gobierno legítimo, introducir la confusión en las filas del partido gobernante y desatar una represión general. Pero ¿Cuál es la naturaleza del actual gobierno? ¿Qué intereses nacionales o internacionales podrían beneficiarse si la situación descrita antes como hipótesis amenaza convertirse en realidad? No hay la menor duda de que un gobierno nacionalista, con un inmenso apoyo popular en la Argentina, es la mayor esperanza actual de los pueblos de América del Sur.

La democratización de la vida nacional en un año de gobierno, al mismo tiempo que las múltiples medidas de todo orden adoptadas apuntan a emerger del estancamiento económico y social que el país vivió durante los largos años de la proscripción. Tanto la vieja oligarquía interna como los grandes sectores mundiales que otrora encontraron fácil la succión del país, no verían con indiferencia que el gobierno

argentino pasara por dificultades o que eventualmente debiera ser reemplazado, como lo insinuaba no hace mucho tiempo el solemne *New York Times*. Casi ocho millones de argentinos han votado por este gobierno hace pocos meses. Esa base sòlida debe inspirar confianza en sÌ mismo al gobierno y decidirlo a llevar adelante el programa de medidas legadas por Peròn para su cumplimiento. Los suspiros de congoja de la Sociedad Rural y sus abogados de afuera o de dentro de los partidos, no deben inquietar. Por el contrario, el proyecto de ley agraria debe ser ampliamente debatido, llevado a la pràctica y obtenidos sus frutos. Del mismo modo, la ley de nacionalizaciones de la televisiòn no debe ser detenida por consideraciones menores o por cortesÌas a una "Oposiciòn".

Solamente por una reestructuraciòn profunda de la sociedad argentina, por la supresiòn de las clases parasitarias y de la presencia hostil del imperialismo, el nuevo Estado suprimirà toda posibilidad de ejecuciòn del crimen anònimo, de la tortura o de la desapariciòn de obreros, estudiantes o seres indefensos que el andamiaje del Estado arcaico aùn perpetra. El crimen politico pùblico o las injusticias cotidianas de todo orden que hereda el paÌs de la Argentina Oligàrquica sòlo podràn ser suprimidos por esa transformaciòn que los demòcratas liberales, de verba fluida e insustancial, se resisten a admitir. El horrendo crimen cometido en la persona del Dr. Mor Roig sòlo podrà ser entendido en la inteligencia de que nuevamente fuerzas contrarrevolucionarias, sea cual fuere su "ideologÌa" proclamada, quieren empapar de sangre el camino de la revoluciòn que los argentinos esperan.

17-7-74

LOS TERRATENIENTES CONTRA LA LEY AGRARIA

El 31 de agosto de 1930, una semana antes de la caída del presidente Hipólito Irigoyen, el ministro de Agricultura, doctor Fleitas, concurría a la Exposición de la Sociedad Rural Argentina en representación del primer magistrado. Los ganaderos allí reunidos tributaron al ministro tal silbatina, que la inauguración concluyó en un escándalo formidable. El representante de Irigoyen debió retirarse ante el repudio de los latifundistas. Cuarenta y cuatro años más tarde, el presidente de la Sociedad Rural ofrece un almuerzo en la sede de la misma Exposición al jefe actual del radicalismo, doctor Balbín, quien afirma en sus declaraciones a los periodistas que los altos precios pagados en la Exposición por toros de raza significan *”que ya no se paga un animal, sino una máquina de producir, razón por la cual no se puede creer en la existencia de una oligarquía ganadera, puesto que se pagan esas sumas por un animal cuyos beneficios favorecerán a numerosos inversionistas.”*

El criterio de la Sociedad Rural sobre los gobiernos populares no ha cambiado. Es que el radicalismo se ha convertido en las últimas décadas de mayoría en minoría. Un nuevo movimiento ha ocupado su lugar en el gobierno. Quien ha cambiado, por el contrario, es el propio radicalismo, volteado por la Sociedad Rural en 1930. El doctor Balbín parecería expresar más bien los puntos de vista del doctor Alvear que los de Yrigoyen. Las declaraciones del dirigente radical resultan muy sugestivas, a la luz de las expresiones más o menos imperialistas o revolucionarias que exhiban periódicamente los núcleos juveniles del partido fundado por Yrigoyen. El almuerzo de la Rural, realizado en el mismo lugar de la silbatina de 1930, proporciona elementos de juicio tanto sobre la evolución histórica como acerca del carácter atemporal del latifundismo argentino.

La negativa del doctor Balbín a reconocer la existencia de una oligarquía ganadera, sin embargo, permite confrontar sus ideas agrarias con una realidad que ilustran las estadísticas y la experiencia de todos los argentinos. La esencia del problema es la siguiente: la pampa húmeda, en primer término, y luego las tierras periféricas, se cuentan entre las praderas más fértiles del planeta. La composición química del suelo, el régimen de lluvias, su proximidad a los puertos y las facilidades del transporte, son los factores concurrentes que añadieron a la renta agraria usual un “plus” llamado por Marx “renta diferencial”. De esa renta diferencial procede la frase corriente y no explicada por nadie de que la carne argentina, no sólo es la más sabrosa, sino la de más bajos costos del mundo. Pero tal productividad natural, justamente por engendrar beneficios altos, ha reforzado en la clase terrateniente una peculiar indiferencia por la inversión y la tecnificación de los campos que, de todos modos, producen más que lo suficiente para sostener una clase social de muy altos ingresos. Esta conducta rentística, y no productiva, naturalmente que no puede serle atribuible a todos los ganaderos argentinos, muchos de ellos productores directos y de algún modo, empresarios capitalistas como los que integran la burguesía urbana. Pero, sin duda es el rasgo característico de la minoría invernadora dominante, que controla la Sociedad Rural, la que impone sus criterios políticos y arrastra a ese peligroso juego a los grupos restantes. Su invariable política se funda en que el Estado no debe ocuparse en los más mínimo de la ganadería; que no deben establecerse impuestos, ni retenciones, ni planes

de impulso a la producción, ni nada que pueda perturbar un “estilo de vida” que el país conoce desde antes de los tiempos del Centenario, pues ha trascendido a la literatura y trascenderá a la sociología cuando esta última se independice de las trabas extranjerizantes que aún la hacen planear por el aire. En resumen, bastará indicar que mientras en Europa pueden mantenerse cinco, seis o más animales por hectárea, en las mejores tierras del mundo, las de la provincia de Buenos Aires, el promedio es de tres cuartos de animal por hectárea. Fuera de algunas verdaderas fábricas de carne, concebidas como auténticas empresas industriales, la norma invariable es la indiferencia hacia la producción. El promedio citado refleja esa línea histórica. En los últimos 20 años el número de cabezas de hacienda ha permanecido estable. Si se considera un plazo mayor, que podemos fijar hacia 1910, cuando la Argentina tenía 7 millones de habitantes, diremos que la ecuación era de 4 vacas por habitante. En 1974 la ecuación es de 2 vacas por habitante sobre una población de 25 millones de argentinos y extranjeros. Esto significa que la oligarquía ganadera existe, contrariamente a lo que piensa con benevolencia el doctor Balbín, aunque es parásita e improductiva y ya no está en condiciones de proporcionar carne barata al pueblo argentino y de mantener el nivel físico de las exportaciones que el mundo va a requerir en los próximos decenios. La política de los gobiernos que sucedieron a Perón desde 1955 fue la de suponer que mejores precios al campo darían estímulos materiales para el aumento de la producción. Esa fue la política de Raúl Prebisch, del ministro Mercier, y de los secretarios de Estado que desfilaron por la repartición respectiva. Los resultados han sido melancólicamente verificados por un economista tan moderado como el doctor Aldo Ferrer, quien admite que los mayores ingresos que obtiene la clase ganadera por obra de los mejores precios sólo operan un traslado monumental de dinero de la ciudad al campo, masa metálica que no se reinvierte para aumentar la producción sino que se escurre por mil canales hacia el consumo improductivo, suntuario, turístico, o la adquisición de bargueños franceses firmados, obras de arte que luego se rematarán en Londres (como la colección Santamarina) previas travesuras aduaneras y otras bagatelas análogas. Tal es la realidad económica que forma un capítulo de la historia social del país.

Pero el proyecto de ley agraria del Ingeniero Horacio Giberti plantea el problema desde el punto de vista de la productividad de las tierras mal trabajadas o incultas y no persigue propósitos meramente impositivos para beneficiar al Tesoro. Inclúyese el recurso de expropiar los dominios rurales que no aumenten sensiblemente la producción lo que significa recobrar los derechos del Rey que el pueblo subrogó en 1810. Se busca, de este modo, que las tierras argentinas rindan a su más alta intensidad potencial. Como respuesta, la Sociedad Rural ha desencadenado, con el apoyo diligente de los grandes diarios oligárquicos y válida de su inmenso poder político, una campaña contra la ley proyectada. La suspensión del impuesto a las tierras libres de mejoras ha sido una escaramuza que la Rural ha ganado sin disparar un tiro. Pero su sed no tiene límites. Será muy instructivo ahora ver quién puede más: si un puñado de latifundistas sobrevivientes de una Argentina petrificada desde los tiempos de Quintana o el gobierno elegido por casi 8 millones de argentinos. En este dilema, el doctor Balbín con su asesor, el estanciero Tomás de Anchorena ha tomado partido, aunque no sea el defendido por Yrigoyen. “*Sic transit gloria mundis*” o como traducía criollamente Lucio Mansilla: “*así transa Don Raimundo*”.

1-8-74

TERRORISMO Y ALVEARIZACIÓN

El gobierno nacional, enfrenta hoy dos problemas: la definición de una política resuelta tanto como la celeridad para ejecutarla; y el terrorismo.

Antes del comicio del 11 de marzo de 1973, si la acción terrorista carecía de toda justificación política (en el sentido de “utilidad social o histórica”) sus ejecutores podían exhibir, en cambio, una explicación de orden ética, a veces heroica y siempre sangrienta.

El papel del terrorista se consumaba en el martirio público y ajeno. Al inmolar el objeto simbólico de su execración moral, se inmolaba frecuentemente a sí mismo, o era inmolado poco después por las fuerzas del Estado. ¿Qué Estado? Pues el Estado oligárquico que sobrevivía, cada vez más decadente y envilecido, a lo largo de 18 años de proscripción de la soberanía popular y que había caído, finalmente, en manos de la dictadura militar de 1966 a 1973. El régimen oligárquico, directa o indirectamente había amordazado al país entero y tolerado o ejecutado crímenes que iban desde el fusilamiento del general Valle y el coronel Cogorno hasta las torturas de obreros y estudiantes cuyos nombres ya nadie recuerda, o de héroes populares como Vallese. Entre los masacrados de Trelew cuyos responsables escaparon a toda sanción, los episodios de Ezeiza, que parecieron desgarrar al movimiento mayoritario, transcurre el período más dramático del terror. Pero en la vida de una sociedad nada puede escapar a la presión de los intereses y clases que la constituyen. Cada uno de estos actos se imbuje de un contenido político que no siempre es el que pretendieron infundirle sus autores. Todos los actos terroristas, fuese cual fuese su propósito ideológico, en el período de la dictadura militar, sirvieron para dañarla, aunque se reforzaran los aparatos de represión, como lo establece la tradición del género. De la misma manera, el terror de nuestros días (dejando a un lado su hipotética calificación de “izquierda” o “derecha”) sólo puede vulnerar o dañar el equilibrio del gobierno popular, obligarlo a adoptar medidas represivas, en suma a debilitarlo. Como en el caso del asesinato del doctor Mor Roig, el crimen cometido contra Ortega Peña, historiador y legislador, sólo puede despertar de nuevo la pregunta: “*quid potest?*” ¿A quien beneficia? Esta tenebrosa marea de irracionalismo político se vuelve ahora contra los comienzos de la segunda parte del gobierno peronista. Toda la América Latina ha sido testigo de crímenes semejantes, destinados a sumir en la perplejidad, en la cólera o en errores groseros a los gobiernos que se proponen dar un paso hacia el porvenir. La actitud policial en el sepelio de Ortega Peña indica que algunos de estos efectos han tenido lugar.

El segundo asunto es el de la definición política del gobierno. Podría decirse, más allá de todas las especulaciones de los corrillos políticos “bien informados” y cuya capacidad de análisis está en relación inversa con la cantidad de anécdotas menudas que manejan, que hay dos líneas posibles a adoptar: una de ellas es la reafirmación de que el peronismo está en el poder y debe gobernar con su programa explícito e implícito, otorgando, como es lógico, a los partidos no oficiales, el respeto debido y la garantía de todos los derechos democráticos, pero sin subordinar su programa y sus medidas de gobierno a posibles negociaciones con aquellos que terminen por mediatizar y

esterilizar ese programa histórico. La otra línea es un acuerdo, más o menos expreso, que permita una política económica, social, cultural y laboral que promedie los criterios de todos. Si prevalece la segunda orientación el peronismo tenderá a “alvearizarse” desde el poder y marchará, sin duda, a encontrarse con un destino semejante al que se vio condenado el radicalismo después de la muerte de Yrigoyen. Por pactar con la oligarquía liberal del general Justo y romper con la tradición intransigente del caudillo, el radicalismo de Alvear llegó hasta las 23 horas del 24 de febrero de 1946, persuadido que era la mayoría del país y que Tamborín había vencido al coronel Perón. Pero a las 23 y cinco, las cifras arrolladoras de los suburbios demostraron que una nueva mayoría había hecho su aparición en la Argentina. Lo que le ocurrió al radicalismo, le podrá pasar también al peronismo si comete la debilidad de incurrir en la misma inconsecuencia.

4-8-74

LA POLÍTICA CULTURAL DEL GOBIERNO PERONISTA

Ningún proceso revolucionario digno de tal nombre puede legitimarse ante la historia si deja intacta la superestructura cultural del viejo orden. Es lo que ocurrió, en cierto modo, con la Universidad de los dos primeros gobiernos peronistas. La ausencia de una política cultural definida, dejó en manos de la oligarquía y de su clientela estudiantil de *“izquierda democrática”*, la esfera de las Universidades. Mientras Perón organizaba a la clase obrera, impulsaba el capitalismo de Estado y practicaba sus grandes nacionalizaciones, la Universidad no perdía la influencia liberal oligárquica y se convertía en un bastión de la pequeña burguesía contra el gobierno peronista. Después del triunfo de Càmpora, una parte de la clase media encabezada por la juventud peronista recientemente constituida dirigió la Universidad de Buenos Aires y la exhibió como una muestra de su programa. Al principio contó con el apoyo general de los estudiantes, deslumbrados por el triunfo del Frejuli y por la reivindicación del caudillo ennoblecido por un largo destierro. Luego, el creciente antagonismo entre un Perón real y esa juventud peronizada, decepcionó a muchos jóvenes de su recién adquirido peronismo y se produjo, sobre todo a partir del primero de mayo de 1974 un doble proceso:

Una marcada inclinación de la juventud peronista a perder su peronismo y a pasar a la oposición, en estrecha vinculación con la juventud radical y la juventud comunista.

Una pérdida simétrica de simpatía entre los estudiantes hacia la juventud peronista, así como una evidente debilidad por parte de esta última para organizar grandes movilizaciones.

Estos fenómenos contradictorios han marcado el carácter de la nueva Universidad de Buenos Aires en dos planos. El primero de ellos es un poderoso avance hacia una intervención más profunda de los estudiantes en el manejo de la “res pública”; en otras palabras, una democratización antagónica con la vieja aristocracia profesoral que reinó hasta 1973. El segundo, es el paradójico resultado de que nuevamente la Universidad de Buenos Aires está dirigida por núcleos estudiantiles antiperonistas, pese a sus denominaciones formales. Lo realmente nuevo es que la masa estudiantil no experimenta, como en el período 1945-55, los mismos sentimientos antiperonistas que distinguieron a esa capa social hace treinta años. Este cambio debe denominarse *“nacionalización de las clases medias”*. En otras palabras, todo grupo político universitario que pretende (aún llamándose peronista) dirigir el eje de su lucha contra el gobierno nacional, no será acompañado como en el pasado por los estudiantes a menos que el gobierno incurra en los mismos errores que distinguieron al peronismo en los tiempos pretéritos frente a la Universidad.

Justamente el peligro actual, para la Universidad de Buenos Aires tanto como para el gobierno, reside en este último punto. Los aspectos sectarios de las actuales autoridades, algunas ingenuidades y expresiones de un primitivismo teórico, ciertas manifestaciones de populismo y “villerismo” que ha tenido lugar en algunas Facultades, no podría ser en modo alguno el pretexto para que los sectores reaccionarios del peronismo modelo 1949 retornen a la Universidad, la “peronicen” y logren la proeza de convertir nuevamente al estudiantado en antiperonista. El general Perón había

formulado un balance de esa política en 1968 (en Puerta de Hierro y en conversaciones con el autor de esta nota) y la había desechado. Las intervenciones universitarias desde el gobierno de Càmpora hasta hoy, tendieron a formular el mismo error, desde un ángulo izquierdista peronista. Tenemos ahora la amenaza potencial de invertir el error, como un guante, haciendo una Universidad peronista de derecha.

La esencia del problema, es hacer una *Universidad nacional*, propia de un país semicolonial en proceso de emancipación. La naturaleza compleja de esa lucha exige que la Universidad refleje en su profesorado el amplio espectro del pensamiento político argentino: desde la izquierda en todos sus matices, hasta la derecha con sus múltiples variantes. Esta multiplicidad de puntos de vista en las facultades de Ciencias Humanas y Sociales debe ser garantizada con una sola exigencia: la idoneidad y el nivel científico del profesorado. El fin central de tal Universidad no puede ser otro que el de proporcionar al pueblo argentino las armas intelectuales para realizar su definitiva independencia y los instrumentos científicos para transformar la naturaleza y ponerla a su servicio. Toda política autoritaria o policial en relación con la Universidad, fortalecerá a los enemigos de la revolución nacional y de la clase obrera. Están esperando exactamente eso.

5-9-74

IVANNISSEVICH Y LA NOSTALGIA DEL HACHA DE SILEX

El ministro Ivanissevich no podrá envanecerse de haber pronunciado un discurso feliz. Parecía que el arte de unificar a todo el país en su contra había encontrado un cultor insuperable en el general Onganía. Pero se trata de un error. El Dr. Ivanissevich por desgracia para él y sobre todo para el gobierno, ha sobrepasado los records memorables del antiguo dictador militar. Su discurso en el Teatro Colón hace pensar en los tiempos en que el Dr. Ivanissevich era ministro de Educación del primer gobierno de Perón. En aquella época parasitaba como monarca absoluto de Egipto el Rey Farouk; el presidente Chiang-Kai-Shek gobernaba China; restallaba todavía el látigo blanco sobre las llagas de Africa. Es preciso convencerse que todo eso murió hace mucho tiempo: un cuarto de siglo. El ministro de Educación es el mismo, pero el país y el mundo han experimentado cambios profundos. La pieza oratoria que comentamos ya no corresponde a esta época, al gobierno actual ni al formidable movimiento de masas que ha elevado al poder a dicho gobierno. Su anacronismo es de tal magnitud que exigiría el relevo inmediato del funcionario capaz de enunciarlo. El gobierno nacional no puede darse el lujo de perder el apoyo de la opinión pública, justamente cuando los lineamientos básicos de su gestión se revelan sustancialmente justos. Por esa razón el imperialismo vería complacido su caída.

El ministro de Educación ha atacado sin atenuantes a tres sectores: los estudiantes universitarios, los profesores y los maestros. Dicho de otro modo, se ha enfrentado con los tres sectores dinámicos de la clase media argentina. Todos aquellos que especulan con el descrédito del peronismo en el gobierno y con sus posibles divisiones internas, se estarán frotando las manos y correrán a adquirir por anticipado los almanaques de 1977, obsesión pitagórica de algunos viejos políticos. No creemos que haya muchas personas en el mundo actual capaces de citar como una autoridad en materia de investigación científica (ni en ninguna otra), al ex presidente Nixon.

No es sensato en un miembro de un régimen popular, descontar por planilla de los sueldos de los docentes los días faltados por huelga y subrayar como un desafío, tal amenaza.

No es propio de un ministro de Cultura y Educación, confundir la investigación pura con la fabricación de inventos, o pretender excluir las tareas de investigación de la Universidad y relegarlas a la esfera de las empresas privadas. Sólo una empresa extranjera podría sufragar tales gastos y las empresas extranjeras delimitan en su propio beneficio y el de su Imperio las áreas a investigar. Los inventores como Edison serán el resultado de investigaciones desinteresadas que darán frutos prácticos con el tiempo. Según el criterio expuesto por Ivanissevich, su ministerio rehusaría becas para investigación a Marx, Piaget o Freud, porque seguramente tales pensadores no podrían ofrecerle ocurrencias mecánicas al impaciente estadista. Es de una falsedad notoria que la Universidad de Buenos Aires u otras hayan caído víctimas de un “internacionalismo materialista” cualquiera sea el sentido que el ministro haya querido imprimirle a esta curiosa frase. Sin duda que algunos de los directivos de la actual Universidad de Buenos Aires han incurrido en torpezas sectarias; han perdido el rumbo de las relaciones con el

gobierno nacional; han tenido solidaridad de grupo con los Montoneros lo que equivale a decir que carecen de sentido de la realidad.

Pero el movimiento de masas que derribò a la dictadura militar mediante el comicio del 11 de marzo y del 23 de setiembre fue tan profundo e irresistible que abrazò al país entero, hasta la Universidad. Y pudo proyectar hacia adentro de su obscuridad legendaria, de su estrechez mitrista y localista, tal ímpetu democrático, que en la mayoría de las facultades los estudiantes, peronistas o no, sintieron realmente que el pueblo argentino había vuelto al poder y que la Universidad había abierto al fin sus amplias ventanas hacia la vida. Esa democratización de la Universidad es más importante que algunos sectarios ingenuos que aún permanecen en ella. Todo el estudiantado, sin distinción de matices, querrà que lo conquistado no se pierda. El ministro de Educación no parece tener la menor idea de este vasto proceso. En materia de sectarismos, se ha colocado en el mismo plano que los Montoneros. Pero todos los hechos evidencian que la historia no podrá volver atrás y que la Universidad de nuestra época no volverà a convertirse en antiperonista, a menos... A menos que el ministro de Educación se proponga llevar a la práctica su discurso. En este caso, los enemigos del gobierno contaràn con un aliado decisivo.

12-9-74

FUTURAS MEMORIAS DE UN AGENTE DE LA CIA

El despliegue del terror en nuestro país parece estar relacionado con la conducta político-económica del gobierno. Esto no es una novedad, pues cada vez que algún estado de América Latina o de las regiones semicoloniales del globo adoptaron ciertas medidas que de alguna manera afectaban el “*statu-quo*”, los poderes mundiales de turno empleaban el gabinete secreto de venenos, la corrupción o la conspiración. El nuevo “Imperium Romanum” se ha convencido a sí mismo que le corresponde la tutoría moral y policial del mundo: un ex director de la CIA admite ante el Senado de Estados Unidos que ha empleado 11 millones de dólares para preparar el derrocamiento del doctor Allende en Chile; y el presidente Ford defiende ante la opinión pública dicha actividad, pues, afirma, los intereses norteamericanos exigen ciertas formas de “actividad encubierta”. Seguramente dentro de cinco o diez años (en 1978 o 1982) algún funcionario de esa entrometida organización declarará con sinceridad desarmante ante alguna comisión senatorial, la verdadera suma que ha invertido la CIA en la Argentina, durante el gobierno de Isabel Perón, naturalmente para defender sus intereses. Sería incurrir en una ingenuidad, que nuestra época no tolera, suponer que Estados Unidos y la CIA desarrollan una actividad subversiva en todos los teatros políticos del planeta, con excepción hecha de la Argentina.

Ahora bien ¿Qué intereses puede afectar la política del actual gobierno? Sabemos que el peronismo está constituido por un bloque de clases que no se propone establecer el socialismo, sino desenvolver el capitalismo nacional, sea bajo la forma de capitalismo de Estado, sea impulsando el crecimiento de la burguesía.

También es obvio que tal política, en los países sometidos al dominio de la vieja oligarquía agraria y de sus asociados del capital extranjero, no puede aplicarse si no se cuenta con el apoyo y la participación activa de las masas trabajadoras y de la clase obrera. Esto sólo ocurre cuando tales clases obtienen importantes concesiones en su nivel de vida, en la intervención del aparato del estado, en su presencia parlamentaria, en la organización de las entidades sindicales. En otras palabras, resulta difícil el desarrollo de la revolución nacional por la vía bismarckiana o de un nacionalismo puramente militar.

La política que ejercen los movimientos nacionales se caracteriza por sus luces y sombras, por sus avances y retrocesos, por sus íntimas contradicciones y por la puja en el seno de los intereses recíprocos de la burguesía y el proletariado. Pero en su conjunto tiende a disminuir la tasa de ganancia del capital extranjero, a elevar el costo social de los negocios de las clases parasitarias, a limitarlos o a reducir la importancia política de tales clases. Y en casos específicos, a restituir al Estado fuentes de beneficios colosales, como la explotación del mercado interno de combustibles, hasta hace poco tiempo sometido al disfrute de la Esso y Shell. El vicepresidente de Estados Unidos, señor Rockefeller, es principal accionista de la Esso y no puede haber recibido con satisfacción esa noticia. Las causas internas del terrorismo no pueden reducirse a la impotencia política y a la ceguera de los grupos que lo practican, sean de derecha o de izquierda. Emplear las armas para golpear a un gobierno elegido por las mayorías reduce al vacío toda pretensión revolucionaria. Es puro blanquismo, según las palabras

de Lenin: *“El blanquismo niega la lucha de clases. Espera obtener la liberación de la humanidad de la esclavitud asalariada no por medio de la lucha de clases del proletariado, sino mediante la organización de complotos por una pequeña minoría de intelectuales.”*

Pero cuando una actividad política se vacía de todo contenido, siempre hay fuerzas sociales capaces de introducir en esa forma hueca su propia sustancia. El imperialismo es el único beneficiario del terror ciego, puesto que una acción popular o revolucionaria, como lo demuestra la experiencia histórica, no puede nunca cumplir sus fines al margen de la voluntad y conciencia de las masas.

21-9-74

LAS DOS BANDAS

La decisión del grupo Montoneros de ingresar a la clandestinidad y entablar una lucha armada contra el gobierno popular, imprimió un carácter formal a una orientación virtual puesta en práctica desde la llegada del general Juan Perón a la Argentina y en particular desde el 13 de julio de 1973, día en que el doctor Càmpora renunció a la presidencia. En otros términos, dicho grupo declaraba su condición antiperonista hasta su extremo límite, esto es, retomando la posición que hace veinte o veinticinco años formulaban los partidos de la Unión Democrática ante Perón. Sostenían dichos partidos, en aquella época, que no había otro medio de desembarazarse del régimen y de su jefe que no fuese la sedición militar o el terrorismo, métodos que utilizaron en su tiempo los radicales, los conservadores y demás aliados. Es cierto que dichos partidos excluyeron el atentado personal, según lo predica y practica el grupo Montoneros. El primer efecto político de la decisión de este grupo fue, como cabía esperar, el de un repudio espontáneo del hombre común, el que no emite declaraciones. Para el pueblo, un grupo no era proscrito, sino que se proscribía; no era amenazado por el gobierno, sino que amenazaba indiferencia la acción de aquellos que matan niños, resulta evidente sector entre los núcleos juveniles de aquella ola decreciente, llamada “camporismo”, el grupo mencionado no podía haber elegido una vía más expeditiva para perderlo.

Pero vino en su ayuda, como ocurre frecuentemente en los últimos tiempos, un precioso auxiliar: otro grupo, ayudado por el retiro oportuno de la vigilancia policial en el domicilio del rector de la Universidad de Buenos Aires, hizo estallar una bomba y mató a un niño de cuatro meses de edad. El gobierno puede argüir, plausiblemente, que encuentra dificultades técnicas para encontrar a los asesinos del doctor Mor Roig, de Rucci o de tantos otros; pero no puede explicar con fuerza de convicción que está imposibilitado de descubrir o, mejor, de prevenir la acción de sectores que notoriamente lo apoyan y que proclaman desde otro ángulo, la virtud purificadora del crimen político, exactamente como lo hace el grupo Montonero. Pero si el gobierno elegido por siete millones y medio de votos suscita con su indiferencia la acción de aquellos que matan niños, resulta evidente que el sector Montoneros no podía haber encontrado un aliado más efectivo que los asesinos del otro lado. Pues en efecto, la situación atmosférica de la política argentina cambió de un momento a otro gracias a la bomba lanzada contra el rector Laguzzi, justamente en el momento en que la opinión pública se informaba con repugnancia del relato sobre el asesinato de Aramburu (que resulta reivindicado por sus asesinos por su serenidad y valor) y sobre la decisión de tal grupo de entrar en la lucha contra el gobierno del pueblo. Al enterarse del asesinato del Duque de Enghien, Tayllerand le dijo al Emperador: *“Sire, esto es algo peor que un crimen, es un error.”*

Era demasiado sutil este Canciller. Los argentinos ya estamos hartos de errores criminales y de criminales que evocan al doctor Lombroso. Justamente por ese motivo despierta asombro la actitud semiparalítica del gobierno, el aire ausente del ministro de Educación que no parece vivir en el país ni en esta época; y el carácter absorto del ministro del Interior, que a su vez no advierte las implicaciones políticas de estos sucesos. Naturalmente, sin perder un minuto, el doctor Balbín se ha pronunciado para condenar “la violencia” y, (simultáneamente) la política económica nacional, para, de

paso, aludir despreciativamente a la nacionalización de las bocas de expendio. Como se ve, en tanto el gobierno no sepa actuar, sabrán actuar sus adversarios.

No hay solución todavía a la cuestión universitaria: si las versiones que recoge la calle son ciertas y se cierra la Universidad para ordenarla luego, el gobierno habrá cedido un trofeo político a las microsectas que se atreven a desafiarlo; y el estudiantado que hoy no las acompaña, en el ocio forzoso y en la incertidumbre de su porvenir podrá cerrar filas contra el gobierno. Por el contrario, nombrar autoridades nuevas y marchar hacia una Universidad Nacional no sectaria, vinculada al proceso revolucionario, será otra cosa.

En segundo término, no hay decisión manifiesta de desarmar y paralizar a los predicadores del terrorismo que sostienen al gobierno. La cuestión de la Universidad y el terrorismo de los “amigos” del gobierno, están interrelacionados, según se ha visto. El estado de perplejidad del poder nacional ante tales cuestiones no puede encontrar justificación alguna.

10-9-74

REQUIEM PARA UN LUCHADOR

El auge del terror anónimo ha hecho olvidar en los últimos años la “patriada” criolla. Acaba de morir uno de los héroes que, como Hernández, luchó con las armas en el campo y luego escribió el romance de la batalla. El propio Arturo Jauretche en su poema *El Paso de los Libres*, que prologó Borges en 1933 y yo en 1960, alude a su paisano Julián Barrientos, quien relata la jornada revolucionaria porque “*anduvo en ella.*”

La patriada consistía en una revolución civil o militar, o una mixtura de ambas cosas, herencia de la guerra civil en la patria vieja, que la proscripción del radicalismo, haría reflorar después del 30. Se “levantaban” con todos los elementos comprometidos y luchaban en pos de la victoria. Como empezaba la década infame, en realidad combatían en pos de la derrota. Jauretche, soldado en el levantamiento de Corrientes, cayó prisionero, después del encuentro de San Joaquín. La decepción que produjo en su espíritu la cobardía del radicalismo del City Hotel (hotel donde vivía Alvear a su regreso de Europa, y donde parasitaba la “flor de la canela” del radicalismo alvearista) lo impulsó a reflexionar sobre el destino del movimiento fundado por Yrigoyen. El caudillo acababa de morir. Con sus restos mortales, en aquella fría tarde de julio, parecía sepultarse para siempre el radicalismo histórico.

Creo no equivocarme si digo que como el padre del Martín Fierro, el combatiente de Paso de Los Libres meditó sobre el significado de su derrota, y en esa prisión militar realmente nació el político. Porque Jauretche fue ante todo un político, condición desacreditada en nuestro país por la vacuidad doctoral, la estudiada reserva y la banalidad verbalizada de tantos Fidel Pintos que pululan en la República Argentina. Cuando al día siguiente de su muerte supe por la prensa y algunos oradores que Jauretche había sido un escritor, comprendí cuán rápidamente la posteridad inmediata deforma la historia antes de escribirla. En realidad, el publicista ocultó al pensador, el hombre de letras al político, el fosforescente ingenio a la sustancia de su genio. La gente que lo conoció por la televisión atribuyó proyectivamente a Jauretche su propia frivolidad. Recordemos la crónica de *La Prensa* al morir Yrigoyen: “*Ayer falleció en esta capital Don Hipólito Yrigoyen, que fuera comisario de Balvanera y dos veces presidente de la República.*” Si Yrigoyen era un comisario retirado, Bonaparte podría haber sido un jurista que redactó el Código Civil y Perón un conocido autor de media docena de libros, entre otros, *La Comunidad Organizada*.

Jauretche fue algo más trascendente que su cautivante personalidad cotidiana, más profundo que el admirable conversador imposible de olvidar por todo aquel que lo haya conocido. Era el eslabón vivo que enlazó al yrigoyenismo declinante con el surgente peronismo. Estableció con sus actos, su palabra y ocasionalmente su pluma la íntima relación dialéctica entre ambos movimientos nacionales. Fue la conciencia activa de todo lo que moría y nacía en 1945, el peronismo sería inconcebible en su primera fase sin el pensamiento y la acción de Jauretche, que transmitía la tradición del nacionalismo democrático procedente de las más antiguas raíces.

Al buscar la resurrección histórica del radicalismo, Jauretche se encontró con la irrupción del peronismo. Eran otras clases sociales, otro caudillo, otro eje político-social. Pero bajo un nuevo ropaje se trataba de algo parecido a aquello que Jauretche

había pugnado tantos años por traer al mundo. Aunque la cosecha que en 1945 se presentó a la vista del fundador de FORJA fue descomunal, pues la prédica se trocó en multitud, personalmente lo sintió como un fracaso.

El movimiento nacional al que Jauretche tanto había contribuido no le hizo el lugar que legítimamente habría podido corresponderle. Al fin y al cabo, la burguesía argentina había llegado demasiado tarde a la Historia, estaba demasiado preocupada por sus redescuentos bancarios y por su insignificante existencia como para no haber percibido, ella o sus intérpretes, que Jauretche era su Diderot y que podía haber sido su Colbert.

De su marginación política nació su ingreso a la República de las Letras, cuando al caer el peronismo en 1955, no había nadie para defenderlo a no ser Jauretche y Scalabrini en *El 45* y *Qué* y nosotros en *Lucha Obrera*.

Satirizó con inigualable poder disolvente a la petrificada y apolínea literatura de la factoría, a ese gelido mundo procedente de Groussac y Larreta que había venido a parar en Borges. A la literatura cortesana, inclinada ante la supremacía terrateniente y enferma anglofilia, opuso Jauretche la risa de Rabelais (o de Mansilla). Diría que en su estilo verbal y escrito había algo del desenfado de Sarmiento en este adversario del autor de *Facundo*. Realizó la tarea de demolición político-estética que era imperioso hacer ante la cultura aristocrática y logró conmover en sus gustos a las clases medias que en esa esfera, como en todas las demás, copiaban a la oligarquía.

Pero su musa perpetua fue la política. Comprendía como pocos en la Argentina sus cambios bruscos, con frecuencia su inescrutable carácter y su peculiar ingratitud. Era uno de esos raros argentinos que sabía advertir detrás de un conservador a un posible alsinista, o que la palabra comunista no constituía ninguna garantía de una política revolucionaria, así como recordar lo que hubo de eco popular en aquellos demócratas de Córdoba que procedían del juarismo o qué diablos significaban los autonomistas de Corrientes y por qué sus hijos en la Facultad de Derecho correntina podían trajinar como izquierdistas mientras llegaba el momento de hacerse cargo de la estancia. Conocía la Patagonia y su fauna, la puna y su viejo dolor; demostraba con extrema simplicidad el mecanismo íntimo del comercio de exportación e importación, y era capaz de revelar diafánamente la desintegración de la sociedad criolla.

Podía describir cada centímetro cuadrado del país y la naturaleza de sus problemas. Uno de sus rasgos más notables era su ausencia de vanidad y empaque. Proveía de ideas al por mayor y se apoderaba de otras ajenas que podían ser útiles a su visión del mundo, con igual indiferencia. Recuerdo cómo le atrajo el concepto marxista de la “renta diferencial” en la pampa húmeda, que permitía descifrar el poder económico de la oligarquía bonaerense y al mismo tiempo su formidable parasitismo, así como su resistencia a invertir. La categoría que Marx emplea en “*El Capital*” fue utilizada luego por Jauretche en sus escritos.

Su prosa se emparentaba con la antigua tradición argentina de Hernández, Sarmiento, Mansilla, Palestra, Wilde, Fray Mocho. Era literalmente una prosa hablada, pues Jauretche rara vez escribía. Dictaba siempre, después de imaginar sus artículos, sus argumentos y ocurrencias. Conoci muchos artículos que me contó y que luego no llegó a publicar porque no tenía una dactilógrafa a mano. Cuesta pensar que este hombre extraordinario ya no existe. Asimismo es preciso admitir que la hegemonía cultural

oligàrquica, contra la que tanto luchò Jauretche ha sido destruida pero no ha sido reemplazada por otra.

Por esa razòn la muerte de Jauretche no ha conmovido al país y las juventudes, aun las que se dicen revolucionarias, no han dicho ni pìo. Es cierto que el pueblo ha recuperado el poder. Pero en el orden de la cultura y sus valores, seguimos pidiendo permiso a Francia para abrir un libro. Cuando las obras de Jauretche circulen por los colegios nacionales y Universidades con la misma profusiòn con què hoy circulan obligatoriamente tantos ladrillos encuadernados, podrà decirse que el reflejo intelectual de las patriadas y de los ideales nacionales ha entrado por fin en la formaciòn de las nuevas generaciones argentinas.

Por eso no puedo decirle adiòs a Jauretche: "*Lo tendràn en su memoria/ para siempre mis paisanos.*"

19-6-74

LA “INTELLIGENTSIA” EN LA SEMICOLONIA

No he tenido oportunidad de leer el *Libro de Manuel*. Pero tengo conocimiento de que Cortàzar ha donado el importe de un premio literario a la resistencia de Chile. De este episodio nace un tema de amplio interès.

¿Los intelectuales tienen deberes especiales hacia Amèrica Latina que exceden la fidelidad específica a su vocación? Estos deberes, ¿asumen un carácter político revolucionario? La tradición intelectual de la Rusia Zarista atribuía a la “intelligentsia” ciertas obligaciones morales. La revolución latinoamericana de nuestro siglo también le impone, de algún modo, algunas determinaciones hacia el drama colectivo. Ni las iglesias entre nosotros han podido escapar a esta presión generalizada de la opinión pública, que de algún modo ha enterrado el antiguo debate sobre el “arte por el arte”, defendido todavía por los artistas “puros” y que las clases dominantes de todo lugar y época erigieron como la regla primera de toda creación artística.

La donación de Cortàzar ha dado lugar a recriminaciones conocidas. Se le reprocha vivir en Francia y haber adoptado la ciudadanía francesa. De ese modo, dicen, su simpatía hacia Cuba y las revoluciones en general asume un sesgo más bien platónico o retórico. En mi opinión, la conducta política de Cortàzar es actualmente mucho mejor que hace treinta años, cuando estaba vinculado al grupo de la revista *Sur*. Prefiero un Cortàzar que dona un premio en metálico a la resistencia chilena que un Borges que se burla (naturalmente, con suave “humour” británico) de todos los oprimidos y sufrientes. No sé si hay afectación en uno u otro; pero la actitud de Cortàzar lo acerca al género humano y la de Borges al mundo de los satisfechos y barrigones de esta sociedad.

También pienso que Cortàzar no debe detenerse allí. Es bueno que haya pasado de la amistad con Victoria Ocampo a la solidaridad con la revolución latinoamericana. Ahora espero que prosiga una evolución deseable y se reencuentre con la Argentina que, guste o no, es la materia vital de su obra. Pues con Cortàzar ha ocurrido algo bastante frecuente en gente que no tiene sus méritos. Hay intelectuales a los cuales les gustan los negros de Cuba, pero detestan los negros de la Argentina. Son revolucionarios en la Isla pero cipayos en su propio país. El certificado de buena conducta revolucionaria que les otorga su amistad hacia los cubanos les permite actuar y pensar en la Argentina contra los ideales e ilusiones de las masas y meterse alegremente en la barricada oligárquica cada vez que una crisis nacional divide al país.

Al decir esto, no me interesa que Cortàzar prefiera vivir en París a hacerlo en Buenos Aires o Purmamarca. La residencia geográfica no tiene una importancia decisiva. Carpentier ha vivido gran parte de su vida en París y sus libros magníficos no nos hablan de París. García Márquez viajó a Europa y escribió allí porque la aldea de la factoría cafetalera lo sofocaba. Pero se llevó a Colombia en el corazón. De ahí su obra. Por el contrario, Borges ha escrito siempre en Buenos Aires (y algunas veces sobre Buenos Aires) pero su espíritu, desde su infancia, ha sido inglés, lo mismo que su sobrenombre, sus autores predilectos, su tète sin leche, sus sueños y hasta su abuela. Si su padre no lo hubiera metido en esa biblioteca de literatura inglesa cuando era un niño y en la cual aprendió a soñar en otro idioma, su admirable poder literario habría brindado

quizàs un gran escritor argentino. Pero la sociedad de su tiempo, toda ella, estaba tendida hacia Europa y poco importò en que ciudad viviera el escritor. A diferencia de García Márquez, Borges tenía su corazón en Europa, aún viviendo en Buenos Aires. Recuerdo ahora que los hombres del 900 viajaban a Europa para encontrar allí la civilización y la cultura que el Viejo Mundo había impedido crecer en el terruño. El nombre de Manuel Ugarte es bastante significativo para señalar el carácter nacional de tales emigrados y el tipo cosmopolita de muchos residentes.

A propósito de Cuba, el caso de Martínez Estrada es muy elocuente. No sólo manifestó su adhesión a la revolución cubana sino que hasta se fue a vivir a Cuba. De ahí la confusión reinante en Cuba y entre nosotros acerca de las ideas políticas de este escritor. Toda su obra de ensayista está dirigida contra el pueblo argentino, bajo la envoltura de imprecaciones bíblicas; es un enemigo jurado del gaucho, de Martín Fierro y de Hernández; condena a los argentinos en general por enfermedades éticas incurables, nacidas de una especie de barbarie original, por lo cual glorifica a Sarmiento, degollador de gauchos y culpa al mestizaje de América Latina.

Como su prosa aparece escrita en caracteres cirílicos, por lo difícil de leer, mucha gente ha prescindido de hacerlo y habla de él por mentas. Pero Martínez Estrada jamás describió a la oligarquía argentina, a su partido, el mitrismo y al imperialismo como los responsables directos de nuestros viejos dolores y reyertas. Por esa razón le dieron el Premio Nacional de Literatura en 1933, negado a Manuel Ugarte, y por tal motivo su providencial amistad hacia Cuba tendió muy oportunamente un velo revolucionario sobre su simultánea condenación del Estatuto del Peón en la Argentina, su aversión a la clase obrera peronista o sus juicios de señora gorda sobre Evita. Todo esto está escrito: no hace falta ir al Archivo de Indias.

Por lo dicho, creo que hay que declarar absuelto a Cortázar, pecador de otros pecados, por vivir en París. Que le aproveche. ¡Hay tantos envidiosos! Sólo debemos juzgar su obra, sea donde fuere escrita.

Pero el asunto no está agotado: ¿hay deberes revolucionarios para el intelectual de América Latina? Digamos ante todo que vivimos una sociedad en revolución. América Latina está embarazada de un niño pantagruelico que comenzó a gestarse en las guerras de la independencia y que aún no ha logrado nacer. En los dolores del parto, la gran nación latinoamericana que no pudo ser en tiempos de Bolívar, San Martín o Artigas, se dirige a constituirse y civilizarse. Como los procesos artísticos o estéticos no son un mero reflejo de la sociedad civil donde cada clase, en cada momento, inscribe sus quimeras, según creía candorosamente Plejanov en su simplificada estética marxista (heredada por las Academias stalinistas), sólo cada tanto tiempo un gran artista, persiguiendo sus propios objetivos da a luz una obra que, como *Cien años de soledad*, recrea con palabras la porción de humanidad que vive en Tierra Firme.

Si García Márquez no hubiera donado a su turno otro premio para financiar un movimiento socialista en Venezuela o no hubiera declarado su afecto por los cubanos, el valor de su obra, a mi juicio, no hubiera disminuido en lo más mínimo. Siempre creí, y así lo puse hace muchos años por escrito, que Manuel Gálvez era nuestro gran novelista, a pesar de algunos aspectos reaccionarios de sus ideas (no de todas). Supongo que no se habrá olvidado el ejemplo de Balzac del que Marx decía que era un ultramontano que escribía a la luz de "*dos verdades eternas: la Religión y la Monarquía*," pero al que su poderosa conciencia de artista había obligado a desenvolver en *La Comedia Humana* un

despiadado análisis de la nobleza y del régimen monárquico. Las ideas políticas del ciudadano privado resultaban vencidas por la verosimilitud irresistible de la obra de arte. El fruto artístico, en resumen, es más importante que la ideología de su autor. Si hay una correspondencia entre ambos, como en el caso de García Márquez, nos encontramos ante un caso excepcional de probidad y genialidad reunidas. Padre de una gran obra e hijo de su tiempo, ¿Qué más podía pedirse a un artista?

La disociación es más frecuente, sin embargo, y resulta bastante más común encontrar intelectuales sin intelecto que han descubierto un atajo hacia el prestigio por medio de sus opiniones políticas favorables a las revoluciones triunfantes. Tal es el caso de los “amigos de la Unión Soviética” en otra época y de los “amigos de Cuba” más tarde. A semejanza de los viejos imperios, que en la década del 30 otorgaban a los intelectuales predispuestos becas y viajes pagos, los Estados Socialistas se vieron luego asediados por una legión que he llamado la del “turismo post-revolucionario”. Naturalmente, el viajero queda maravillado, y hasta apampado y sin una gota de espíritu crítico, si es que alguna vez lo había tenido, ante la generosidad de los Estados. Esto se explica, puesto que el intelectual forma parte de la sociedad en que vive; sus medios materiales de existencia están en relación con dicha sociedad. En los tiempos actuales, de un lado se divisa el bloque del imperialismo; por el otro, el bloque de los Estados Socialistas; y en el campo minado de la historia, América Latina. Es fácil comprender que la ideología implícita de la “intelligentsia” formada en la sociedad semicolonial ha sido siempre la expresión del conformismo espiritual y de sus valores establecidos. Los rebeldes han sido excluidos de ella, como algunos de los hombres del 900 ya citados. La gran mayoría ha podido sobrevivir en los cargos públicos, la enseñanza, el desierto sepia de los suplementos dominicales en los grandes diarios y, los más privilegiados, hasta en los escalones inferiores de la diplomacia.

Nadie ignora cuáles fueron históricamente los valores de esta sociedad oligárquica: una desproporcionada devoción por la cultura europea; propensión al culto de la forma y al bizantinismo literario; exagerada y a veces aberrante obsesión por el lenguaje y sus mecanismos y un no disimulado desprecio por cuanto el lenguaje debe expresar; defensa del intelectual como casta sacerdotal intangible; una oculta pero férrea adhesión al democratismo formal de los partidos pequeño burgueses, partidarios del “status quo”. Y más allá, en el fondo, bien en el fondo, una cobardía extrema hacia la sociedad que los obliga a ser así. Cuanto digo rige genéricamente para la “intelligentsia”, sea de izquierda o de derecha. Hay excepciones en ambos lados.

No olvidaré que en 1940, cuando un agente de Stalin asesinó a Trotsky, un puñado de jóvenes no logramos encontrar ni un solo intelectual, ni siquiera de segunda o tercera, que se atreviera a poner su preciosa firma al pie de un manifiesto condenando la muerte del organizador de la insurrección de Octubre. Yo adquirí en esos días ideas muy claras sobre el coraje de los intelectuales de izquierda. De los de derecha, mas vale no hablar pues ellos no tienen necesidad de fingir. Ese es un mérito que es preciso concederles. Si se realizara un análisis político-literario de la obra de Borges (que conozco en detalle desde las ediciones príncipe impresas por Colombo hasta sus últimos escritos) se encontrarían pruebas a montones de que el poeta capaz de recordar a un familiar que hablando de los Borges decía que todos ellos “*habían nacido del lado bueno del Arroyo del Medio*”, no oculta jamás sus ideas, por más detestables que ellas

sean. Se experimenta cierto alivio moral cuando no hay hipocresía sino sinceridad total en una confesión, por dura que sea.

El malestar moral proviene, en cambio, de la simulación política de ciertos intelectuales, producto de la fragilidad de una sociedad atrasada que impone una verdadera incertidumbre al destino de las clases medias. De ahí las vacilaciones del intelectual, que jamás otorga crédito a la lucha revolucionaria, salvo cuando ésta se ha transmutado en la conquista del Estado. La furiosa reacción de Fidel Castro con motivo del conflicto con Heberto Padilla puso de manifiesto la decepción del caudillo cubano ante esa “intelligentsia” a la que había brindado la Isla durante años sin limitaciones, pero con la que no podía contar en modo alguno. Va de suyo que omito analizar a la “intelligentsia” de los grandes países metropolitanos, pues escapa al asunto que nos ocupa.

Una de las demostraciones de la europeización política de la “intelligentsia” ha sido la dificultad que ha encontrado siempre para percibir la significación del peronismo y en general de las revoluciones nacionales que brotan cíclicamente en América Latina. Comprenden mejor lo más lejano que lo más próximo. En los últimos diez o quince años, “izquierdizan” su incompreensión de Perón, así como hace treinta años teñían con un color “democrático” su hostilidad al mismo movimiento. Pululan los eruditos en Mao, Trotsky y últimamente en Gramsci. Pero repiten los últimos productos de ultramarinos, ya que una cosa es el bonapartismo en el análisis de Gramsci y otra el esfuerzo de repensar el marxismo para entender la íntima complejidad del movimiento nacional, con sus ángeles y dráculas. Trivalidad erudita, o semierudita, nada útil puede aportar a la revolución, ya que las revoluciones, como dice el poeta peruano Leoncio Bueno, se desploman como un torrente que arrastra materias impuras junto al noble metal, muy lejos de las ilusiones de los intelectuales que, como esos codiciosos buscadores de oro del Iquitos, sueñan con encontrar el oro amonedado.

El dramaturgo mexicano Rodolfo Usigli señalaba no hace mucho en *La Opinión* un notable ejemplo análogo en sus compañeros de generación literaria, que se llamaban a sí mismos “generación de postguerra”. Ahora bien, decía Usigli nosotros no hemos tenido una guerra sino una revolución. En lugar de llamarse la “generación de la post-revolución” los amigos de Usigli se decían la “generación de la post-guerra”, como sus colegas de Europa, lugar que era para ellos el escenario donde transcurría la historia. Europeización por la derecha o por la izquierda, el intelectual latinoamericano ya ha sufrido todas las influencias posibles. Ahora le corresponde dejarse influir por América Latina, que tiene mucho que enseñar a todo aquel que quiera oír.

Si hay un deber revolucionario para el intelectual de la América Latina de hoy, consiste en esforzarse por recrear la cultura satélite y en buscar por sus propios medios el rostro y el alma de la Nación despedazada: la revolución exige saber quiénes somos.

8-12-74

II. EL SEXENIO MILITAR OLIGARQUICO (1976-1982)

PORQUE CAYÓ EL GOBIERNO PERONISTA

Las Fuerzas Armadas han derribado el gobierno y ocupado el poder. En 1930, voltearon al gobierno popular de Yrigoyen; en 1943, al gobierno oligárquico de Castillo, en 1955, a Perón; en 1962 al gobierno de Frondizi, votado por los peronistas en forzada opción; y en 1966 a Illia, que había llegado a la presidencia por la proscripción del peronismo con el 20 por ciento de los votos.

Dejemos a un lado las veinte conspiraciones o cuarenta y más “planteos” en ese medio siglo de historia argentina. Semejante regularidad en los pronunciamientos militares indica claramente que la sociedad argentina está enferma. ¿Cuál es la naturaleza de su enfermedad? Simplemente que la Argentina está a mitad de camino entre el capitalismo avanzado tal cual se dió en Europa y Estados Unidos y una estructura petrificada, puramente agraria, comercial y pastoril, típica de una semicolonía disfrazada con un barniz superficial de modernidad. La vieja oligarquía no deja avanzar hacia el capitalismo y la débil burguesía nacional es incapaz de eliminar a la oligarquía. El Ejército se ha hecho intérprete, según las circunstancias y el nivel político de la oficialidad, de uno u otro sector. Pero este dilema histórico-económico ha dado lugar a la aparición de dos grandes movimientos nacionales, el yrigoyenismo y el peronismo. Sus caudillos representaron la ambición legítima de las masas populares, del naciente proletariado, del pequeño empresariado, de los colonos y agricultores, de la clase media vinculada a la burocracia o a las economías provinciales, de crear un país autónomo, con un régimen capitalista próspero y una soberanía inatacable. Pero los grandes caudillos y las clases agrupadas alrededor de ellos fracasaron en ese empeño. Fueron infamados, después de vencidos, por un sistema rapaz integrado por los grandes ganaderos, bolsistas y zánganos, los exportadores, banqueros y capitalistas extranjeros, con una prensa venal a su servicio.

El golpe militar del 24 de marzo reitera este ciclo funesto. Su programa se personifica en Martínez de Hoz, ganadero y director de grandes empresas monopólicas ligadas al imperialismo. Como en otras oportunidades, las Fuerzas Armadas han colocado el poder económico en las manos de los terratenientes y banqueros. Con las espaldas bien guardadas, este grupo se dispone a eliminar todas las medidas protectoras de los derechos obreros y la política nacionalista defensiva, débil sin duda, pero nacionalista al fin, del tercer gobierno peronista. Que el carácter antiobrero y antiburgués de este movimiento militar no ofrece la menor duda, se demuestra por la intervención a la CGT y a la CGE. Para la camarilla de asesores oligárquicos de los comandantes, los obreros y los empresarios industriales despiertan sospechas y merecen una investigación, pero omiten investigar a la Sociedad Rural Argentina, el núcleo de los grandes propietarios latifundistas que constituye el “poder detrás del trono” de la mayoría de los gobiernos antipopulares desde hace más de un siglo. Antes de seguir adelante, hagamos un repaso de los acontecimientos anteriores que nos permita conocer el presente.

Onganía se había propuesto inmovilizar la voluntad popular durante veinte años, esperar la muerte de Perón y dejar al funcionario de Deltec, Krieger Vasena, el control del poder económico. Pero la conmoción nacional marcada por el “cordobazo” y los acontecimientos similares en Corrientes, Tucumán, Catamarca, Mendoza y el resto de la República, demostraron bien a las claras que los argentinos habían llegado al límite extremo de su paciencia con la dictadura militar. La caída de Onganía y Levingston obligó al Ejército a sacar las conclusiones de tales hechos y convocar a elecciones. La primera de ellas, el 11 de marzo, tuvo aspectos ilegítimos, pues excluía a Perón de sus derechos a participar; la segunda, el 23 de setiembre fue totalmente democrática, ya que no lo excluía. El regreso de Perón coincidió con un florecimiento de las ilusiones más exageradas de un sector de la juventud de la clase media, que pretendía ver en el anciano caudillo al retorno de su prolongado exilio, una versión idealizada de un jefe socialista dotado de todas las virtudes y de los propósitos más audaces. Para esta juventud, hija de los gorilas que habían execrado y desterrado a Perón, semejante devoción por el enemigo de sus padres escondía de algún modo un latente antiperonismo puesto que si Perón no satisfacía tales esperanzas, sin duda los padres gorilas habían tenido razón. Pero como Perón no había sido nunca ni pretendía ser en su vejez un revolucionario socialista, sino un nacionalista popular, la decepción fue proporcional a la ilusión: una minoría de esa juventud de 1973 se volvió rápidamente antiperonista, se alió con las juventudes “democráticas” (radicales, comunistas, cristianos) e integró la izquierda cipaya hasta formar un fantasma sin masas llamado Partido Auténtico. Un pequeño sector de esa juventud pasó a engrosar los grupos terroristas que con su acción criminal han contribuido durante los últimos tres años a facilitar el acceso al poder de las Fuerzas Armadas. El resto de esa juventud, que era la aplastante mayoría y que en la hora dorada de Càmpora había pasado al campo nacional quedó atrapada en un mortal movimiento de pinzas: la única opción entre los grupos terroristas montoneros y el terrorismo oficial de López Rega era el abandono de la acción política y es justamente lo que hizo.

Perón, por su parte, volvía al país en crisis con sus propias ilusiones, desmentidas luego por los hechos. Gracias a la segunda guerra mundial, el país pudo sustituir las importaciones de artículos extranjeros y desarrollar su industria, facilitando así la formación de una importante clase obrera y de una pequeña y mediana burguesía industrial nacional. La Argentina, como todos los países semicoloniales, lograba ciertas formas de crecimiento sólo a través de las dificultades financieras o militares de los grandes imperios que tradicionalmente la sojuzgaban. Las divisas acumuladas durante la guerra permitieron a los dos primeros gobiernos de Perón desarrollar una política popular, mantener altos salarios, construir obras públicas, repatriar la deuda externa, etc. Esas divisas se agotaron y hacia 1955, cuando la oligarquía intocada por Perón observó las primeras dificultades del régimen, dividió al Ejército y con la ayuda de todos los partidos, desde el conservador hasta los comunistas, lo derribó. A su regreso, veinte años más tarde, Perón declaraba que para arreglar la economía del país hacía falta un acuerdo entre los partidos y los capitales procedentes de Europa. Pero en 1973, a diferencia de 1946, el país, lejos de ser acreedor, era deudor.

Los partidos “democráticos”, directa o indirectamente, se habían encargado de aumentar esa deuda a lo largo de 18 años de gobierno de Lonardi, Aramburu, Frondizi, Guido, Illia, Onganía, Levingston y Lanusse. No podía esperarse en modo alguno que

los capitales extranjeros concurriesen a dotar a la Argentina de capitales para volverla grande e independiente. Por lo demás Perón volvía del destierro viejo y enfermo. Fue rápidamente rodeado de un heterogéneo círculo de leales honrados y de corrompidos, éstos últimos ávidos de poder y dispuestos a aprovecharse hasta el último minuto de vida del caudillo de todas las achuras del gobierno próximo. Nada más lejos de los propósitos ambiguos de esta banda que impulsar a Perón a cualquier forma de lucha contra el poder mundialmente establecido. Pero si los capitales no provenían del exterior, como pensaba Perón, la Argentina debía permanecer sumergida en sus crisis cíclicas, dependiendo eternamente de sus exportaciones tradicionales, de carnes y granos, sujeta a la variación de los precios fijados por Europa, despojada internamente de esa renta agraria por los parasitarios terratenientes o especuladores del comercio exterior.

¿Acaso no había alguna manera de romper el círculo vicioso? Al no poder acumular más capital por medio de otra guerra mundial, como en 1943-45, que había permitido a Perón realizar su gran política, ¿Debió el país renunciar a la prosperidad y los trabajadores a una vida digna?

¿Es que nuestro país era “pobre en capitales”, como se decía? Nada era más falso. La Argentina tenía y tiene capitales para crecer rápidamente. Las gigantescas riquezas potenciales y manifiestas son:

Las grandes empresas de capitales extranjeros residentes en el país, muchas de las cuales se han constituido en realidad con capital del Estado, mediante facilidades crediticias, impositivas y aduaneras, y cuya inversión, cuando existe, ha sido pagada varias veces por las remesas de beneficios, royalties, intereses, comisiones, coimas y exportación ilegal de ganancias.

Los grandes latifundios improductivos, en particular en la Patagonia y en la región pampeana, que no pagan impuestos, no aumentan en un cuarto de siglo una sola vaca al plantel de la ganadería argentina y acaparan millones y millones de dólares anuales procedentes del mercado interno y de la exportación, fuera de los robos gigantescos probados por la investigación parlamentaria en la CAP;

La comercialización (exportación-importación) constatemente fraudulenta, que arrebató al Estado millones de dólares anualmente.

La evasión impositiva de la mayor parte de las empresas nacionales y extranjeras, que priva al Estado de cuantiosos recursos para pagar su personal y emprender obras públicas;

El contrabando sistemático, mediante la complicidad de parte del sistema policial del Estado, que extrae del mercado interno valores muy considerables.

Ni siquiera podría decirse que la expropiación por el Estado de estos recursos revestiría un carácter socialista, sino meramente patriótico, como lo ha demostrado el Ejército en Perú al llevar a cabo medidas análogas.

Allí están para comenzar, capitales enormes que una revolución nacional podría emplear en beneficio de toda la Nación. Que el peronismo ya no podía emprender esa tarea se demuestra al considerar el intento del General Perón de apadrinar el proyecto de Ley Agraria que establecía un régimen impositivo gradual para los latifundios improductivos. Dicho proyecto fue bloqueado por los senadores terratenientes del propio peronismo en el Senado (Romero, Maya, Cornejo Linares y otros) con el apoyo

de los senadores radicales no menos reaccionarios y terratenientes. Como si fuera poco, tal proyecto, que era notablemente moderado, fue rechazado por la CGT. Para no ser menos, la filial de la CGT en Santa Cruz condenaba por esa misma época, la idea de nacionalizar las gigantescas estancias de la Corona Británica en el Sur argentino.

Cuando Perón volvió al país en 1973, y cuando comenzó su gobierno en ese año, el gran movimiento del 45 ya evidenciaba signos de agotamiento y decadencia. El caudillo no sólo se veía impedido de poner orden en sus propias filas, de depurar a la CGT de algunos de sus más contumaces y corrompidos burócratas, de reorganizar a la juventud peronista impregnada de estudiantes tan soberbios como cipayos- que no eran ni peronistas ni socialistas- sino que tampoco podía hacer marchar y aprobar un modestísimo proyecto de ley agraria. Esto no podía imputarse a la ancianidad de Perón, o a la camarilla rasputiniana que lo rodeaba, pues de otro modo la historia sería muy sencilla de explicar, atribuyendo sus vicisitudes a las meras cualidades personales de sus héroes y sus villanos. De algún modo, la ancianidad de Perón y la corte burlesca de los Frank Nitti que la adornaban, reflejaban la crisis profunda del peronismo. Pero la crisis del gran movimiento de masas era a su vez la consecuencia de que el parasitismo de la sociedad oligárquica no había logrado, a lo largo de treinta años, ser eliminado por los gobiernos peronistas.

Esto mismo había ocurrido anteriormente con el radicalismo. En tanto estos grandes movimientos nacionales, cada uno de los cuales había suscitado el fervoroso apoyo de las masas, vencía a la oligarquía en elecciones pero no suprimía su base social, como una verdadera revolución podía y debía hacerlo, la oligarquía insurrecta terminaba siempre por arrojarlos del poder y el movimiento nacional se precipitaba hacia una crisis mortal. El carácter inconcluso de la revolución peronista condenaba al movimiento que la había inspirado a la impotencia, al fraccionamiento o a la muerte. De las masas peronistas y de sus sectores más revolucionarios depende que las banderas del 17 de octubre no sean arriadas, sino impulsadas hacia delante y entren al gran camino del socialismo, para que su triunfo, en la próxima batalla sea inexpugnable.

La renuncia de Càmpora, que el FIP había indicado mucho antes como el deber de cualquier candidato electo el 11 de marzo, facilitó el camino del triunfo de Perón el 23 de septiembre. En esta última oportunidad nos negamos a apoyar al sector más burocrático del movimiento obrero, a la burguesía nacional expresada por Gelbard, o a los aliados conservadores del Frejuli, en la persona de Frondizi, y así lo expresamos en una entrevista con Perón donde acordamos con el General apoyar su nombre pero en Boleta propia con la consigna: **"Vote a Perón desde la izquierda."** En nuestra boleta podía leerse: **"Liberación y Patria Socialista."** Nunca estuvimos en el Frejuli, no votamos por Càmpora y votamos por Perón el 23 de septiembre, con boletas del FIP, que merecieron el apoyo de 900.000 argentinos. Pero el haber rehusado siempre cargos y honores del gobierno peronista y haber mantenido sistemáticamente una posición independiente, fue parte de nuestra conducta política, que puede completarse diciendo que sostuvimos el gobierno votado por el pueblo contra la oligarquía enfurecida y señalamos el carácter pèrfido de los viejos partidos comenzando por el radicalismo de Balbín y sus aliados "progresistas", "demócratas" o "izquierdistas", que sólo esperaban los tropiezos del peronismo para saltarle a la garganta y apoderarse del poder, con o sin ayuda militar. Pero así como el peronismo, por su debilidad histórica no logró hacer la

revolució nacional, el conjunto de sus adversarios de los viejos partidos se propuso y se propone impedirle a toda costa.

Perón pronunció su último discurso el 12 de junio. En esa ocasión anunció que su único heredero era el pueblo. Sin embargo, al morir el 1° de julio la banda de astrólogos y gangsters se apoderó del poder inmediatamente y excluyó al movimiento peronista de las decisiones capitales. La presidente fue un mero instrumento fantasmal del astrólogo y ese hecho tan grotesco como trágico, simbolizó mejor que nada la impotencia del movimiento peronista para reconducirse hacia nuevos horizontes. Todo el peronismo dirigente (los senadores y los grandes burgueses, los altos dirigentes gremiales, los diputados y los gobernantes) se preguntaban que mal rayo había partido al peronismo para recibir tanta desgracia. Toda la ciencia política de los sectores más influyentes del peronismo se redujo durante los últimos años a cavilar sobre qué método era mejor que otro para “separar a la presidente de su círculo.” A nadie se le ocurrió que la presidente era inseparable de su círculo simplemente porque ella lo había elegido y porque ese círculo representaba su visión personal del país y del peronismo.

Pero ese espectáculo del gobierno de Isabel, con todo su ridículo patetismo, y su lejano rabadomante emitiendo instrucciones por teletipo de Madrid, no era sino la expresión de que la muerte del caudillo había desencadenado rápidamente la crisis que la gran autoridad de Perón postergaba. En otras palabras, la incapacidad de los dirigentes peronistas para realizar la gran misión que le habían encomendado las masas el 23 de septiembre. El pueblo comprendió claramente que el conjunto del movimiento peronista se mostraba paralizado para orientar la política del gobierno en la dirección deseada.

Había cierta altanería y hasta un desprecio velado de la mayoría de los jefes políticos y gremiales del peronismo por la inteligencia y perspicacia del pueblo, análogo al que sienten por las masas los enemigos declarados del campo oligárquico. Pero no todos los dirigentes gremiales ni políticos del peronismo pueden ser incluidos en un juicio tan severo, del mismo modo que no todos los estudiantes o sectores de la clase media deben ser calificados como “cipayos”. El país, en la nueva etapa que muy pronto se abrirá, debe prepararse para reunir bajo las grandes banderas del 17 de octubre y del socialismo a unos y otros sectores a fin de superar en la lucha los dolorosos episodios del pasado.

En los momentos en que la dictadura de los banqueros y los terratenientes vive la hora de su restauración analicemos brevemente la política económica y social que el peronismo, pese a todo, logró establecer a lo largo de 36 meses. Durante el período de Perón y Gelpi, la ocupación obrera aumenta, mejora el salario real, se amplían las obras públicas, se establecen pactos comerciales con países del área socialista, se reorienta la política impositiva para gravar la improductividad y se nacionalizan los depósitos bancarios poniendo en manos del estado la orientación del crédito, restringiendo sus beneficios a los monopolios extranjeros. Al mismo tiempo, se pone en vigencia la Ley de Contrato de Trabajo, que constituye una poderosa defensa legal para los derechos de los obreros y de las mujeres que trabajan, perpetuamente olvidadas. Asimismo, se decreta la nacionalización del comercio interno de combustibles, que aspira a arrebatar a los monopolios petroleros más de 300 millones de dólares anuales que los argentinos pagan por el consumo de nafta, kerosene y gasoil, decreto que solo es cumplido a medias tanto por la resistencia de las empresas petroleras como por la

debilidad del gobierno de Isabel para hacer aplicar su propio decreto, asunto sobre el que guardaban caritativo mutismo los famosos charlatanes del petróleo como Silenzi, Balbín y aliados, así como la prensa petrolera del género de “La Opinión”, órgano de los Cíes Service y de la Banca Loeb. Sin embargo, todo este conjunto de medidas, es paralizado en parte al morir Perón por el astrólogo máximo López Rega, sobre todo aquellas medidas ligadas al sistema de acuerdos con el área socialista. La aparición de Rodrigo anuncia una tentativa contrarrevolucionaria y antiperonista que pone al gobierno y a Isabel al borde del abismo. Este viraje es contrareestado por la espontánea concentración popular del 27 de junio en la Plaza de Mayo, que origina la caída de López Rega la homologación de los convenios laborales que Isabel pretendía rechazar y que introducen un rayo de esperanza en el peronismo anonadado. Los dirigentes sindicales, que carecían de influencia real ante la clase obrera, puesto que en su mayoría procedían de la CGT bendecida y protegida por la dictadura de Onganía, al presenciar las manifestaciones populares no provocadas por ellos, se apresuraron a utilizarlas. En nombre de ellas presionaron sobre la presidente para obtener la homologación de los convenios. De ese modo, reconquistaron cierta parte de la confianza perdida ante las masas. El peronismo pudo, al mismo tiempo, alimentar la creencia de que la presidente podía ser influida por el movimiento. El ministro Cafiero así pareció confirmarlo. En ese momento la atmósfera se purificó, se supuso que las bandas de las AAA formadas por el astrólogo serían desarmadas y que el peronismo recobraría el sentido nacional y popular de sus orígenes. Pero la caída de López Rega alarmó profundamente a la oligarquía y a los partidos sirvientes. Mientras duró el delirio estatal del astrólogo, que pretendía construir una nueva Bizancio en el Ministerio de Bienestar Social- al que llegó a incorporar la venta de kerosene y la perrera- la “unión democrática” de partidos, prensa y banqueros sonreía satisfecha, porque advertía que bajo la mirada extraviada del astrólogo el gobierno peronista corría hacia su pérdida. Pero cuando el mundo empolvado del viejo régimen advirtió que con Cafiero se ensayaba una política de “peronismo racional” se lanzó al ataque. En seis meses derribaron a Cafiero. Este último, por temor a la oligarquía, no había puesto a las fuerzas de seguridad del Estado a custodiar los precios y enviado a la cárcel a los especuladores y ladrones del comercio mayorista, los ganaderos, matarifes y abastecedores. Todo el sistema comercial del país, desde las grandes empresas a las pequeñas, se consagró a practicar el contrabando, el ocultamiento de mercaderías, el agio y el aumento de precios, con el preciso objetivo de derribar al gobierno, exactamente en la misma forma que lo hicieron las clases sociales semejantes contra el presidente Allende en Chile y exactamente como el FIP lo había denunciado, anunciado y prevenido a los espantados dirigentes peronistas que no sabían qué hacer con el poder.

Lo único que se le ocurrió hacer a la presidente y al peronismo, que ya había perdido la brújula por completo, fue llamar a Mondelli, que intentó una política parecida a la de Rodrigo. En otras palabras, la última línea del gobierno fue una tentativa de aplacar a la jauría oligárquica, a las grandes empresas y al FMI. Pero los enemigos no podían ser aplacados. Habían oído el pánico que invadía al peronismo y no cesaron en su bandidaje económico, que llevó a los precios por las nubes y amenazó con desarticular el sistema económico del país. De ahí al golpe de Estado no había ni un paso. El primer paso lo dieron los aviadores con sus proclamas fascistas de diciembre. El segundo, los terroristas en Monte Chingolo. El tercero, noventa días después, las tres

fuerzas armadas. El gobierno peronista agonizaba cuando justamente el justicialismo, en la figura de Bittel, se reunía con una espectral multipartidaria, a la que rehusó asistir el FIP, para deliberar con los radicales, comunistas, intransigentes y cristianos sobre la mejor manera de que nada cambiase. El final no podía ser más miserable y más alejado de las masas que habían derrotado a la oligarquía en 1945 y derribado a la dictadura militar a partir del cordobazo. Puesto que al fin y al cabo, las Fuerzas Armadas solo culminaron lo que los antiguos partidos, la infame oligarquía y las bandas terroristas habían buscado obtener con distintos métodos: la caída de un gobierno elegido por el pueblo.

El gobierno militar ha designado Ministro de Economía a Martínez de Hoz. ¿Quién es este caballero? Es Presidente de Acindar (capital yanqui) y ex director de la CAP, acusada por una Comisión del Congreso Nacional de haber defraudado al Estado en millones de dólares por subfacturar exportaciones y guardar los dólares sobrantes en Bancos del extranjero. Asimismo es director de la ITT, director de la Italo Argentina de Electricidad y gran ganadero. Sus primeras medidas fueron dirigidas a dismantlar todas las normas legales e institucionales establecidas por el peronismo y que protegían la economía argentina.

El “moralismo” característico de las campañas oligárquicas para derrocar los gobiernos populares en América Latina, reviste en este caso un carácter abiertamente cínico. ¿De modo que para depurar el aparato del Estado de una banda de rateros y a los sindicatos de algunos dirigentes corrompidos, las fuerzas armadas se han sustituido a la voluntad soberana del pueblo e instalado en el poder a un clan de ladrones internacionales? La moral pública de los que estafan al Estado en materia impositiva, de los ganaderos que exportan por medio de la CAP y arrebatan dólares a la República ¿Será custodiada por Martínez de Hoz y su clase social, beneficiaria de tales actos?

Martínez de Hoz y este gobierno constituyen una tentativa de realizar el programa incumplido de la Revolución Libertadora de clase media como con los trabajadores. Es un gobierno que nadie podrá salvar de una ruina completa. Los terroristas pueden estar satisfechos: han contribuido a que la dictadura militar se adueñe momentáneamente del Estado. Pero en las propias fuerzas armadas, que monopolizan el poder político, se ha entablado ya una ardua polémica. A diferencia del Ejército peruano, que se enfrentó a la oligarquía terrateniente, liberó a los indios y estableció una economía de estado, el Ejército argentino ha restituido todos sus privilegios a la caída oligarquía y se ha erigido en gendarme del pueblo argentino, arrebatándole sus derechos y libertades. La voluntad de las masas populares puede ser burlada o postergada, pero nadie duda, y la historia así lo ha probado, que termina por imponerse.

Ni el terrorismo contrarrevolucionario, ni los mandos pro-oligárquicos del Ejército, ni los jefes corrompidos que traicionaron al peronismo, ni los partidos de la decadencia, tendrán cabida en el porvenir de la patria. El socialismo del FIP, unido a las divisas de las grandes patriadas nacionales, como la del '45, señala la ruta a seguir.

Buenos Aires, abril de 1976

DE LA CRISIS ARGENTINA A UN FRENTE PATRIOTICO

La decisión de las Fuerzas Armadas de suprimir por decreto la actividad de los partidos no supone ni podría suponer la prohibición de la reflexión política sobre los dramáticos problemas nacionales.

Si acertamos en el diagnóstico, habremos dado un paso hacia la elección de los remedios adecuados. La respuesta más trivial, a nuestro juicio, sería la de responsabilizar al poder militar del actual estado de cosas, o transferir la culpa de la banarrota a los gobiernos del General Perón, de la señora Isabel Perón o, más lejos todavía, a los gobiernos militares anteriores. Del mismo modo, señalar a Martínez de Hoz y su grupo de comerciantes en dinero como autores del descalabro, es una tentación a la que resulta difícil sustraerse.

Se trataría en tales casos de culpas personales o de grupo, de desgracias caídas del cielo, de errores de tal o cual gobierno, o como algunos dicen, de que los civiles son débiles y corrompidos y los militares soberbios e ignorantes. Basta recordar a un eminente civil, dos veces presidente de la República, como el Dr. Yrigoyen, o a un gran militar y estadista como el General Perón, para admitir que civilismo o militarismo nada tienen que aportar al debate. Las causas de la crisis son más hondas pero no son misteriosas o difíciles de descubrir. Nos hemos propuesto plantear sus términos en el presente documento que sometemos a la crítica de las fuerzas nacionales y de las personalidades independientes que puedan y deseen abrir un debate para reencontrar el rumbo perdido mediante la constitución de un gran Frente Patriótico.

Fundamos esta propuesta en la convicción de que la difícil situación económica, política y social de la Argentina es el resultado presente de un proceso iniciado hace mucho tiempo y que puede describirse como la ruptura de Europa con la vieja factoría pampeana. Hablando en general, esa vinculación con el mundo externo permitió en los últimos cien años, desde Roca a Isabel Perón, construir el Estado argentino moderno. Pero eso ya es cosa del pasado. El proteccionismo del Mercado Común Europeo, verdadera fortaleza inexpugnable, ha expulsado literalmente a la Argentina de Europa, nuestro tradicional continente comprador y vendedor, nuestra “vieja amiga”. A lo dicho se añade que la irrupción de EE.UU., elevó los rindes agrícolas a tales niveles óptimos en comparación con la producción y productividad de la Argentina que ha concluido con nuestra jactanciosa condición de “granero del mundo.”

Pues nuestro país no ha seguido de cerca esos saltos hacia la técnica agropecuaria. Por el contrario, ha permanecido cristalizado en el atraso. En otras palabras, la fertilidad natural de la gran pradera, que permitía competir ventajosamente en el pasado, ha sido sobrepasada por la inversión tecnológica gigantesca realizada por las grandes potencias. Al prescindir de nosotros y de nuestros productos, europeos y norteamericanos se abroquelan detrás de un rígido proteccionismo, industrial y agrario. Nos encontramos al cabo de un siglo, en fin, con la desaparición de aquellos lazos anglo-argentinos que permitieron un gran desarrollo de la economía de los puertos y praderas contiguas. Sostenida por esa estructura, la Argentina creó una sociedad, un tipo especial de clase media, un régimen de partidos políticos, una conducta de consumo europeizante, una industria liviana y hasta una literatura anglófila.

Pero tales instituciones, hábitos y formas de vidas se fundaron en las exportaciones agrarias a Europa y su contrapartida comercial. Ahora bien, la fuerza motriz de tal crecimiento y tal sociedad ha desaparecido. La Argentina se encuentra de alguna manera en alta mar y sin rumbo. Si en la primera etapa importaba productos industriales para nuestro mercado interno, en la época de Perón se empleaban las divisas para impulsar la industria liviana y hasta se comenzó a construir la industria pesada con el plan del General Savio. Pero ese delicado mecanismo ha estallado, por las razones brevemente señaladas.

La Argentina ya no puede ligar su destino a una Europa que la rechaza. Pero tampoco puede proyectar con EE.UU. relaciones estables, pues las economías de ambos países son competitivas y no complementarias, razón por la cual la Argentina en su comercio con EE.UU. ha sido siempre compradora y deudora y jamás vendedora y acreedora.

La desaparición de Europa de nuestro horizonte histórico, en resumen, es un hecho de tal trascendencia, que nos costará un gran esfuerzo adaptarnos a la idea de que una nueva época se abre para nosotros. Desde la terminación de las guerras de la Independencia y el comienzo de las exportaciones en 1880, el país volvió sus espaldas a América Latina, se encogió de hombros ante su drama y su desesperante pobreza y encontró sumamente confortable la idea porteña y litoraleña que éramos al fin y al cabo europeos (y blancos puros, lo que estaba por verse). Sin embargo, para una parte de la Argentina, esa idea no era insensata. Se fundaba en hechos sólidos. Al establecerse una complementación entre la Argentina y Europa, el país se vio favorecido, por lo menos en sus clases altas, los estratos medios de origen inmigratorio y una parte de su incipiente clase obrera industrial, por el desarrollo de las grandes ciudades, transportes y comunicaciones, puertos, escuelas y teatros. Saltaba a la vista la tajante diferencia entre la Argentina y sus hermanas harapientas de la América Latina.

Esa parte decisiva de la sociedad argentina se había articulado y complementado con Europa tan profundamente que una reciente investigación revela ¡todavía! Su incompreensión y hostilidad hacia la creación del mercado común latinoamericano.

Según un estudio realizado en 1974 por un investigador de la Fundación Bariloche¹ el 86 por ciento de los jefes militares consultados en la encuesta se oponían a la unidad y al mercado común latinoamericano; el 67 por ciento de los dirigentes políticos, asimismo, se mostraron hostiles a ese objetivo y análogamente el 64 por ciento de los empresarios (nacionales y libreempresistas). Los asombrosos resultados de esta encuesta, revelaban por el contrario, que el 62 por ciento de los dirigentes sindicales y el 50 por ciento de los altos funcionarios del Estado eran partidarios del mercado común en América Latina. Estas cifras arrojan una viva luz sobre la sociedad argentina, más allá de la fraseología “Sanmartiniana” de muchos que se oponen en los hechos a las ideas de San Martín.

Estábamos a mitad de camino entre la atrasada América Latina y la avanzada Europa, aunque se creía que, de todos modos, estábamos mucho más cerca de esta última. Es que, en realidad, nos encontramos todavía a mitad de camino entre una economía industrial autónoma y el atraso del latifundismo agrario, la intermediación

¹ Edgardo R. Catterberg. Profesor e investigador de Ciencia Política del Departamento de Sociología de la Fundación Bariloche. “Actitudes de la élites argentinas hacia la creación y el desarrollo del Mercado Común Latinoamericano”, “Boletín de Integración” (INTAL)p. 105-1974

colonial y una verdadera conciencia de nuestro destino histórico. Es cierto que nunca llegamos a ser una colonia, como algunos de los infortunados Estados Latinoamericanos. Nos conformamos con ser una semi-colonia, de algún modo próspera. En raros momentos de esa historia, con el triunfo del yrigoyenismo y del peronismo, nos manejamos con independencia política. Pero aún durante la gestión de los gobiernos peronistas, resueltamente partidarios de la industrialización, el fundamento de ese impulso protector de la industria nacional reposaba en las exportaciones agrarias a Europa y no en el aumento, diversificación y transformación de las materias primas agrarias, proceso al que se oponía con el poder colosal de su inercia el latifundismo improductivo en manos de una oligarquía ociosa. Por esa resistencia oligárquica resultò imposible a Peròn aumentar la producción y tecnificar el campo. Los ganaderos compraban tractores para aprovechar las exenciones impositivas y los metían en los galpones, donde envejecían sin usarse.

Jamàs pudo llevarse a cabo el proyecto de una gigantesca planta de Productos químicos para el campo, nacido en YPF y Fabricaciones Militares y ahogado en el Banco de la Nación, destinado a fertilizar y proteger la sanidad vegetal a bajo costo, para equiparar los rindes agrícolas a los de Europa y EE.UU. Se perdieron los viejos mercados mientras la población argentina crecía y la producción agraria permanecía congelada en las cifras de 1929. Idéntico proceso se verificaba en la hermana República del Uruguay, con resultados análogos. No sólo nos distanciábamos de los niveles de vida europeos, sino que disminuía en términos absolutos y relativos nuestra importancia económica frente a México, Venezuela y Brasil. La orgullosa Argentina del Centenario se hundía rápidamente en el abismo negro de una crisis sin retorno.

¿Cómo asombrarse entonces de los golpes militares y del terrorismo, de la desesperanza y la emigración técnica, de la inestabilidad política y de la perplejidad general? Al perder su horizonte, un sector de las clases medias, que de algún modo había gozado de los privilegios relativos a esos vínculos con Europa, advirtió presa de espanto que sus hijos derivaban hacia el terrorismo, conmovidos y perturbados por la decadencia paulatina del país y el empobrecimiento incesante. Bajo la forma de una especie de demencia social, el terror cubre de sangre los últimos años de la vida nacional. Y cuando hay terror, siempre el contraterror emplea los mismos medios de aquellos y los multiplica. Toda la sociedad argentina, de ese modo, se enferma de miedo. Miseria creciente, terrorismo ciego, caída de los gobiernos populares, destrucción del salario del obrero, escepticismo generalizado, eclipse de las ideas nacionales y, finalmente, como tiro de gracia, la irrupción de una àvida camarilla de banqueros y terratenientes succionan la savia vital del país. Esta camarilla de financieros y especuladores ha instrumentado a las Fuerzas Armadas para realizar una política exactamente opuesta al propio interés profesional y patriótico de esas Fuerzas Armadas. A estas últimas les aguarda un amargo desengaño.

Pues como corolario de esta crisis que arranca de un lado del quebrantamiento de nuestros lazos con Europa y, del otro, de la inercia oligárquica para aumentar la producción, viene a añadirse la descarada política de Martínez de Hoz y de gran parte de la prensa contra el papel rector del Estado en la economía argentina. El eje de la propaganda y acción de Martínez de Hoz reposa en tres pilares:

- a) desacreditar el papel del Estado.
- b) bajar el nivel de vida de los asalariados y dividir el movimiento obrero.

c) arruinar a los empresarios nacionales.

Sin embargo, resulta evidente que esa interesada campaña al servicio del interés extranjero, dirigida desde el Ministerio de Economía, carece de toda consistencia que no sea el cinismo, que en ciertos personajes es lo único consistente. El Estado Nacional es el principal y frecuentemente el único sector productivo en un país semicolonial o relativamente atrasado. En nuestro país (igual que en México, por ejemplo) es el que ha creado las industrias básicas y las administra con eficacia (Fabricaciones Militares, la Armada y la Aeronáutica argentina). Se trata del único factor poderoso en un país cuya clase empresaria nacional es demasiado débil para enfrentar al capital extranjero subordinándose a él. Un sector de los empresarios demostró en la época de Gelbard que más le interesaban sus negocios personales que el interés nacional y probó, de alguna manera, que el calumniado Estado Nacional, con sus funcionarios permanentes, es el único capaz de restablecer el equilibrio de la economía argentina frente al gigantesco poder mundial de los grandes Estados y sus multinacionales. Es cierto que dentro del aparato del Estado y sus empresas nacionalizadas existen numerosos agentes de grupos privados que sabotean su funcionamiento. Esto es así por razones históricas que omitiremos aquí en detalle y que son bien conocidas. Baste recordar el espionaje industrial en el mundo moderno, las intrigas de la CIA, la corrupción de las multinacionales para obtener contratos, la actividad criminal de los monopolios petroleros, a fin de comprender que fuerzas se ocultan detrás de la campaña actual contra el Estado argentino, conducida desde el mismo estado y entender también algunas de las causas que provocan defectos en su funcionamiento. Suponer que la CIA, la Standard Oil y otras empresas internacionales actúan delictuosamente en el mundo entero menos en la Argentina, es creer que los niños vienen de París en el pico de una cigüeña.

Es preciso ratificar categóricamente que todo lo importante y productivo que existe en la Argentina lo ha creado el Estado o la iniciativa argentina, desde el primer ferrocarril que funcionó con ganancia, como el Oeste, hasta la siderurgia, el gas, la moderna red telefónica, la flota mercante, la aviación comercial, la producción de petróleo y carbón, los astilleros navales, los diques y represas, etc. Si los ferrocarriles argentinos adolecen de déficit, es preciso recordar que constituye la pesada herencia inglesa, cuyos dueños habían dejado de reinvertir en la red ferroviaria muchos años antes de que fuera nacionalizada.

Los enemigos del pueblo argentino, sin embargo, han desatado una ofensiva impúdica contra el Estado. Esto no significa que no sea una necesidad urgente reordenar su estructura y racionalizar y agilizar su marcha, mediante la introducción de la computación en todo su sistema global de diligenciamiento, a fin de disponer de mano de obra calificada para transferirla a otras esferas de la vida nacional. En definitiva, el Estado es la principal palanca de crecimiento de la economía argentina. De ahí la importancia de reafirmar, frente al silencio o al meditado olvido de muchos, la vigencia de la única Constitución legítima vigente, votada por el pueblo argentino, que confiere al Estado un rol preeminente. Se trata de la Constitución de 1949, cuyos redactores recibieron mandato para declarar inalienables e imprescriptibles los derechos de la Nación sobre las riquezas del subsuelo. Olvidar la Constitución de 1949 es como olvidar el 9 de julio de 1816 o el 17 de octubre de 1945: son fechas desnudas de toda retórica. Brillan en ellas los jalones de conquistas esenciales que el pueblo argentino

debe defender. Son ejemplares y preparan a nuevas hazañas en el largo camino hacia un país soberano y civilizado.

Pero ninguna constitución bastaría, por buena que fuese, para que la Argentina reemprenda su marcha si no adquirimos la conciencia profunda de que romper con Europa, que nos ha cerrado sus puertas para siempre, nos obliga a volver a nuestros orígenes. Ahora debemos recorrer de nuevo el camino de San Martín, Artigas y Bolívar. Dicho de otro modo, el destino latinoamericano de la Argentina está a la vista. Hemos dejado de ser, por fin, y bajo la fuerza de los hechos, una provincia europea, rica, despreocupada y frívola. La historia presente nos incita y nos obliga a librar con los Estados de la América Latina una nueva campaña de emancipación, esta vez económica, cultural y política.

Hemos perdido los privilegios de la pampa húmeda. El gran sistema del puerto de Buenos Aires ya no interesa a Europa. Sólo atrae a unos pocos europeos, “financistas de aventura”, amigos de Martínez de Hoz, que pescan a río revuelto y que mañana gozarán su largo invierno en las playas de las Bahamas, donde no hay extradición.

Los ingleses ya producen su propia carne. Nos dejaron los Shorton, los Hereford, los Aberdeen Angus, cuyas carnes gordas ni ellos mismos, ni el mundo desean. ¿Quién puede soñar hoy con el mercado de Smithfield? Tal sueño es, de alguna manera, arcaico como Borges, el último inglés del Plata, cuyas torpezas seniles contra los hijos del pueblo resultan tan exóticas hoy como el desaparecido mercado británico. Al dejar de existir el núcleo motor del crecimiento argentino, que fue en el pasado la relación con Europa, la Argentina se encuentra ante un solo camino. Es el de recrear su economía, sus mercados y sus vínculos con la Patria Grande. Ya no se trata de expresar una nostalgia por San Martín o los planes bolivarianos en el Congreso de Panamá. Esta perspectiva, fundada en los hechos, es la respuesta lógica que debemos formular ante el proteccionismo del Mercado Común Europeo y de EE.UU. (ejemplo obvio, pues si los fuertes protegen su mercado interno, con mucha más razón deben hacerlo los débiles). Esta incorporación de la Argentina a la economía de la América Latina implica, del mismo modo, que es preciso rechazar las pérdidas generadas por el intercambio desigual, características de las transacciones entre los países de producción primaria y los países imperialistas o avanzados. Hay que luchar para evitar el drenaje del trabajo argentino en los intercambios con los países centrales. De ahí la importancia de ingresar al Pacto Andino, de poner término al conflicto con Chile y negociar una unión ganadera, de impulsar análoga política con el Uruguay, además de construir el Salto Grande, de canalizar el Bermejo y colaborar con la explotación del Mutùn enlazándonos fraternalmente con Bolivia, de estrechar vínculos con el Paraguay, además de Yaciretá y de establecer un acuerdo de gran alcance con el Brasil. El Brasil no es sólo la Casa de los Braganza y de Lord Ponsonby, sino que es el Brasil de Abreu e Lima, general bolivariano, el Brasil de la Inconfidencia, el Brasil industrialista y popular de Vargas, el Brasil de los oprimidos y sufrientes. El acuerdo sobre Corpus e Itaipù estrechará de tal modo ambos Estados que será de mutuo interés borrar el antiguo antagonismo, alimentado secularmente por el extinto Imperio británico. Las grandes obras aludidas, algunas en construcción, se convertirán en pilares formidables de la interdependencia latinoamericana, sobre cuyos cimientos brotará la unidad.

Pensamos que la Argentina debe realizar un enérgico esfuerzo para remodelarse a sí misma, proyectarse hacia América Latina y rehacer esta enmohecida sociedad de

terratinentes, financieros e intermediarios. La tarea es inmensa pero cabe señalar que el propio gobierno militar, empíricamente, a los tropezones, tironeado por encontrados intereses y sin clara conciencia del conjunto del problema, está de todos modos, impulsando esta perspectiva latinoamericana.

¿Qué prueba más elocuente se requiere para demostrar que la tendencia hacia la reconstitución de la unión latinoamericana surge como una necesidad de la historia? Por lo demás, es preciso puntualizar que si la oligarquía de Martínez de Hoz necesita a una parte de las Fuerzas Armadas para maquinar una contrarrevolución, el pueblo argentino debe aliarse estrechamente a la mayoría de las Fuerzas Armadas para completar la revolución iniciada en 1810, tantas veces burlada por los parásitos que encuentran a Martínez de Hoz a su más notable intérprete. Las Fuerzas Armadas deberán resolver, en algún momento, que camino elegirán en definitiva.

En el momento presente, la liquidación de las bandas terroristas ha dejado al gobierno militar sin un programa definido y cumplida la misión que se impuso. En realidad, el verdadero fundamento del gobierno nacido el 24 de marzo de 1976 residía en la proliferación del terrorismo, que se extendía como un cáncer en el país, al margen del pueblo. Pero nadie le ha conferido al gobierno de las Fuerzas Armadas mandato alguno para resolver los complejos problemas económicos, sociales y políticos de la Argentina de hoy, y mucho menos para respaldar a un grupo casi familiar de banqueros cuya moralidad e interés particular es rechazada por todo el país. Si persiste por ese camino y se compromete más aún con la oligarquía, el gobierno militar tenderá a desintegrarse en facciones antagónicas y a enfrentarse entre sí, como ha ocurrido otras veces y como sin duda ocurrirá de nuevo.

A dos años y medio del pronunciamiento militar, recordaremos que cualesquiera fueran los errores y debilidades de la Presidente Isabel Perón, su mandato era incuestionablemente popular y legítimo; sólo el pueblo, en las elecciones proyectadas para 1976, podía juzgar a la mandataria. En cuanto al movimiento obrero, ha mantenido en este periodo una encomiable dignidad. No es preciso estar de acuerdo con éste o aquel dirigente sindical para reconocer que los trabajadores han obtenido tres grandes victorias en medio de la derrota y de la retirada general. La primera fue la reafiliación en masa a los sindicatos, ante la decepción de los reaccionarios que se prometían la indiferencia obrera ante sus organizaciones. La segunda fue la negativa de los dirigentes a concurrir a Ginebra en 1977. La tercera fue el discurso del delegado obrero argentino ante la OIT este año, en el que describió, de modo sereno y descarnado, el estado del país.

Si los trabajadores han sufrido los embates de la política de saqueo del salario real, la inteligencia argentina, los profesionales, los maestros, los científicos, los especialistas en las más modernas disciplinas, han sido arrinconados, aplastados, humillados y de algún modo expulsados del país. Aunque no toda la emigración es de carácter político, sin duda que reviste un carácter social. Esto equivale a decir que la contracción de la economía por los banqueros y la reacción cavernícola en el campo de la cultura ha dejado sin lugar a la inteligencia nacional, que no puede estudiar, ni trabajar, ni sobrevivir en el país. La mayoría sin embargo, ha permanecido aquí, para luchar aquí. ¿Quién ignora que los intelectuales tienen empleos ajenos a su profesión, así como muchos obreros calificados han bajado a tareas marginales o estacionales?

Hemos atravesado la nube contaminante de una gran pesadilla: hay bancarrota industrial, desocupación, tristeza y decepción. Pero las gigantescas fuerzas políticas y morales del pueblo argentino están intactas. Es preciso comprender que estamos al final de una época. Nadie salvará a los argentinos, sino los argentinos mismos. Al entregar estas reflexiones a la crítica ajena no pretendemos abarcar todos los problemas, ni toda la verdad, ni nos envanecemos de atesorar todas las respuestas. Solo aspiramos a promover una discusión que tenga como meta la formación de un gran Frente Patriótico de las fuerzas nacionales para la construcción de una Nueva Argentina.

Incurriría en un error grave quien pretenda seguir adelante sin analizar el pasado. Los últimos gobiernos del general Perón y de Isabel Perón también tuvieron sus luces y sombras. Examinar las causas por las cuales el gran patriota y su movimiento fueron derribados dos veces por la más inepta y anacrónica oligarquía de que se tenga memoria, es una tarea insoslayable de todas las fuerzas nacionales, sean o no peronistas. La participación directa del pueblo en el gobierno político del Estado será la mejor forma de garantizar una genuina democracia política, económica y social. Las banderas de una Patria libre, justa y soberana ya no pertenecen solo a los peronistas, sino a todos los hombres de bien. Pero hay que examinar las causas por las cuales la oligarquía pudo vencerlas. Analizar para obrar, pensar para echarse a andar. Ese es el propósito de este documento. No hay apuro electoral alguno. Pero la Patria exige saber a donde vamos. Y a ella nos debemos.

Buenos Aires, octubre 2 de 1978

CARTA AL DOCTOR SEBASTIAN SOLER

Buenos Aires, 7 de setiembre de 1979

Dr. Sebastián Soler
Capital Federal

De mi consideración:

En la "Voz del Interior" del 2 de setiembre del corriente año, Ud. afirma que "Perón es un delincuente común" y que aunque "no predica el fusilamiento de los peronistas... debe decirse claramente la verdad y salir de este estado de confusión." Para que no dude nadie del significado de sus palabras, alude al ejemplo de Alemania Federal, que adoptó la vía del progreso gracias "a que no puede haber partido hitlerista en Alemania." Dice muchas cosas más, del mismo nivel intelectual y elevación moral, pero me limitaré a las tres citadas.

He dejado pasar algunos días antes de dirigirle la presente carta, pues esperaba que algún peronista, indignado por tales afirmaciones, le saliera al paso. Pero como esto no ha ocurrido, y como reputo un verdadero escándalo dejar en la impunidad tales atrevidos juicios, he resuelto contestarle yo, aunque no fui ni soy peronista, pude

considerarme amigo del General Peròn, por quièn votè en setiembre de 1973, cierto es que con la boleta de mi partido, el FIP (Frente de Izquierda Popular).

Que usted hombre de derecho, penalista y ex Procurador de la Corte, defina al General Peròn como “delincuente comùn”, no puede ser un juicio de valor, moral o juridico, por lo insensato. Solo puede ser fruto de una pasiòn no científica, de una pasiòn ciega, hasta, si se quiere, de una pasiòn senil. En realidad, se trata de un insulto deliberado, maligno y calumnioso, no sòlo a Peròn, sino por lo menos a 7.500.000 argentinos que votaron por èl, aùn no siendo muchos de ellos miembros de su partido y sin haber gozado, ni antes ni después, empleo pùblico, canonjía o representaciones parlamentarias, pues las rechazamos todas, ya que nuestro voto tenìa el carácter de un principio. De este insulto le pedirè cuenta, Dr. Soler, en el juicio por calumnias e injurias a la memoria de un gran muerto, me dispongo a iniciar en la justicia.

Pocos estadistas han sido reelegidos en la Argentina para el cargo de Presidente. Roca lo fue dos veces, lo mismo que el Dr. Yrigoyen. El General Peròn lo fue tres veces, caso ùnico en la historia nacional. Un delincuente comùn no habria merecido tal confianza de la mayoría de los argentinos, a menos que esa mayoría, de algùn modo, tambièn estuviera formada por delincuentes comùnnes, o por masas con ciertas propensiones a la delincuencia. En algùn sentido, esa era la idea del Dr. Ramos Mejía, que así veía a las “multitudes argentinas”, título de su famoso libro, cuya barbarie patològica, aquerenciadora de caudillos, habria sido el resultado de la herencia mestiza y del ambiente vicioso. De esa ciencia, tan ingenua como perversa, ha bebido ud. y la generaciòn del liberalismo oligàrquico a que pertenece. Pero es una antigualla doctrinal que ahora le sirve a ud. como pretexto para injuriar de una vez a todo un pueblo. Se permite ud. añadir que “no predica el fusilamiento de los peronistas”, expresiòn por lo menos tan ambigua y sospechosa como serìa una afirmaciòn mía de que yo no predico el fusilamiento de los penalistas.

Ud. es màs claro cuando señala que habria que proceder con los peronistas como se procediò en Alemania con los nazis después de la guerra. Es decir, impedirles constituirse en partido y participar en las elecciones. La analogía entre la Alemania imperialista y la Argentina semi-colonial es maliciosamente falsa. Mientras que la Alemania hitlerista se proponía sustituir a Inglaterra y otras potencias en el dominio del mundo colonial, del que Alemania estaba excluida, la Argentina pertenecía justamente a ese mundo subyugado por Inglaterra y el peronismo se propuso, aunque no pudo lograrlo por entero, emancipar al país de toda tutela imperial, inglesa, alemana o la que fuere. Al mezclar ambos conceptos, ud. procede como un hábil abogado, pero no como un hombre de Derecho, que debe hablar derecho.

Por lo demàs, para serle completamente franco, sobre ud., como hombre de Derecho, reina un escepticismo general. (No sè si alguien lo habrà enterado por fin).

Voy a refrescarle la memoria en beneficio de la juventud de hoy, que necesita conocer tanto el pasado reciente como el remoto. La característica de los “valores consulares” como ud., segùn cierta jerga de la vieja Argentina, es que reaparecen exactamente cuando un gobierno popular es sustituido por un gobierno militar. Justamente cuando la Constitución y las leyes corrientes dictadas por un Congreso dejan de funcionar, ud. adquiere estado pùblico y aliento de vida. Pero ud. no hace su reingreso a la escena para defender la Constitución, sino para justificar su violaciòn. Esto bastaria para desconfiar sobre la sinceridad de su vocaciòn por el Derecho, si los

argentinos no supieran que el sistema oligàrquico siempre ha empollado juristas de su tipo, especialmente para estas ocasiones. Un gobierno de fuerza no puede pasarse sin un guardaespaldas jurídicos que se las sepa todas. Y ud., ni pintado.

Estoy seguro, que a esta altura de mi exposición, que ud. arde en deseos de saber hasta donde alcanza mi memoria. Se lo dirè inmediatamente, Dr. Soler. Ud. fue Procurador de la Corte en los felices tiempos en que era Ministro del Interior y Justicia el Dr. Eduardo Busso. Este limpiò la judicatura y empleò en ella a todos sus amigos. Por pura casualidad, Busso era dueño de un imponente bufete de abogado, donde se diligenciaban juicios colosales, como el cèlebre “affaire” del armador Vlasov. El abogado Luis Acuña se batiò a duelo con Busso, pues lo acusò de que los jueces que habìa nombrado como Ministro le “arreglaban” los juicios que tenia como abogado.

En esa època, dicho sea de paso, se fusilaba bastante: el General Valle, el Coronel Cogorno, el Coronel Irigoyen y otros, para no hablar de la masacre de obreros en el basural de Josè Leòn Suárez. Era otro proceso, el llamado proceso de la Revoluciòn Libertadora, al que ud. se habìa prendido con uñas y dientes hasta alcanzar la procuraciòn de la Corte Suprema.

Una vez allí, entre ud. y Busso, en yunta, hicieron cosas para recordar. Los ilustres juristas, “maestros del Derecho”, volvieron la Constitución como un guante, cierto es que viejo y gastado y establecieron, para asombro perpetuo de los alumnos de la Facultad de Derecho, la aprobaciòn a la confiscaciòn de bienes, que prohíbe expresamente el artículo 17 de la Constitución; luego, inventaron el “derecho revolucionario”, que autoriza a un gobierno de facto a todo, menos a tocar los jueces amgos; en tercer lugar, aceptaron con el corazòn alegre las comisiones especiales o investigadoras, para perseguir peronistas, tambièn prohibidas en el artículo 18 de la Constitución; cuarto, ud. sostuvo la sublime doctrina de la inversiòn de la prueba. Esto quiere decir que, al contrario de la norma jurídica, es el acusado quien debe probar su inocencia, en lugar de que el acusador pruebe su culpabilidad ¡Què travesuras, Dr. Soler, y a su edad! Pero su currículum no termina aquí.

Ud. Apoyò al Juez Federal, Dr. Botet, para extender la jurisdicciòn de su Juzgado desde la Capital Federal hasta Tierra del Fuego. De este modo querìa tenerlos a los presos peronistas de 1956, John Cooke, Jorge Antonio, Càmpora y otros, suspendidos en el frio polar hasta que “aprendieran”. A eso se llama tener odio. Cuando el mismo grupo de perseguidos huyò por el sur y se refugiò en Chile, el gobierno de la Revoluciòn Libertadora lo contratò a ud. para que cinchara junto con los letrados chilenos y obtuviera la extradiciòn de sus compatriotas. Pero se ve que Chile le gustò y en 1974 viajò de nuevo, ocasiòn en que elogiò las normas jurídicas del General Pinochet.

Su olfato es infalible, Dr. Soler. Y su odio no duerme. Pero su lengua es demasiado larga. Ahora que la presidente constitucional està presa e inerme, ahora que otra Comisiòn Especial, igual a las que ud. admitiò en otro tiempo, acaba de confiscarle sus bienes, la herencia de su marido. ¿Por què no organiza ud. un Homenaje a la Constitución Nacional en el Teatro Colòn? Hasta los bomberos del teatro aplaudirían su elocuencia, sus afeites, su ciencia y su maquillada retòrica. Yo tambièn estaria en el paraíso aplaudiendo. Porque tengo la convicciòn de que toda comedia termina alguna vez y tambièn que los villanos que hay en toda comedia, no prevalecerán sobre la patria. Lo saludo

Jorge Abelardo Ramos

PD-En momentos de dar a publicidad esta carta, el Dr. Raúl Bercovich Rodríguez, Ex interventor Federal en Córdoba del gobierno constitucional de la Señora Isabel Perón, publica en la prensa de esa ciudad una carta donde refuta su última ocurrencia, Dr. Soler: que solo habrá elecciones cuando se termine la inflación.

DE LA RESTAURACION OLIGARQUICA A LA REVOLUCION NACIONAL

A más de tres años del pronunciamiento del 24 de marzo de 1976, resulta imperioso trazar un balance del régimen militar. La crisis del país abarca todas las esferas y puede compendiarse en los siguientes puntos:

1- Ha desaparecido el régimen constitucional y el Estado de Derecho, sustituidos por tres comandantes que se declaran a sí mismos la fuente del poder supremo, como en tiempos del Rey Español;

2- La economía y las finanzas han caído en manos de una camarilla de banqueros y financieros sin escrúpulos, que sólo atienden la opinión de la banca extranjera y que ha empujado a la mayoría del pueblo argentino a los límites del subconsumo y del hambre;

3- La soberanía económica de la Argentina, sin la cual toda soberanía territorial es ilusoria, marcha hacia una abierta condición semi-colonial, propia de los “enclaves” asiáticos, a cuyos regímenes los actuales gobernantes proponen como modelo de sociedad;

4- Los partidos y tendencias políticas han sido inmovilizados; oficialmente se niega al pueblo como matriz de soberanía y se cuestiona su madurez política para adoptar decisiones; ha dejado de existir la libertad elemental de reunirse, discutir y publicar las “ideas sin censura previa”; la inviolabilidad del domicilio que establece la Constitución Nacional en su artículo 18 es una frase vacía, como la misma Constitución, incensada por el liberalismo oligárquico que hoy usurpa el poder. Destruídas las organizaciones terroristas, según afirma el gobierno, no hay indicios de que las libertades argentinas vuelvan a regir sin pretexto alguno para vulnerarlas.

5- Ha desaparecido el derecho a huelga, la agremiación automática de los trabajadores a los sindicatos, prohibida por decreto la Central Obrera (pero no las centrales empresarias), despojados los sindicatos de las Obras Sociales creadas por su esfuerzo. Los delegados y dirigentes son apresados sin orden de ningún juez, cuando no despedidos por listas negras. Gran parte de la legislación obrera ha sido anulada, las asambleas obreras han sido prohibidas, lo mismo que el derecho a reunión. Los derechos de las mujeres trabajadoras son desconocidos. La conciencia obrera de su propia fuerza potencial, de su unión y su misión histórica es más fuerte que nunca, pero las organizaciones han sido aplastadas por el poder militar al servicio de los capitalistas y negreros.

6- La ley 1420 de educación obligatoria y gratuita es inexistente, resulta un recuerdo borroso la Universidad autónoma y crítica, así como el gobierno de las Universidades por profesores y estudiantes. La inmigración está detenida, como la tasa de natalidad, mientras sube la tasa de mortalidad infantil y la emigración aumenta. El país tiende a convertirse en una República de ancianos. Para desalentar aún más la nupcialidad, no hay viviendas para pobres y la derogación de la ley de alquileres conduce a desalojar a aquellos que no pueden ser propietarios ni pagar altos arriendos.

A esto puede llamar el gobierno militar la defensa de la familia cristiana. A su vez, la cultura, en todas sus manifestaciones, està reprimida por una censura torpe y castradora fuera de època. La incompetencia reina por doquier, en nombre de la eficiencia. La usura, como industria fundamental, domina el panorama;

7- La represiòn contra el terrorismo ha excedido dichos limites y abarcado sectores diversos que nada tuvieron que ver con los grupos terroristas. Fuera de las miles y miles de detenciones injustificadas, incluyendo a dirigentes y afiliados de nuestro partido y de otros (aùn de partidos conservadores) deben mencionarse los incontables casos de personas desaparecidas. Entre ellos figuran los compa˜eros del FIP, Doctor Rodolfo Gallardo y su compa˜era Dra. Nora Peretti ambos de San Francisco, Còrdoba, del joven Molinillo, de Santiago del Estero y Juan Domingo Fernàndez delegado de un ingenio tucumano. Los dos primeros secuestrados de su domicilio pocos dıas despuès del 24 de marzo de 1976, Molinillo desapareciò mientras cumplia su servicio militar y Fernàndez al finalizar su jornada de trabajo. El contraterrorismo superando al terrorismo, ha ahondado la angustia de la sociedad argentina.

8- La política exterior no ha quedado menos desmedrada por la ausencia de política nacional, sin cuya visiòn totalizadora no puede haber políticas particulares correctas. Tomemos dos ejemplos. El vicedecano de Gran Bretaña, al pasar por Buenos Aires procedente de las Malvinas, declarò que el règimen democràtico de que gozan los malvinenses bajo el dominio inglès podria ser un modelo a seguir por la Argentina para su propio uso. La Chancillería permaneciò muda ante el insulto. En el mismo sentido, mientras EE.UU. desafiaba al Tercer Mundo afirmando que no respetaria sino las tres millas marítimas en las costas de los restantes paıses y que sus naves “se defenderian”, el Ministro argentino Pastor, declaraba ese mismo dia a Vance, secretario de Estado de los EE.UU. que la Argentina veia en la potencia del Norte, al líder del mundo occidental que la Argentina sentia como suyo. Hacia mucho tiempo que un gobierno argentino no exhibia tal servilismo frente a las grandes potencias.

¿QUIEN ES EL RESPONSABLE?

Nada seria màs simple que señalar como autor exclusivo de esta situación al Ejército como hacen algunos, ni nada màs complaciente que despojar a las FF.AA. de toda responsabilidad, para atribuirse la solamente a la camarilla de Martínez de Hoz, como hacen otros. No hay duda que la responsabilidad es conjunta, pero recaer en la vieja alternativa de que los civiles son corrompidos y los militares ineptos, deja a un lado la cuestiòn fundamental: la causa del estado actual de la Argentina recae en la sobrevivencia de las clases dominantes. Dicha lacra orgànica y sesquicentenario està integrada desde 1955 con nuevos socios. La rosca antinacional se articula con los siguientes elementos:

- A) Los grandes latifundistas de Buenos Aires.
- B) Las empresas extranjeras “líderes” (llamadas “multinacionales” por error, pues son “nacionales” de sus respectivos paıses imperialistas, que las respaldan) radicadas en la industria y de carácter monopòlico.
- C) El gran comercio paràsito de intermediaciòn, importador y exportador
- D) La banca extranjera y nacional, con sus paralelas financieras.

E) La gran prensa comercial tradicional.

En las luchas del pasado, a la rosca oligàrquica se agregaban una constelación de partidos políticos minoritarios, de amplias capas de clase media beneficiadas por las peculiaridades de la penetración imperialista y de la intelectualidad, que hacia la parte del bufòn en la tragedia nacional. Pero la crisis de las relaciones entre la Argentina y Europa, muy a la vista ya en tiempos de Onganía, hizo estallar por los aires esa alianza. La oligarquía està sola, sostenida únicamente por el poder militar. Pese a todo, esta rosca ha tenido fuerza suficiente para jaquear todas las tentativas de Revolución Nacional emprendidas hasta hoy, desde Yrigoyen a Peròn. Este hecho no necesita ser demostrado: està confirmado cien veces por la historia viva que todos los argentinos conocen.

ANTES DEL 24 DE MARZO

No es esta la oportunidad para juzgar nuevamente el significado del gobierno presidido por la Señora Isabel de Peròn. Ya lo hemos hecho en oportunidad de su derrocamiento y no tenemos razón alguna para rectificarnos.

Sòlo diremos aquí que el origen de ese gobierno era un pronunciamiento inequívocamente popular, cuya fórmula triunfò por más de 7.500.000 votos. Cerca de un millón de esos votos provinieron de las boletas del FIP bajo la consigna de "Vote a Peròn desde la izquierda." La entrevista que los dirigentes del FIP sostuvieron antes de las elecciones del 23 de setiembre de 1973 con el General Peròn permitiò conocer el pensamiento del ilustre caudillo en el sentido de que el justicialismo y la izquierda nacional del FIP tenían muchos caminos comunes que recorrer. Pero la gran significación del formidable triunfo fue oscurecido 48 horas más tarde con el asesinato de Rucci, Secretario General de la CGT, realizado por la banda de asesinos que ya había victimado a otros dirigentes obreros, como Vandor, Alonso, Klosterman. De este modo se procuraba impedir, retacear y dificultar la victoria popular. Los grupos terroristas, que, como en Italia, habían sido fundados por notorios fascistas, ahora adoptaban frases de "izquierda" o invocaban su condición de "peronistas" para enmascarar mejor sus infames provocaciones antinacionales y antiobreras.

En los primeros 18 meses de gobierno constitucional se produjeron más actos terroristas que en los 18 años anteriores de proscripción de las mayorías nacionales. Es que las fuerzas sociales y secretas que respaldaban a los terroristas eran más poderosas que los grupos armados que la servían. De este modo, el gobierno de Isabel debió enfrentarse al mismo tiempo con el terrorismo y con la hostilidad del sistema oligàrquico. Es cierto, no obstante, que tales causas no pueden ocultar las debilidades de dicho gobierno. Quien no examine los errores o faltas del pasado, muy probablemente volverà a incurrir en ellas en el futuro.

DURANTE EL GOBIERNO DE ISABEL

Al no avanzar, la Revolución Nacional se viò obligada a retroceder. Así, la Presidente Isabel autorizò el Plan Rodrigo, que era una anticipación del Plan de Martínez de Hoz y que respondía al propósito de complacer y pactar con el Fondo Monetario Internacional, controlado por EE.UU. De aquí se derivò un empuje irresistible de la inflación, que afectò el nivel de vida de los asalariados. A su vez, las

organizaciones obreras reaccionaron exigiendo nuevos convenios cuya homologación fue rechazada por la Presidente y sus asesores. Simultáneamente la rosca oligárquica, a la que se agregó el comercio mayorista, mediano y minorista, y en general todo el sistema económico, inició un boicot al gobierno que sólo concluyó el 24 de marzo del año siguiente con el golpe militar. Este boicot consistió en remarcar las mercaderías cotidianamente o en ocultarlas en depósitos clandestinos. En suma, se organizó en todo el país un gigantesco mercado negro. La gran prensa reflejó con regocijo maligno el caos planificado. Y el gobierno no se atrevió a adoptar las medidas de policía autorizadas por la ley. De esta manera, hasta la Sociedad Rural, núcleo central del parasitismo pampeano, se atrevió a desafiar al gobierno de Isabel llamando a un paro agrario. Esto ocurría justamente al día siguiente de establecerse una tregua social de 180 días, a cuyos infractores se había previsto sancionar con penas de cárcel. A la impotencia del gobierno, que no sancionaba a los perturbadores de guante blanco y alma negra, se añadía la audacia jactanciosa de la oligarquía y el comercio, que hacían del agio el negocio de cada jornada. Por su parte, la presidente consumía su tiempo en negociaciones agotadoras con las diversas ramas del movimiento peronista, antagónicas entre sí.

Isabel vetaba en esos días el proyecto de ley que ampliaba a la mujer argentina la patria potestad. Y su ministro de Economía negaba al Presidente de YPF el apoyo oficial necesario para emplear la fuerza pública contra los representantes de los monopolios petroleros Esso y Shell. Estos monopolios se resistían a entregar sus libros de comercialización de combustibles, de acuerdo a lo establecido por el gran decreto firmado por Isabel, que nacionalizaba las ventas de combustible en el mercado interno. La oligarquía y los enemigos del pueblo se frotaban las manos ante las dificultades del gobierno. ¿A qué seguir? Todas las medidas populares del gobierno peronista y sus avances nacionalistas eran neutralizadas por la ausencia de una voluntad directriz, las intrigas palaciegas, la descomposición del movimiento en el poder.

En el Senado, un grupo de parlamentarios conspiraba para reemplazar a la Presidente con el apoyo de los partidos adversarios del peronismo y las cumbres del Ejército. Otro sector formado por senadores terratenientes, también peronistas, se reunían en comisión, indiferente al giro dramático del proceso político, para cuidar sus vacas y sus campos de la amenaza esbozada por el impuesto al ocio, concebido por la ley agraria de la secretaria de Agricultura. Este proyecto había sido aprobado en vida por el Presidente Perón.

Pero debe quedar en claro que el golpe militar no se produjo porque la Presidente Isabel no se resolvía a marchar resueltamente hacia la Revolución Nacional, sino, por el contrario, porque encarnaba en ese momento, a pesar de todas sus vacilaciones, a la inmensa fuerza popular que la había elevado a cumplir esa tarea. No la derribaron por lo que tenía de malo, sino por lo que tenía de bueno. Una vez más las FF.AA. se convertían como en 1930 y 1955, en el brazo armado y ciego de la oligarquía decrepita. ¡Una vez más!

Tres años después de su derrocamiento, la Presidente constitucional de la Argentina, la primera mujer que en América ha desempeñado tales funciones, continúa detenida, sin haber cometido delito alguno, a disposición de la Junta Militar, como el testimonio de que se castiga en ella al mandato popular que la llevó al poder. Y como si esto no fuera suficiente una Comisión especial acaba de confiscar sus bienes, la

herencia de su marido (acto prohibido expresamente por el artículo 17 de la Constitución Nacional). Como se ve el odio no descansa.

Por el contrario, ninguna mujer ha sido destacada por el gobierno militar para desempeñar tarea alguna de relevancia en el aparato del Estado, la diplomacia o la función pública. De la Presidente constitucional para abajo, las mujeres no existen para el gobierno militar, como no sea para la cocina, la escuela o el dormitorio, según una oscura triada de origen germánico. Decía el viejo Fourier que el grado de emancipación de una sociedad determinada puede medirse por el grado de emancipación que haya logrado en ella la mujer.

LOS IDUS DE MARZO

Ya mucho antes del golpe militar el país había ido sumiéndose en una sombra profunda. La euforia del triunfo había durado muy poco. La enfermedad del Presidente Perón y las bandas de asesinos de uno y otro lado, alentaban a la oligarquía sobre la posibilidad de un hundimiento general del régimen popular. Por su parte, las FF.AA. habían asumido el control, en escala nacional de la lucha contra el terrorismo, mediante la Ley de Seguridad de 1975 que colocaba bajo la jurisdicción militar la actividad represiva. De este modo y bajo el gobierno de Isabel las FF.AA. dispusieron de todos los instrumentos legales para emplear su fuerza al margen de la gestión política del gobierno. De este hecho resulta inexacto el argumento esgrimido para justificar el pronunciamiento del 24 de marzo, esto es, que el derrocamiento del gobierno legítimo era el requisito para poner fin al terrorismo.

La presencia de las FF.AA. al frente del gobierno ofreció dos aspectos nuevos a la cuestión:

A) la desaparición de múltiples bandas irregulares, de variados orígenes, privadas o paraestatales, que sembraban indiscriminadamente el terror, en nombre del contraterror.

B) La adopción oficial, por parte de las FF.AA. de la responsabilidad por las operaciones contraterroristas.

Desde el asesinato del general Aramburu en 1970, de a poco e irresistiblemente, en medio de las continuas crisis y sobresaltos políticos y económicos, la Argentina había ido hundiéndose en un pantano de horror cotidiano. Un testimonio de esa época trágica lo ofrecían las estadísticas diarias sobre el número de asesinatos políticos publicados por los diarios “La Prensa” y “La Opinión”. Los innumerables secuestros y crímenes cometidos contra industriales y militares (Sallustro, Born, Samuelson, el General Sánchez, el General Cáceres Monié, el Almirante Quijada y muchos otros); los atentados realizados con una técnica propia de la CIA (asesinato del General Cardozo, asesinato del Jefe de Policía, Comisario Villar, etc), así como de políticos destacados, como el Dr. Mor Roig, ex ministro del Presidente Lanusse o de prominentes dirigentes sindicales como los ya nombrados Vandor, Rucci, Alonso, Klosterman, etc. Para no referirnos a centenares de asesinatos cometidos en las personas de agentes de la policía o miembros de las fuerzas de seguridad de baja graduación por las bandas terroristas, de que daba cuenta la prensa diaria, dió lugar al ejercicio de la “contrainsurgencia” o “guerra sucia”, según la han llamado los especialistas. Esta réplica aplicada con toda la fuerza del estado, llevó la represión más allá de los miembros de los grupos incriminados. Abarcó a miles de víctimas, muchas de ellas inocentes de toda actividad

terrorista, entre detenidos sin proceso, muertos, torturados o desaparecidos. De este modo, una sociedad enferma, que manifestaba su síntoma en terror y el contraterror, trazaba en sus convulsiones un círculo infernal.

LOS ORIGENES DEL TERROR

A explicar esta tragedia, que todavía envuelve a la Argentina, acudieron toda suerte de hipótesis, pseudo-sociológicas unas, pseudo-políticas otras.

Unos dicen que la “violencia trae la violencia”; otros que era fruto del “sistema”; otros, en fin, que se trataba de una conspiración “marxista” o de una conjura del “extremismo internacional”. Sea para justificarlo o para condenarlo, el ejercicio del terror ha dado lugar a todo género de divagaciones. En cambio, la práctica del contraterror admite pocas variantes interpretativas. Pero la importancia que adquirió esa pesadilla es de tal magnitud que exige una explicación más seria que las señaladas. Si se considera que la clase media de origen universitario y algunos sectores provenientes de la iglesia jugaron un papel decisivo en la conformación de los grupos terroristas podrá entenderse el siguiente análisis.

Digamos en primer término que a nuestro juicio habría cuatro causas concurrentes para explicar la aparición de la “acción armada” en la Argentina, derivada en terrorismo, las que debidamente combinadas por una coyuntura precisa le “imprimieron carácter” en la década del 60 y del 70:

La crisis estructural de la vieja sociedad agraria, que expulsada del mercado europeo, fue incapaz de apoyar el programa industrialista del peronismo y asegurar un destino próspero a las clases medias profesionales;

El giro o “aggiornamiento” de la Iglesia, que en la era de las revoluciones nacionales y coloniales se tornó hacia América Latina y desencadenó, sin proponérselo, en los curas jóvenes y el laicado católico una honda crisis espiritual y política;

La revolución cubana, que con el apoyo inicial de Estados Unidos y el apoyo final de la URSS, no sólo inició una marcha hacia el socialismo, sino que en virtud de su inmadurez y su desconocimiento de la realidad de América Latina, difundió un recetario universal para hacer revoluciones cuyo plato fuerte era la guerrilla. La tesis justificadora, consistía en la abstracta posibilidad de que si no existían condiciones objetivas para practicarla, estas condiciones podían “crearse”. Este cándido voluntarismo tuvo consecuencias trágicas.

La larga serie de golpes militares y restauraciones oligárquicas que cerraban el camino del poder al pueblo en la Argentina. Desde 1930 a 1976 se han sucedido en la Casa de Gobierno 21 presidentes, a un promedio de 28 meses por presidente. Desde 1930 solo pudo votarse libremente tres veces, en 1946, 1952 y septiembre de 1973; Tres veces en medio siglo!

LA JUVENTUD DE LAS CLASES MEDIAS

Los efectos políticos y psicológicos de tales acontecimientos difícilmente podrían ser exagerados. Fueron devastadores. En la Argentina coincidieron con la crisis moral del mundo contemporáneo, la adoración del becerro de oro, la sed de poder, la sádica tortura y las sórdidas intrigas de las policías secretas, la opulencia descarada en contraste con la indigencia más inverosímil, la autoridad fundada en la fuerza en

detrimento de la inteligencia, la soberbia de los grandes estados ante los países débiles, la atroz segregación racial, la hipocresía jurídica enmascarando la persuasión de las armas, en fin, la vigencia de la amarga verdad de Martín Fierro-“**la ley es como el cuchillo que no ofende a quien lo maneja**”- y, en último análisis, el espectáculo de la humanidad actual bajo el dominio de un orden social poco digno de respeto y acatamiento.

La juventud del mundo había percibido esa descomposición del sistema de valores de Occidente, el fatigado Occidente al que adhiere con su asombroso anacronismo el régimen militar argentino, y no tenía hacia él más que desprecio. Y aunque el régimen interior del bloque socialista no merecía por su parte gran devoción por su notorio burocratismo, en el espíritu de la juventud se dibujaba confusamente la idea clásica del socialismo, es decir de la aspiración de construir un orden social nuevo para el sufriente género humano y sus clases desposeídas. Esa idea tenía y tiene hoy un intenso magnetismo.

A la luz de esa época y para circunscribirnos a nuestro país, agobiado por una dictadura intermitente, cuyo más reciente capítulo había empezado en 1966 y cuyo jefe circunstancial proclamaba roncamente que no podría realizar su inescrutable programa sino en 10 o a lo sumo en 20 años ¿Quién se asombrará de los bruscos estallidos de cólera del pueblo? ¿es que alguien podría admirarse en 1969 cuando la multitud salió a la calle, no sólo en Córdoba sino en todas las ciudades y pueblos de la República, en protesta contra el régimen militar?

Ningún agitador o grupo solitario pudo reivindicar la responsabilidad de tal marea humana. Ni siquiera los partidos políticos, ni aún el peronismo. Al Comendador lo había matado Fuenteovejuna, como en el drama de Lope, el pueblo todopoderoso e innumerable. Ante tales acontecimientos, en el país y en el mundo, pareció hasta cierto punto natural que la juventud de las clases medias rompiera con el pasado. Dominada por un profundo desencanto a principios de la década del 70, hastiada de todo lo aprendido, que sólo deseaba olvidar porque estaba desmentido por la vida, una parte considerable de la juventud derivó hacia el peronismo, antaño execrado por sus padres. A tal crisis, correspondía también cierto grado de furiosa irracionalidad, que cobró su presa. Así, entre esa corriente que se deslizaba bulliciosamente hacia el movimiento nacional, cobró forma un pequeño sector proveniente tanto del catolicismo de los Seminarios y de los Colegios Mayores, de los Liceos Militares y aún de los partidos de izquierda conformista más tradicional que se plegaron a la “acción armada”, al “guerrillerismo”, para perderse finalmente en el puro terrorismo.

Resulta imposible rastrear las causas que determinaron en nuestro país la aparición de los grupos terroristas sin descubrir una profunda decepción en los valores religiosos del pasado y en una democracia siempre violada; en un fraude político incesantemente renovado, que no podía comprender una izquierda eternamente europea; el porvenir era más incierto y la sociedad cada día más prohibitiva. En resumen, se vivía en un régimen donde los privilegios de una minoría de grandes ricos eran cada día más fuertes. Pero los futuros terroristas procedían en su mayor parte de la “gente decente” de la mediana burguesía argentina; y se transformaron en “vengadores” sin dejar de ser “elitistas”. Miraban al pueblo desde arriba y a lo lejos.

Cuando el peronismo subía al poder, desde la ilegalidad los grupos terroristas se sumergían en la clandestinidad para atacar más libremente contra el gobierno elegido

por el pueblo. ¡Vaya revolucionarios! La oligarquía y sus abogados percibieron muy rápidamente todo el partido que podían sacar de la acción terrorista, lo que venía como anillo al dedo a los planes imperialistas de derrocar al gobierno constitucional. Pero no solo la oligarquía alentó al terrorismo. La perfección técnica de muchos atentados y los ejemplos recientes en los complots para asesinar a los chilenos Leterier en Washington y el General Prats y su esposa en Buenos Aires, sugieren que algunos servicios secretos como la CIA, por ejemplo, podrían haber infiltrado tales grupos. Algún día se sabrá que componentes extranjeros intervinieron para agravar más aún el drama vivido por los argentinos.

EL PLAN PARA UNA PEQUEÑA ARGENTINA

Las debilidades y desfallecimientos del movimiento nacional en el poder facilitaron la conspiración de la oligarquía para derribarlo. Producido el 24 de marzo, destruidos los grupos terroristas, que habían sido la mayor justificación para el pronunciamiento, el equipo de Martínez de Hoz apareció en escena con un programa armado de todas sus piezas, largamente pensado y elaborado, que puso en ejecución ante la complacencia militar, en cuanto ocuparon los ministerios. Desde entonces cundió en la opinión pública, a medias paralizada y a medias entumecida, la idea errónea de considerar los actos del presente gobierno militar tan sólo a la luz de su política económica y a Martínez de Hoz como al villano de la comedia. Nada es más inexacto. Con el respeto debido, no hay que hablar mal del chanco sino de quien le da de comer. Y como dice el propio Martínez de Hoz y lo ratifican los principales jefes militares, el plan económico y social es de las FF.AA. No tenemos ninguna razón para desmentir a dichos voceros.

Del mismo modo que le corresponde al general Lanusse y a los comandantes de su tiempo la responsabilidad de haber designado a la Reina de Inglaterra árbitro en el conflicto con Chile (lo que significa designar a un usurpador de un pedazo de territorio argentino como juez en el litigio con un país hermano, con los resultados que eran previsibles) corresponderá íntegramente a los actuales comandantes la responsabilidad por la aplicación de un plan manifiestamente antiargentino. No en otra cosa consiste el propósito, ya iniciado, de destruir la industria nacional, reducir el papel de Fabricaciones Militares, derivar al control de las multinacionales el destino de la economía y liquidar el papel impulsor del Estado en el desarrollo de las fuerzas productivas, sostén de toda defensa nacional posible.

Decíamos que la política nacional es parte de un todo. Basta describirla para comprenderla y para condenarla en nombre del progreso histórico argentino, de su pasado y de su futuro.

LA ARGENTINA ¿PAIS BLANCO?

No hace mucho tiempo el General Harguindeguy se complacía en público afirmando que la Argentina necesitaba aumentar su población, pero que debía conservar celosamente su condición de ser uno de los tres países blancos en el mundo, rara estadística que sólo el ministro conoce entre múltiples cosas que ignora. Hasta ese momento creíamos como todos los argentinos que el nuestro era el resultado de una fusión entre la vieja sociedad criolla de fines del siglo XIX, con las oleadas inmigratorias procedentes de la Europa meridional y oriental a las que había mezclado

su sangre. Pero tampoco estas corrientes estaban compuestas de nórdicos sarmientitos o vikingos, como pareciera imaginar el ministro del Interior, antes de que se le ocurriera importar intermediarios chinos radicados en Saigòn o ricos comerciantes vietnamitas en fuga. En todo caso, estos últimos no contribuirían mucho a mantener en estado puro el tipo blanco soñado por el ministro, sino más bien pensamos que irían a reforzar el tipo criollo, algo desdeñado por el mismo funcionario.

Pues la crisis de la Argentina se manifiesta por una paradoja: tenemos la misma baja natalidad que los países industrializados, pero el crecimiento económico estancado propio de los países atrasados así como el costo de vida más alto del mundo. Tal es el cuadro de la parálisis que la sociedad oligárquica, dominada por banqueros y terratenientes, nos ofrece a la vista. Mientras que solo una gran población equivalente a nuestras inmensas posibilidades de crecimiento puede dotar al país del mercado interno necesario, las autoridades han declarado la guerra a los trabajadores chilenos, bolivianos y paraguayos impulsándolos a emigrar de nuestro país, cuando no poniéndolos directamente en la frontera. Pero es precisamente de dichos países hermanos de donde justamente puede provenir la gran corriente inmigratoria capaz de equilibrar la baja tasa de natalidad que nos codena a un destino mediocre, a la zaga de los grandes Estados latinoamericanos que sobrepasarán a fines de siglo 100 millones de habitantes, como Brasil o México.

Al plantear una inmigración “selectiva”, las autoridades revelan desconocer el asunto:

Las corrientes inmigratorias europeas hacia nuestro país fueron detenidas por la crisis de 1930 y ni su aparición ni su falta fueron resultado del azar. No se crea una inmigración considerable por una decisión burocrática. Si hay un lugar en el mundo donde la Argentina puede encontrar una inmigración potencial con similitud cultural, lingüística, religiosa y hasta racial ese lugar es América Latina y los países próximos. Ignorar esto, es demostrar que se ignora todo.

Demográficamente y en todo lo demás, creceremos con América Latina o no creceremos.

EL MEOLLO DEL PROGRAMA ECONOMICO

Lo que ocurre con la política de población, ocurre con la de precios y salarios. No hay argentino que no perciba en su piel el brusco descenso de su nivel de vida dictado por la política de Martínez de Hoz, ni banquero o financiero que no se haya enriquecido hasta límites asombrosos por esta política. Las normas adoptadas por el ministro de Economía que ha subordinado a todas las demás ramas de la Administración a sus orientaciones, son:

A) despojar de toda protección bancaria y crediticia al pequeño o mediano empresario de capital nacional: las tasas de indexación del interés vuelven antieconómico todo préstamo.

B) Lo mismo ocurre con el crédito agrario, otrora privilegiado: no hay negocio de campo que resista el pago de un crédito, a menos que esté casi fundido y con el pago del crédito termine de fundirse. Esto incluye al chacarero, al colono, arrendatario o ganadero del interior.

C) El dinero se ha vuelto la mercancía más cara del país y quizás del mundo y el único atractivo del capital extranjero no conste en radicarse en el país sino invertir en la usura y retirar su capital en breve plazo.

D) El despilfarro de divisas en la importación de artículos suntuarios o superfluos, desde autos japoneses a perfumes franceses, se vincula asimismo con la destrucción de la protección arancelaria a la industria nacional, incapaz de competir con los precios de la sólida industria extranjera, ni con la capacidad financiera de esa misma industria para practicar el “dùmping”.

E) La privatización de las industrias del estado persigue el propósito de debilitar el instrumento más fuerte que dispone el país para su autodesarrollo en la dirección adecuada y evitar el ejemplo brasileño (hiperdesarrollo deforme, que deja a gran parte de la población al borde del hambre mientras erige en otro polo una sociedad de consumo análoga a la de los países avanzados, todo lo cual prepara una explosión social). Al mismo tiempo, se designa a enemigos notorios de la empresa estatal como administradores de las mismas, lo que no constituye una medida destinada a aumentar su eficiencia. Tal es el caso del Ing. Ondarts, presidente de YPF y ex candidato a vicepresidente de la Nueva Fuerza, fuerza muy vieja financiada por las empresas extranjeras que también son enemigas de la competencia y del control de las empresas estatales.

F) En tanto el Viejo Mundo se abroquelaba detrás de las murallas tarifarias del Mercado Común y acogía detrás de ellas a los nuevos estados africanos mientras excluía a la Argentina y América Latina, en tanto EE.UU. continuaba practicando el más estricto proteccionismo frente a la carne y cereales argentinos. Martínez de Hoz hace la “política de apertura”. El librecomercio ya había muerto con el patrón oro en 1930 y si la Argentina logró prorrogar su tiempo de asociado especial del Imperio fue exactamente en el interregno que los ingleses necesitaron para librarse del Río de la Plata y organizar su propia producción agraria y la de sus dominios. Pero al entrar en el Mercado Común Europeo, también Inglaterra ha desaparecido como cliente. Si para reforzarse el mundo avanzado se vuelve proteccionista, la Argentina semi-colonial, en manos de los banqueros, se declara librecomercista. El anacronismo de esta política la condena y crea las condiciones para su eliminación.

G) La pérdida de la noción misma de patrimonio en todos los planos se pone de relieve en la libertad de acción de las multinacionales, y en la actitud oficial de encomio hacia la supuesta “modernización” que origina este tipo de empresas imperialistas. En un estudio realizado en Colombia por organismos oficiales se descubrió que las multinacionales radicadas en ese país (productos químicos, farmacéuticos, caucho, electrónica) estafaban al país hermano por la práctica de la sobrevaloración de las importaciones requeridas para tales industrias. El análisis técnico demostró que la rentabilidad confesada de algunas de tales empresas era el 15,8 por ciento, pero que con la sobrevaloración dolosa subía al 52 por ciento. Sería utópico exigir al actual equipo económico asociado a las empresas extranjeras una investigación semejante en la Argentina. Es norma de tales empresas en los países atrasados procurar la debilidad del Estado para aprovecharse de ella.

Tales son las medidas principales para disminuir el tamaño del país. Tal es el “proyecto nacional” del régimen militar en el plano económico y social. Pues la

publicidad desatada sobre la “generación del 80” y el “proyecto nacional”, de los que hablan sobre todo aquellos que no quieren que se cambie nada, se debe a la conciencia extendida entre todas las clases de la sociedad argentina acerca de que el sistema agrario exportador tradicional ya no puede funcionar como en el pasado y que “algo ha fallado” en el mecanismo inter-imperial. Si la Argentina ya no es el amado satélite del Imperio-astro, ¿Cuál debería ser nuestro rumbo?

LOS COMIENZOS DE LA INDUSTRIALIZACION

El proceso de industrialización iniciado en 1930 por la palanca impulsora de la crisis mundial y acelerado por el bloqueo marítimo de la segunda guerra mundial, fue encontrado por el General Perón en pleno desarrollo cuando se produjo su advenimiento al poder en 1945. Sus dos primeros gobiernos lo reforzaron, con el apoyo del Ejército de esa época y del pueblo argentino, que admitió los altos costos de la nueva industria a cambio de la cuota de soberanía que ellos implicaban. Esa gigantesca inversión de la Argentina, ha sido y es difamada por un gobierno nada menos que de las Fuerzas Armadas, que asumen hoy la ideología decrepita del latifundismo antiindustrial y de la gran empresa extranjera competidora con la empresa argentina. De ahí que la idea de un “modelo nacional” y de la creación de otro país más satisfactorio tenga dos sentidos: el de la oligarquía que pretende hacer de la Argentina un país de ganadería selectiva y de productos agrarios baratos sin aumentar la producción ni alterar la tenencia de la tierra en la pampa húmeda y, de otro lado, el de aquellos que a partir de la Argentina industrial de los últimos 40 años aspiran integrar el país en América Latina y avanzar sin vacilaciones por el camino de la revolución científica y del alto nivel de vida de nuestros pueblos. Pero ese gran proyecto nacional que reúne, sintetiza y multiplica el programa de la generación del 80 y del peronismo del 46, supone una simultánea y doble tarea:

Hay que eliminar la oligarquía y romper las ataduras con el imperialismo. No hay otro camino.

Martínez de Hoz desconfía de los pobres pues son ignorantes. Sus mujeres ni siquiera saben cocinar sin carne. El ministro de Economía recomendó a las mujeres modestas (no a la suya) no ir a peinarse los rulos a la peluquería. A fin de cuidar esa política educativa el gobierno ha hecho expulsar de las fábricas a los delegados, intervino los sindicatos e impedido las reuniones de trabajadores para debatir sus problemas. Son bien claras las causas por las cuales no ha intervenido en cambio a la Sociedad Rural, ni el Jockey Club, ni el círculo de Armas, ni la Cámara de Sociedades Anónimas.

Tales distinciones dicen cuanto habría que decir sobre el carácter explotador de dicha política. Si algo faltaba para destruir a “la familia cristiana”, como escuchamos decir con frecuencia, lo proporciona la derogación de la Ley de Alquileres. Cristianos o no, los inquilinos de la Argentina, jóvenes o viejos, casados o solteros, y a total beneficio de una minoría absoluta de rentistas y parásitos de la propiedad raíz, han quedado a merced del Código Civil, esa reliquia vetusta y cerril que redactó el Dr. Vélez Sarsfield, al que sus contemporáneos llamaron Doctor Mandinga, en suma, están a merced del propietario. Como culminación hemos presenciado también la destrucción

del Banco Hipotecario Nacional y el plan popular de viviendas. La indefensión del inquilino en la Argentina es completa: Los contratos indexados trimestralmente ganan de lejos toda posible inflación y constituyen una gabela extorsiva e intolerable, muy superior a los novelescos e imaginarios índices de precios calculados por el gobierno.

Pareciera haber algo especialmente original en este proceso contrarrevolucionario en curso: un odio social irreprimible que respira en todas sus disposiciones el nuevo orden. Los empleados y funcionarios del Estado (a los que públicamente se acusa todos los días de ser la causa más importante de la inflación, lo que constituye otra monstruosa mentira de los traficantes de dinero) están sometidos a la vejación de sueldos irrisorios. Sólo los grandes jefes de la Administración, los burócratas de la cúspide, escapan a la penuria. Cuando se tocan los 300 millones, ya los problemas se ven de lejos. La desocupación disfrazada es una norma: los obreros despedidos de sus fábricas se hacen changuistas, instalan un quiosco de cigarrillos cuando pueden o entran al inmenso ejército de los vendedores de algo. Las ventas al menudeo han reemplazado a la producción. Tan sólo un número de grandes industrias de Buenos Aires, Rosario o Córdoba trabajan a pleno, pues en la pirámide social hay una franja selecta de aquellos que han logrado elevarse por encima de la recesión general. Excepción hecha de la Capital Federal, donde la inmensa masa de dinero de la metrópoli aceita el engranaje, el resto del país es un país de peones “pata al suelo”, incluidos los abogados, los médicos, ingenieros, intelectuales, obreros, técnicos o pequeños comerciantes. La clase media, en su sector más amplio, ha sido relegada por un brazo de hierro y se confunde ya con las capas “altas” de la clase obrera, no porque ésta haya subido hacia formas mejores de vida cotidiana, sino porque aquella ha bajado.

La supresión del café o del vino, de la fruta o la carne, de la renovación del traje o la indumentaria, el regreso a la zapatilla o la alpargata, la eliminación de las vacaciones o las distracciones más sencillas resulta cosa de todos los días. Se respira por todas partes humillación, depresión y amargura. Basta mirarse en la calle para que uno sepa que piensa el primer desconocido. Pocas veces un régimen de gobierno ha sido tan repudiado unánimemente como el actual. Es que todo lo que Martínez de Hoz representa es tan antiguo, tan conocido por el pueblo argentino, tan combatido por él a lo largo del siglo XIX y del siglo XX, que su sólo apellido sintetiza todo aquello que los argentinos han rechazado de todas las maneras posibles a lo largo de la historia.

Si las FF.AA. no pueden ver esto entonces puede pensarse con alarma que no están en condiciones de ver nada. Indiferentes a todo y como si paladearan una especie de revancha por las grandes victorias populares del pasado, los Martínez de Hoz y sus asociados del exterior han emprendido el más espectacular safari de que se tenga memoria. Se trata de caza mayor. Se trata de cazar, desollar y vender luego hasta las achuras de un pueblo orgulloso. ¿Podrá hacerlo?

PARA UN HIJO DE OBRERO
NO HABRA UNIVERSIDAD

Nadie puede defenderse; nadie puede reclamar; la prensa comercial ejerce su peculiar censura y autocensura. Ni espera que le toquen el hombro.

A veces hasta directores tan conservadores como el director de “El Litoral” de Santa Fe, pasa quince días preso por publicar una noticia. ¡Un juez sensitivo, una ley de

peso pesado! El pelo o la barba constituyen todavía índices de subversión y ponen en discusión el acceso a ciertas casas de altos estudios. La censura se ejerce implacablemente sobre el cine, el teatro, los libros. Pero la radio y la T.V., que siempre fueron portadores de estupidez, degradación y violencia, han bajado a un nivel de abyección pocas veces visto.

A su turno la Universidad ha dejado fuera de sus aulas a miles de muchachos que deseaban ingresar. Como lo sabe cualquiera, el potencial de un país (la gran industria, la riqueza nacional, la defensa militar, la aventura espacial) comienza por la inversión en la cultura. Véase el ejemplo de las grandes potencias. Pero la oligarquía resurrecta carece ya de toda ilusión. Desea un país chiquito y domado. Esta Universidad refleja tan hermoso programa: está agobiada de planes y esquemas técnicos, de pura exterioridad y donde brilla su sana desconfianza por el pensamiento crítico y la marcha del siglo. Allí prevalece la filosofía policiaca de que de un estudiante siempre hay que esperar lo peor y la repugnancia al debate, al aire y al sol. De no cambiarse este rumbo oscurantista a tiempo, de esta Universidad no saldrán seguramente los conquistadores del espacio, o los descubridores de mundos nuevos.

Como contrapartida Borges y Mujica Lainez son los símbolos culturales de esta Argentina decadente, cuya anglofilia ni siquiera despierta simpatía entre su público de propietarios rurales, que ya no venden sus vacas a Inglaterra. Si dejamos a un lado los científicos o técnicos que emigraron por causas políticas o por temor, y aquellos (no pocos) que prefieren alquilar sus conocimientos pagados por el pueblo argentino a grandes Estados en busca de “talentos”, quedan aquellos técnicos y científicos que emigran porque encuentran cerradas las puertas de las instituciones, Universidades, laboratorios, becas, publicaciones y posibilidades de vivir de y para la ciencia, a causa de la marea archireaccionaria que barre el país y que, para ser justos, este gobierno no ha inventado, sino más bien mantenido, aumentado y multiplicado. Para no ir más lejos, recordemos a dos tipos de cavernícolas: Ivanissevich en el ministerio de Educación y antes que él, los Montoneros, con sus cadenas y sus consignas primitivas en la Universidad, frustrando ambos la profunda corriente de nacionalismo democrático que intentó reflejar en las aulas la victoria popular.

Bajo la actual hegemonía oligárquica los hijos de obreros y los hijos de empleados modestos no podrán ingresar a los estudios superiores. Para que eso ocurra, para que la cultura y la ciencia echen una honda raíz entre nosotros, hay que reconstruir la sociedad argentina, de arriba abajo, ni más ni menos.

LA CONSPIRACION PERMANENTE EN UNA SOCIEDAD ESTABLE

Como desde 1880 hasta 1930 las FFAA permanecieron tranquilamente sometidas al poder civil (el 90 fue una conmoción de alguna manera porteña, tan sólo, y la revolución de 1905 fue una conspiración civil con Yrigoyen al frente) cabe preguntarse sobre las razones que han convertido al Ejército argentino, desde el 30 hasta hoy, en un conspirador permanente. La razón hay que encontrarla en el hecho de que el Ejército fue únicamente profesional y de algún modo apolítico mientras las Instituciones y la sociedad permanecían estables. Pero como la crisis mundial del 30 trastocó y descolocó a la Argentina, la sacó de su rumbo, diríamos, planteó nuevos problemas y no ofreció soluciones, el Ejército reflejó esa crisis y comenzó un ciclo de golpes que lleva

cincuenta años. La causa fundamental de tales pronunciamientos reside en que ni la oligarquía terrateniente ni sus aliados del exterior pudieron conservar por más de trece años (1930-1943) el poder, ni por su parte pudieron hacerlo las fuerzas nacionales (militares, industriales, trabajadores, funcionarios, etc) en el periodo 1946-1955. Los dos bloques, de un modo u otro, directa o indirectamente, han sido protagonistas de la vida nacional desde 1930. Pero ninguno ha podido imponerse de un modo categórico al otro, estableciendo un ciclo histórico de larga duración. El bloque oligárquico carece de programa; sólo aspira al “statu quo”: una República modesta de terratenientes ricos, un Estado pequeño y eficiente, producción industrial a cargo de las empresas multinacionales, balanza de pagos equilibrada con las exportaciones industriales al género de Seúl, Taiwán o Singapur, sindicatos castrados, partidos democráticos sin caudillos y un Ejército sobrealimentado como guardián del orden pastoril. En suma, se trata de maquillar un capitalismo semi-colonial de carácter dependiente, donde la “tecnología” y la “modernidad” estén sujetas a los límites fijados por los imperios y por la necesidad específica del hiper-consumo de minorías privilegiadas.

El bloque de las fuerzas nacionales, por otro lado, hasta 1976 a pesar de su heterogeneidad, aspiraba al desarrollo de un capitalismo nacional y de un capitalismo de Estado vinculado al ensanche del mercado interno y de un régimen de salarios compatibles con un alto consumo popular, una política exterior independiente, centrales empresarias y sindicales vinculadas al núcleo dirigente del proceso y una actitud de acercamiento hacia Europa y América Latina. Sin embargo la oligarquía demostró su poder una y otra vez, lo que ha puesto en discusión en las fuerzas populares la necesidad de reformular el programa de la Revolución Nacional en la perspectiva de evitar nuevas derrotas.

En tales episodios de las últimas décadas, al Ejército le corresponde derribar los gobiernos civiles, con múltiples pretextos, pero con la particularidad de que siempre carecía de una comprensión adecuada de los problemas nacionales. La causa era transparente. Por obra de la influencia oligárquica en el sistema de cultura, tanto en los Colegios militares como en las Universidades, las ideas históricas, económicas y políticas sobre el pasado y el presente argentinos habían sufrido una presión deformante en la conciencia de los cuadros de oficiales.

LOS DOS EJERCITOS

Ignoraban de este modo que siempre, en el desenvolvimiento complejo de las FFAA habianse enfrentado dos Ejércitos: el de San Martín que se aliaba con Artigas y los caudillos, y el de Rondeau que ponía su cabeza a precio para servir a los intereses del Puerto; el de Mitre, que asolaba a las provincias federales y el de Roca, que arrebatava a los porteños la Capital y la Aduana y las volvía patrimonio de todos los argentinos; el de Justo, favorito de la oligarquía y de los ingleses y el de Perón, sostenedor del General Savio, la industria pesada y la organización sindical de las grandes masas desposeídas. Esa dualidad está presente en toda la historia nacional. Cada tanto, un sector de las FFAA adopta una u otra de esas dos tradiciones. Pero desde la caída de Perón en 1955, el sector de mandos inspirado por la tradición de Rondeau, Mitre y Justo dirige al Ejército. De aquí que los golpes militares se dieran apelando a veces al “peligro comunista”, a la lucha “contra la demagogia peronista”, a la “guerra contra la subversión”, o a la mera procuración del orden, de acuerdo a la doctrina de la

Seguridad Nacional que tan despòticos resultados habian alcanzado en Amèrica Latina. Tales pronunciamientos se llamaban a veces, “revolucìon libertdora”, otra veces, “revolucìon argentina”, otras, “procesos de reorganizaciòn nacional”. Pero nadie en las FFAA acertaba en la elecciòn del contenido històrico-social que debian volcar en el interior de tales procesos. Es que èsta política militar brotaba de las doctrinas extranjeras màs insubstanciales. Por eso todo les salia mal. Habian leído los libros de los expertos franceses en la contrainsurgencia argelina, a fin de prepararse para la insurgencia de aquí. Pero al poco tiempo los argelinos, derrotaban a los expertos y obtenian su independendencia nacional. En lugar de identificar a los argentinos con los argelinos, nos identificaban con la potencia agresora que, para peor, era la potencia perdedora. Es que ignoraban que de los pobres serà el reino de la Tierra, ademàs del de los cielos.

Enseguida se ponian a leer los otros libros, que habian escrito los tècnicos de la guerra contrarrevolucionaria del Pentàgono, para impedir el triunfo del comunismo en China. Y tambièn perdian. Después leían los libros que los expertos habian escrito sobre Indochina, muy poco tiempo antes de que los franceses fueran expulsados de ese suelo por el pueblo en armas. Finalmente, los norteamericanos les hacian leer otros libros con las recetas tècnicas de còmo vencer en Vietnam mediante la aplicaciòn del poder total. Por desgracia, tambièn llegaba para estos invasores la hora del reembarque. Les pasaba a los militares lo mismo que a los izquierdistas tradicionales de la Argentina, que usaban otros libros para la misma geografía y con los mismos resultados. ¡Puros perdedores! Porque la Argentina no era Vietnam, ni Cuba, ni Argelia, ni China.

LOS GOLPES MILITARES

Asì se agotaban los sucesivos procesos militares, al punto que sus propios inspiradores terminaban por olvidar cuales habian sido los primeros principios del golpe. Es que todos los golpes venian a parar a lo mismo: por lo menos, se decian contritos, hemos construido un gasoducto, un puente y alguna cloaca. ¿ No fue èste el caso de Onganía? En otros tèrminos, los militares no lograban comprender que si intervenían en política, era porque las viejas instituciones del Estado moderno del 80 se habian agotado y que habìa que cambiarlas expropiando a la oligarquía, los bancos y la inversiòn extranjera esquilmadora. La mala formaciòn política y econòmica de los militares, parecidos en esto a los universitarios de cuño liberal e izquierdista, les impedía ver que al preparar un golpe y pretender cambiar las instituciones, sus asesores infaliblemente salian de la Sociedad Rural o de la Càmara de Comercio, que eran justamente las “instituciones” que habìa que cambiar, entre otras. De este modo, toda renovaciòn se convertía en restauraciòn. Después de cada revolucìon militar fracasada (y fracasaban todas) al echar cuentas, se demostraba que la oligarquía habìa resultado ser màs fuerte que los movimientos nacionales y el Ejèrcito demasiado incompetente para el papel institucional que debìa haber jugado.

SOLO LA REVOLUCION TRAE ESTABILIDAD

En las FFAA se ha creado una especie de leyenda, bajo la forma vacía de un principio rutinariamente repetido, de que la estabilidad es obra de la represión, es decir, del orden impuesto por la fuerza. Una muy elemental enseñanza de la historia moderna enseña, por el contrario, que la estabilidad (y prosperidad que generalmente la acompaña) es siempre obra de la revolución. Si la Revolución Francesa, en 1789, además de suprimir a la nobleza terrateniente no hubiera decretado en la noche del 4 de agosto la abolición de las gabelas y de la servidumbre, no habría nacido la moderna sociedad francesa, hechura de la burguesía urbana, con su nivel de vida, su cultura, su soberbia y también, quien lo diría, su profundo conservatismo. Y si Oliverio Cromwell y los “cabezas redondas” del común (que eran los “cabecitas negras” de Inglaterra) en nombre de la democracia y del Anciano Testamento, no hubieran cortado la cabeza de Carlos I y con ella el símbolo del absolutismo que impedía el despliegue de la potencia dormida de Inglaterra, no habría habido Imperio Inglés desde luego, ni mucho menos estabilidad, prosperidad y democracia. ¿Y que decir de los EE.UU., una potencia sin igual en la historia, cuya estabilidad es tan notable, que un periodista fue capaz de derribar a un Presidente abyecto de la Casa Blanca, sin que sobreviniera ni sombra de caos? Por el contrario, el escándalo del Watergate se convirtió en una demostración de la fuerza incomparable de la democracia norteamericana, capaz de regenerarse a sí misma sin alterar la legitimidad del poder. Los militares argentinos, deberían saber que esa democracia admirable (sin mengua del feroz imperialismo que reserva a los demás) es el resultado directo de dos revoluciones: una, contra los ingleses, en la guerra de la independencia del siglo XVIII; la segunda, llevada a cabo por el Presidente Lincoln y los industriales nacionalistas del Norte contra el sur negrero de los terratenientes sostenidos por Inglaterra. Cuando Lincoln declaró la abolición de la esclavitud, despojó a la propiedad privada de los trabajadores negros a los blancos aristocráticos del Sur y realizó una revolución profunda, humana y social.

Sobre esas bases emergió el desarrollo económico y político de los actuales EE.UU. ¿Cómo van a lograr la sociedad estable que desean y pregonan los militares argentinos si en lugar de hacer lugar al futuro protegen el pasado, si en lugar de hacer una revolución pilotean una contrarrevolución?

En tanto la Argentina no tenga el camino expedito para marchar hacia el crecimiento económico y social, la democracia directa y la plena soberanía, no habrá estabilidad posible ni gobierno estable imaginable.

Imponer el “orden” contra el crecimiento económico autónomo, los derechos obreros y la voluntad de todo el país significa, para el sentido común más elemental, crear las condiciones de una tormenta social. La rara soberbia que demuestran los altos jefes militares hacia el país pensante, el menosprecio que hasta sus tinterillos subalternos exhiben hacia el pueblo como fuente de soberanía, de nada servirían.

Un régimen que practica un liberalismo económico sin freno, custodiado por un absolutismo político sin control, esta fundado sobre arena.

Medio siglo después de la fugaz dictadura de Uriburu y luego de tantas derrotas y desilusiones, el país comprueba amargamente que el estancamiento económico, la reducción del tamaño del poder del Estado y la fragmentación de su horizonte, es el precio cruel que debemos pagar por no haber suprimido a la oligarquía rentista y parásita de una buena vez.

Anacrònica, como la sociedad que pretende proteger, la dictadura militar se proclama poco menos que eterna y planea su futuro, ignorando si cuenta con èl. Dios ciega a quienes quiere perder, dice un proverbio. El gobierno gira sobre sÌ mismo y a la deriva en un mundo revolucionario en movimiento.

MIREMOS A NUESTRO ALREDEDOR

Los paÌses atrasados del Tercer Mundo han roto sus amarras con el poder imperialista que los redujo a la barbarie. Marchan hacia la Revoluciòn Nacional o al socialismo, segùn sus peculiaridades y tradiciones culturales. Los ùltimos sàtrapas caen por la insurgencia de los pueblos. Somoza es un ejemplo reciente. En el Oriente, masas inmensas nucleadas por el Islam como sÌmbolo de la unidad religiosa y polÌtica, expulsan al grotesco Emperador de los petroleros y buscan su propio camino con Komeini a la cabeza. Naturalmente el gran jefe iraní sufre hoy la repulsa de yanquis y soviéticos, de la gran prensa y de los “progresistas” de siempre. Es que muchos izquierdistas del confortable occidente ignoran que bajo su manto religioso Komeini no oculta a la Edad Media persa, sino a la revoluciòn anticolonial del siglo XX y que con la consigna de la supresiòn del velo o la “revoluciòn socialista”, las feministas pro-occidentales o los “guerrilleros marxistas” hacen el juego de la CIA y los EE.UU. cuyo poder mundial ha puesto en cuestiòn a Komeini. Exterioridad o intimidad del proceso històrico real, pocas veces los hijos izquierdistas de los ricos comprenden a los jefes providenciales de los pueblos pobres. No es la primera vez, ni serà la ùltima.

En el Brasil la dictadura militar se extingue y abandona lentamente sus posiciones. Deja al pueblo brasileño 50.000 millones de deuda exterior, la mayor parte saqueados por las multinacionales, una cuestiòn agraria sin resolver y miles de torturados, presos y emigrados.

Por el contrario, el Ejèrcito que en el Perù habìa realizado grandes conquistas sociales de incalculable valor històrico con el General Velazco Alvarado (emancipaciòn del indio, expropiaciòn del latifundio, creaciòn de un sector de propiedad social, prensa en manos de periodistas y trabajadores) retrocede ante los golpes del imperiaismo y sus aliados “democràticos” internos. En toda Amèrica Latina, en fin, doblan las campanas para las dictaduras y satrapÌas empolladas por el imperialismo y las oligarquÌas aristocràticas.

Desde Puebla, la Iglesia de Amèrica Latina llama a la unidad de los pueblos del Continente Sur a su emancipaciòn.

UNA FRASE DE NAPOLEON DIGNA DE RECORDAR

En la Argentina el règimen militar parece vivir en las nubes de su propio divorcio con el pueblo. Planea quedarse en el poder, directa o indirectamente, hasta màs allà del año 2000. Rehusa escuchar a la opiniòn pùblica, a los partidos polÌticos, a los sindicatos obreros, a los empresarios nacionales, en fin, a la inteligencia y a los tècnicos, a los capitalistas nacionales o a los obreros. Ha olvidado la màxima del gran soldado, que gozò del poder y hasta fue emperador de Francia: **“las bayonetas sirven para todo, menos para sentarse sobre ellas.”**

Cualquier hombre o mujer del común sabe que toda la experiencia de la historia nacional desmiente las pretensiones del régimen militar de decidir por sí mismo (o, mejor dicho, por la voluntad de un reducido número de altos jefes) el destino del país. Eso no ha ocurrido nunca en la historia y no ocurrirá aquí. Nada de lo que planeen dichos jefes en la serenidad de sus abroquelados recintos podrá fijarse sobre el mármol para desafiar el tiempo. El tiempo, ya lo dijo Martín Fierro, sólo es tardanza de lo que está por venir. Lo que vendrá anida en la conciencia colectiva del pueblo y nadie puede adelantar o atrasar esa inapelable decisión. De otro modo, los detentadores circunstanciales del poder, desde Julio César hasta hoy, serían dueños de la eternidad. El pueblo argentino y solo él determinará cuando quiera y pueda hacerlo, en que momento ingresará nuevamente en la historia. Pero nosotros no somos indiferentes a esa decisión porque formamos parte del pueblo argentino.

¿PERO, SON LADRONES?

No faltan nunca en estos episodios de la vida nacional, personas, sin duda bien intencionadas que ofrecen pruebas, reales o supuestas, reveladoras de algún delito o de muchos, cometidos o tolerados por personajes de algún gobierno.

En este caso preciso ¿se trata de que Martínez de Hoz y sus colegas proceden así por razones de lucro personal? La historia sería muy sencilla de enfocarse desde este ángulo, pero aún cuando los aspectos subjetivos relativos a la pasión por la riqueza, la corrupción o los grandes negocios y negociados florezcan activamente cuando se tiene el control del estado, no cabe duda de que no estamos tratando cuestiones de honorabilidad personal.

Este moralismo poco tiene que ver con el hecho de que aun cuando Martínez de Hoz y sus amigos fueran una síntesis de San Francisco y Mahatma Gandhi, la inmoralidad esencial de su política no ofrecería la menor duda.

Esta inmoralidad reviste un carácter social: se trata de que el conjunto de la Argentina productiva, de sus obreros, maestros, técnicos, científicos, funcionarios, artistas, mujeres y empresarios, en suma, los seres reales, los hombres y mujeres de carne y hueso de nuestro país, han luchado en diversas épocas para que la Argentina desenvuelva todas sus fuerzas productivas latentes o dormidas y se lance a construir una civilización moderna capaz de lograr un alto nivel de vida y de calidad de vida, una democracia social, una política soberana, una hermandad con las patrias de América Latina que reunidas formarían la gran nación sanmartiniana, en fin, para elevarse en la escala global de la cultura del siglo XX. Sólo un núcleo profundamente inmoral y estéril podría oponerse a esa gran empresa. Ese núcleo fue y es la oligarquía, ayer en inglés, hoy sometida a la gran empresa “multinacional”.

Debemos añadir que aquel objetivo asumió diversas formas en nuestro siglo: con Yrigoyen aspiró a una democracia agraria y a la emergencia de las clases medias; con Perón expresó la voluntad de erigir una Argentina industrial, de proteger al nuevo capitalismo nacional y de situar a los trabajadores como la fuerza impulsora del proceso de emancipación. En sus últimos años Perón añadió a sus ideas la perspectiva de un socialismo criollo como un camino a seguir antes que quedar rezagados en la marcha del mundo. Pese a esto, esas dos grandes corrientes del pueblo argentino en épocas diferentes fueron derrotadas por la misma oligarquía, sobrevivida y rapaz, en 1930, en

1955 y en 1976. Señalar las debilidades del Yrigoyenismo o del gobierno de Isabel resultaría la cosa más fácil del mundo. Pero bastará mostrar lo que les siguió, en un caso la dictadura de Uriburu y Justo y en el otro, el gobierno actual, para medir los pasos de la historia argentina con un metro infalible.

SOCIALISMO Y REVOLUCION NACIONAL

Creemos que la lucha por el socialismo es inseparable de la independencia nacional y del combate por la constitución de la Confederación Latinoamericana, según el ambicioso plan de San Martín, Artigas y Bolívar. Los buscadores de “modelos”, los charlatanes del día que divagan sobre la generación del 80 y su “proyecto”, los inventores de planes y estilos de vida del régimen militar han olvidado que el único gran proyecto no realizado todavía del Jefe del Ejército de los Andes es la unidad de los pueblos de América Latina. Esa bandera es más actual que nunca, del mismo modo que la de rechazar al capital extranjero expoliador y la de fortificar el Estado Nacional, contra aquellos que quieren desmantelarlo y destruirlo entregando el resto a la voracidad de la empresa privada extranjera y despilfarradora. Esa no fue la línea de San Martín ni de Roca, Moscón, Savio o Perón.

Un verdadero pensamiento y acción socialistas no podrían en el marco de una nación atrasada y dividida, como América Latina, cuya porción más “moderna”, que es la Argentina, está en plena decadencia, diferenciar los intereses del socialismo de la causa de la patria, aislar a los obreros del resto del pueblo, y buscar de ese modo, simultáneamente, la derrota del socialismo y la derrota de la patria. Para decirlo de otro modo, el socialismo es en la Argentina la forma actual de patriotismo más ardiente e inflexible.

A esta altura de nuestra exposición, alguien podría preguntarnos qué fórmulas proponemos, que lineamientos fundamentales ofrecemos al país para reorientar el conjunto del actual proceso. No es difícil responder a tal interrogante.

¿QUE HACER?

Ante todo sostenemos que hay que restablecer inmediatamente las libertades democráticas básicas, el derecho de los partidos políticos a funcionar sin trabas y de los sindicatos obreros a reorganizarse libremente en una Central Única. Estos sectores, con los empresarios nacionales y las fuerzas culturales y religiosas, deben encarar la realización de un gran debate nacional por todos los medios de comunicación, sin censura ni tutores. Del mismo modo deberá surgir, ante el destino del país en peligro, una perspectiva fundada en el nacionalismo económico, la democracia política, la justicia social y la unidad de América Latina.

Este gran debate de los problemas argentinos es tanto más impostergable cuanto la deformación del pensamiento político, económico y social es tan profunda que sin ir más lejos caballeros como Martínez de Hoz pueden mentir a la opinión pública sin respuesta posible, porque los que tienen prensa no pueden contestar y los que podrían contestar no tienen prensa. Apuntemos de paso, que esa es la razón por la cual al FIP se le omiten generalmente todas sus declaraciones en la prensa argentina, salvo cuando son noticias policiales e informan de la detención de nuestros afiliados.

Pero esto no sería suficiente. Hay exigencias inmediatas e improrrogables, que deben plantearse y que conducen directamente a los males de fondo que aquejan a la Patria.

Pues no hay razón alguna para que los precios de los productos de primera necesidad estén incontrolados y por las nubes. Es preciso crear dos mercados, ambos bajo el control del Estado: uno para el consumo interno, otro de los saldos exportables, sometidos a un precio regulable, para negociar en el mercado internacional.

En primer término deben comer los argentinos, a un precio bajo, tan bajo como bajo es el costo de producción de carne vacuna y ovina así como de cereales en el país, según lo han demostrado hasta el cansancio los estudios económicos. Para ello es necesario establecer el control de policía, de la estancia al matadero y a la distribución, con penas de cárcel no redimibles por multa a los infractores, tal cual se hizo en los años 1954-1955, durante el segundo gobierno de Perón, en que los precios se mantuvieron estables durante dos años. Esta necesaria medida debe a su vez formar parte del criterio de fijar con economistas, estadígrafos y técnicos una regulación de precios con las empresas nacionales y los sindicatos que permitan una economía dinámica sin mengua del consumo. Tales regulaciones tendrán la garantía de cumplimiento de todo el poder del Estado.

La comercialización de los productos agrarios en los mercados internacionales debe constituir, como dijimos, un sector separado. Sus precios, dependientes de la situación de los mercados internacionales, no pueden en modo alguno fijar los precios para el consumo interno, como ha sido siempre. La fijación de precios políticos a ganaderos y agricultores en Europa dentro del Mercado Común es la norma y nadie se queja del “estatismo”. Entre otras cosas, para tal política hace falta un Estado fuerte, y los que hambread al pueblo argentino, por el contrario, pretenden un Estado débil. Del mismo modo hay que restituir urgentemente el poder adquisitivo de los salarios rebajados en más de un 50 por ciento en los últimos tres años y medio y hay que restablecer la vigencia de la ley de Convenciones Colectivas de Trabajo.

Hay que volver a la ley de alquileres en toda su amplitud, rebajando y congelando el monto de los mismos. Habrá que organizar un censo de la vivienda en todo el país y emplear racionalmente toda la superficie cubierta sobrante, propiedad del Estado, de las municipalidades o de particulares sin utilización para adaptarla al uso de la vivienda familiar, según un plan. Como es lógico, hay que impulsar de nuevo la construcción estatal en gran escala de viviendas, de carácter colectivo, evitando la casa individual por el despilfarro de servicios que ello supone. Dicho plan debería fundarse en la reestructuración completa de la anticuada y mal llamada “industria” de la construcción. Mediante el concurso del Estado, deberán adoptarse todas las técnicas empleadas en los países avanzados para la construcción en serie de carácter mecanizado, con las obvias economías de mano de obra, costos generales y tiempo de ejecución.

Se impone desindexar la economía bancaria y crediticia, máquina inflacionaria en sí misma. Pero también se requiere una moratoria de la deuda bancaria de productores agrarios e industriales pequeños y medianos, a los que resulta intolerable la usuraria acumulación de intereses impuesta por el actual régimen financiero de la oligarquía. La nacionalización de los depósitos bancarios en épocas del peronismo fue necesaria, pero se reveló insuficiente. La experiencia indica la necesidad de proceder a

la estatización de todo el sistema nacional y extranjero. El capital bancario no puede ser negocio privado, sea de argentinos o de banqueros del exterior. Es el símbolo monetario del trabajo nacional y su administración, desplazamiento y destino es un servicio público, incompatible con todo espíritu de lucro privado o propensiones especulativas.

Debe ser establecida una moratoria para el pago de la deuda exterior. La historia latinoamericana del empréstito enseña que por cada dólar invertido en América Latina por el capital extranjero ese mismo capital ha extraído cinco dólares. Por otro lado, parte de los dólares "invertidos" o prestados lo son a cortísimo plazo y persiguen propósitos especulativos. Esto ocurre en este momento entre nosotros y explica junto a la recesión industrial el carácter elevado pero fugaz de las reservas en divisas de que se ufanan las autoridades económicas.

Será necesaria la creación o recreación de una Corporación del Estado a cargo de todo el comercio de importación y exportación. Será esta una medida imprescindible para fortalecer la renta estatal, como fuente de capitalización y para vigilar el movimiento de los bienes que salen y entran del país, lo que nunca ha estado rigurosamente establecido por las corruptelas de la gran empresa privada al agente mal pagado del Estado. Es urgente reformar la tarifa aduanera y establecer la prohibición del ingreso de artículos superfluos o competitivos con los producidos en el país. Pero al mismo tiempo, los empresarios nacionales, a los cuales protegerá el Estado, deberán demostrar sin equívoco alguno que reinvierten en el país; que modernizan sus establecimientos; que cumplen con las disposiciones impositivas y que no radican fondos en el exterior.

La recapitalización del país exige la nacionalización de todas las llamadas empresas "líderes" de capital extranjero, que en su mayor parte se han implantado en el país con el crédito local, es decir, con dinero argentino y sólo han aportado patentes, matrices usadas o técnicos de alta remuneración. Esas empresas se caracterizan por los rasgos monopólicos impuestos al mercado interno y por su poder corruptor del aparato del Estado.

Tan importante como esto último será la eliminación del latifundismo oligárquico, fuente principal del estancamiento agrícola-ganadero y causa primordial de descapitalización y despilfarro.

Finalmente deberá quedar liberada la vida cultural de toda traba. Habrá que preparar la realización de un gran Congreso de Educación, la Ciencia y la Cultura con la participación de todos los interesados en la creación espiritual de la Nación, para elaborar un proyecto de recreación de la enseñanza en los tres niveles que luego habrá que transformar en ley orgánica del Congreso.

ABRIR LOS OJOS SIN TEMER

Pero nada caerá del cielo como una dádiva. Ayúdate, que Dios te ayudará.

Las fuerzas nacionales fundamentales del pueblo argentino deben emprender una tarea de reflexión de cuanto ha sido dicho. Para realizar la segunda emancipación, es preciso crear un gran Frente Patriótico, que reúna a la mayoría incontestable del país y rectifique el rumbo, apoyándose en la gran tradición nacional, popular y democrática de las masas argentinas: en el 16, Yrigoyen; en el 18, la Reforma Universitaria; en el 45, los descamisados de Perón. No se trata, como es fácil de comprender, de reproducir al

pie de la letra las banderas y los programas de tales grandes jalones. A nuestro juicio se trata de partir de donde ellos llegaron y seguir desde allí, retomando el contenido sustancial de tales divisas para proyectarlas al porvenir con las nuevas aspiraciones del presente. El Frente de Izquierda Popular nació para esa misión irrenunciable. ella constituye el mandato sagrado de las nuevas generaciones de la patria.

Argentino: forjaremos con pasión y esperanza una Patria Nueva.

Septiembre de 1979²

² Este trabajo fue discutido y redactado con la colaboración de: Alberto Guerberof, Luis María Cabral, Blas Manuel Alberti, Alberto Giobergia, Carlos Santander, Carlos del Campo, Pablo A.Fondevila, Marcelo Palero, Osvaldo Pérez, Raúl Dargoltz, Ana Maria Giacosa y Elida Vigo.

CARTA A ISABEL PERON

Buenos Aires, 17 de abril de 1980

Señora
María Estela Martínez de Perón
Residencia 17 de octubre
San Vicente

De nuestra mayor estima:

La Junta Nacional del FIP me ha encomendado la misión de dirigirle esta carta expresándole nuestra solidaridad y apoyo moral ante la resolución de la Suprema Corte rechazando el pedido de excarcelación elevado por su letrado ante ese tribunal.

Antes de ir al fondo del asunto, deseo expresar a ud. y a todos los compañeros del movimiento peronista, las razones por las cuales un movimiento como el FIP, que no es peronista, aunque cuenta en sus filas a muchos afiliados de simpatías justicialistas, ha resuelto sugerir criterios de acción a la representante más caracterizada del peronismo. En efecto, si las decisiones judiciales tuvieran un gramo de verdad y justicia, es decir, si ud. señora, estuviese detenida por delitos comunes, entonces no solo el movimiento peronista sino también el FIP y todos aquellos siete millones y medio de argentinos que votaron por ud. y su ilustre esposo el 23 de setiembre de 1973, serían sospechosos de una actitud delictiva. El FIP, con su boleta propia, apoyó la fórmula trinfante en esa fecha. Por tales razones, su honra personal- poniendo en un plano aparte las legítimas observaciones críticas que se pudieron formular a su gobierno- nos interesa muy especialmente, pues una mancha en ella, también nos mancharía a nosotros. Tal es la personería que invocamos ante ud. y el peronismo para expresar las consideraciones que van a leerse.

Desde ya, la monstruosa falsedad de las imputaciones de fiscales y jueces salta a la vista. Ud. es derrocada, detenida, juzgada e infamada por el simple hecho de haber sido elegida por la mayoría del pueblo argentino. Si su gobierno era malo, pocos meses después el pueblo en las elecciones convocadas, habría podido juzgarla. Si el terrorismo con sus criminales provocaciones había vuelto la atmósfera irrespirable, el Congreso Nacional en setiembre de 1975 dictó la Ley de Seguridad que depositaba en las FF.AA. todos los poderes, los más amplios que se conocen en la historia del país, para suprimir el terror. La guerrilla en Tucumán, por otra parte, ya estaba destruida durante su gobierno, según ha declarado recientemente el general Vilas, que intervino en esos procedimientos. La verdad es muy otra y muy clara. Los mandos militares esgrimieron el pretexto del terrorismo para entregar el poder económico a la rosca oligárquica de terratenientes y banqueros. Martínez de Hoz es su jefe y los militares su cohorte pretoriana, despojada de todo patriotismo que no sea el de la retórica profesional anquilosada. Se han olvidado de San Martín, de Savio y de Moscón. Sólo les interesa la opinión de grupos financieros apartidas. Ambicionan construir un Estado vasallo, sin industria nacional, sin obreros bien pagados, sin independencia crítica, una sociedad

“jerarquizada”, engordadora de los plutócratas, con un pueblo amansado por el dolor y una vida cultural mediocre, despojada de toda crítica por una censura policiaca.

Ese plan está en marcha, pero no llegará a su fin. Confiamos en el pueblo argentino y en su inagotable energía. En este cuadro, la justicia argentina y la Corte Suprema no son mejores que los dueños del poder, que los han hecho magistrados. Su situación, Señora, a cuatro años de su derrocamiento es un verdadero escándalo nacional. Por todo lo expuesto, creemos que ha llegado el momento de renunciar a todo recurso jurídico. Insistir en una defensa de los supuestos delitos que se le imputan significaría admitir la realidad de los mismos. El gobierno militar ha entablado un juicio político, disfrazado de una impostura calumniosa destinada a desacreditarla y desacreditar las mayorías argentinas. ¡Es un recurso muy viejo! También se lo hicieron al Dr. Yrigoyen y al radicalismo de su época, al que nada menos que Uriburu calificaba de ladrones. Fundados en esas razones, es que nos permitimos sugerirle lo siguiente:

Se impone abandonar toda defensa judicial y desconocer la legitimidad de los jueces y funcionarios para procesar a una Presidente de la Nación. Es preciso, en nuestra opinión, dejar a los magistrados judiciales de la oligarquía la plena responsabilidad de tales procesos. El pueblo, mucho antes que la historia, los juzgará a ellos mismos.

De acusada y procesada, es necesario que ud. misma, Señora, se convierta en juez de quienes usurparon un poder legítimo y entable, en términos políticos, el Proceso de los responsables del 24 de marzo de 1976.

A efectos de todo lo dicho, nos permitimos recomendar a ud. que dirija un Manifiesto al pueblo argentino y eleve un memorial a las Naciones Unidas, a la OEA y a la Corte Internacional de La Haya, así como a la Comisión de Derechos Humanos de ambos organismos, exponiendo su situación ante los foros latinoamericanos y mundiales.

En una época en que los derechos humanos se han convertido en una necesidad urgente creada por los regímenes reaccionarios y por las provocaciones del terrorismo pro-imperialista, el derecho de la persona humana de la primera mujer elegida por voto Presidenta de un gran Estado de América Latina, es un hecho incuestionable y así debe ser planteado.

Toda defensa jurídica resulta inútil en la Argentina de hoy. Solo la defensa política reviste significado y trascendencia. Tales son las sugerencias que en nombre de la Junta Nacional del Frente de Izquierda Popular dejo planteadas para su análisis y posterior decisión. Reciba el cordial saludo de los compañeros del FIP y de

Jorge Abelardo Ramos

A CUATRO AÑOS DEL GOLPE DE 1976

Desde el momento en que las Fuerzas Armadas derribaron al gobierno constitucional de la Señora Isabel Perón transcurrió un lapso más que suficiente para efectuar un balance de los acontecimientos, muchos de los cuales tendieron a confirmar gran parte de los análisis y conclusiones formuladas por el FIP en estos años. En efecto, la “mafia” financiera encaramada sobre los hombros de los “salvadores de la Patria” ha cumplido – mucho más allá de lo anunciado- un programa de feroz restauración oligárquica. Los resultados no se han hecho esperar. Martínez de Hoz y sus “muchachos de dedos rápidos sobre el gatillo”, obsequian hoy al país con su cadena de quiebras y escándalos financieros que simbolizan la miseria del régimen.

En otro documento recientemente aparecido³ el FIP realizó un análisis exhaustivo y global de la dictadura militar oligárquica. Nadie podrá dudar que se trata de la más antinacional que recuerda la historia de la República, que ha sufrido tantas. La paradoja cruel para el Ejército es que está desmantelando-bajo la guía de los empresarios apartidas- toda la estructura industrial defensiva y las grandes leyes que otros mandos y otros militares patriotas construyeron a partir del golpe militar de 1943 y que la unión del pueblo y del Ejército consolidó luego de las jornadas multitudinarias del 17 de octubre de 1945.

La gran estafa de Trozzo, el presidente del Banco de Intercambio Regional (BIR) que ha desaparecido después de estafar a 300.000 ahorristas – para no hablar de otras quiebras que seguirán- ponen a la vista la verdadera naturaleza del sistema militar. El pueblo argentino, a través del Banco Central, deberá pagar la estafa de Trozzo (unos 2.000 millones de dólares). Este picarón fue un gran amigo del proceso en sus inicios, amigote de Martínez de Hoz y hasta de varios generales. Como fue introducido a la vida financiera de EE.UU. de la mano del Dr. Levine- quien también presentó en sociedad al banquero David Graiver, vinculado a su vez con Martínez Segovia, socio de Martínez de Hoz- podemos decir, sin sarcasmos, que este régimen militar- para que nada le falte- también tiene su Graiver.

EL MALIGNO PODER DE LA ROSCA OLIGARQUICA

La rosca formada por los latifundistas de la zona pampeana, los financieros y el gran capital monopolista, más la industria imperialista y la gran prensa, forma la oligarquía en la Argentina. El respaldo militar del que goza hasta el presente confiere a este bloque maligno un enorme poder. Pero ese poder se infinitamente menor si se lo compara con la energía oculta del pueblo y de las grandes masas populares, cuando éstas deciden emplearla. Solo la oligarquía de un lado y los terroristas del otro, desprecian y subestiman el poder creador e irresistible del pueblo. La experiencia histórica prueba que esa fuerza incomparable existe y que, en algún momento, se pondrá en movimiento. Los resultados de tal confrontación no ofrecen a nuestro juicio duda alguna.

Podría hacerse una larga lista de los crímenes cometidos por este gobierno contra el “Standard” de vida del pueblo, la destrucción de la industria de capital

³ “De la restauración oligárquica a la Revolución Nacional” Ed. Del FIP, 1979.

nacional, el ataque a la unidad del movimiento obrero, el despojo a los trabajadores de sus Obras Sociales, la reducción del sistema de enseñanza para excluir de él a los hijos de los trabajadores y de las amplias capas medias, el desmantelamiento del poder del Estado y su entrega a la “iniciativa privada”, o sea, a los Trozto y a las empresas imperialistas extranjeras, la censura en todos los órdenes, el claro desafío a la opinión pública al negarse a informar en tono desafiante sobre el destino de los desaparecidos, la prolongación de la detención sin proceso de innumerables hombres y mujeres. El ganadero Aguado pidiendo al Ministro del Interior el “voto calificado” y el General Galtieri afirmando que “las urnas están bien guardadas” definen el carácter usurpador e ilegítimo de este gobierno. Tales actos y tal política son conocidos y repudiados por todos los argentinos. Condenar y rechazar globalmente este gobierno funesto y soberbio es elemental. Pero creemos de mucha mayor importancia que los trabajadores y todas las fuerzas de la Revolución Nacional – sean o no peronistas- se pregunten ahora por que causas el peronismo – por segunda vez en veinte años- fue arrojado del poder por la misma banda y con los mismos propósitos. Es hora de que todos nos preguntemos ¿Cuántas veces más caerá el peronismo sin lucha y sin haber realizado sus grandes fines?

Tenemos la convicción de que el peronismo o el movimiento nacional que lo suceda, no llegará nunca más al poder, ni lo conservará si llega a él, si no elimina a la oligarquía y a todos sus sostenedores. El cartero no llama tres veces. La historia no se repite. La Revolución no es cosa de todos los días. Es mejor reflexionar sobre lo ocurrido en lugar de quejarse estérilmente de lo que está ocurriendo; pues lo que está ocurriendo ya lo sabíamos y hasta lo dijimos. Al fin y al cabo corresponde a la naturaleza de las fuerzas sociales y a los intereses de este gobierno y de Martínez de Hoz. De lo que se trata es de saber cómo pudieron arrebatarnos nuevamente el gobierno al pueblo. Sólo así, metiendo a fondo el cuchillo del análisis, el pueblo argentino sabrá claramente en la próxima e inevitable oleada histórica cuáles son las tareas a cumplir en un gobierno revolucionario. Quien carece de memoria crítica está condenado a repetir el pasado.

UN CUENTO A PROPOSITO

El General Narváez era un personaje militar muy conocido en las guerras civiles de España del siglo XIX. Encontrándose en su lecho de muerte, el cura confesor se acercó a él y le dijo:- Hijo mío, quiero que perdones a tus enemigos. El General Narváez, agonizante, le respondió:

-No puedo, padre, los he fusilado a todos.

El General Perón no hubiera podido decir lo mismo. Vino al país lúcido y magnánimo, mientras numerosos enemigos le declaraban la guerra. El gran caudillo y su movimiento habían logrado notables triunfos para los trabajadores y la Patria, pero habían dejado en pie algo esencial: el poder oligárquico. Ya que no se trataba –como en el caso del General Narváez- de fusilar a los adversarios, sino de expropiar, sin derramamiento de sangre, a la oligarquía y sus fuentes de poder.

Lo mismo había ocurrido antes con Yrigoyen en lucha con idénticas fuerzas hostiles a la democracia política. En efecto, la oligarquía obtuvo con el radicalismo análogo resultado destructor, pues de alguna manera, lo excluyó de la historia al lograr tras un largo proceso de desgaste- que el radicalismo dejara de ser mayoritario. Lo

mismo puede ocurrir con el peronismo. Que nadie se llame a engaño. Quien no se atreva a enfrentar la realidad cara a cara, no podrá quejarse luego de que la historia pase a su lado sin mirarlo.

Después de la muerte del general Perón los perezosos de ánimo y de inteligencia no podrán invocar al Altísimo o convocar a la intuición del caudillo para decidir lo que es preciso hacer ahora. La desaparición de Perón abre una nueva época, que coincide con la crisis orgánica de la vieja sociedad argentina, hoy de nuevo en poder de la oligarquía. Esa es la ocasión que muchos esperaban para cambiar de poncho o camiseta, según los casos. Tal el ex diputado nacional por Córdoba Dr. Palacio Deheza, quien al referirse al último discurso del General Videla ha declarado a la prensa: "La segunda parte del mensaje, donde el presidente reitera como último de su gobierno, enfrenta al país a la pérdida de un gobernante prudente, medido y ecuánime; pero si las Fuerzas Armadas pierden un Presidente de la experiencia y virtudes del General Videla, la civilidad gana un estadista que deberá tenerse en cuenta en el futuro democrático". Lo que habría que tomar en cuenta es saber quien eligió diputado nacional a este modestísimo pensador. No es el único del peronismo y de otros partidos que aspira a arrastrarse al besamanos del gobierno militar e implorar su derecho a la "mordida". ¡Y el ex diputado dice esto mientras la ex Presidente Isabel ha pasado ya cuatro años detenida!

COMO SUPERAR LA DERROTA NACIONAL

Pero no debemos creer que se trata solamente de la vocación deshonrosa de muchos políticos inescrupulosos y desertores de la causa nacional como el aludido. Lo que ocurre es que el pueblo enfrenta una gran derrota y muchas ratas abandonan el barco en todos los partidos. Pero el barco de la Revolución, aunque afronte terribles tempestades no se hundirá, porque el pueblo- como decía el Coronel Dorrego- como tal, es incorruptible. Nadie ignora que el presente gobierno militar pretende reordenar políticamente el país para contar con un "gobierno regular", controlado, como hoy, por la oligarquía conservadora; y con una "oposición de Su Majestad", a la manera de la década infame, con peronistas amansados por la decepción y el buffet de las Cámaras, acompañados por radicales, socialistas de Ghioldi y etcéteras. Hasta el Partido Comunista que – como de costumbre- tiene un olfato que no falla para apoyar lo peor, hoy apoya al gobierno de Videla, como hace más de treinta años apoyó al embajador yanqui Braden. Pero aunque así era en la década posterior al 30, ese cuadro político no se repetirá. El país ha cambiado. Otras son las circunstancias económicas y políticas del mundo. Es justo añadir que tampoco podrá reproducirse como por arte de magia una tercera época peronista, a menos que el peronismo y cada uno de sus hombres – con la inmensa responsabilidad que tienen de constituir hasta hoy el movimiento mayoritario- no realicen un enérgico esfuerzo de autoanálisis y valoración de las causas que facilitaron el golpe del 24 de marzo. Esa es la tarea más importante del presente argentino. Si un peronismo complaciente con el absolutismo militar estaría condenado a la dispersión y a la decadencia, los propios sindicalistas más propensos a negociar con el gobierno han aprendido a su costa que este régimen, por su propia naturaleza, no está dispuesto a conceder nada, a ceder en nada y, en consecuencia, se propone imponer a los trabajadores y a los argentinos su voluntad, fundada en la posesión circunstancial de la fuerza. ¡Peligrosa actitud! ¡Y que desconocimiento de la historia! No pudieron hacer

política mucho tiempo fundados en la fuerza, ni Julio Cèsar ni Napoleón, ¿Podrà seguir”guardando las urnas” indefinidamente el Comandante del Ejèrcito mientras Martínez de Hoz saquea la caja de caudales de la Repùblica? Nos permitimos ponerlo en duda.

QUE ES PRECISO DISCUTIR

Por todas las razones expuestas creemos que es fundamental que el movimiento nacional – incluido el peronismo- lleve a cabo una profunda discusión sobre los grandes temas que el país enfrenta. Por supuesto, hay millones de preguntas pendientes:¿Qué papel jugaron y por qué lo jugaron, los senadores peronistas – dueños de estancias todos ellos- que en el senado, en 1974, se reunieron exclusivamente con el objeto de bloquear la Ley de Impuesto a la Renta Potencial del suelo proyectada en el Ministerio de Economía, en la gestión del Ing. Giberti?

¿Eran peronistas o eran terratenientes? ¿Por qué el gobierno rechazò la ley que extendía a la mujer su derecho a la Patria Potestad? ¿Por qué fueron alabadas las compañías multinacionales? Pero también cabe preguntarse:¿Por qué causa, cuando Isabel firmò un gran decreto nacionalizando las bocas de expendio de combustibles, su ministro Gòmez Morales atò de manos al coronel Blanco, presidente de YPF, que deseaba ocupar con la fuerza pública las oficinas de Esso y la Shell, que habían desconocido durante largos meses la vigencia de dicho decreto?¿Por qué cada medida oportuna del gobierno de Isabel era neutralizada o limitada por otras ramas del gobierno o de las càmaras?¿Por qué la CGT de Santa Cruz se opuso al proyecto de nacionalizar las estancias de la Corona inglesa, que ocupan centenares de miles de hectàreas, junto a la frontera con Chile, en el sur argentino?

¿Por qué el gobierno peronista, después de declarar una tregua social de 180 días vacilò, temeroso en detener y enviar a la càrcel a los dirigentes de la Sociedad Rural Argentina, que se habían burlado del decreto y se permitieron llamar a un paro agrario nacional contra el mismo?¿ Por qué el gobierno peronista no hizo intervenir a las FF.AA. en la lucha contra el agio y el almacenamiento clandestino de materias primas y productos de primera necesidad, a la manera con que el comercio en Chile

Facilitò el golpe militar de Pinochet?¿Por que no llevò adelante la lucha política contra el terrorismo infiltrado en su aparato del Estado (y seguramente alimentado por la CIA), proporcionando así el mejor pretexto con que habrían podido soñar las FF.AA. para derrocar al gobierno popular?¿Por que no se entregò a la CGT y a las organizaciones populares òrganos de prensa (como “Democracia”) para equilibrar la prensa oligàrquica y mantener bien informada a la opinión pública?

¿Es que se había perdido el impulso revolucionario del 45! ¿Cuántas penetrantes preguntas podrían añadirse a las mencionadas! Pero es preferible poner sobre la mesa- para situar la discusión en el plano del porvenir- los interrogantes siguientes:a) Un gobierno popular, ¿debería o no declarar de utilidad pública las màs grandes estancias de la zona pampeana- digamos mayores de 5.000 hectàreas- y declarar, además, extinguidos los derechos de propiedad de todo latifundio existente, en cualquier lugar del país, que no hubiese sido cultivado o explotado en un plazo mìnimo de 10 años? b) ¿ No debiera nacionalizar y hacer administrar por los trabajadores y el Estado todas las empresas de capital extranjero?c)¿No debiera establecerse que el dinero està al servicio del pueblo argentino y no a la inversa, para fundar por consiguiente una Banca Estatal

(ni nacional privada ni extranjera) junto con los bancos provinciales de fomento y los bancos cooperativos, eliminando así toda intervención de usureros y aventureros en el manejo del capital nacional?d) Del mismo modo ¿ no es evidente que los productores del campo- colonos, chacareros, arrendatarios- están aprendiendo las “delicias” de la apertura económica, con sus producciones castigadas por los precios internacionales, que fijan y regulan las bandas monopòlicas privadas?¿No sería preciso crear un monopolio estatal del comercio exterior, con la representación de cooperativas y productores para llevar la tranquilidad a centenares de miles de familias del campo argentino?¿No sería oportuno declarar de nuevo de propiedad inalienable del pueblo todo el subsuelo y el manejo por YPF del petróleo y su futura explotación?¿No sería urgente entregar a los artistas, intelectuales, sindicatos, Iglesia, etc. El manejo democrático y abierto del sistema de radio y TV, para evitar el cinismo y la inmoralidad de interes privado y extranjero en la modelación de la cultura nacional y de las nuevas generaciones?

¿No resulta indispensable recrear el conjunto del sistema de enseñanza en sus tres ciclos, para permitir el acceso de las grandes mayorías a la enseñanza superior y a una cultura crítica y nacional, iberoamericana ante todo de carácter revolucionario y no aristocrático, a fin de formar ciudadanos con una visión moderna de nuestro destino, fundada en la gran tradición argentina?¿ No resulta imprescindible proceder a una profunda reestructuración de las FF.AA. a fin de modernizar sus arcaicas concepciones geopolíticas y sobre todo para formar una fuerza armada educada en la devoción por la soberanía popular, nacional y económica de los argentinos?

En definitiva:¿No resultaría imperioso que el movimiento nacional discuta sobre América Latina, la Patria Grande y la necesaria participación argentina en todos los proyectos que tiendan a crear una gran Confederación de pueblos hermanos frente a los poderosos de la tierra? Señalemos, para terminar, que ante su situación actual y el precario futuro de la dictadura militar la Argentina es observada con codiciosa mirada por los grandes intereses internacionales. La Intenacional Socialista- expresión renovada de la burguesía imperialista europea- ha empezado una política especial destinada a fortificar en América Latina tendencias “socialistas democráticas” afines al “statu quo”- en el plano sindical y político- para que como en el pasado, puedan practicar su papel de correas de transmisión del pensamiento y la política europeos. La socialdemocracia alemana está invirtiendo importantes fondos en esta política de corrupción. Lo mismo podría decirse de la Internacional Demócrata Cristiana y del bloque soviético, más conocido. Los EE.UU. por su parte, con su ORIT, su CIA y su gigantesco poder, tampoco permanecen indiferentes ante el estado de la política argentina. Cada grupo internacional persigue sus propios fines. Nosotros, los argentinos revolucionarios, los nuestros. Que cada uno sepa lo que hace. La creación de un Frente Patriótico Revolucionario es el camino para reunir y fortalecer al pueblo de la patria ante condiciones difíciles. Pero nada está perdido, si el espíritu de lucha y el fuego en el corazón de los luchadores no se ha apagado. La adversidad nos hará más fuertes. En cuanto a los débiles, los temerosos, los desertores, que sigan su camino. No derramaremos una lágrima por ellos, ni por la dictadura oligàrquica cuando llegue la hora.

Junio de 1980

ECONOMIA POLITICA PARA MILITARES

Como los militares han ocupado todo el poder y el sistema administrativo del Estado, de arriba abajo, sin dejar de decidir y ordenar en los asuntos más ajenos a su competencia profesional, no causa asombro que un General, el General Corbetta, haya sido hasta hace poco tiempo Presidente de la Editorial Universitaria, después de haberse desempeñado brevemente como Jefe de la Policía Federal. Esta doble condición, la de Editor y Jefe de la Policía, que daría amplia materia para la sátira, no justificaría esta nota, si el General Corbetta no hubiese entregado en las propias manos del autor, el Dr. Frederich Von Hayek, Premio Nobel de Economía, un ejemplar de un libro del mencionado economista editado por Eudeba. Es todo un símbolo. Pues Hayek es exactamente lo que podría decirse un típico producto para la exportación. Austriaco emigrado a Estados Unidos, el Premio Nobel, como en el caso de Milton Friedman, es la expresión tardía del liberalismo manchesteriano del siglo pasado. Se trata de un economista utópico, una prolongación de Adam Smith en un mundo erizado de barreras aduaneras, de precios políticos, de subsidios, de comunidades internacionales como el COMECOM soviético o la Comunidad Económica Europea. Esperemos que pronto exista el Mercado Común Latinoamericano con lo cual el Dr. Hayek difícilmente podrá explicar al General Corbetta el realismo de sus puntos de vista. Las grandes naciones industriales de occidente comenzaron por proteger sus industrias, crear sus flotas mercantes, establecer aranceles protectores, créditos del mismo carácter, en suma, levantaron alrededor de sus economías-la primera de todas, la propia Inglaterra- una muralla defensiva formidable. No fue otro el significado de las Actas de Navegación de Cronwell o del "Report of Manufactures" presentado a la Cámara de Representantes en América del norte en 1791 por Hamilton. Allí se señalaba que "no sólo el bienestar, sino la independencia y la seguridad de un país dependen de la prosperidad de sus industrias". También agregaba Hamilton que la posesión de estos elementos es esencial "para el normal desarrollo del Estado y para la seguridad y prosperidad de la sociedad."

Lo mismo sostuvieron Madison y Washington. Federico Liszt, en sus grandes campañas por la industrialización y la unidad alemana, afirmó la imperiosa necesidad de que el Estado Nacional protegiese la industria naciente. Todo esto es hartamente conocido, aunque olvidado no solo por los militares, sino también por las Universidades argentinas.

Alguien ha dicho que la industria es el resorte propulsor de toda la cultura moderna. Pero la peculiaridad de un país semicolonial reside en que no solamente en ciertas circunstancias adversas la oligarquía parásita puede destruir parcialmente su industria, como es el caso de la Argentina, sino que las grandes potencias y sus aliados internos se apoderan de la ideología económica y cultural vigente en el país en cuestión a fin de asegurar la explotación externa. De modo que los oficiales y los universitarios, miembros de las clases medias con posibilidad de acceso a ciertas formas de educación de nivel superior, son formados por patrones culturales hostiles al desenvolvimiento de la personalidad y de los intereses nacionales y de los intereses nacionales. Tal es el caso del "librecambismo" y del "proteccionismo". Durante una parte del siglo XIX los Estados Unidos y Gran Bretaña llegaron a adoptar las tesis librecambista porque su

formidable desenvolvimiento industrial había dejado muy atrás a sus competidores. Por lo tanto, estaba en condiciones comerciales de triunfar con sus productos de bajo precio en mercados abiertos. Al contrario, la crisis de 1930 y las grandes guerras mundiales permitieron a los países de la periferia colonial, como la Argentina, avanzar a saltos y desordenadamente hacia etapas combinadas de industrialización y tecnificación. Ese proceso contó con el apoyo del Estado, tal cual había sucedido en su tiempo en Inglaterra, Alemania, Japón, etc. Cuando cayó el peronismo y llegó la banda oligárquica vinculada a terroristas y financieros, proclamó que las dificultades económicas de la Argentina se debían al “estatismo”, al “proteccionismo” y a los “privilegios” obreros. De este modo destruyeron todo lo que pudieron destruir. Luego los principales responsables se fueron del país y dejaron a los militares alelados, entre los cuernos del toro.

Esta amarga lección significa que el país debe elaborar programas de economía política para militares en las escuelas militares y para universitarios en las Universidades, que les enseñen la historia de las doctrinas económicas y el camino que siguieron los grandes países de Occidente y Oriente para transformarse en grandes potencias. Si las Reinas inglesas no hubieran echado a los mercaderes de la liga Anseática en el siglo XIV y no se hubieran dedicado a elaborar con el vellón de las ovejas sus propios tejidos, hoy las islas Británicas serían vastos campos de pastoreo y los ingleses una raza de románticos pastores.

El General Corbetta ha editado un libro del Premio Nobel. No tenemos ninguna objeción que hacer a editar a un librecambista austro-yanqui. Pero a condición de que el General Corbetta y Eudeba editen también a un argentino ilustre que sabía más de economía para argentinos que el Dr. Hayek: Arturo Jauretche, aquel que dijo, más allá de la ciencia apolillada y estéril, que dejar que los extranjeros al servicio de las grandes potencias mundiales nos enseñen economía sería “como ir a comprar al almacén con el manual del comprador escrito por el almacenero”. La expresión no es científica pero es más cierta que las teorías liberales del Dr. Hayek, que predica el librecambismo en un planeta donde el liberalismo hace mucho que ha dejado de existir.

Mayo de 1981

LOS PELIGROS QUE ACECHAN AL MOVIMIENTO NACIONAL

Alrededor del peronismo, como en otra época y con diversas clases sociales había ocurrido con el yrigoyenismo histórico, se agruparon hacia 1945 múltiples corrientes antiguas y nuevas de la sociedad argentina. No solo intervinieron en la conformación del movimiento grupos militares que habían derivado de la dictadura nacionalista del 4 de junio hacia una visión popular de la Revolución Nacional. También se incorporaron tendencias procedentes del radicalismo (Quijano, Juan Cooke, Antille y muchos otros) así como los grandes pensadores de la década anterior, Jauretche y Scalabrini Ortiz, seguidos por sus amigos de FORJA. Del antiguo movimiento obrero llegaron asimismo grandes dirigentes de filiación socialista o comunista, que abandonaban sus partidos, comprometidos estos últimos con la Unión Democrática y el imperialismo. Casi toda la Federación Socialista de Tucumán, por ejemplo, se incorporó al peronismo. El primer Ministro del Interior de Perón – que permaneció en su cargo nueve años– fue Angel Borlenghi, también socialista y dirigente prominente de la Federación de Empleados de Comercio. El primer Secretario General de la CGT fue Aurelio Hernández, viejo militante comunista. Innumerables agitadores del anarquismo, sindicalistas de todos los matices, luchadores sociales de los más variados orígenes doctrinales concurren a formar en sus horas iniciales el movimiento justicialista. Del antiguo nacionalismo aristocrático o nacionalismo a secas, así como notorios militantes católicos y hasta sacerdotes destacados como el padre Filippo o el padre Benítez, integraron el peronismo. Había conservadores como Visca, de la provincia de Buenos Aires, o Padrós de Tucumán, se incorporaron. Había estancieros y militares, obreros y peones, dueños de Ingenios azucareros como el salteño Cornejo Linares o industriales como Miguel Miranda, intelectuales, chacareros, técnico.

UN FRENTE DE CLASES

En otras palabras, alrededor de Perón se constituyó un gran movimiento nacional articulado por varias clases sociales cuyas coincidencias eran mayores que las divergencias estructurales que las separaban. Esto fue en la primera y segunda etapa, indiscutible. Pero en la tercera presidencia, la de 1973, las circunstancias del país y del mundo habían cambiado profundamente. Las casi dos décadas transcurridas no habían pasado en vano. El peronismo ya no podía responder a la crisis nacional con los mismos criterios que le habían dado fama y triunfos en el pasado. Ni la autoridad del General Perón sobre su movimiento en 1973 podía ocultar las grietas que empezaban a manifestarse entre las clases y tendencias que lo componían. No todos los integrantes del peronismo deseaban librar una batalla a fondo contra el régimen oligárquico. El tiempo había demostrado de modo irrefutable que la oligarquía agraria y financiera era más poderosa que nunca y que no solo había logrado derribar a Perón en 1955, no solo se había ingeniado para convencer a los militares durante 18 años de que el jefe justicialista no debía volver jamás al país sino que, en definitiva, había logrado en el período 1973-1976 anular todas las medidas positivas de los gobiernos peronistas y bloquearlo al fin en términos económicos. Luego, con la preciosa ayuda del terrorismo, infiltrado en las propias filas del peronismo, la oligarquía volteaba al gobierno popular

en marzo de 1976. Esto habla sobre la capacidad política y fuerza real de la oligarquía argentina mucho más que cien volúmenes.

LA NUEVA SITUACIÓN

Los hechos mencionados también demuestran que el repertorio de los problemas que enfrentaba y enfrenta la Argentina eran radicalmente diferentes a los que Perón conoció en su tiempo. El peronismo debe considerar estos problemas, estudiarlos y disponerse a resolverlos uniéndose en primer lugar a sí mismo, a riesgo de no regresar jamás al poder. La ruptura de Argentina con Europa, la destrucción de los vínculos seculares que unían a Gran Bretaña y Europa con el Río de la Plata, crea un nuevo punto de partida para reorientar la política nacional hacia una unidad con los países hermanos de América Latina. Pero no se trata solamente de los mercados; se trata de la visión latinoamericanista global que es preciso adoptar desde el plano histórico, cultural, político y económico para adecuar al país a la nueva época. El movimiento nacional, que además del peronismo integran todos aquellos partidos y tendencias decididas a lograr la independencia económica, la justicia social y la soberanía política en el marco de una América Latina Unida, se encuentra ante la difícil alternativa de reelaborar un programa que sitúe en primer término los problemas aludidos y la expropiación de la oligarquía, o verse sometido a la presión disgregadora de las grandes fuerzas internas y externas que intentan dividirlo para reducirlo a la impotencia histórica. ¿Cuáles son estas fuerzas? ¿Y cómo actúan?

TRES OBJETIVOS

Para emplear un vocablo bastante corriente en nuestros días, diremos, que la oligarquía ha sido la mayor influencia “desestabilizadora” durante los gobiernos peronistas. A su vez, el peronismo, con su inmensa fuerza, aún en la pasividad, ha sido el principal factor “desestabilizador” de los regímenes oligárquicos, sean estos civiles o militares. De ahí que para la oligarquía y sus aliados, los mayores objetivos a lo largo del tiempo hayan sido sucesiva o alternadamente los tres siguientes:

- Derribar los gobiernos peronistas;
- Prohibir el retorno de Perón;
- Dividir al peronismo.

La muerte de Perón en 1974 abrió un capítulo pleno de enigmas en la evolución posterior del movimiento. La caída de la Presidente Isabel en 1976 y su posterior detención congeló el desarrollo de las relaciones internas que durante su breve gobierno se habían manifestado en la aparición de dos líneas fundamentales, los “verticalistas” y los “antiverticalistas”. Aunque dichas tendencias introducían serios interrogantes sobre la situación política del peronismo, los cinco años de dictadura permitieron observar otras fuerzas que desde adentro o fuera del país se mueven en procura de sus propios fines en relación con la situación del peronismo. El tema en cuestión, es preciso decirlo con toda claridad, no es asunto exclusivo de los peronistas ya que de la unidad de dicho movimiento o de su división dependen las grandes luchas política que será preciso emprender para librar al país de la explotación y saqueo oligárquico. Y en estos grandes fines no sólo están interesados la mayoría de los peronistas, sino todos los revolucionarios patriotas de la Argentina.

EN EL PAÍS Y EN EL EXTERIOR

Hay un plan del gobierno del general Viola, que està en marcha, para atraer al MON (Movimiento de Opinión Nacional) a una parte considerable del peronismo màs “tratable”, lo mismo que a aquellos radicales con màs nostalgia del reparto de las achuras. Los contactos ya han comenzado. Hasta los ministros militares que pertenecen al mismo règimen que mantiene detenida a la ex Presidente Constitucional Isabel Peròn ensayan palabras emotivas para referirse al peronismo, al que dirigen concuspicentes miradas de tentaciòn. Asi el brigadier Porcile, ministro de Trabajo, afirma que su bandera “es la misma que la del peronismo”, en calurosa alusiòn a la bandera nacional. El General Liendo, por su parte, ex ministro de Trabajo y actual del Interior, mientras deja en la càrcel al peronista del gremio telèfonico Julio Guillén, declara que el peronismo es “interlocutor vàlido”. Pero el peronismo ha despertado otros apetitos. Si dejamos a un lado al General Lanusse, que tambièn ha tendido en silencio sus lineas hacia el movimiento mayoritario, o al Almirante Massera, cuyos propòsitos son notorios y que ha pasado a la acciòn organizando “centro de estudios” en diversas provincias coordinados por el Vice-Almirante Fracassi, cabe señalar que fuera del país los hombres del Departamento de Estado de los Estados Unidos tampoco miran con indiferencia la situación actual del mayor movimiento de masas de Amèrica Latina. Sea a travès de la ORIT, de misiones sindicales o politicas procedentes del país del norte o por otros canales de intercambio, se advierten en el peronismo voces que reclaman un enèrgico anticomunismo y el abandono de la Tercera Posición formulada en su tiempo por Peròn. Tales tendencias parecen indicar la voluntad de “occidentalizar” al justicialismo para volverlo una corriente mansa o amansada integrada por gente sensata.

LOS SOVIETICOS Y LA INTERNACIONAL SOCIALISTA

No menos interesante resulta anotar que el bloque de países socialistas, en especial la URSS, sigue con atenciòn las alternativas que vive el peronismo. A este respecto conviene subrayar que en relaciòn con Amèrica Latina, los intereses de la burguesia europea (bajo la màscara izquierdista de la Internacional Socialista) coinciden a veces con la tàctica del gobierno soviético y de los partidos comunistas. Estas coincidencias de circunstancias se fundan en los antagonismos relativos frente a los Estados Unidos. Un ejemplo de tales coincidencias lo proporciona la situación de la tierra del heroico Sandino, Nicaragua.

En la Argentina se advierten agrupamientos destinados a dar sustento a un “peronismo potable” de vago acento centrozquierdista, impregnado de un tenue camporismo, con muchos derechos humanos, abogados progresistas, algo liberal y con sòlidos vínculos internacionales, capaz de agrupar a lo que pueda quedar del 11 de marzo en la Argentina y convenientemente rodeado de ex dirigentes sindicales sin base obrera asi como de los infaltables sectores de la “izquierda” ambulante, siempre dispuestos a estampar su firma alrededor de declaraciones màs o menos inocuas. En este tipo de tendencias prevalece el “antivercalismo” de origen parlamentario y la presencia infaltable del “Partido Comunista” que se mueve entre el radicalismo y este tipo de peronismo de “gente decente”.

No podríamos dejar de mencionar el interés demostrado hacia el peronismo por parte de la social-democracia escandinava, en particular de los sindicatos noruegos, que se proponen “instruir” a los cuadros sindicales argentinos, y además sufragar todos los gastos. Una lluvia de oro, de todas las divisas imaginables (ni siquiera faltan los marcos alemanes de los obispos católicos de ese origen) ni los dólares y otras monedas fuertes para indicar que el movimiento nacional justicialista, en el llano y en el infortunio, despierta un hambre poco caritativo de los más diversos orígenes.

Si el frente nacional del 45, que ha permanecido en la lucha durante más de 30 años, no logra conservar la unidad de sus filas, esto sólo querrá decir que su misión está cumplida y ya nada tiene que hacer en la escena de las luchas sociales argentinas. Esto dependerá de los peronistas mismos. Las necesidades de la Revolución Nacional exigen, a nuestro juicio, que el movimiento justicialista sepa encontrar el camino de su unidad indestructible fundada alrededor de un programa nacional revolucionario. Todo argentino debería contribuir a que esto ocurra así y no de otro modo. Pues si el movimiento nacional logra ser dispersado por las grandes fuerzas internas y externas que hemos señalado, la lucha será doblemente difícil. La clase trabajadora y el pueblo deberán entonces redoblar sus esfuerzos a fin de reconstruir el Frente Nacional y afrontar las grandes tareas revolucionarias que la historia ha dejado sin resolver.

Mayo de 1981

III. DE LAS MALVINAS A UN NUEVO AYACUCHO

LA CUENCA DEL PLATA Y LA UNIDAD LATINOAMERICANA

La historia económica argentina ha reflejado nuestra subordinación global al Imperio Británico. De ahí no sólo brotaron el sistema de partidos, las particularidades del comercio exterior, el diseño de la red ferroviaria y cierta interpretación mitrista de la historia nacional, sino también algunas “zonceras argentinas” sin clasificar en su famoso libro por Arturo Jauretche. Una de ellas es que Argentina tiene petróleo, pero no es un país petrolero. Y otra que la Argentina no es un país minero, sino agropecuario. Para los ingleses, interesados solamente en el suelo de la pampa húmeda, nuestro país no tenía subsuelo, o sea, carecía de geología. Para eso estaban Nigeria, Sudáfrica o Chile. En realidad, la Argentina ha comenzado a descubrir su propia identidad y a conocerse a sí misma, poco a poco después de la crisis de 1930, cuando todas las ilusiones derivadas de un largo período de prosperidad agraria comenzaron a disiparse junto con la sombra declinante del Imperio. De este modo, nuestra evolución recorre tres fases: la del carbón inglés, que alimentaba las usinas térmicas; la del petróleo árabe, refinado por los ranquis y vendido por los ingleses a la Argentina, que sustituía al carbón. Y la de la hidroelectricidad que pertenece a nuestra época y a la de América Latina, energía renovable que nos permite descubrir nuestros ríos y las grandes cuencas. La geografía latente se hace manifiesta y habla en nuestra propia lengua. Y cuando los latinoamericanos comienzan a trabajar juntos y a explotar juntos la más fabulosa riqueza energética que la humanidad ha conocido, desde el fondo de nuestra historia anglofila se alzan voces aflautadas, que desgarrándose las vestiduras y amenazándonos con el pecado mortal, nos susurran otra de las grandes zonceras argentinas no catalogadas: “Cuidado con el Brasil: es nuestro enemigo tradicional.” Al conjuro de estas agoreras voces, se producen mágicas transformaciones: los cipayos se vuelven patriotas y el Almirante Rojas ¡nada menos! un defensor de nuestra soberanía.

EL PREJUCIO ANTIBRASILEÑO ES ANACRONICO

Los acuerdos celebrados por la Argentina con los gobiernos de Brasil, Paraguay, Uruguay, y en el futuro, con Bolivia, permitirán construir (o concluir su construcción) formidables represas hidroeléctricas, de las que se derivarán incalculables beneficios en cuanto a la navegación, energía, riego, urbanización, comunicaciones y turismo en el área designada como Cuenca del Plata.

Estos acuerdos han generado un gran debate, que juzgamos benéfico. Muchos comentaristas arguyen que los proyectos hidroeléctricos aprobados (entre otros, Itaipú y Corpus) solo benefician a la “estrategia” del Brasil. Como resultado, la Argentina se convierte en segundo violín de Brasil. Creo que, por el contrario, la estrategia inglesa de dominación general fue dividir a la “América Latina de las patrias chicas” para impedir una América Latina unificada, una Patria Grande. Así como Brasil en los tiempos de los Braganza fue, como Portugal, una semicolonias inglesa, la Argentina agropecuaria

desempeño el mismo papel. No se unieron contra el común dominador, sino que se enfrentaron entre sí, bajo la mirada maternal de Gran Bretaña. Pero tales hechos pertenecen al pasado. Para ir directamente a nuestro asunto ¿cuál es la razón por la que el gobierno brasileño cambió su política tradicional de enfrentamiento diplomático con la Argentina y empujó a nuestro país a la firma de un convenio que ambos estados habían evitado siempre, Brasil de modo activo y la Argentina pasivamente? Las respectivas oligarquías habían separado históricamente sus vínculos entre sí y mantenían fuertes lazos, cada una de ellas por separado, con los centros imperiales. Era el esquema clásico de la América Latina fragmentada.

El cambio brasileño se debe a la intolerable presión que la crisis energética ejerce cada día más sobre su frágil estructura económica y su balanza de pagos. A la revolución colonial del Medio Oriente, que ha resuelto hace pocos años reconstruir su política de precios, se debe el cambio histórico de frente que ha acercado afortunadamente a los dos países latinoamericanos. El equilibrio imperialista, mantenido a lo largo de todo el siglo XX gracias a los precios insignificantes del petróleo, los alimentos y los productos mineros, permitió a los grandes países centrales edificar una confortable civilización. La pérdida de dicho equilibrio está produciendo grandes cambios en las perspectivas políticas y sociales del Tercer Mundo. La crisis energética ha echado por la borda la ilusión de la despilfarradora sociedad capitalista de occidente de proseguir su vida suntuosa a costa del lema: "Hay un árabe en su motor". (Así decía un producto comercial petrolero hace años refiriéndose al tigre). Pero no había tal, solo había un árabe, chorreando nafta y sangre bajo el acelerador del mundo opulento. Ahora sí, ese árabe y todo el mundo explotado y humillado, se ha vuelto un tigre al que no es posible ignorar ni mucho menos domesticar.

Brasil gastó en 1979 10.000 millones de dólares en la compra de petróleo importado. En 1980 estima que llegará a los 12.500 millones de dólares. Ya no soporta más el monstruoso esfuerzo financiero. Con una deuda exterior global de 50.000 millones de dólares, el gran país amazónico ha vuelto sus miradas a la América Latina, a la Argentina, al Plata y también hacia el Orinoco, hacia Venezuela y Perú. A menos que su aparato productivo quede paralizado, el Brasil debe encontrar desesperadamente nuevas formas de energía. Las ha encontrado, como la propia Argentina, en América Latina. Esto ha exigido un reacomodamiento de su política exterior y un notable esfuerzo para zanjar sus diferencias en la Cuenca del Plata. Se trata de un verdadero viraje histórico y no una manifestación de "sub-imperialismo" brasileño. Si alguna vez esto fue acariciado y concebido en la Sorbona militar de Río, la dura y cruel realidad lo ha aventado con tanta fuerza como el obvio distanciamiento producido entre EE.UU: y la cúpula militar brasileña, otrora identificados en un utópico reparto de América Latina. Tales intereses exigen paz y no guerra. Los latinoamericanos, mucho tiempo después de San Martín, Abreu de Lima y Bolívar, han perdido de tal modo el hábito de marchar juntos y luchar contra los mismos enemigos, que enunciar cuanto tengo dicho hasta aquí parece una novedad absoluta y hasta un desatino.

LA SOBREENESTIMACION DE LAS MULTINACIONALES

Existe una tendencia a magnificar el poder de las multinacionales y suponer que su capacidad de decisión es supraestatal y que por un simple cònclave (por ejemplo la

Trilateral) un puñado de personas gobierna el destino del mundo. Esta concepción conspirativa de la historia no es muy diferente por su seriedad de aquella que atribuye igual poder y propósitos a los Protocolos de los Sabios de Siòn, a la Sinarquia Internacional o un supuesto pacto entre potencias capitalistas, las potencias comunistas y el Vaticano post-conciliar. Aunque hemos tenido brujos en casa, no creemos en brujos, ni en brujerías. Los antagonismos y fracturas íntimas del imperialismo le han impedido siempre llegar a semejantes acuerdos quiméricos. Seamos más sencillos. Convengamos en que Itaipù o Corpus no constituyen una “derrota argentina” o una “victoria brasileña”, sino una victoria común de América Latina. En la revista “Estrategia”, que dirige el General Guglielmelli, se considera que la cuestión de las represas es una especie de “batalla” entre Brasil y la Argentina, enemigos históricos de una vez para siempre y se sugiere que la diplomacia brasileña practica un invicto virtuosismo nacionalista. Se trata de un error. La diplomacia de un país es el reflejo de la política interior, del sistema político vigente. Al fin y al cabo no fue un régimen político de origen popular quien aprobò la designación de la Corona Britànica como àrbitro en el conflicto del Beagle con Chile, sino la dictadura militar del general Lanusse, para dar un solo ejemplo. La diplomacia argentina, en otras èpocas, fue digna del poder interno que la sostenía.

En el tema de las represas, las iniciativas han correspondido al Brasil, movido a ellas por las razones aludidas. Más allá de los gobiernos firmantes, que sin duda pasaràn, quedaràn las formidables obras entrelazando a nuestros pueblos. Todo aquello que sirva para estrechar lazos econòmicos y culturales entre los Estados de América Latina constituye una contribución a la unidad hispanoamericana y debe ser juzgada siempre desde este àngulo, que es el único revolucionario, sanmartiniano y bolivariano en términos modernos. Resulta una polémica abstracta y estéril afirmar que con 105 metros de cota en lugar de 110 o 115 en la represa de Corpus la Argentina ha perdido una “batalla”. Lo esencial es poner en marcha Corpus. Otros afirman que el territorio comprendido entre San Paulo y Buenos Aires, con una población de 60 millones de habitantes, poseerà una gigantesca concentración de poder energètico y un mercado interno que aprovecharàn las multinacionales para ampliar su poder en el àrea. Se trata de un riesgo posible, menos real que la devastación que està realizando Martínez de Hoz y la actual dictadura en toda la estructura capitalista nacional, pero, sin duda, un peligro cierto. La desaparición de esa amenaza, como de la política de Martínez de Hoz depende de nosotros mismos, es decir, de si somos capaces o no de impulsar la revolución nacional, cortar las alas de las multinacionales o barrer de la escena a los Martínez de Hoz. De la lucha del pueblo depende que la Patria Grande pueda aprovechar para si esas maravillosas hazañas tènicas.

Pues los hechos econòmicos no deciden nada por si mismos. Es la naturaleza del poder político, en Brasil como en la Argentina, la que determinará quien se beneficiará de las represas. Solo la voluntad humana de imprimirles designio y carácter serà la que en definitiva decida la utilización de los recursos de la Cuenca del Plata. Terminar con el prejuicio antibrasileño y revisar con mirada crítica la historia de nuestros dos países, permitirá descubrir tanto a la juventud argentina como a la brasileña, cuànto se les ocultò o cuànto se les mintiò. Una traducción del “Martín Fierro” al portugués no encantará a ciertos refinados de la Argentina, orgullosos de que exista una versión inglesa del poema gaucho, así como el conocimiento en lengua española de “Os

Sertoes” de Euclides Da Cunha sería más importante para el entretendido de la gran cultura iberoamericana común que la publicación en español de todas las novelas de Sastre.

¿Y un acuerdo con el Brasil para enseñar en las escuelas del secundario brasileño la lengua española y en las nuestras la portuguesa no sería digno prólogo para suprimir en ambas la enseñanza de la lengua inglesa? ¿O es que lo extraño es próximo y lo próximo ajeno?

Con motivo de los problemas de la Cuenca del Plata y de los conflictos en relación al Beagle, se ha puesto de moda en ciertos círculos una literatura militar que se caracteriza a sí misma como “geopolítica”. Dichos estudios son dignos de todo encomio, reservas críticas posibles aparte, pero el vocablo no es afortunado, puesto que los militares que lo emplean se consideran patriotas argentinos. Pues lo curioso del asunto es que la palabra “geopolítica” hace fortuna entre nosotros cuando yace en su propia tumba. Suecia, Inglaterra y Alemania. Pero como es un vocablo (por supuesto, no una ciencia) que tiene un claro origen imperialista, no es adaptable por los latinoamericanos a riesgo de violentar su significado.

LA GEOPOLITICA IMPERIAL

Empecemos por el principio. La constitución de los Estados nacionales en Europa concluyó hacia 1870. A la revolución técnica que impulsó el capitalismo europeo a la expansión económica, sucedió la concentración monopólica que liquidó el período del “laissez- faire” y la libre competencia. En su fase más alta ese proceso dio nacimiento al imperialismo moderno. Las potencias imperialistas concluyeron por disputarse entre sí el control de los continentes coloniales. Sus fuerzas productivas resultaban sobreabundantes en el marco de los Estados Nacionales. La economía se transformó en política y la política derivó hacia el arte militar. Los antagonismos entre las grandes potencias se volvieron cada vez más agudos. Basta para demostrarlo las dos guerras mundiales del siglo XX. Sólo la segunda de ellas dejó un saldo de 50 millones de muertos y dos ciudades arrasadas con bombas atómicas. En los comienzos de esa trágica carrera, a principios de siglo, la geografía política se transformó en “geopolítica” en manos de algunos escritores militares. De la importancia indiscutible del factor geográfico en la historia, dichos geógrafos militares pasaron a concebir una geografía determinista. El destino irrevocable de cada país estaba ligado al suelo, a la competencia con sus vecinos y a una relación de fuerzas. En suma, la geografía se volvía una estrategia político- militar, un sino al que nadie podía escapar, sea como amo o como víctima. Spengler, con su visión crepuscular de la historia, también merodeó por la geopolítica. Pero fueron sobre todo dos profesores, uno inglés, Sir Halford Mackinder y otro alemán, el general Kart Haushofer, quienes conformaron el estilo y significado de la Geopolítica.

El geopolítico británico lo hizo en nombre de la complicada geografía de dominación mundial sobre la cual se había erigido el satisfecho imperio inglés. Haushofer, que viviría lo suficiente como para inspirar los delirios expansivos de Hitler, practicaba la geopolítica en su Instituto de Geopolítica de Berlín desde el siguiente punto de vista: “Geopolítica es la base científica del arte de la acción política vital(lebensraum)”. En la “Revista de Geopolítica” de Haushofer se publicaba esta

definición: "Geopolítica es la ciencia que trata de la dependencia de los hechos políticos con relación al suelo." Resulta claro que el origen de la geopolítica se encuentra en aquellas naciones que han desarrollado a muy alto nivel las fuerzas productivas del capitalismo, pero cuyas limitaciones geográficas inspiran a sus teóricos la idea de apoderarse de otros territorios, sean de sus vecinos o los de tipo colonial. Tal era el caso de los ingleses, confinados en sus pequeñas islas del Mar del Norte, cabeza de un Imperio que como el de Carlos V "no se ponía el sol" o el de la Alemania pre-nazi o nazi, enclaustrada en el corazón de Europa, impregnada de una gran tradición militar y cuyo desarrollo tecnológico entraba en conflicto con sus fronteras nacionales.

Pero una doctrina geográfica imperialista, que necesariamente persigue sus fines por medio de la guerra, nacidas en países que desde hace décadas o siglos han constituido su unidad nacional no puede aplicarse sino por error en la América Latina que no ha realizado la suya.

LA UNIDAD LATINOAMERICANA, OBJETIVO CENTRAL

Aquí, por el contrario, es innecesaria la geopolítica importada e imprescindible una política nacional latinoamericana que tienda a confederar política, económica y militarmente a los Estados desunidos de habla hispano portuguesa. Esa política no puede fundarse exclusivamente o "fatalmente" en la geografía, que de algún modo es naturaleza, sino en la historia, que es vivida colectivamente por los hombres. Esa política debe fundarse en la comunidad lingüística y cultural, en la unidad religiosa, las vicisitudes comunes, en suma, en una existencia histórica entrelazada. América Latina no tiene necesidad de "espacio vital" porque lo que le sobra es vitalidad geográfica. Ya era evidente para San Martín, Bolívar y la primera generación revolucionaria que cada Estado latinoamericano sería incapaz por sí mismo de emerger a la civilización y a las instituciones políticas modernas pues serían batidos y colonizados uno a uno por las grandes potencias fragmentadoras de oficio. A la luz de la experiencia, la necesidad de unificar América Latina no admite dudas y por los más diversos caminos, todos complejos, a veces tortuosos, la unidad latinoamericana se abre paso y dejan de sonar como pura retórica las invocaciones de Bolívar y San Martín, de Monteagudo, Morazán, el Deán Funes y, en nuestro siglo, Manuel Ugarte.

En síntesis, los argentinos debemos aprender a pensar con nuestra propia cabeza los problemas fundamentales de la Patria Grande. El más decisivo es el de la unidad latinoamericana, es decir, la cuestión nacional irresuelta por la revolución y la guerra de la Independencia del siglo XIX. Solo a la luz de esa perspectiva, que es realmente revolucionaria (si dejamos de lado la charla vacía de los "marxistas" e izquierdistas del continente que repiten como loros barranqueros la folletería de ultramar) podrá entenderse la magna significación de la construcción de Salto Grande, Itaipú, Yaciretá, Corpus, del Paraná Medio, la utilización de la laguna Iberá así como los proyectos de canalización del Bermejo y el Salado, a los que habrá que darles un impulso decisivo, a condición de dejar de estudiarlos de una buena vez. Estos últimos vincularían a Bolivia, Salta y Santiago del Estero con el sistema del Paraná. Tal gigantesco emporio de la energía puede medirse si se considera que junto con el futuro desarrollo de la cuenca amazónica y la cuenca del Orinoco, América Latina dispondría

de un potencial hidroelèctrico de un 30 por ciento superior al de la Unió Soviètica, el doble de los Estados Unidos y Canadá juntos y cuatro veces el de Europa.

¡Basta de “sueños” de San Martín y de Bolívar! Bolívar era insomne. Si en los grandes ríos padres de la patria común yace el secreto de nuestra fuerza, reside en los hombres y mujeres de América Latina el cerebro y el corazón que la pondrá en movimiento. Y todo esto no se llama “geopolítica”, sino política.

Setiembre de 1980

EL BEAGLE Y LAS DOS OLIGARQUIAS

Durante el periodo colonial el territorio actual de la América Latina estuvo sometido a las variaciones de criterio político o estratégico que la Corona adoptó en el curso de cuatro siglos. De ahí la banalidad diplomática de juzgar los derechos de soberanía de una u otra parte remontándonos a las capitulaciones de Carlos V o sucesores.

A título puramente informativo diremos que a mediados del siglo XVI pertenecían a la provincia de Chile el Tucumán, los juríes y los Diaguitas, lo mismo que la provincia de Cuyo, San Luis incluida. De un modo vago, quedaban para Chile las tierras situadas al sur del Estrecho, en tanto el rey mandara "proveer en lo que toca a su población", lo que nunca hizo, por lo demás. Pero ya en 1563, Felipe II ordenaba incorporar el Tucumán, Juríes y Diaguitas a la Audiencia de Charcas.

Al crearse en 1788 el Virreynato del Río de la Plata, "antemural" contra la amenaza inglesa y portuguesa entrevista de lejos por la corona, pasaron a jurisdicción del nuevo Virreynato Charcas y Cuyo. Hasta ese momento eran chilenas Mendoza, San Juan y San Luis. En cuanto a la región magallánica, a la borrosa Patagonia de los supuestos gigantes aborígenes, era la célebre "tierra maldita" que devoraba, comía Esfinge, a todo aquel que quisiera descifrar su enigma. El estrecho de Magallanes, nexo entre ambos océanos, había dejado un recuerdo de horror después de los trágicos ensayos de Sarmiento de Gamboa por colonizar el estrecho para prevenirse contra los ingleses. El descubrimiento del Cabo de Hornos, por lo demás, eclipsó durante dos siglos al Estrecho, pues permitía la conexión oceánica sin tantos peligros. Ni las turbulencias de la revolución de Independencia ni los conflictos interiores que la siguieron permitieron a los gobiernos de Chile o el Plata indagar los viejos documentos sobre el misterioso sur. Pero el gran imperio marítimo, el poder británico, en cambio, estaba interesado en conocer, estudiar, describir y elaborar una cartografía de la región de Magallanes. Las dos expediciones del "Beagle" entre 1826 y 1836, habían despertado interés en el mundo entero, sobre todo en Chile. En las Provincias Unidas el eco fue mucho menor. A diferencia de la relativa tranquilidad con que la antigua Capitanía de Chile absorbió la ruptura con España (quizás porque constituía una sola provincia) las integrantes del ex Virreynato disputaban entre sí. Sobre todo, la provincia de Buenos Aires pretendía erigirse en mentora de las restantes. El gran debate consistía en disputarse las rentas aduaneras del puerto de Buenos Aires. Los unitarios o federales poco conocían del "Beagle" llegaron a difundirse, el gobierno del General Bulnes, en Chile, comenzó a considerar el problema.

Alentado por las reiteradas exhortaciones de O' Higgins, que desde su destierro en Perú insistía en la ocupación chilena del Estrecho, el General Bulnes encontró además un inesperado apoyo en el argentino Sarmiento, redactor del diario oficialista chileno "El Progreso". Sarmiento inició una campaña de prensa sosteniendo los derechos chilenos no solo sobre el estrecho de Magallanes, sino sobre toda la Patagonia. Su tesis era que "el mal de la Argentina es la extensión" (era la tesis invariable de la clase terrateniente de Buenos Aires, obsesionada exclusivamente por el puerto, la Aduana y la pradera), indiferente por lo demás al concepto territorial de la soberanía,

excepción hecha de Rosas, que gobernaba la Confederación Argentina. Sarmiento, como tantos otros, pensò muchas veces en no regresar nunca al país. Se declaraba chileno a veces. Por lo demás, su antagonismo político con Rosas lo llevaba a afirmar todo género de desatinos, no todos tan afortunados como lo fue “Facundo” en el plano literario. Resuelto a pasar a la acción, Bulnes (refundada luego con el nombre actual de Punta Arenas) el 30 de Octubre de 1843. Absorbido Rosas con los conflictos internos y externos de la Confederación Argentina, recién en diciembre de 1847 enviarà una nota al gobierno chileno protestando por la ocupación del estrecho. Esta nota y la orden del gobernador de Buenos Aires al historiador Pedro de Angelis y al jurista Vèlez Sarsfield de estudiar la documentación originaria constituyen el primer acto del conflicto diplomático con Chile sobre el territorio austral, que se prolongarà hasta nuestros días.

EL DESARROLLO DE LA DISPUTA

Los episodios posteriores se produjeron en 1877 (Tratado Yrigoyen- Barrios Arana); en 1881 (Tratado Yrigoyen-Echavarrìa) y 1902 (los llamados Pactos de Mayo). Se trataba de determinar cuáles eran los límites entre Chile y Argentina.

En el acuerdo de 1881 ambos países convinieron en que el estrecho de Magallanes sería chileno, aunque no podía artillarse; la Patagonia oriental sería argentina y Tierra del Fuego se dividiría entre ambos. En cuanto a las islas al sur del Canal del Beagle, serían chilenas en tanto que las bañadas por el Atlàntico, quedarían bajo soberanía argentina. Sin embargo, detrás de estas minuciosidades de cartógrafo, se movían intereses más poderosos y complejos de la política latinoamericana. Ya en 1839 Chile había intervenido, con un “Ejército Restaurador”, bajo las órdenes de Bulnes, para deshacer la Confederación Perú-Boliviana, proyectada y construida por el antiguo oficial de Bolívar, el Mariscal Santa Cruz. Esta ofensiva militar chilena se fundaba en el criterio de “mantener el equilibrio del pacífico”. Luego en 1879, Chile había declarado la guerra a Bolivia y a Perú. Buscaba nuevos territorios a fin de apoderarse del guano peruano y del salitre boliviano. Como los dueños virtuales del salitre eran los capitalistas ingleses, el beneficio que extrajo Chile y su oligarquía de la conquista territorial se fundò en el impuesto a la explotación de salitre, que permitió una era de gran prosperidad fiscal en Chile. La opinión pública de América Latina se volvió anti-chilena ante el despojo obrado a costa del territorio boliviano, al que cerrò la salida al mar y del peruano, al que arrebatò la provincia y puerto de Arica. Esta alianza entre el imperialismo britànico y la oligarquía comercial chilena hacía rebrotar el “partido americanista”. En Buenos Aires, Estanislao Zeballos llamaba a la solidaridad con Perú y Bolivia. Roque Sáenz Peña, con el grado de Teniente Coronel, luchaba en las filas del ejército peruano. Vicente Fidel Lòpez e Indalecio Gòmez eran “peruanistas”. Por el contrario, el mitrismo y “La Nación”, así como los intereses ingleses, estaban por un arreglo con Chile a toda costa para evitar una alianza entre la Argentina, Perú y Bolivia. La Conquista del Desierto dirigida por el General Roca, era un episodio de la guerra no declarada por la soberanía en la Patagonia.”La Nación”, por su parte, escribìa:”Pensamos que si la guerra con Chile por nuestros límites sería un escàndalo inútil, la guerra por límites ajenos sería una insensatez indigna de una nación de verdad”. La reacción pública contra el “arbitrismo” anglòfilo de Mitre fue inmediata: se borraron 4.000 suscriptores de “La Nación” y fuerzas policiales fueron llamadas a

proteger el diario. Zeballos, desde “La Prensa”, acusaba a Emilio Mitre de escribir sus editoriales bajo la presión del capital británico invertido en Antofagasta.

LOS PACTOS DE MAYO Y LA CORONA BRITANICA

Pero tanto en Chile como en la Argentina no solo había dos oligarquías, sino también dos pueblos y dos tipos de patriotas: aquellos que buscaban el progreso respectivo por la fraternidad latinoamericana y aquellos que en relación con el extranjero imperialista urdían una política de rapiña o de indiferencia ante la rapiña próxima. En 1902, los Pactos de Mayo aprobaron dos hechos decisivos: uno, la Argentina se desinteresaba de la expansión chilena en el pacífico y libraba a su suerte a los territorios de Perú y Bolivia ocupados por Chile después de la guerra de 1879. Por el otro, se sometía al arbitraje de la monarquía británica todo posible conflicto posterior. En apoyo a los “pactos”, Pellegrini afirmaba crudamente: “Para las repúblicas sudamericanas no puede existir política continental... nada de común tenemos con la América sajona y lusitana y la comunidad de raza, religión, idioma o forma de gobierno no basta para acercarnos a la otra.. no es posible crear vínculos artificiales entre pueblos que no tienen intercambio comercial.. que no se hable de un vínculo creado por la historia..” Oponerse al expansionismo de otro país le parece un despropósito: “Todas las fronteras terrestres entre las naciones han sido trazadas por la espada del vencedor. ¿Y que tenemos que ver nosotros con el Perú? Acaso San Martín nos legó, junto con su gloria el protectorado del Perú?” ¡1902! La Argentina reventaba de oro en los trojes. Sus políticos solo querían viajar alegremente a París cada seis meses. En cuanto a los chilenos, escribe Mac-Iver: “Proveíamos con nuestros productos las costas americanas del Pacífico y las islas de Oceanía del Hemisferio Sur, buscábamos el oro de California, la plata de Bolivia, los salitres del Perú, el cacao de Ecuador, el café de Centroamérica, fundábamos bancos en La Paz, Sucre, en Mendoza y San Juan.” Muy atrás habían quedado Bolívar y San Martín. Sus retratos ya no se cubrían de gloria sino de polvo y yacían arrumbados bajo la mesa en el suntuoso banquete del fin de siglo.

LA OLIGARQUIA ARGENTINA: CUANTO MAS CHICO, MEJOR

Cabe preguntarse cuáles son las causas histórico- políticas por las cuales la oligarquía agro – comercial argentina ha exhibido invariablemente una posición de “renunciamento territorial” mientras que por su parte la burguesía agro-comercial chilena, por el contrario, ha manifestado un apetito incesante de territorios nuevos, sea al Norte, sea al Sur. El pacifismo de una o el belicismo de la otra obedecen a razones identificables. Ambas oligarquías son igualmente antipopulares y parasitarias, según lo ha demostrado la historia una y otra vez. En lo que se refiere a la oligarquía argentina, se constituyó, aún antes de la independencia, bajo la forma de un núcleo de intereses enraizados en el puerto de Buenos Aires; con su ciudad y su campaña. El carácter rentístico de esa región, dotada de gran productividad natural, ligó el destino de esa oligarquía terrateniente, comercial y financiera a los mercados internacionales. A diferencia de la economía agraria de otros lugares del mundo menos fértiles (EE.UU.,

Canadá, la URSS, Australia, Nueva Zelandia) las pampas argentinas estaban cubiertas por una profunda capa de humus natural y bendecidas por tal régimen de lluvias que la carne primero y luego los cereales producían a un costo sin competencia posible, si se le añade la proximidad de los campos de pastoreo a los puertos de exportación. Tales características fueron y son únicas en el mundo. El fruto óptimo de tales praderas singulares ha beneficiado a la oligarquía con una gigantesca renta sin necesidad de mano de obra calificada, ni inversión de capital, ni tecnificación. A tales factores concurrentes se denomina “renta diferencial”, un suculento “extra” a la renta agraria normal. La posesión de tales “ventajas comparativas” dió a esta rosca oligárquica, desde la Revolución de Mayo en que se encontró dueña de tal prodigio, una conciencia clara de sus intereses. Con Rivadavia, Rosas o Mitre, mantuvo ese privilegio en sus manos, sin ceder jamás a los reclamos de las provincias interiores, hambrientas y empobrecidas por la falta de aduana nacional y por el libre comercio impuesto por Buenos Aires. En ciertos momentos, la indiferencia de la oligarquía bonaerense por la integridad del país llegó a extremos que corrieron peligro hasta los vínculos con provincias que estaban unidas desde los tiempos del Rey. Tal fue el caso de la República de Tucumán y la República de Entre Ríos.

Otro testimonio es la separación durante una década entre el Estado de Buenos Aires y el resto de las provincias argentinas reunidas en Confederación. A la oligarquía porteña le bastaba su base de poder. Desde el principio tuvo la tendencia a desprenderse de los territorios interiores que solo le traían quebraderos de cabeza. Su aversión perpetua al “interior” y a “América” es uno de los rasgos más acentuados de su carácter político y el elemento definitorio del mitrismo y los rivadavianos. Así, Buenos Aires, negó a San Martín auxilios para concluir su campaña en el Perú, cedió la Banda Oriental a la “independencia” bajo la protección del pabellón británico, olvidó al Paraguay, entregó al Brasil parte de las Misiones, a Chile la Puna de Atacama y renegó de todo conflicto de límites o de toda patriada americana que pusiese en mínimo peligro su sebo, sus lanas, sus cueros y sus carnes. Toda la historia diplomática argentina puede cifrarse en dicha enunciación, sin que falten en ella, cada tanto, algunos patriotas que no podían romper esa regla de oro. Disfrutar sin sobresaltos la renta agraria ha sido siempre todo su programa. Fundado en tal tradición es que Mitre concibió una vez la creación de la República del Plata, uniendo dos praderas y dos puertos, los de Buenos Aires y Montevideo. Una república agraria semejante habría disfrutado de una fabulosa renta brotada de pastos inmejorables y de haciendas sin paralelo. El resto de las provincias argentinas hubieran sido arrojadas al caos y la miseria genérica de América Latina. La oligarquía pampeana es “separatista” por tradición e intereses. Su inveterado europeísmo es el resultante cultural.

LA OLIGARQUIA CHILENA: “ANGOSTA Y LARGA COMO UNA ESPADA”

Contra lo afirmado en las rosas crónicas de la Conquista y los poemas descriptivos de Alonso de Ercilla, el suelo chileno está lejos de contar con la fertilidad entrevista por los descubridores. Las tres cuartas partes de su territorio no son aptas para la agricultura. La proporción entre el área agrícola aprovechable de Chile con otros países es muy elocuente al respecto. De los 740.000 kilómetros y pico de su territorio actual, solo son cultivables 6.000 kilómetros fértiles bajo riego; 4.000 kilómetros de

suelo pobre o medianamente fértiles y 40.000 kms. De tierra de secano fértiles. Si para una población pequeña la fertilidad de los valles centrales pudo ser suficiente al principio del poblamiento de Chile, la extensión de la frontera agrícola pronto encontró límites infranqueables. Al mismo tiempo, no escaparon a la mirada de la oligarquía chilena los desiertos fértiles de los valles patagónicos al otro lado de la cordillera, que la indiferencia de la plutocracia pampeana volvía más codiciables. Así, los estadistas chilenos más penetrantes, como Ibáñez, podían afirmar en una conferencia las razones económicas de una expansión deseable: "Los potreros de cordillera son el complemento indispensable de nuestro valle central. En este hacemos nuestras siembras, en aquellos sostenemos nuestros ganados. Renunciando a esos potreros nos constituimos en eternos tributarios de la República Argentina, que será exclusiva en suministrarnos el ganado."

Las posibilidades de una burguesía comercial minera capaz de desenvolver la economía chilena por caminos propios y crear un proceso de acumulación y diversificación industrial quedó anulada en los siglos XIX y XX. Resultó vencida por el poder combinado de la oligarquía comercial y agraria sostenida en los puertos y con la colaboración del capital imperialista extranjero. La contrarrevolución contra el presidente Balmaceda simbolizó esa alianza opuesta a los grupos sociales más revolucionarios y populares que buscaban construir un nuevo Chile. La dictadura de Diego Portales había erigido un Estado pequeño y eficiente, adaptado a esa realidad y donde la Marina ocupaba el primer lugar del presupuesto militar, hecho que marcaría toda la historia de Chile. Anglófila y liberal-oligárquica, la marina chilena debía jugar el principal papel en el levantamiento de los salitreros británicos del litoral boliviano contra Balmaceda en 1891, y en las tentativas posteriores de expansión hacia el sur.

Don Francisco Encina escribe en su "Historia de Chile", al analizar las causas de la guerra con Perú y Bolivia en 1879, que entre ellas "ocupa lugar preferente el espíritu expansivo que animó al pueblo chileno en lo que iba corrido del siglo XIX. El temperamento y la reciedumbre de carácter, amasados en el crisol de dos pueblos a cual más impetuoso, que vino a reunirse en el espíritu de empresa del vasco y la ética del castellano, lo impulsaron hacia las aventuras lejanas desde que tomara contacto con el mundo exterior. Una administración política austera consecuencia actuaba como compresora. El ansia de emociones era la válvula de escape". Además de las emociones estaba el imperialismo inglés, que había invertido en Antofagasta, hacia 1879, más de un millón de emocionantes libras esterlinas.

Su influencia en la política chilena no era inferior a la que ejercía en la política argentina. Durante largos años hubo un Super-estado más fuerte que Chile y Argentina: el capital inglés. Pero también en Chile había patriotas inspirados en la fraternidad latinoamericana, grandes espíritus reunidos alrededor de la Unión Americana y del legado de Bolívar: José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, Domingo Santa María, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna.

LA FRAGMENTACION DE AMERICA LATINA

A lo largo del siglo XIX se produjeron numerosos conflictos de límites en América Latina. Las pequeñas repúblicas se desgarraban entre sí en lugar de unirse para constituir la gran nación concebida por los soldados revolucionarios de la época heroica: San Martín, Bolívar, O'Higgins, Artigas, Morazán, Abreu de Lima y tantos

otros. Habían venido a reemplazar al absolutismo español, que a pesar de todo ejercía un papel unificador antes de la Independencia, fantasiosas soberanías de frágiles Estados. Los grandes capitanes habían pretendido sustituir la unidad monárquica española por la unidad e independencia de las viejas colonias. Pero la Federación o Confederación de pueblos concluyó en un fracaso, que es el estigma de América Latina y la bandera de su revolución inconclusa. A ciento cincuenta años de la muerte de Bolívar todavía hay gentes que lo suponen un iluso, o que afirman muy sueltos de cuerpo, que solo los monopolios aspiran a unificar a América Latina. Los más caritativos de nuestros contemporáneos atribuyen a San Martín y Bolívar haber prohijado una utopía. Pero como dice Recaurte Soler: "la persistencia de una utopía invita a pensar, efectivamente, que ella alberga en su seno el núcleo racional que ha de elevar su realización".

Las miserables disputas territoriales que siguieron a ese derrumbe profundizaron la división de la Patria Grande. ¿A quien pudo beneficiar tal dispersión? Como es obvio, a las oligarquías agrarias, comerciales y financieras. Desde Caracas a Buenos Aires y con el apoyo directo de las grandes potencias europeas o norteamericanas interesadas en paralizarnos, dichas oligarquías medraron gracias a la fragmentación de América Latina. Como en los ridículos principados alemanes anteriores a la unidad nacional bismarckiana, no podía ofrecer América Latina sino el espectáculo de la impotencia económica, la vanidad guerrera, la pérdida de su conciencia nacional y la agonía de sus grandes espíritus, que se ahogaban en cada aldea. Cuando brotaba un conflicto (Chile con Bolivia, Perú con Colombia, Bolivia con Paraguay, la Triple Alianza contra el Paraguay) los proveedores de armas y créditos de las grandes potencias eran los mismos que habían creado la crisis bélica. Detrás de cada guerrita, aparte de los héroes principales y anónimos que consolaban el amor propio de cada República, trascendían al poco tiempo los héroes y protagonistas verdaderos: el salitre, el petróleo, el guano o las finanzas.

Ahora bien, ¿Qué ocurre entre Chile y Argentina? ¿Desde qué punto de vista los patriotas argentinos, chilenos y latinoamericanos deben valorar el asunto para no dejarse embarullar por el "patriotismo aldeano" de los impostores, los torturadores y los verdugos de dos dictaduras igualmente irrepresentativas? Nadie debe olvidar que ni Pinochet ni Videla expresan la voluntad de los pueblos chileno o argentino. Tampoco sería cuerdo olvidar que los agentes de las grandes potencias no venían con malos ojos un conflicto que desangrara a dos pueblos del Cono Sur. El ejemplo de Irán e Irak está muy próximo. La diferencia radica en que gobierna en Irán Komeini, solo comprometido con su propio pueblo y que ha logrado conservar la soberanía e integridad de la Nación iraní pese a todas las asechanzas. Ninguno de los dos gobiernos de ambos lados de la cordillera podría invocar para sus posiciones respectivas un gramo de nacionalismo. Sería grotesco pensarlo siquiera: tanto el régimen chileno como el argentino han entregado a las normas del Fondo Monetario Internacional y de los Bancos monopolísticos e importadores extranjeros la soberanía global de las economías respectivas, sin la cual toda soberanía territorial o política se vuelve ilusoria y declarativa. Defender un pedazo de tierra helada hasta llegar a la guerra sería tan monstruoso como permitir que ambos regímenes prosigan cediendo al extranjero todo el sistema productivo nacional construido tras penosos esfuerzos por el pueblo de cada país, sus clases medias, sus empresarios y sus trabajadores.

No pueden engañar a nadie con semejante patraña y no lo harán. Pero el carácter artificial del conflicto aparece a plena luz si se considera la cuestión de las islas Malvinas. Ya no se trata de las Marinas, sino de las Fuerzas Armadas en su conjunto, que han asumido la responsabilidad del gobierno político del Estado y la responsabilidad por la solución del conflicto del Beagle.

ATENCIÓN A LAS MALVINAS

Nadie ignora que nunca ningún gobierno argentino, desde la ocupación por la fuerza de las islas en 1833 por un buque británico planteó seriamente el problema, salvo en el campo de la historia (hay decenas, quizás centenas de estudios históricos y cartográficos publicados sobre las Malvinas) y en el túnel del tiempo de la diplomacia. Los ingleses deben tener una risueña idea de la formidable paciencia argentina y de su ingenio diplomático impar, capaz de producir ciclos de negociaciones ilimitados e infatigables. Durante más de un siglo esta protesta diplomática puramente formal, reducida a una carilla tamaño oficio, reflejó la estrecha asociación de la Argentina con el Imperio Británico, si dejamos de lado el poder incontrastable de la flota británica. Ambos hechos, además del imperio mismo, ya son un asunto del pasado. No conocemos ningún gobierno argentino que aun en la época en que las Malvinas adquieren importancia económica, nada menos que en el orden del petróleo submarino y de las bancadas de Krill (una de las grandes reservas alimenticias del extremo sur), se haya propuesto librar una batalla diplomática, política, económica y psicológica de la devolución de las Malvinas. En relación con Chile y el Beagle, se llegaron a movilizar tropas, a llamar a reservistas, a adquirir armamentos, cuya cuantía el país ignora, a acumular stocks de insumos diversos, a preparar a la población con grandes campañas publicitarias por todos los medios, a recorrer aguerridamente la zona en disputa.

En cambio, en relación con las Malvinas, ni a este gobierno, ni a los anteriores, se les ocurrió siquiera: a) expulsar a súbditos ingleses; b) iniciar una campaña nacional e internacional de propaganda; c) expropiar las estancias de la Corona (más de medio millón de hectáreas en Santa Cruz); d) nacionalizar el Banco de Londres y América del Sur; e) congelar todas las inversiones inglesas; f) clausurar transitoriamente las instituciones culturales inglesas; g) suspender, si fuese necesario, las relaciones diplomáticas y boicotear a Gran Bretaña en las Naciones Unidas, la UNESCO, la FAO, etc. ¿por qué estas medidas, que no son de guerra, como con Chile, eran simplemente inimaginables para los gobiernos argentinos? Es que, en realidad, toda la historia argentina, con sus Borges, sus anglófilos, sus Sir William Leguizamón, sus estancieros, sus miembros del Club Pickwick, y la inteligencia argentina en general, podrían decir como aquel político uruguayo "Aquí, donde me ve, detrás de este gauchito, hay un inglés".

Comparar la situación de las Malvinas y su importancia con la del Beagle, así como la conducta respectiva asumida por los gobiernos argentinos ante ambos problemas, permiten medir la cantidad de nacionalismo invertido por el liberalismo en la presente campaña. ¿Pero, que podía esperarse de una diplomacia ociosa y sibarita, vinculada por décadas a la diplomacia occidental anglófila, de la que espiaba sus menores gestos, sus trajes, sus vicios, sus bebidas, pero nunca su verdadera política? Para este tipo de nacionalismo vacío y retórico siempre están dispuestos los cipayos del

tipo del Almirante Rojas, ex peronista y feroz anti-peronista, que pide sangre argentina al cielo, o el General Osiris Villegas, ansioso de publicidad en hastiado retiro, que ha perdido todas las batallas políticas que emprendió en su vida y ahora quiere hacerle perder otra a la Argentina. He aquí su sentencia profunda: "Hay dos opciones para el Beagle: la paz o la guerra." El general, claro, se inclina por la guerra. En realidad, podríamos decir que hay más de dos opciones: que Villega hable o no hable; que piense o no piense. Podríamos añadir otras sin esfuerzo: que el general Villegas estudie o no estudie antes de hablar. Pero confesemos que no hay muchas más opciones.

No resulta arbitrario traer a la discusión el tema de las Malvinas a la defensa de la antártida. En la fase más aguda del conflicto chileno-argentino, el diario ABC de Madrid observaba que era de interés británico crear un frente de conflicto chileno-argentino que permitiese postergar o enturbiar la cuestión de las Malvinas. El viejo león británico ha perdido los dientes pero no las mañas. Aun en la hora crepuscular de su poder mundial sigue gozando de las ventajas derivadas de su grandeza pasada. Solo el gobierno militar del general Lanusse pudo concebir la estupidez de ceder el arbitraje del problema con Chile en 1971 al laudo de la Corona británica.

Este solo hecho bastaría para afirmar que la Argentina carece de una política exterior nacional, lo que es bien lógico si se considera que no hay tampoco en el interior una política nacional. Con esa medida del gobierno de la dictadura militar anterior se otorgaba al usurpador de una parte del territorio argentino el papel en un conflicto de límites con un país hermano. Como Gran Bretaña no tiene problemas territoriales pendientes con Chile, es natural que cualquier fallo proveniente del que fue uno de los más grandes imperios de la historia no podría estar despojado de parcialidad política. No resulta nada extraño que el recientísimo patriotismo de los Rojas, los Villegas, las Cámaras de Exportaciones o las Sociedades Rurales, las sociedades anónimas y los miembros ya retirados del viejo servicio Civil del Imperio británico se hayan desgarrado las vestiduras por la cuestión del Beagle, haciendo caso omiso al tema de las Malvinas. Es una página facsimil arrancada de la historia de América Latina.

LA UNION ADUANERA CHILENO-ARGENTINA

En 1953 ambos países contaban con gobiernos elegidos por el pueblo. Los Presidentes Ibáñez y Perón se reunieron en Santiago de Chile, ante una multitud y echaron las bases de un acuerdo que vale la pena recordar. Desde los balcones de La Moneda, el General Perón dijo ante medio millón de chilenos: "Durante más de un siglo, chilenos y argentinos han dejado que manos extrañas apagasen, con silencios incomprensibles y a veces inconfesables, la voz de nuestra propia sangre derramada en una comunión sin fronteras y sin límites, por la libertad de América. Frente a las nuevas fuerzas de carácter económico que pretenden dominarnos, nosotros, chilenos y argentinos, hemos decidido realizar la unión de nuestras fuerzas económicas... el futuro nos impondrá la unión económica de la América del Sur. No sé si mi visita a Chile y las resoluciones que adoptemos con el General Ibáñez serán el comienzo de la unión económica sudamericana."

Esa línea de conducta entre nuestros dos pueblos no debe ser cambiada. Solo los pueblos chileno y argentino tienen los títulos necesarios para dirimir fraternalmente los problemas de límites que pudieran suscitarse hasta que la Confederación

Latinoamericana trace las grandiosas fronteras externas de la Patria Grande, desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, y más allá todavía, hasta el Polo Sur.

Los argentinos han luchado junto a Chile por la libertad de la América indoespañola bajo las mismas banderas y arrojado del suelo patrio a los ingleses que por dos veces nos invadieron. Luego, un vuelco histórico infortunado, con la derrota de los ideales sanmartinianos y bolivarianos, condujo a Chile y a la Argentina a girar un siglo como satélites alrededor de los Estados Unidos. En 1945 recobramos la soberanía gracias a las masas revolucionarias que levantaron nuevos estandartes para remediar antiguos dolores. La causa del pueblo volvió a ser derrotada en 1955 y en 1976 por la misma oligarquía resurrecta que siempre encuentra en su camino a un puñado de generales que la sirva. Y es justamente este gobierno militar quien ha negociado ante otra dictadura similar en Chile la cuestión del Beagle hasta colocarla al filo de la guerra. Pero tanto el Beagle como la soberanía popular usurpada son resortes exclusivos de las masas populares argentinas. Ellas no han relegado ante nadie el derecho a decidir por su vida o su muerte, por la paz o la guerra, por la factoría pampeana o por la Grande Argentina. Cuando ellas se pongan en movimiento y decidan hacer historia, otros gallos cantaràn.

La mediación del Papa de Puebla, del Papa que ha nacido del asombroso giro copernicano operado por la iglesia desde Juan XXIII para incorporarse a los tiempos modernos, ha introducido una posibilidad cierta de llegar a un acuerdo. No podemos sino apoyar tal mediación: la diplomacia vaticana es más antigua que la inglesa y sustituirà con ventaja para ambos países a los burócratas pètreos, civiles o militares, de las chancillerías a ambos lados de la cordillera.

Hay que entrelazar nuevamente las banderas de Chacabuco y Maipú. Hay que unir las armas en la común defensa contra el inglés y por la custodia de la Antártida chilena y argentina. Hay que marcar a fuego a los bravucones que quieren separar a los hermanos. Volvamos los ojos a las Malvinas, a la soberanía interna y externa y derribemos la cordillera. Sellemos una unión aduanera con Chile para luchar juntos contra las potencias mundiales que pretenden dividirnos y humillarnos: ese es el camino para un segundo Ayacucho.

Noviembre de 1980

EL HOMBRE DEL PARTIDO AMERICANO

En diciembre de 1979 "Clarín" de Buenos Aires publicó un artículo firmado por la Señora María T. Canevaro en el cual negaba que San Martín combatiera por la unidad hispanoamericana. Envié un artículo a dicho diario, defendiendo el americanismo del Libertador. Pero rehusaron publicarlo y solo concedieron un espacio para la sección "Cartas de lectores". Cedi ante el patriotismo de la gran prensa y envié un texto del mismo tamaño empleado en las cartas de lectores, donde se protesta por el estado de las cloacas, los teléfonos descompuestos o las dificultades del tránsito ¿Qué mejor lugar que el indicado para defender al "opiónamo", el "cornudo", el "Rey Jose" o el "ladron", según designaba la prensa de Buenos Aires al soldado americano antes de obligarlo a la expatriación? He aquí el artículo impublicable (N. del Autor)

¿San Martín no compartió los "sueños" de Bolívar en cuanto a constituir una gran Nación hispanoamericana? ¿Resultaría así que solo se propuso fundar repúblicas independientes de España, separadas las unas de las otras? En suma, la tendencia actual de confederar América Latina de la que el Pacto Andino y los acuerdos con Paraguay, Uruguay y Brasil en materia energética son realidades expresivas ¿tendría como fruto un pueblo latinoamericano formado por "apartidas prósperos"? Tales son las tesis que, con brio y error indudables, expone la señora María Teresa Canevaro en el artículo publicado en "Clarín" del 13 de diciembre.

Resulta imperioso e inexcusable el asunto. Su gravedad reposa en dos hechos capitales para el destino nacional: la continuidad vital del pensamiento genuino de San Martín y la unidad de América Latina. Ambas se vinculan estrechamente a la formación de la conciencia histórica de las nuevas generaciones. No hay futuro argentino digno de ese nombre sin conciencia histórica. La bancarrota actual de la vieja factoría pampeana se manifiesta justamente en la crisis pública de esa conciencia.

De modo sorprendente, la señora Canevaro cita la conocida carta de San Martín a Guido en la que dice: **"Usted sabe que no pertenezco a partido alguno; me equivoco, yo soy del partido americano."** Sin embargo, la autora extrae de tal confesión una interpretación opuesta a texto tan claro. Así afirma la señora Canevaro: **"San Martín dió por sentada la división política que venía de los tiempos de la monarquía, apunta el historiador Enrique Mario Marochi; esa inteligente división de los virreynatos y de las capitanías generales y sólo busco cambiarles su dependencia por su independencia. No quiso unir a unos con otros, ni subordinar estos a aquellos. Comprendió o intuyó la imposibilidad de amalgamar comunidades tan distintas como las rioplatenses y la chilena, como la chilena y la peruana...el hombre del Partido Americano no tuvo, al parecer, sueños continentales."** Todo su trabajo gira alrededor de dicha tesis.

Cabe observar que ni San Martín ni Bolívar acariciaron "sueños continentales" sino que heredaron y reformularon con el lenguaje de la política y las armas objetivos nacionales de alcance hispanoamericano. Esos objetivos no han cambiado en nuestro tiempo. Para ambos capitanes, la Nación era la América Hispánica concebida como un

todo y, mas aún, si era posible, con España incluida. No ha caído en el olvido el concepto preciso que define los caracteres de una Nación: **“Es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología manifestada en la comunidad de la cultura.”** Esclarece el tema recordar que los Estados alemanes en la época de Federico el Grande revestían más diversidad entre sí que la que separaba a las provincias americanas de España en revolución, para no hablar de las diferencias de toda índole existentes entre las colonias norteamericanas de Inglaterra.

Las diferencias que hubo y hay entre las partes constituyentes de América Latina son propias de particularismos regionales y no de naciones clásicas, forjadas por la historia, las etnias petrificadas o las lenguas vivientes.

Cabe recordar que toda la arborescencia del aparato jurídico, político, administrativo y aduanero creada por las 20 repúblicas después de San Martín son el resultado, como lo prueban las serie documentales de Manning, Webster o Lord Ponsonby, de las diplomacias británicas y norteamericanas, en especial de la primera. Canning conocía la divisa “Divide et impera”. Pero San Martín también la conocía, y ambos militares en partidos opuestos. Bolívar no fue Presidente de la Gran Colombia (las actuales Panamá, Colombia, Ecuador y Venezuela, Dictador del Perú y fundador de Bolivia) en un sueño concebido una tarde bochornosa con el ron y la mulata de Jamaica, sino que lo fue en verdad. Del mismo modo, San Martín no solo fue general en jefe del Ejército de los Andes, triunfador en Chile y Protector del Perú (mientras nombraba a Güemes general del Ejército de observación sobre el Alto Perú) sino un político que a través del diputado mendocino Godoy Cruz presionaba en 1816 sobre el Congreso de Tucumán para que declarase la Independencia. Esta declaración se hizo en nombre de **“Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sud-América”**. ¿Cuáles eran las instrucciones reservadas recibidas por San Martín el 21 de diciembre de manos de Pueyrredón? Se le ordenaba que procurara hacer valer su influjo y persuasión **“para que envíe Chile su diputado al congreso general de las provincias unidas, que toda América unida en identidad de causas, intereses y objeto, constituya una sola nación”**. La aldea era la patria, y la Nación toda la extensión de la América Española. Para algunos, incluso Brasil, según creía el general brasileño que combatió junto a Bolívar, Abreu de Lima. Soplaban sobre todos la brisa ardiente de la Revolución española, de la Revolución francesa, de la Revolución norteamericana. Eran todos “americanos”, hijos de una época conmovida por las nuevas nacionalidades en movimiento. Nadie quería la soberanía en un villorio, salvo las oligarquías exportadoras de los puertos; esto es, los porteños, los hombres de Santos, de Puerto Cabellos, los de Valparaíso o Guayaquil, los del Callao, los mercaderes de La Guaira. Cuando los soldados vencieron en Ayacucho, los comerciantes y terratenientes, (la hacienda y la tienda) le dieron a la tropa extenuada su porción de “chicha y chancho” y la licenaron para siempre. Entonces cada oligarquía lugareña quiso para sí la soberanía del puerto y hundieron a la Patria Grande junto a sus héroes. A Bolívar le pagaron con un lugarcito en el camposanto de Santa Marta. San Martín no tuvo más premio que la emigración. Los embalsamaron en bronce, los divinizaron y subieron tan alto, para que nadie supiese lo que realmente querían y la causa por la que habían luchado. Una vez más los terratenientes y banqueros se desembarazaron de los militares.

Al sumergirse en los viejos papeles pudo redescubrirse que tanto San Martín como Bolívar, hasta el último momento, habían pugnado por conservar la unidad aún con España; San Martín, en su propuesta al virrey Laserna, y Bolívar en su desconocido memorial a Fernando VII nada menos, proponiendo la creación de un Imperio americano-español, sobre bases democráticas y federales. Era perfectamente lógico que si Europa desplegaba su historia para construir sus Estados Nacionales, los grandes americanos que vivieron en ella, Miranda como San Martín, Bolívar y otros, quisieran lo propio para América. Era la ideología común a todos los revolucionarios de la época: ya en el siglo XVIII el jesuita Vizcardo y Guzmán, natural de Arequipa, escribía su carta a los americanos: "***El Nuevo Mundo es nuestra patria, su historia es la nuestra.***" Francisco de Miranda concebía una Colombia coronada por un inca que naciese como gran potencia; Francisco de Morazán luchó toda su vida por la unidad de Centroamérica y murió fusilado por un localista cerril; las Juntas de Caracas y Santiago de Chile, formulaban un llamado para reunir un Congreso general para la "**Confederación de todos los pueblos españoles de América.**" Egaña, Monteagudo, el Deán Funes, Castelli en Jujuy, Fulgencio Yegros en Asunción, el Mariscal Santa Cruz, en fin, formulaban la exigencia de la unidad. San Martín, Artigas y Bolívar, fueron la expresión viviente de ese credo nacional de las milicias emancipadoras.

El peligro de olvidarlo forma parte de las vicisitudes y aventuras de la conciencia histórica de argentinos e hispanoamericanos. Darío Vasconcelos, Manuel Ugarte, retomaron con la generación del 900 el eslabón perdido de aquellas grandes batallas. En tiempos azarosos como los actuales, hay que mantener su recuerdo más vivo que nunca.

¡Para que nada pueda apartarnos de esa escuela de proeza, tiempos en que los esclavos se emancipaban! ¡Para que nadie pueda mudarnos en almas dóciles de una Pequeña Argentina!

Se nos había impuesto un San Martín desinteresado en su poder, un soldado aséptico; luego se nos presentó un San Martín santificado, con aura, sólo preocupado de educar bien a su hija en Bruselas, despojado de pasión y autor de tres o cuatro proverbios. Bueno sería que ahora San Martín quedara reducido a devoto benefactor de la parroquia.

El hombre del Partido Americano era la antítesis de los facciosos del separatismo porteño, o provinciano, que en algún momento concibieron la creación de la República del Plata, uniendo los puertos de Montevideo y Buenos Aires (abandonando a la fragmentación y a la barbarie al resto sangrante de América Latina), o de la República de Tucumán, Entre Ríos, micro-estados de la Patria chiquita. En la noche de su vida, en Boulogne Sur Mer, sólo conservaba de las viejas hazañas tres preciadas reliquias: la espada de sus batallas, que donó por testamento a Rosas; el estandarte de Francisco Pizarro, recibido del Perú y un minúsculo camafeo con el retrato de Bolívar. Es que la vida está hecha de un material tejido por sueños, nos murmura Shakespeare. Al fin y al cabo quien no los tenga será incapaz de escribir la historia y mucho menos de hacerla.

Enero de 1980

1981: EN DEFENSA DE LAS MALVINAS SOLICITO A LA SUPREMA MEDIDAS CAUTELARES

Excelentísima Corte Suprema:

JORGE ABELARDO RAMOS Y OTROS, por nuestro derecho, con el patrocinio de los Dres. Luis María Cabral; Martín Luis Pieroni y demás profesionales firmantes constituyendo domicilio en Chile 201 de esta Capital, a V:E. nos presentamos y respetuosamente decimos:

I- Que ante el hecho conocido y que historiaremos en el presente escrito, de la usurpación del Archipiélago de las Islas Malvinas, su mar adyacente y plataforma submarina- parte constitutiva del territorio nacional-, por parte del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, y ante la total ineficacia de las medidas adoptadas a lo largo de casi 150 años para resolver esta situación por las autoridades argentinas, venimos a solicitar de Vuestra Excelencia, se aboque a la cuestión haciendo lugar a las medidas cautelares que se enumeran en el “petitorio”, a fin de garantizar con ellas los derechos patrimoniales, personales, ciudadanos y políticos argentinos sobre parte integrante de nuestro territorio.

II-HECHOS:

1-CONSIDERACIONES HISTORICO- POLITICAS

El conflicto territorial con Gran Bretaña se inicia el 2 de enero de 1833. En esa fecha, el navío de guerra inglés “Clio” toma posesión del archipiélago por la fuerza. La bandera argentina de Puerto Soledad es sustituida por la británica. Unos meses antes, el buque “Lexington” estadounidense, para proteger a los barcos de esa nacionalidad que depredaban sin tasa la riqueza pesquera de las Islas (ballenas y lobos marinos) había invadido las Malvinas, destruido los caseríos de Puerto Soledad y secuestrado a los colonos, llevándolos al puerto de Montevideo. Ahora, Estados Unidos respaldaba el atropello inglés. Olvidándose de la Doctrina Monroe, sostuvo los derechos ingleses a las Islas con el exclusivo propósito de no pagar las tasas impuestas por el gobierno de Buenos Aires a cada pesquero que operase en aguas malvinenses.

De este modo, con la complicidad de Estados Unidos e Inglaterra, comenzó la historia del despojo de las Malvinas al territorio nacional. Las Malvinas estaban ocupadas por el reino de España y por sus sucesores americanos naturales después de las guerras de la Independencia, desde 1774 hasta 1833. Al producirse en ese año el acto de violencia inglés, el Ministro argentino en Londres, Dr. Manuel Moreno, protestó ante el gobierno del rey sin resultado alguno.

Desde la presentación de Manuel Moreno hasta el presente han transcurrido casi 150 años. Nuestra historia diplomática registra protestas por la usurpación del territorio en 1834, 1841, 1842 y 1849. El ministro de Relaciones Exteriores, Don Francisco J. Ortiz, enviaba notas en 1855 al representante inglés en Buenos Aires reclamando por un mapa británico que incluía a las Malvinas como sujetas a la soberanía británica, sugiriendo a la vez reabrir las discusiones sobre el tema. Este “leit-motiv” de una diplomacia mansa resonará como un acorde familiar en el papelerío oficial de las

cancillerías a través de los siglos, sin que cause efecto alguno y sin que ninguno de los interlocutores pierda la calma, aún sabiendo que pueden tiempo.

En noviembre de 1887, el Ministro Argentino en Londres, Don Luis J. Domínguez, reiteraba el pedido de respuesta a su nota de dos años antes. A su vez, el Ministro de Relaciones Exteriores Quirno Costa, en enero de 1888, propuso un arbitraje (peligroso expediente según infortunadas experiencias recientes), aunque por suerte esta idea no prosperó. Por su parte, el Canciller Dr. Angel Gallardo, recién en 1926 reclamó por la usurpación de las Malvinas una vez más. Al año siguiente, la Argentina sostenía sus derechos ante la Unión Telegráfica de Berna y eran redactadas sin hastío numerosas resoluciones (siempre en el paciente papel, que todo soporta) en las reuniones internacionales de Panamá de 1939, de La Habana de 1940 y Río de Janeiro de 1942. La paciencia de Job ¿no es un hecho bíblico y mítico? ¿Que alabanzas podrían derramarse sobre la Argentina si la paciencia fuera la única virtud de los Estados Soberanos?

Después de la guerra concluida en 1945, la Argentina prosiguió sistemáticamente enviando notas y memorándums, formulando reservas, apuntando su presencia, indagando antiguos tratados, exhumando las bulas papales y el tratado de Tordesillas desempolvando planisferios, olvidados cartógrafos y oscuros astrolabios. Todas las pruebas eran irrefutables. Los reinos y las repúblicas no dudaban un segundo. Los historiadores publicaban enormes volúmenes con resultados idénticos: las Malvinas son argentinas. Pero seguían en poder de los ingleses, que contemplaban este intenso movimiento publicitario imperturbables y con un poco disimulado bostezo.

Finalmente, en 1965, las Naciones Unidas dieron a conocer una resolución exhortando a una dilucidación urgente y pacífica del problema. Las negociaciones comenzaron en 1966, prosiguieron en 1969, sufrieron todo género de interrupciones, hasta que en 1976 se interrumpieron las relaciones diplomáticas por la visita a las Malvinas de la llamada “Misión Shackleton”. Estas relaciones se restablecieron en 1980 con idénticos resultados. En noviembre del año pasado el Subsecretario de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña visitó las Islas y consultó su opinión a los habitantes respecto al diferendo. Nada menos que Gran Bretaña, que ha ignorado en los últimos 400 años de historia los derechos de todos los pueblos que expolió, pretextaba respetar la opinión de los 1.700 habitantes (importados por la potencia usurpadora al territorio del Archipiélago) a fin de oponer dicha opinión a la voluntad soberana del pueblo argentino. Los malvinenses de origen británico, olvidados por la metrópolis ex-imperial, aspiran a vivir en el duro suelo austral un “british way of life”, pero recientes disposiciones del gobierno inglés los han reducido a ciudadanos de segunda clase al asegurarles el derecho a emigrar a cualquier isla sobreviviente del imperio agonizante, menos a las Islas Británicas. El gobierno argentino respondió solicitando por millonésima vez la reiniciación de otra ronda de conversaciones, rondas que, como se sabe, ocasionan gastos extra al erario nacional. Para concluir, el gobierno inglés ha empezado a gestionar el traslado de familias de color procedentes de la isla Santa Helena, en el Atlántico, próxima al África, para llevarlas a las Malvinas, cuyos habitantes carecen de panadero y otros servicios esenciales. También en Londres, según informa la prensa, un comodoro Brian Frow está reclutando ciudadanos blancos, para no herir la extrema susceptibilidad racial de los habitantes de las Malvinas. Todo lo expuesto demuestra que, aunque en el plano diplomático la inmovilidad y la falta de energía política parecen distinguir a la diplomacia argentina, los ingleses, lejos de considerar co

indiferencia el tema de las Malvinas, se han puesto en movimiento, pretenden aumentar su población declinante y reasegurar su dominio de las Islas. ¿Cuál es la causa de tal actividad, si se tiene en cuenta que Gran Bretaña se ha desprendido una a una, por las buenas o las malas, de cada pluma de su antiguo casco imperial?

Digamos que tres han sido los motivos sucesivos de Gran Bretaña para ocupar ilegítimamente las Malvinas. El primero, fue contar con una base y puerto de reparación y reaprovisionamiento en la ruta hacia Australasia durante el periodo de su colonización, y explotar a su antojo la riqueza que existía en estos mares australes. El segundo, luego, fue el potencial papel estratégico que podrían jugar las Malvinas en el control de los mares durante el apogeo del Poder británico. Hoy, cuando aquellos primeros motivos han desaparecido, se presenta un succulento objetivo para que los ingleses pretendan perpetuarse en nuestras islas.

III- INTERES ECONOMICO.RECURSOS NATURALES

Nadie ignora que la disgregación imperial ha conducido a Gran Bretaña a una penosa situación económica y social. La costosa explotación petrolera del Mar del Norte sostiene su precario equilibrio presupuestario y la mantiene al margen de la importación de combustible. Ha quedado rezagada en la modernización de su aparato industrial y en la carrera de las grandes potencias. De su vasto sistema colonial, poco o nada es lo que resta a los ingleses para proseguir su hábito de estrujar la savia vital de otros pueblos. Solo permanecen bajo soberanía británica Gibraltar, Rhodesia del Sur, Belice, Brunei, Nuevas Hébridas y nuestras Malvinas, si se deja de lado pequeñas islas del Caribe, del Atlántico y del Océano Índico.

Por las razones señaladas, la información de los geólogos sobre la existencia de vastos yacimientos petrolíferos en la plataforma submarina continental de las Malvinas, ha despertado nuevamente el interés británico.

Pero es preciso mencionar otra razón más. A lo largo de la usurpación inglesa, la devastación de los recursos pesqueros del archipiélago prosiguió sin tregua. De este modo, y desde hace mucho tiempo, la ballena ha desaparecido como especie en los mares australes, alterando el perfil ecológico de la región mucho antes que la humanidad tomase conocimiento de la palabra ecología. De ahí la multiplicación del krill.

El krill es más rico en proteínas que la carne y suscita en estos momentos el interés de las flotas pesqueras de las grandes potencias. Resulta bastante claro, en consecuencia, la tenacidad con que Gran Bretaña sostiene actualmente sus supuestos derechos sobre las Malvinas y, por extensión, sobre el mar austral argentino. Pero la situación histórica ha cambiado fundamentalmente desde que la Confederación Argentina y luego la República constituida debieron asistir impotentes a la usurpación del archipiélago.

IV NECESIDAD DE NUEVAS MEDIDAS

Por todo lo dicho, puede afirmarse que ha llegado la hora de rehacer la unidad territorial de la República y recuperar el ejercicio efectivo de la soberanía argentina en las Malvinas.

No resulta difícil explicar las causas por las cuales la diplomacia argentina no pudo ni quiso adoptar una política de defensa efectiva de las Malvinas en 150 años.

Gran Bretaña fue el primer país, con Canning, que reconoció a las Provincias Unidas. Tal reconocimiento fue una ayuda diplomática valiosa que las Provincias Unidas pagaron un alto costo con el Tratado de Comercio y Navegación de 1824 y el empréstito Baring, que nunca llegó al país. La anglomanía no solo fue un hábito de la vida política y diplomática argentina del siglo XIX, sino un rasgo que distinguió la conducta de la mayor parte de los países civilizados o marginales del pasado.

Después de las guerras civiles se estableció, entre la Argentina posterior a Caseros y el Imperio inglés, un entrelazamiento profundo y estructural, de orden económico, financiero, político, diplomático y cultural que iría a afectar la conformación espiritual de varias generaciones. En tales circunstancias, a ningún Ministro de Relaciones Exteriores se le hubiera ocurrido arriesgarse a suscitar un problema diplomático serio con nuestra “mejor cliente”, a causa de las Malvinas. Ahora bien, todo eso pertenece irrevocablemente al pasado.

Esos vínculos han desaparecido para siempre, lo mismo que el mercado de Smithfield y el patrón oro, los “gentleman”, la flota imperial y el Imperio mismo. En el comercio mundial de Inglaterra, la Argentina figura con 0,3 por ciento. Debemos admitir que nuestro país nunca contó en estos 150 años con un poder militar suficiente para recuperar por la fuerza el territorio malvinense que le pertenece. Pero aunque ahora tampoco dispone de dicho poder militar, los cambios mundiales mencionados permiten la adopción de una diplomacia firme y clara.

Si en este momento proponemos la adopción de ciertas medidas como las que más adelante solicitamos, es porque la toma de conocimiento de que las islas Malvinas, su mar y plataforma, se han convertido en un gran reservorio de riquezas en hidrocarburos y proteínas, imprescindibles para la humanidad, establecen la urgencia de preservar las mismas, para impedir la explotación y destrucción de aquellas riquezas por la potencia usurpadora y las admitidas por ella. Lo contrario nos llevaría a encontrarnos en un futuro no muy lejano ante la imposibilidad de ejercer nuestros derechos. Por ello no es posible limitar nuestra acción reivindicativa a una diplomacia inoperante.

Para medir la eficacia de la diplomacia argentina en el largo período de ocupación de las Malvinas, es suficiente señalar que si bien es cierto que los ingleses desembarcaron en Puerto Soledad en 1833, en la isla malvina del Este, la colonización de la Gran Malvina solo tendría lugar a partir de 1867, durante la presidencia del General Mitre y el desarrollo de la Guerra del Paraguay. Pero esto no es todo; más escandalosa resulta todavía la inercia fatal y la indiferencia culposa hacia la soberanía territorial del país por parte de diversas autoridades a lo largo del período, si se considera que en Georgia del Sur los ingleses desembarcaron en 1909, durante la presidencia del Dr. Figueroa Alcorta. Por añadidura, los ingleses aparecen episódicamente en las Islas Sándwich del Sur, las que siguieron desocupadas hasta hoy, aunque reclamadas por Gran Bretaña.

Este desdeñoso por el espacio político de la Argentina, recuerda forzosamente la segregación del Paraguay por los intereses portuarios, la pérdida de las provincias del Alto Perú y el abandono de la Banda Oriental, todo lo cual ha conducido, para no hablar de los últimos tiempos, a la conformación de una pequeña Argentina.

Estamos en presencia de una vieja filibustería de los Mares del Sur, trocada por el transcurrir del tiempo y las debilidades de algún gobierno militar, en venerable árbitro del conflicto que ennoblecía a Drake y daba real patente de corso a sus fechorías.

Es difícil contener la indignación ante el espectáculo de aquellos que hoy piden con Chile y olvidan, por la costumbre que impone la antigua servidumbre inglesa, el magno despojo de 1833. ¿Sería preciso, ante esta pasividad criminal, que los “patriotas” se propongan, dentro de dos años, recordar el Sesquicentenario de la ocupación inglesa de las Malvinas?

Por ello, y los fundamentos que más adelante se exponen, entendemos que V.E. debe hacer lugar a las medidas solicitadas.

Ellas no solo darán coherencia a nuestra política exterior y pondrán a salvo la integridad del territorio nacional sin recurrir a la guerra, sino que sentarán en el banquillo mundial de los acusados a los usurpadores de las Malvinas, en lugar de dejarlos en el sitio de los jueces del Beagle. Recordemos, para terminar, que Gran Bretaña se afirma en las Malvinas para reclamar insolentemente derechos a la Antártida. En dicho escrito se pedía a la corte...

V- MEDIDAS CAUTELARES.

Si bien esta demanda por querrelado al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, la que así deberá ser notificada, pues ya es hora de que resulte ser demandada y no juez de nuestros intereses, dada la magnitud del acto que implica la usurpación de nuestro territorio solicitamos que las medidas cautelares de embargo también alcancen a las propiedades de súbditos de la Corona inglesa, a más de las que directamente pertenezcan a aquella Casa Real.

De tal forma, corresponde solicitar a V.E. ordene embargo como medida cautelar de acuerdo al régimen de los artículos 195 a 220 del Código Procesal Civil y Comercial de la Nación, de las siguientes propiedades, bienes y disponiendo se adopten las demás medidas precautorias que más adelante se enumeran:

1- se ordene el embargo como medida cautelar de la propiedad del Estado inglés en el país, librándose a tal efecto los correspondientes oficios a:

a) Inspección de Personas Jurídicas de la Nación, sita en San Martín 665, para que informe si existe en su Registro anotación de firmas propietarias de las siguientes sociedades: 1) Estancias de la Corona, ubicadas en territorio de la Provincia de Santa Cruz; 2) Ingenio “La Corona”, ubicada en jurisdicción de la Provincia de Tucumán.

b) Registro de la Propiedad Inmueble de la Provincia de Santa Cruz para que informe de la sociedad propietaria de las llamadas “Estancias de la Corona” y “El Cóndor”.

c) Registro Público de Comercio de la Provincia de Santa Cruz para que informe de la inscripción en ella de sociedades que resulten ser propietaria de los bienes antes mencionados en punto b)

d) Registro de la Propiedad Inmueble de la Provincia de Tucumán para que informe de la titularidad de las tierras e inmuebles que ocupa el Ingenio “La Corona”

e) Registro Público de Comercio de la Provincia de Tucumán, para que informe de la inscripción en ella de sociedades que actúen como propietarias del Ingenio “La Corona”;

En todos los casos, los organismos requeridos deberán informar sobre las transformaciones habidas en la composición y titulares de a las sociedades y propiedades mencionadas.

2- se libre oficio al Territorio Nacional de la Tierra del Fuego, Islas del Atlàntico Sud y Antàrtida Argentina, para que proceda a efectuar el embargo de la totalidad de los bienes de la "Falkland Island Co." Denominación con la que actúa una empresa concesionaria del país usurpador en nuestras Islas Malvinas.

La imposibilidad fàctica de proceder a dicho embargo no inhibe a su declaraciòn, y obliga, y así lo solicitamos, que por via diplomàtica se comuniquen tal exhorto a las autoridades londinenses donde dicha compaõia tiene su casa matriz, toda vez que resultaria imposible sin proceder a un acto de fuerza notificar este embargo, salvo que V.E. considere mäs oportuno otro procedimiento.

3- se disponga al embargo de la empresa "Shell Compañia Argentina de Petròleo S.A." y del consorcio que ella integra "Shell-Capsa-Petrolar", con domicilio en Avda. Roque Saènz Peña 788, subsidiaria de la "Shell Internacional Chemical Co.Ltd" sita en Shell Centre, Londres SE 1.

Esta empresa, a través del mencionado consorcio que ella integra, ha encontrado y ubicado pozos con posibilidad de explotaciòn comercial el 16 de febrero de 1981, segùn informan los diarios de esta capital del día 17 de febrero de 1981. Las razones para proceder al embargo de sus propiedades y el giro de sus cuentas bancarias resultan obvias. Baste señalar que estaban operando en investigaciones en la zona austral. Esto beneficia la posible explotaciòn del lago petrolifero que llega hasta las Islas Malvinas ocupadas por los ingleses, quienes, casualmente, son los propietarios principales, junto con capitales holandeses, de la empresa Shell. Es indudable que tratàndose de un elemento tan sustancial como el petròleo la actividad de estas empresas està en connivencia con el interès del Estado usurpador.

4- Se disponga el embargo del "Banco de Londres y Amèrica del Sud", sito en Reconquista 101, entidad bancaria y financiera creada por intereses britànicos y con la que operan en el comercio exterior las empresas de capital inglès.

5- Banco Barclays, se disponga embargo sobre toda su propiedad, tratàndose de la subsidiaria del "Barclays Bank Internacional Ltd.", con domicilio en Cangallo 525, siendo su representante en Buenos Aires, Anthony B.Falvey, con oficinas en Cangallo 525, sexto piso.

6- Se ordene el embargo de toda la propiedad de "Liebig's Extract of Meat Co. Ltd." Con domicilio en Paseo Colòn 221, subsidiaria de "Broox Bond Liebig Ltd" con casa matriz en Thames House Queen, Street Place-Londres- EC4R 1DH y asociada a la "Brooke Bond Oxo Ltd." Croydon, Surrey. Esta empresa cuenta con propiedades de estancias sobre las que deberàn informar la Provincia de Entre Rios, donde se encuentran ubicadas, a cuyo efecto solicitamos se libren los pertinentes oficios a los Registros de la Propiedad Inmueble y Pùblico de Comercios de esa Provincia.

7- Se ordene el embargo de Duperial S.A.I.C., con domicilio en Paseo Colòn 285, representante entre otras de la "Nobels Explosives Co. Ltd." Nobel House, Stevenston, Ayrshire.

8- Se ordene el embargo de toda la propiedad de la "Dunlop Argentina Limited", con domicilio en Avda. Huergo 1433, subsidiaria de "Dunlop Limited".

9- British Caledonian Airways Ltd., se ordene el embargo de la propiedad de esta empresa con domicilio en Avda. Còrdoba 650, empresa de capital britànico dedicada al transporte aèreo comercial.

Por supuesto, existen otras muchas empresas de propiedad inglesa, pero no se trata aquí de hacer su enumeración, sino de adoptar las medidas suficientes para defender nuestros intereses.

En tal sentido, y sobre los intereses británicos aquí apuntados, a fin de que se cubran los recaudos mínimos y aún cuando no se requiera de prueba por ser público y notorio a quien pertenecen los enunciados, solicitamos que sobre todos ellos se libre oficio a la Cámara de Comercio Británica en la República Argentina, que cuenta con oficinas en 25 de mayo 444-quinto piso- de esta Capital Federal, para que informe sobre la propiedad de las empresas mencionadas.

Asimismo deberán librarse oficios al Registro de la Propiedad inmueble de la Capital Federal, Provincia de Buenos Aires, Provincia de Santa Cruz y Provincia de Tucumán, para que informen sobre la existencia de propiedades inmuebles inscriptas a nombre de estas empresas cuyo embargo se propone en los puntos 3 a 9.

En su informe, la Cámara de Comercio Británica deberá asimismo informar sobre todas las empresas de capital británico en nuestro territorio, y destacar especialmente que clase de relación mantiene con empresas u organizaciones empresariales británicas, así como con el Estado Inglés, atendiendo a que esta Cámara se encuentra constituida en Gran Bretaña bajo la denominación de “British Chamber of Commerce in the Argentine Republic (Incorporated)”.

De igual manera, deberá solicitarse por oficio informe al Registro Público de Comercio de la Capital Federal y de las jurisdicciones mencionadas”ut supra” acerca de la constitución, evolución y giro de las empresas mencionadas en las medidas cautelares reclamadas.

El recurso a la Corte concluía solicitando:

1) Prohibición de acceso de cualquier buque o aeronave que provenga o se dirija hacia las Islas Malvinas y demás islas del Atlántico Sud ocupadas por Gran Bretaña, cualquiera sea su pabellón, a puertos y aeropuertos de nuestro suelo patrio;

2) Prohibición de remesas de dinero o divisas al exterior por parte de empresas británicas, ni de ninguna de las mencionadas, y prohibición de remesas de dinero o divisas a Gran Bretaña⁴.

Febrero de 1981

⁴ La Corte rechazó el recurso por incompetencia. En una declaración pública yo señalé que dicha resolución no me asombraba, ya que el sombrío Tribunal siempre había sido incompetente para defender el interés argentino.

CARTA AL GENERAL GALTIERI

Buenos Aires, 27 de marzo de 1982

Al Señor Presidente
Teniente General Leopoldo Fortunato Galtieri
A los Señores miembros de la Junta Militar
De mi consideración:

El día 17 de marzo de 1981 la Suprema Corte de Justicia de la Nación rechazó mi pedido de proteger judicialmente la soberanía argentina en las Islas Malvinas. Envié una copia de dicho recurso al Presidente General Videla y no obtuve siquiera acuse de recibo del mismo. Si se considera el asunto históricamente, esperar de ese tribunal y del citado gobierno el menor síntoma de un estremecimiento patriótico era incurrir en la misma inocencia que aguardar del Dr. Alemann una defensa ardiente de nuestra soberanía económica. La indiferencia glacial de los mencionados hacia nuestro atormentado país no era un hecho nuevo. Era la norma de conducta del poder oligárquico durante más de un siglo.

En una época en que las más explotadas colonias habían insurgido para cambiar el mapa político del mundo, sólo la Argentina parecía atada al carro triunfal del imperio.

Con el patrocinio del Dr. Luis María Cabral yo sugerí a la corte una lista de medidas pacíficas: embargo preventivo del Banco de Londres y América del Sur; incautación de todos los bienes de propiedad Británica existentes en la Argentina; ruptura de relaciones diplomáticas, consulares y económicas con Gran Bretaña; internación de los súbditos ingleses residentes; suspensión de todo tráfico marítimo o aéreo y de las comunicaciones telefónicas o telegráficas; medidas similares para las Islas Malvinas; comunicaciones a los países vecinos en el sentido de que la Argentina consideraría un acto inamistoso que dichos países autorizaran la salida o llegada de naves o aeronaves procentes de o para las Malvinas.

Tales proposiciones estaban dictadas por el propósito de obligar a los ingleses a negociar. En materia de bienes materiales los ingleses no admiten bromas, como lo prueba su rica historia de piratería internacional. Por lo demás, y en materia diplomática, se viene conversando desde 1833, mientras los funcionarios de carrera del Foreign Office se rien de nosotros generación tras generación. Es cierto que un análisis caritativo de la mansedumbre argentina en la materia nos llevaría a la conclusión de que esa tolerancia obedecía a la amistad anglo-argentina fundada en la exportación de lanas y carnes, cuando Inglaterra era nuestro "mejor cliente" y la flota de Nelson hacía la policía del mar. Pero el Mercado Común Europeo ha eclipsado con la Segunda Guerra Mundial, tanto esa amistad como el poder del Imperio victoriano. Nelson ya es una

sombra, lo mismo que su flota. Solo queda de ella el “Endurance” y ya tiene preparada su bandera de remate. Hay que ayudarlo a bien morir⁵.

La hora de una diplomacia trivial ha pasado para siempre. Aunque Gran Bretaña ha perdido los dientes y las uñas, su clásica perfidia permanece en plena lozania. El Comité parlamentario integrado por laboristas, conservadores y liberales en defensa de las Islas “Falkland” demuestra la vigencia de la democracia en Inglaterra a costa de la libertad en otros pueblos.

Solicito formalmente al Señor Presidente y a la Junta Militar, que ejercen accidentalmente el poder nacional y que en consecuencia tienen la responsabilidad en la política exterior que compete en épocas normales a un gobierno constitucional la ocupación militar inmediata de las Malvinas y sus dependencias. Se restablecerá de ese modo la justicia en un pedazo de suelo nacional, nuestra custodia efectiva en el Atlántico Sur y un refuerzo estratégico para la Antártida. La lección servirá no solo a los imperios en decadencia, sino también a todos aquellos que aspiren a sucederlos, sea cual fuere su bandera.

Saludo al Señor Presidente atentamente,

Jorge Abelardo Ramos

⁵ Escrito antes de la derrota militar argentina, ahora parece irónico aludir a la flota inglesa como “una sombra”. Pero no estamos lejos de la verdad. La explicación es que el alto mando argentino no quiso luchar a fondo ni en todos los terrenos, porque como todas las instituciones de la sociedad anglófila había sido educado en el respeto reverencial hacia el Occidente colonialista.

**SIN EL PUEBLO
NO HAY GUERRA QUE PUEDA GANARSE**

Buenos Aires, 8 de abril de 1982

Al Señor Presidente de la Nación
Teniente General Leopoldo Fortunato Galtieri
A la Junta Militar

De nuestra consideración:

Nos dirigimos a ud. en nombre de la Junta Nacional del Frente de Izquierda Popular para exponerle brevemente algunas de las exigencias que nos impone a todos la reconquista de las islas Malvinas y la campaña mundial que este acto ha desatado contra la Argentina.

En mèrito a la gravedad de los acontecimientos, resumiremos en los puntos siguientes algunas de nuestras ideas:

1.- Estamos alarmados por la indiferencia de ciertos sectores de la opinión pública, clases altas, cierta parte de las clases medias y grupos análogos acerca de la trascendencia histórica de la recuperación de nuestras islas.

2.- Asimismo resulta notoria la actitud de la prensa argentina, muchos de cuyos órganos son de antiguos anglòfilos, frente a la campaña antinacional que lanza el gobierno inglés contra la Argentina y la ligereza irresponsable con que se trata el avance de la flota inglesa en son de guerra hacia el Atlàntico Sur. Un generalizado criterio de “pacifismo” o ilusiones “negociadoras” de innumerables sectores hace pensar que en el fondo estarían dispuestos a cualquier trato por indecoroso que fuera, con tal de evitar un enfrentamiento con el imperialismo inglés.

Tales características de una parte de la opinión pública supuestamente “respetable” encuentra sus raíces en la vieja vinculación económica-cultural dependiente con Europa y el Imperio Britànico, relación que en nuestros días ha dejado de existir gracias a la constitución del Mercado Comùn Europeo, y a la crisis de los viejos imperios hegemònicos.

3.- Parecería que a nadie agravia la insolencia de la prensa britànica, de sus ministros y de sus jefes militares que no cesan de zaherir a la Argentina con una soberbia y un desplante propios de otras èpocas, en que esa flota dominaba los mares del mundo.

4.- En resumen, mientras los soldados argentinos se aprestan en las islas a defender la soberanía del territorio nacional, las radios y los canales de TV controlados por el gobierno se complacen en reportear a los ingleses, haciendo de tribuna para ellos, mientras el pueblo argentino, enfriado por seis años de política social oligàrquica, se mantiene distante del gran esfuerzo militar en despliegue.

5.- A la acción militar, corresponde realizar una acción simultánea en el plano político, cultural y Económico que complemente la gran batalla de las Malvinas y movilice el espíritu nacional, sin cuyo concurso no hay guerra que pueda ganarse.

6.- Proponemos:

a) Derogación de la veda política;

b) Empleo de las radios y TV para que las personalidades políticas, intelectuales, científicas, artísticas, etc., sin exclusiones, expongan en gran escala sus puntos de vista sobre la historia del imperialismo inglés, sus atropellos, la introducción del opio en la China, la organización de trata de esclavos, además de explicar el derecho de la Argentina a suprimir todo vestigio de colonialismo. A estos efectos proponemos la creación de un Comité de Defensa de la Soberanía nacional integrado por las mencionadas personalidades, para que actúen conjuntamente con la Secretaría de Información de la Presidencia.

c) Reemplazar al Ministro de Economía, Dr. Alemann. Dicho funcionario continúa y profundiza la política destructora del aparato productor industrial del país iniciado por el Dr. Martínez de Hoz. Esta política ha fracasado. Es preciso designar un Ministro que eleve los salarios, controle severamente a los especuladores de las tasas de interés y los precios, e inyecte impulso a las industrias militares y civiles. La adopción de una política industrialista en lugar de esta política financiera, que solo beneficia a los acreedores del extranjero, es una exigencia básica de la Defensa Nacional y de la Nación en peligro. Nadie podría pensar hoy en adquirir armamento en Estados Unidos, socio y aliado de nuestro inmediato enemigo inglés, a la misma Inglaterra, a Francia y a otros países europeos. Ante el patriotismo argentino se ha organizado una coalición mundial. Solo la podremos vencer con la unidad de las Fuerzas Armadas y el pueblo de la patria; pero para movilizar al pueblo hay que practicar la justicia social, el nacionalismo económico y la independencia cultural del antiguo monopolio espiritual europeo.

Señor Presidente:

La soberanía nacional es indivisible. No se puede ser nacionalista en las Malvinas y liberal oligárquico en Buenos Aires. El Señor Alemann contesta los golpes y ofensas financieras de los ingleses con actitudes de “gentleman” inadecuadas para una situación de guerra.

La escandalosa revelación de que el Sr. Alemann corre en socorro del Banco de Londres por intermedio del Banco Central no puede extrañar a ningún observador de la vida pública argentina.

Para hacer frente a una guerra con los esclavistas ingleses el gobierno militar cuenta con un ministro de Economía que ha sido siempre un notorio abogado de los intereses suizos y europeos. En realidad, para la banca europea que hoy nos bloquea, el Sr. Alemann es el inspector de nuestra deuda externa situado en el cargo justo. Los ingleses no podrían tener un aliado más eficiente en el corazón del gobierno argentino. Para colmo, ahora es Suiza la encargada de atender los intereses Británicos en la Argentina. ¡Dramática paradoja es la de nuestro país! Mientras soldados argentinos mueren en Malvinas, los banqueros ingleses son protegidos por la más alta autoridad económica, representante de la Motor Columbus y de las empresas suizas de electricidad. Esto no solo es una inmoralidad manifiesta, sino constituye una

negligencia monstruosa e intolerable para un país en guerra. Sería bueno conocer la opinión de los compatriotas que hoy arriesgan la vida en las Malvinas.

El FIP plantea la necesidad de convocar al pueblo argentino a inundar las calles de la República y mostrar la férrea voluntad de contestar unánimemente a la insolente flota imperialista que se aproxima a nuestras aguas territoriales. El pueblo argentino, por lo demás, cuenta con la simpatía ardiente de nuestros hermanos de América Latina. Hay que recordar al país que el Ejército Nacional nació como milicia organizada para repeler victoriosamente las dos primeras invasiones inglesas y que enfrentó a las escuadras anglo-francesas coaligadas en 1845 y 1848. La reconquista de las Malvinas coronará la guerra de la Independencia.

Pero si el gobierno militar se encierra en la pura resistencia técnica, quedará aislado adentro como hoy está aislado afuera. Para romper el aislamiento, es preciso comprender que, como decía Clausewitz, “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Esa política, Señor Presidente, es la que proponemos en las líneas precedentes.

Saludamos al Señor Presidente con nuestra mayor consideración:

Por la Junta Nacional
Jorge Abelardo Ramos

EL PENSAMIENTO NACIONAL

El pensamiento colonial en muchos argentinos, es decir, una forma particular de ver el país y el mundo como ciudadanos de segunda clase, es un rasgo de la República emancipada a medias. Esto acaba de ser demostrado con meridiana claridad con la reconquista de las Malvinas.

El tema de las islas irredentas se había convertido en un ritual escolar petrificado, en un latiguillo de insignificante resonancia en el espíritu público. Por ese motivo la presentación a la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en febrero de 1981, de un recurso firmado por Luis María Cabral y el autor de este libro resultó algo insólito y hasta fuera de lugar. En ese recurso legal los ciudadanos mencionados pedían al Tribunal medidas cautelares inmediatas para obligar a negociar a los ingleses, luego de “cien años de soledad”; embargo del Banco de Londres y América del Sur, incautación de las estancias de la Corona en Santa Cruz (setecientas mil hectáreas en la frontera con Chile, interrupción del tráfico aéreo y marítimo de y hacia Inglaterra, etc). La Corte rechazó dicho recurso por cuestiones de forma y se declaró incompetente. En esa oportunidad dijimos que, en efecto, la turbia historia de la Corte ponía en evidencia que siempre había sido incompetente para defender el interés nacional. Nada menos que hasta el diario “Crónica”, al informar sobre el recurso de Ramos y Cabral, opinó que los autores del recuso judicial solo buscaban publicidad. Semejante injuria resultaba bien extraña en órganos que rutinariamente explotan la sangre, el sexo o el escándalo. En cuanto al resto de la prensa, guardó un altivo silencio. ¿Como molestar al amigo británico con tamaña impertinencia?

Y bien, al producirse la ocupación militar de las islas el 2 de abril, fecha que merecerá un lugar de honor en las luchas de la emancipación latinoamericana, el estupor que causó en los medios “políticos” “cultos” o “izquierdistas” el acontecimiento no puede menos que calificarse de memorable. Claro está que fue un “clamor secreto”, una “indignación inconfesable”. Nadie se atrevió a “borrarse”. Pero desde periodistas, universitarios, militares o políticos, en fin, todo género de “gente avisada” y hasta ministros del propio gabinete, quedaron consternados. No tuvieron más remedio que aprobar, “de la boca para afuera”, el gran acontecimiento.

Pero nadie ignora las amargas críticas a las Fuerzas Armadas formuladas en corrillos hasta por muchos de los que han venido usufructuando la comensalia de la dictadura en los años que ésta sirvió a la oligarquía y al capital extranjero, así como por otros partidos y sectores de la “oposición”, de la burguesía industrial y de los terratenientes, para no hablar de la alta finanza. Tampoco faltaron en esta “condenación silenciosa” la vacua fauna de “izquierdistas” que coincidían con los anteriores. Naturalmente la espontánea e irresistible explosión de patriotismo del pueblo los enmudeció a todos.

Para comprender la naturaleza del pensamiento colonial clasificaríamos sus matices en el siguiente orden:

1.- La ocupación de las Malvinas es “inoportuna”. ¿Por qué no haberla hecho en otra ocasión más favorable?

2.- La ocupación “es una farsa”. Ya hay “un arreglo con los ingleses” para un negociado y con los norteamericanos para “cederles alguna base naval”.

3.- La ocupación “esconde” el propósito de Galtieri y otros jefes militares de tapar el asunto de los desaparecidos en la lucha antiterrorista con la pantalla de las Malvinas;

4.- La ocupación es una simple “medida de política interna”, que proporcionará a Galtieri algún prestigio político susceptible de facilitar su plan de presentarse como candidato a Presidente en el reordenamiento político que el régimen procura como “salida”.

5.- La ocupación es un “acto irresponsable” de un “gobierno irresponsable y que arruinará nuestras relaciones con Occidente y el flujo de capitales, para no hablar de los “peligros de una aproximación al bloque oriental guiado por la URSS”.

6.- La ocupación es un acto “positivo”, pero realizado por un gobierno “fascista”.

De este modo, conservadores, liberales, muchos radicales, desarrollistas, por supuesto el occidentalista Manrique, universitarios de prosapia más o menos “marxista-mitrista”, “progresistas” de la clase media profesional, el Barrio Norte y la gran prensa- en suma la sociedad anglófila tradicional- se distribuyen las categorías interpretativas que hemos reunido más arriba. Resultan ser el sofocado eco del lapidario juicio europeo- liberal o “socialista”- sobre los argentinos. Todo el Occidente putrefacto, desde Mitterrand, el charlatán Régis Debray o el laborismo europeo, se ha lanzado contra nosotros. El pensamiento colonial consiste, en resumen, en que no puede concebir una decisión importante adoptada por argentinos al margen de la influencia norteamericana, europea o rusa.

A este tipo de conducta intelectual le resulta impensable que algún gobierno, sea cual sea su naturaleza, decida emprender un camino independiente. Esto ya pasó con Yrigoyen, con el gobierno militar del 4 de junio de 1943, luego con Perón. Resultaba un verdadero escándalo un gobierno capaz de enfrentarse con Europa o con Estados Unidos. La explicación de tal acto no había que buscarlo en quienes adoptaban las decisiones incriminadas, sino en algún supuesto acuerdo con alguna potencia mundial. Así Yrigoyen, al ordenar a la Armada solo saludara a la bandera de Santo Domingo cuando la isla estaba ocupada por los yanquis, fue acusado de ser un instrumento de Gran Bretaña. Cuando el gobierno militar del 4 de junio intervino las empresas imperialistas de electricidad, clausuró “La Prensa” y mantuvo la neutralidad ante la Guerra Mundial, fue acusado de ser un agente nazi. En fin, Perón no escapó a la regla. Por su política de enfrentamiento con Estados Unidos recibió desde derechistas o izquierdistas cipayos el mote de “agente inglés”, en tanto solamente la Izquierda Nacional, predecesora del FIP, sostenía al gobierno de Perón.

Algunos políticos declararon que “ha llegado la hora del silencio.” Otros proclaman que hay que suspender toda actividad política hasta después del conflicto. Por el contrario, para vencer al imperialismo hay que movilizar la energía espiritual del pueblo argentino e inyectar a la política su potente sentido histórico.

Es también llamativo del pensamiento colonial el uso u omisión de ciertas palabras. Como durante un siglo y medio la Argentina no ha enfrentado a Francia e Inglaterra, la idea misma de entablar una guerra con los países "modelos" resulta al sector "culto" y "europeizado" algo intolerable. Por eso nadie habla de que estamos en guerra. La palabra misma no se pronuncia. Al contrario, hay una especie de clamor por la "paz" mientras los ingleses ametrallan nuestras islas, matan a jóvenes argentinos, intentan hambrear al país, bloquean la economía y las finanzas y pretenden establecer un cerco de hierro de alcances mundiales. Tal es el pensamiento colonial. La juventud podrá entender la lucha intelectual de Ugarte, Scalabrini Ortiz, Jauretche, Hernández Arregui, Irazusta, Rosa y otros ilustres argentinos sobre la naturaleza del imperialismo inglés entre el humo de los disparos.

El vuelco de este régimen militar oligárquico hacia la proeza de las Malvinas solo puede redundar en beneficio del país, en la caída de Alemann y en la crisis de la política oligárquica, antiindustrialista y antiobrera, seguida hasta hoy.

La defensa nacional exige una política económica nacional y popular. Pero la anglomanía de la vieja sociedad victoriana sobrevive en medio de la guerra con el imperialismo británico y hasta paraliza la acción del mismo gobierno que hoy enfrenta a la flota de la pèrfida Albión. Los ingleses, estamos seguros de ello, y desde alta mar, darán una enèrgica lección de antiimperialismo a todos los cipayos argentinos que no se resignan a perder a su amado imperio.

Mayo de 1982

PARA GANAR LA GUERRA CONTRA EL IMPERIALISMO

Desde hace algún tiempo el gobierno ha cesado de intercambiar opiniones con las expresiones políticas orgánicas sobre la grave – y honrosa- situación nacional. No hacemos cuestiones de forma en este momento. No nos detendremos en el curioso hecho de que los únicos interlocutores en las entrevistas mantenidas en las últimas semanas por funcionarios del gobierno sean personalidades notoriamente “pro-occidentalistas” y que, por su origen social y económico no oculten – como todo el país lo sabe- sus veladas críticas a lo que consideran un acto “de irresponsabilidad” de las FF.AA. En suma, en las últimas semanas el gobierno dialoga con los amigos de las mismas potencias que nos calumnian, bloquean o matan argentinos.

La causa de este hecho radica en que el gobierno arrastra en la nueva época histórica abierta el 2 de abril, los fantasmas, aliados e ilusiones de la víspera, de aquel remoto 1º de abril. Pero el viento de la historia ha barrido con unos y con otras. Este memorial persigue el exclusivo propósito de explicar las razones por las cuales nuestro movimiento ha sugerido hace unos días la imperiosa necesidad de que las Fuerzas Armadas, que llevan la responsabilidad de luchar en el frente militar contra Inglaterra y sus aliados, asuman la plenitud de la conducción del gobierno. Esto es, preconiza la formación de un gabinete exclusivamente militar a fin de incorporar al fin supremo de obtener la victoria contra el imperialismo a los frentes económico, educativo y de información y de propaganda pública. Una guerra, y en particular una guerra de emancipación, no se gana solo en el frente de batalla. Se puede perder en la retaguardia si la conciencia nacional es confundida por las voces de los aliados internos de nuestros enemigos, si los recursos productivos de la Nación se paralizan o si las finanzas del país en lucha son atacadas sin respuesta por las potencias agresoras.

¿CUAL ES LA RAIZ DE LA NUEVA SANTA ALIANZA CONTRA LA ARGENTINA?

Comencemos por decir que el Ejército argentino nació como milicia en la lucha contra el imperialismo británico que pretendía anexarnos a su poder colonial en 1806. Las Fuerzas Armadas de la naciente patria criolla fueron luego el brazo decisivo de la Revolución de Mayo, cuya raíz era hispanoamericana. Sus grandes capitanes fueron San Martín y Bolívar, entre muchos otros soldados de la Revolución. Así nacieron nuestras relaciones con la Europa colonial y hoy, 176 años más tarde, la misma Inglaterra y sus rapaces, aunque civilizados amigos y aliados, avanzan con su flota contra nosotros.

A bordo viene el remington de escolta del Palacio de Buckingham con sus cobres, sus gaitas y plumas. Y los feroces Gurkhas, “cipayos del Nepal”, afilando sus dagas de 30 centímetros bajo la mirada del Príncipe Andrés, como en los tiempos de la carga de la Brigada Ligera. Tenemos la convicción de que esta postrera aventura del Imperio concluirá como la famosa Carga, de la que sobrevivieron solo 17 jinetes. El anacronismo de este Occidente (“Occidere” en latín significa “moribundo”) salta a la vista, pero para los argentinos esta lucha es un renacimiento de las más viejas y heroicas

tradiciones militares. Kipling està muerto y enterrado y no otra suerte aguardarà a todos los cipayos, del Nepal y otras partes.

La historia ha cerrado su vasto círculo. Es cierto que durante más de un siglo la Europa colonialista, fracasado su propósito de 1806, incorporò a la Argentina posterior a San Martín al mapa colonial sin colores como semicolonias de orden económico, financiero y cultural. La anglofilia y la francofilia fueron la enfermedad sutil más difundida en las costumbres, la cultura y la vida social argentina en los últimos cien años. Estos lazos no eran de hierro, sino de lana, carne y cereales.

Fuimos la mejor amiga de Inglaterra, la “granja” del “taller del mundo”, el ejemplo próspero de un ideal librecambista. Pero ese idilio se desvaneciò con la creación del MCE. Europa se volviò proteccionista mientras que había en nuestro país anglòfilos que pretendían seguir siendo librecambistas. Europa estaba en declinación como mercado para nuestros productos ya desde 1960 cuando se funda el MCE. Es cierto que la Argentina pareciò no advertir que Europa se había “agrarizado” con el apoyo de una potente tecnología. Nos èramos mutuamente superfluos. Pero sus usureros y sus banqueros, lo mismo que los Estados Unidos, aspiraban a seguir succionando la renta nacional por medios bancarios y ya no por el mecanismo de intercambio de productos primarios contra productos industriales.

Visto el proceso al revès, debemos admitir que en estos últimos cien años ningún gobierno argentino, fuera de protestas platónicas al Foreign Office, soñò siquiera con afrontar una guerra con Inglaterra a causa de las Malvinas. Parecía infinitamente más importante el comercio exterior, tradicionalmente asegurado con nuestros compradores europeos, que la batalla por una soberanía abstracta en el Atlàntico Sur. Todo permaneciò sumergido en el corazón de la patria: los monopolios o cereales, los grandes estancieros, los aseguradores del Lloyd de Londres y el Mercado de Smithfield resultaban ser lo esencial. La cultura reinante, de estirpe grousacquiiana, relegaba a la patria vieja todas las campañas sanmartinianas. América Latina solo era un reseco mito escolar. Eramos europeos, y no criollos o mestizos. Se miraba a la América Latina de Bolívar por encima del hombro. Pero, en realidad, no èramos europeos. Europa nos despreciaba, incluido a los millonarios argentinos de principios de siglo que viajaban a París a “tirar manteca al techo” en los cabarets de Montmartre y a los que bautizaron como “rastacueros”.

Cuando se crea el MCE esos lazos seculares tienden a desaparecer. La ruptura con Europa crea las bases de una política argentina nueva. La audaz decisión de las FF.AA. de recuperar las Malvinas y que implica un imperecedero acto històrico se produce cuando lo único que nos vinculaba ya con Europa es una gran deuda, maniobrada por muchos abogados ligados a los bancos europeos. Esta deuda colosal constituye un peligro para la estructura productiva del país, esencial palanca de la defensa nacional.

Hemos regresado, pues, a los orìgenes. En otro plano de desarrollo y madurez, hemos vuelto a los tiempos de San Martín y Bolívar. América Latina nos espera. A ella debemos mirar. Allí encontraremos a nuestros aliados naturales, los olvidados hermanos y también los mercados estables para un apoyo mutuo, las armas y las almas afines, la misma lengua, una cultura común, una idéntica tradición històrica, los lazos religiosos, la memoria colectiva de una gran hazaña. Tal es el resultado más trascendente de la

reconquista de las Malvinas. Las tierras huérfanas del lejano Sur nos han devuelto al Norte, hacia la América Criolla.

¿ESTAMOS SOLOS? AMIGOS Y ENEMIGOS

No estamos solos, por el contrario. No sólo toda la América Latina ha expresado su solidaridad activa sino que contamos con la simpatía y el apoyo de los dos tercios de la humanidad, los pueblos recientemente emancipados de la tutela colonial y que en el Tercer Mundo combaten, de acuerdo a la propia originalidad de su desarrollo histórico, por causas nacionales análogas a las nuestras. Contra ciertas voces agoreras que lagrimean por el “aislamiento” de la Argentina, debemos subrayar con toda energía que por la acción de las armas, “ultima ratio” de la actividad histórica, la Argentina ha creado, de un solo tajo, una política exterior propia, al fin, después de un largo período en que nuestras relaciones con el mundo exterior estaban determinadas por la ruta de los navíos mercantes de las grandes potencias y de los seguros extranjeros. Por el contrario, solo seremos respetados por las potencias si sabemos hacernos respetar. Hay que desprenderse de toda banalidad verbalista e insustancial de suponer que “somos de Occidente”, como si se tratara de un credo religioso o como si practicar una política hispanoamericana- incluido el Brasil- supusiera pasar al bloque soviético. Nada es más falso. El bloque soviético se guía por su interés nacional, según lo entienden sus dirigentes, y si ese interés nacional lo lleva a invadir Polonia o Afganistán, no vacila en hacerlo. La abstención de la URSS en el Consejo de Seguridad cuando fue condenada la Argentina por los colonialistas muestra bien a las claras hasta dónde es posible contar con ese bloque. Lo mismo podríamos decir de China. Pero la perversa propaganda anglo-norteamericana quiere obligarnos a capitular aduciendo que podríamos llegar a aliarnos con los soviéticos. El pueblo argentino cuenta con un solo aliado real: el pueblo latinoamericano, lo que no quiere decir que no tenemos derecho a comerciar con cualquier país. Debemos negarnos a caer en la extorsión de un mundo bipolar: no es obligatorio estar con unos o con otros. Debemos estar con nosotros mismos.

¿EN QUE CONSISTE NUESTRA FUERZA?

Pero nosotros mismos somos una fuerza inmensa puesto que somos iberoamericanos. En otras palabras, integramos desde la raíz una comunidad que alcanzará dentro de 20 años la frontera lingüística de 700 millones de almas que hablarán español, más 100 que hablarán portugués. Será la lengua más hablada de occidente y la segunda del mundo después de China. ¿Cómo no reiterar el pensamiento sanmartiniano y bolivariano de un Mercado Común Latinoamericano, capaz de terciar en el comercio mundial, defender nuestros precios, proteger las industrias propias, crear una tecnología latinoamericana, concertar un sistema militar de apoyo mutuo, desarrollar las arterias vitales del “hinterland”, construir la hidrovía continental concebida por el Almirante Portillo, desde el Plata al Orinoco y dejar atrás para siempre las humillaciones de ser países de tercer orden ante las jactanciosas potencias del mundo? Si las grandes naciones de occidente no hubieran unido sus partes en algún momento, si existiese todavía el Estado de Pensilvania erigido en República, el reinado

de Normandia, el principado de Hessen, o la República de Venecia, la civilización y el poder de occidente no habrían tenido lugar.

El papel que los Estados Unidos ha jugado en este conflicto no podría asombrar a nadie que conociera aunque más no fuera someramente su historia diplomática y militar. Arrebató la mitad del territorio mexicano en el siglo XIX y a España sus antiguas colonias. Ocupó con infantes de marina Santo Domingo, Cuba, Nicaragua una docena de veces, la última en 1965. Ha perdido las últimas guerras coloniales que libró, la de Corea y la de Vietnam, donde fueron arrojados al mar por un pueblo armado de pasión patriótica y de lanzas de bambú. Ahora acaba de proteger diplomáticamente a Inglaterra contra la Argentina para asegurar sus alianzas europeas, pero en realidad no cuenta ya ni con la confianza de los europeos de occidente y ha perdido por completo la escasa reputación que le quedaba en América Latina. Tiene mucho dinero y la torpeza política de un imperio tardío que no logra encontrar lugar en un mundo que se deshace de los imperios.

¿EUROPA ES HOMOGENEA?

En cuanto a Europa, cuenta con la homogeneidad que brinda una historia común (de feroz colonialismo y explotación de pueblos enteros) así como su actual estructura del MCE. Pero el hecho de que la Argentina tenga una deuda externa de 20.000 millones de dólares con Europa supone un poder de negociación y de presión que nuestro país no ha empleado hasta ahora.

¿Qué dirían los socios del MCE (cuyos miembros del Parlamento Europeo acaban de aprobar la prórroga del bloqueo económico a la Argentina) si nuestro país anunciara que suspenderá todo pago de intereses y amortizaciones de nuestra deuda externa con aquellos países que la bloquean? ¿Y si añadiera que esa deuda será analizada después de la guerra actual con Inglaterra, de acuerdo a los perjuicios materiales y morales infligidos a nuestro país por tales bloqueadores? ¿No sería justo recordar que cuando en la última guerra mundial Inglaterra compró durante cinco años los productos argentinos que la ayudaron a sobrevivir no sólo no los pagó en ese lapso, sino que al concluir la contienda tampoco quiso pagar su deuda a la Argentina, bloqueó nuestras libras primero y después devaluó la libra? Eso puede hacerlo un gran potencia. Pero la Argentina, atacada por Inglaterra y sus aliados ¿no puede hacerlo? Sí puede, si quiere hacerlo. Si estamos en condiciones de hacer lo mayor, que es pelear y morir, podemos hacer lo menor, que es no pagar a la banca pèrfida y usurera y emplear esos recursos en nuestro esfuerzo de defensa nacional y de reanimación de la economía.

El solo anuncio de semejante moratoria conmovería a la banca europea y quizás dispersaría a los aliados de los ingleses. Pero si así no fuera, tal medida en legítima defensa no agravaría nuestra situación militar, aunque mejoraría nuestra situación económica y financiera. La ofensiva inglesa en todos los planos no es respondida por el gobierno como debe ser, salvo en el plano militar. En el orden financiero y económico hay que pasar a la contraofensiva. El Lloyd's Register of Shipping, de Londres, que reasegura el tráfico marítimo con la Argentina, cancelará su póliza el 24 de mayo, con lo que pretende asestar un golpe a las exportaciones nacionales de cereales. Los aseguradores ingleses, que pretendían apoderarse del mercado del seguro argentino, liquidando la Caja de Ahorro y Seguro, acaba de lanzar un cañonazo contra nuestro comercio exterior. Simultáneamente, el ministro de Economía del gobierno argentino

designò presidente del INDER, institución oficial del seguro nacional, a un conocido abogado de los aseguradores ingleses, los mismos que anunciaron en el día de la fecha que estrangularían nuestro tráfico marítimo.

Estas contradicciones del gobierno inducen a la perplejidad o indignación a la opinión pública que acompaña el esfuerzo de guerra y la que no puede comprender como los amigos de Inglaterra conducen nuestra política económica y financiera. El Ministro aludido declara en Nueva Cork a los banqueros europeos que la Argentina pagará puntualmente su deuda externa. Semejante incoherencia puede parecer divertida a la señora Thatcher pero no a los argentinos. O se está en guerra o no se está. Los caídos en el Atlántico Sur testimonian una conducta diferente a la del Ministro de Economía.

Si pasamos revista a la prensa, la radio y la televisión, podemos concluir que son realmente excepcionales los periodistas o los programas que expresan el heroico momento de la Argentina presente. La prensa escrita participa de un modo u otro de la campaña anglofila que tiende a situar el eje de la guerra en las Naciones Unidas mientras la flota inglesa recibe refuerzos y ataca las islas. La verdadera política argentina es desdibujada y se atribuye constantemente a nuestro país una conducta de concesiones que al día siguiente se revelan falsas. En la radio desfilan personajes, como el Ingeniero Alzogaray, que juzga como un “nacionalismo de salón” las proezas militares y nuestra actitud hacia “Occidente”. Se considera – seguido con entusiasmo por locutores que medran con la publicidad de transnacionales y también de empresas estatales- que debemos dejar el tema de la soberanía para otra ocasión y que en realidad la causa de las islas no merece una guerra.

Directa o indirectamente, el sistema de propaganda y de la información, cuando no cae en un lagrimeo trivial, evade la verdadera naturaleza de la guerra contra el colonialismo, la historia de Gran Bretaña y Estados Unidos en el saqueo de naciones enteras y las epopeyas populares y militares para expulsar a lo largo de décadas a estos vampiros internacionales. Por lo demás, los programas de radio y TV en su inmensa y agobiante mayoría, parecen ignorar la guerra y su profundo contenido a la que incluyen como un tema más de una programación superficial y frívola.

No es ocioso mencionar aquí que si hemos recuperado las Malvinas, nos hemos encontrado con una situación jurídica peculiar. Una compañía colonial; como en el siglo XVI, posee la totalidad de las tierras de las islas, bajo la máscara de ocho grandes latifundistas que en realidad son testaferros de las Falkland Island Company, propiedad de una familia de la nobleza británica. La reversión de ese monstruoso latifundismo a manos del Estado Nacional y su distribución a los malvinenses argentinos y cooperativas ganaderas a crearse deberían ser un urgente acto jurídico de soberanía efectiva. No creemos que los malvinenses de origen británico se nieguen a recibir la propiedad de su vivienda, lo que reforzaría el prestigio argentino ante ese pequeño núcleo de ciudadanos de tercera clase.

Esta emergencia ha demostrado que sin un Estado fuerte no puede hacerse la guerra contra el imperialismo. Hay que desarrollar las industrias de Fabricaciones Militares y reconstruir la industria de capital argentino, sostén de la Defensa Nacional. Aquellos que atacaban al Estado argentino en nombre de la “libertad de empresa” son los mismos que hoy están anonadados con la guerra de emancipación puesto que sus intereses se vinculan a la Europa agresora. Nadie puede dudar ahora que a los ingleses

hay que darles acero antes que caramelos. Nacionalismo económico, pues, democracia política, justicia social y unidad con América Latina: tal es el programa que la historia impone con fuerza impresionante.

En síntesis, se tiene la impresión de que no hay una conducción política que vincule el poder con el pueblo en medio del gran conflicto. No hay política interna, no hay discursos del Presidente ni acción directa del Ministerio del Interior hacia adentro. Parecería que todo el gobierno estuviera sumergido en las obligaciones militares y que de su voz solo se escucharan lacónicos partes de guerra. No hay política en el pleno y público sentido del vocablo, pues las guerras no se ganan si no se tiene en cuenta que la política en una crisis consiste en el país que se piensa a sí mismo en voz alta.

Señores miembros de la Junta Militar:

El mundo entero tiene hoy los ojos puestos en nuestro país. América Latina se ha puesto de pie como en los tiempos de Ayacucho para mostrar su cálida amistad por nuestra patria. Este acontecimiento trascendental supera las mezquinas especulaciones de capilla y partido. Sin embargo, estas especulaciones continúan y muchos sectores actúan a la sombra para restar crédito y apoyo a la guerra contra el imperialismo británico. Personajes, personajillos y hombres públicos apenas ocultan su juicio sobre la “inoportunidad” de la reconquista y platican con embajadores extranjeros para procurar ahogar en alguna intriga el formidable esfuerzo de la Nación.

Se ha desencadenado contra la causa nacional una formidable campaña externa destinada a quebrar nuestra moral de combate. Es preciso enfrentar al terrorismo ideológico de los colonialistas extranjeros y nativos. Hay una revolución nacional inconclusa contra la oligarquía europeizante que deberá proseguir tras la victoria militar para que ésta sea un hecho que ingrese al porvenir.

Las Malvinas han sepultado el cadáver blanqueado de la OEA, esa institución creada por los Estados Unidos que presenciò durante décadas bochornosas las convocatorias del gran vecino, cuando fijaba la hora y lugar para las asambleas, mientras los Estados Latinoamericanos, humildemente, “desfilaban como monjas, con los ojos bajos y sin pestañar”. Estàn sueltos los cachorros del leòn español por América, como cantaba Rubèn Darío. Nadie podrá detenerlos ya.

Por todo lo expuesto, solicitamos la formación de un gabinete exclusivamente militar para llevar al triunfo las operaciones de la guerra, la diplomacia, la cultura y la propaganda. Serà un primer paso para buscar la fusión revolucionaria de las FF.AA. y el pueblo argentino.

18 de mayo de 1982

DE LA GUERRA CONTRA EL IMPERIALISMO A LA REVOLUCION NACIONAL

Nuestra guerra contra el imperialismo mundial replantea con fuerza irresistible todos los problemas postergados de la Argentina y de América Latina. Un acelerado curso de formación “antiimperialista” se está exhibiendo ante el mundo dictado por los grandes maestros de la mistificación occidental. La actual generación civil y militar no olvidará jamás esta lección. Y los argentinos del futuro sabrán de que modo resuelto la Argentina se elevó por sobre sus antiguos dolores y crisis internas para dar batalla a uno de los más perversos imperialismos que la historia ha conocido.

Si alguien hubiera podido dudar hasta hoy, en la Argentina anglófila, de cual es la verdadera naturaleza del imperialismo, los jóvenes héroes que hoy luchan y mueren en el Sur podrán dar testimonio. No hace falta probar con libros y estadísticas, como antaño, que métodos emplean los grupos monopolistas de la finanza, el comercio mundial y la diplomacia armada para avasallar el mundo. Estados Unidos también se propuso aplastar, inmediatamente después de la Francia Colonial, al Pueblo de Vietnam. Aquí dejará sus huesos, como ya lo hicieron los oficiales norteamericanos en tierra extraña. Ya vendrá más adelante, en algún momento, algún director de cine a filmar su “Apocalipsis Now.”

La lección es completa. También le alcanza a la “izquierda cosmopolita”, que había sostenido siempre la ilusión de que no hay revolución o liberación nacional sin la poderosa ayuda de la Unión Soviética. Pero tanto China, Polonia, como los rusos, se abstuvieron en el Consejo de Seguridad. Solo ayudan a la Argentina con condenas verbales al bloqueo imperialista. Se recuerda la retirada de los misiles soviéticos en 1962 y la indiferencia con que dejaron caer al heroico Salvador Allende en Chile, sin prestar un solo rublo. Resulta inimaginable que nuestro conflicto los lleve a enfrentar a Estados Unidos en el Atlántico Sur. No discutiremos aquí su interés nacional aunque nos rehusamos a aceptar su canto litúrgico del “internacionalismo proletario”. Por supuesto que la Argentina, desprendida del fatal anillo expoliador de Occidente, necesitará buscar en América Latina y otros mercados la reestructuración del comercio exterior, subordinado por un siglo al teatro del Atlántico.

El comercio con los países de Europa Oriental deberá ser intensificado y nadie podrá discutir nuestro derecho a hacerlo. Desde hace años sostenemos que la ruptura con Europa por obra de la creación del Mercado Común Europeo volvía anacrónico el papel político y financiero de la oligarquía portuaria, formada al amparo de ese vínculo. Ahora la ruptura con Europa no se inscribe en las planillas del comercio exterior sino en la lista de las batallas navales y de nuestros combatientes. A muchos les cuesta reconocerlo, pero así son los hechos. La Izquierda Nacional y Popular, el FIP, lo ha proclamado a la Nación desde hace años. Quien quiso oír ha oído.

En suma, ninguna superpotencia con patente de tal está con nosotros. Pero eso no significa que nuestra fuerza no sea inmensa. En primer lugar, contamos con la Nación en armas y con el pueblo argentino. Luego, con la América Latina y con los pueblos libres del Tercer Mundo. Son los dos tercios de la humanidad, tantas veces

despreciados por muchos de los que hoy lamentan nuestra crisis con “occidente”. La guerra por las Malvinas ha inyectado a esta formidable parte del género humano una nueva esperanza revolucionaria y ha permitido a la Argentina, a su vez, reconocer su destino hispanoamericano. Tales son los maravillosos e irreversibles logros de la gesta argentina.

¿Cómo no rendir homenaje en estos días a San Martín, Artigas, Bolívar, Miranda, Monteagudo, Morazán, Santa Cruz, O’Higgins, Sucre y a los soldados anónimos de la primera revolución americana? ¿Cómo olvidar a los precursores de la unidad latinoamericana y de la lucha contra el imperialismo, los Torres Caicedo, Blanco Bombona, José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche? ¿Y como no evocar a los militares y civiles que en el siglo XX lucharon contra la arrogancia de las metrópolis coloniales, el General Sandino, el Coronel Busch, el Mayor Villaroel, Getulio Vargas, el General Velazco Alvarado, el General Ibáñez, el General Perón, Juan José Arévalo o Salvador Allende? La recuperación de las Malvinas y los heroicos combates de nuestros soldados constituyen un grandioso homenaje a los forjadores de la Patria Grande.

La vieja sociedad anglófila (un sector de la partidocracia, muchos intelectuales, los medios de prensa, la radio, la TV, los personajes y figurones) resiste sordamente la proeza del Atlántico Sur. Al fin y al cabo, todos ellos han sido educados en el culto a Occidente (cuyos valores se cotizan en la Bolsa de Londres, según se sabe), en la devoción a la democracia francesa y al parlamentarismo inglés, simiescamente adaptados a sus modas, sus trajes, libros y productos varios. Son cien años de europeísmo, anglofilia y francofilia. Es cierto que no se trata solo de los factores culturales. Hay grandes intereses contrariados por la guerra. El mismo Ministro de Economía, Dr. Alemann, es sobreviviente del 1º de abril. Toda la oligarquía financiera, importadora o exportadora vinculada a la Banca extranjera, a Bunge y Born y a los monopolios europeos o yanquis ha quedado estupefacta. Alemann es expresión de esa rosca. Repite incansablemente que la Argentina pagará la deuda externa (de cuyos tenedores, en Europa, Alemann es abogado). Nos bombardean, nos matan soldados, nos bloquean, pero les pagamos puntualmente. Ese es el Ministro. El fragor de las armas ha infundido a esta “mafia” el temor necesario para enmudecerlos. Pero tiene un lenguaje que no le teme a nada porque se le brinda, desde las alturas del mismo poder, todas las posibilidades para desmoralizar a la opinión pública y a las Fuerzas Armadas. Se trata del célebre aventurero, Alvaro Alzogaray, ex funcionario peronista, ex funcionario de Frondizi, ex funcionario de Onganía y abogado perpetuo de las grandes compañías extranjeras que desde el exterior hoy pretenden aniquilarnos.

El gobierno, por su parte, se demuestra hasta ahora incapaz de extender el combate contra el imperialismo al frente interno. La oligarquía, algunos políticos y una parte de la prensa conspiran contra el gobierno y la Junta Militar. Es preciso terminar con su sistema radial y televisivo, que esconde al pueblo argentino el hecho de la guerra misma. Resulta imperioso concluir con un régimen de difusión que aparece como una injuria al sacrificio de nuestros combatientes en las Malvinas. Las noticias de la guerra se sirven en cuentagotas. Parece una guerra que se libra en el lugar más remoto del mundo. La radio y la TV están abrumadas de banalidades imbéciles. Resulta necesario buscar en las radios uruguayas el refuerzo informativo que falta en las radios argentinas.

Esta ineptia criminal se vincula con la resistencia del equipo económico de Alemann a adoptar hacia el enemigo europeo la réplica financiera correspondiente a las sanciones y agresiones que sufre el país. No hay un plan inmediato de reanimación de la actividad industrial, de reabsorción de la desocupación, de aumento de salarios, del control de precios, de moratoria de la deuda externa, de la incautación de los bienes británicos y de embargo de bienes de empresas europeas que nos embargan las armas (Francia, Alemania, Holanda, etc.), así como la interdicción de las inversiones norteamericanas. EE.UU. abastece a Inglaterra de armas para matar argentinos ¿Que hace en Washington nuestro embajador? ¿Y que hace en Buenos Aires el embajador norteamericano, además de conspirar? En otras palabras, energía en el frente de combate y blandura en la retaguardia económica y política. Una moratoria obligaría a los mercaderes europeos aliados a Inglaterra a dividir el frente para salvar sus miserables créditos. La parálisis política del gobierno es equivalente a la sordera política de los viejos partidos.

SOLO PIENSAN EN LA POSTGUERRA

Después de la convocatoria al pueblo del 10 de abril pasado (realizada por un locutor deportivo) el gobierno no ha hecho la menor tentativa de reunir a las masas populares para dar cuenta de la marcha de la guerra y la diplomacia, para hacer hablar a los combatientes del frente y exponer perspectivas para una nueva economía, una nueva política, una nueva cultura y un nuevo país. Este llamado supondría una verdadera política, retemplaría la voluntad nacional de proseguir la lucha para triunfar en ella y ayudaría a la formación de una nueva conciencia nacional latinoamericana en el pueblo argentino.

Pero el gobierno está auto-bloqueado. Por su parte, los partidos políticos tradicionales observan con sospecha todo lo que ocurre. Algunos políticos destacados han sido entrevistados por miembros de la embajada de Estados Unidos con el propósito de sondear las posibilidades de un “golpe de palacio”, para derrocar a Galtieri y hacer la paz sin honor. Lo mismo está ocurriendo, según la inveterada costumbre de la diplomacia británica en el Uruguay, donde el General Alvarez ha expulsado de tierra oriental al Consejero político de la Embajada yanqui por “inconducta”. O sea, por intrusión en los asuntos internos. Curiosamente, al mismo tiempo que la diplomacia norteamericana y la CIA trabajan activamente con estos piadosos fines, el conocido “izquierdista” Raúl Alfonsín planteaba destituir a Contín de la presidencia del radicalismo para reemplazarlo por el Dr. Illia, “cumbre moral del país”. Para este pichón de gorila se trataba de “alejarse del poder”. Es muy raro que Alfonsín quiera alejarse del poder (después que durante años sus amigos de Río Negro y otros lares están prendidos como sanguijuelas a los ministerios de gobiernos provinciales) justamente cuando el poder está en guerra con el imperialismo. Antes, Alfonsín y, para ser justos, muchos otros radicales, no querían alejarse del poder sino estar lo más cerca posible de él. Es que la “multipartidaria” se ha espantado ante las impredecibles consecuencias del enfrentamiento con Occidente y del acercamiento con América Latina. ¿Acaso “Clarín”, que continúa siendo vocero del MID a pesar del alejamiento de su directorio de algunos personeros de ese grupo, no acaba de editorializar sobre los “peligros de la integración latinoamericana”? “Clarín” y el MID se oponen a la unidad con América Latina, es

decir, con los únicos amigos verdaderos que la historia nos ofrece después de un siglo de embeleco europeo. Tanto el “alfonsinismo” como el “frigerismo” están en lucha subterránea contra la gesta de Malvinas. Los partidos achacosos solo piensan en el Estatuto electoral, en la urna y en las combinaciones del comicio. Consideran esta guerra como una verdadera aberración, una “irresponsabilidad”, algo así como una pesadilla que debe desaparecer cuanto antes. De algo estamos seguros: llegado el momento de votar, el pueblo no olvidará a estos hombres hábiles.

ES LARGA LA FILA DE APATRIDAS Y TRAIADORES

En realidad, la guerra ha confundido todas las reglas del antiguo juego. Mientras que el pueblo común sigue con todo su corazón la evolución de los acontecimientos, los intelectuales, las clases “cultas”, los políticos, los banqueros, están cavilosos. Temen al poderoso Occidente. Tiemblan al pensar en la pérdida de sus preciosos contactos con las grandes potencias, de los que se envanecían hasta no hace mucho tiempo. Pero la canalla occidental se había comportado siempre así con los hijos del Africa negra, los vietnamitas, los “coolies” chinos, los “intocables” hindúes, los esclavos de las plantaciones bananeras del Caribe. Solo a los argentinos les fue vedado en este siglo conocer de cerca la mano de hierro del imperialismo. Cuando Perón se enfrentó con Braden, salvo el pueblo, la clase “blanca” e ilustrada servidora de la oligarquía, se horrorizó por el enfrentamiento con el Embajador de la impoluta democracia yanqui. Cabe pensar qué pensarán ahora los cipayos de izquierda y de derecha ante la condena mundial hacia la Argentina. Los gobiernos “socialistas” de Francia, Grecia, el “socialismo español” de Felipe González ¡miren que andaluz garboso y verboso! La internacional socialista con esa tropilla de alemanes y suecos puritanos y pacifistas (pero que exportan armas por debajo de la manga) se han alineado a favor de los corsarios de la Reina. Es cierto que el lamentable laborismo inglés se inquieta por la vida del Príncipe Andrés, así como el Príncipe Felipe se alarma por la existencia de la última ballena que no depredaron los ingleses en los mares del Sur. La miserable mascarada no concluye aquí. No olvidemos al francés hispano-parlante Julio Cortázar y a García Márquez, que calificó a la invasión británica como una guerra de naftalina. En fin, innumerables emigrados argentinos de la ultra calificaron la ocupación de las como una “aventura militar” de la dictadura argentina.

Apartidas y traidores no han faltado en estas jornadas históricas. Ni hablemos de aquellos que han olvidado la regla elemental del socialismo: un país semicolonial, cuando libra una guerra contra el imperialismo, cualquiera sea el carácter de su gobierno, se convierte en el portavoz del progreso histórico. Esto es así aunque el país imperialista sea dirigido por socialistas y el país semicolonial por un general reaccionario. Las ideas que anidan en el cerebro del laborista inglés, en el supuesto caso de que sean buenas (y no lo son) no cambiarán la naturaleza económico social, presora y bárbara del imperialismo, así como las ideas de Galtieri tiene menor importancia que el despertar formidable del espíritu patriótico y revolucionario del pueblo argentino. Quien no entienda esto, es un perfecto cipayo y hay que renunciar a que entienda las cosas más elementales.

Honor a los jóvenes argentinos que en tierra, mar y aire, defienden la sagrada tierra americana de los crueles depredadores del Occidente imperialista. De algún modo,

y por los complejos vericuetos de la historia, han iniciado una revolución: la de romper los lazos serviles que todavía ataban a la Argentina al Imperio británico y a sus grandes patronos yanquis. Esa Revolución Nacional debe proseguir contra los aliados internos: la oligarquía cipaya, los banqueros sin alma y los monopolios del Puerto. La bandera argentina del 2 de abril, más gloriosa que nunca ya no está sola. Con ella y contra todos los escépticos estériles, late el corazón de la América Criolla.

Junio de 1982

GUERRA Y DEUDA EXTERNA, DOS PROBLEMAS INDIVISIBLES

En vertiginosa marcha los acontecimientos conmueven a la Argentina. Ante el asombro de América Latina y la mirada despreciativa de los vampiros de Estados Unidos y Europa, pasamos por todas las fases: de la contenida furia de seis años a la euforia de la guerra contra el imperialismo; de la decepción por la derrota a la estupefacción por la incompetencia de los generales en todos los planos, sea el militar, el político, el financiero, el económico. Pero los civiles no se quedan atrás en este contradictorio espectáculo. Los partidos tradicionales han quedado expuestos en toda su miseria, su cobarde duplicidad, su óptica mezquina.

El pueblo se pregunta, desconcertado, que ha ocurrido y que ocurrirá ahora. Ha presenciado como sujeto pasivo todos los capítulos inimaginables o inconcebibles de la turbulenta historia contemporánea. Ha agotado toda su paciencia y toda su esperanza ante un poder absoluto manipulado por una rosca de militares y banqueros. Hasta parece que el pueblo hubiera agotado su cólera. Pero no hay que fiarse mucho de esta última.

ISABEL, EL TERROR, EL CONTRATERROR

Nadie ignora que gracias a la provocación terrorista, disfrazada de “peronista”, el frágil y desorientado gobierno de Isabel Perón presentó un blanco ideal para la sedición militar “institucional” del 24 de marzo de 1976. El pretexto era imponer el orden. Pero la represión militar al terrorismo no sólo abarcó a los terroristas reales sino a gran parte del resto de la sociedad, que se sumió en una atroz pesadilla durante años. Simultáneamente, la pandilla oligárquica de Martínez de Hoz destruía la economía nacional y la protección legal de mujeres y trabajadores. El tema central del sexenio fue la “ineficacia del Estado” pregonada por quienes se habían apoderado del Estado y por aquellos que, como en el caso de los militares, habían sido formados para defenderlo.

El imperialismo, por medio de sus empleados antes citados, asumió el control financiero de la Argentina. Así demolió las grandes empresas nacionalizadas que los propios militares habían construido en tiempos de Moscón y Savio para impulsar el crecimiento del país. La burguesía o empresariado nacional, los chacareros y colonos, los obreros industriales, los técnicos y científicos, las clases medias, sintieron que el suelo se les hundía bajo sus pies. Los rufianes parecían todopoderosos e inatacables. El ganadero correntino Cadenas Madariaga, Secretario de Agricultura de Martínez de Hoz, declaraba: “Haremos lo que sea necesario hacer aunque el pueblo no lo quiera”.

EL “PROCESO” ENTRA EN CRISIS INTERNA

El “Proceso de Reorganización” se fue pudriendo día a día. Las reyertas entre los grandes jefes se hicieron notorias cuando Viola alcanzó su acariciado sueño de subir a la Presidencia en marzo de 1981. La alegría le duró tan poco como la lealtad de su protegido y delfín, el general Galtieri. Este último había tenido tiempo de formar su

propio grupo y alimentaba secretamente desmesurados sueños. Muy pronto advirtió que Viola buscaba aliarse con la “multipartidaria” a fin de armar su propia candidatura “constitucional” para 1984 mediante el apoyo combinado de los partidos tradicionales y de la institución militar. Pero esta travesura cortaba la “cadena de la felicidad” en la sucesión establecida de los comandantes del Ejército que ascendían a Presidentes cada tres años. Así empezó el tira y afloje del año pasado que culminó con el infarto de Viola y la designación de Galtieri.

LOS HOMBRES DE WASHINGTON

Galtieri ascendió al poder bajo la mirada benévola del Pentágono, al que había adulado de todas las maneras posibles. Por su parte, el Dr. Costa Méndez justificó la aceptación de la chancillería aduciendo que había llegado la hora de que la Argentina se alinease resueltamente junto a Occidente. Es decir, a Estados Unidos y se alejara de ese andrajoso y poco recomendable grupo de los No Alineados. Poseía tan buenos títulos como los otros, en particular aquel que lo acreditaba como abogado de la banca suiza y de los trusts mundiales de electricidad.

Por estas características del citado trío, la ocupación de las Malvinas sumió en la perplejidad al mundo entero.

LOS HOMBRES CONTRA WASHINGTON

La reacción inmediata del pueblo fue certera. Salió a la calle y aclamó el significado trascendente de ese acto. La gente común no se detuvo a examinar la cuestión que enseguida abrumó a los “cultos”, a los políticos de oficio, a esa masa gigante de anglofilos, cipayos e “izquierdistas” varios de la vieja factoría pampeana, a saber:

-¿Qué se proponía Galtieri?

-¿Era una maniobra?

-¿Se trataba de “un arreglo con Estados Unidos” o de algo igualmente perverso?

Pero no se trataba de nada de eso. Por un feliz azar, la patria estaba en peligro y había que defenderla. Los mismos hombres del gobierno que acababa de reprimir la protesta de los trabajadores en la Plaza de Mayo el 30 de marzo, desembarcaban el 2 de abril en las Malvinas y enfrentaban al imperialismo mundial. Como todos los gobiernos militares de la América Latina semi-colonial, erigidos sobre una sociedad frágil, a mitad de camino en su desenvolvimiento, los militares argentinos oscilaban siempre entre la sumisión al patrón ideológico de la oligarquía y un nacionalismo puramente geográfico o territorial que en algún momento podía derivar hacia un nacionalismo más integral y profundo. El plan inglés de “descolonizar” las Malvinas obligó a las FF.AA. a desembarcar en nuestras islas, pero sus mandos abrigaban la convicción de que ni Estados Unidos, el “gran amigo”, ni Inglaterra, “Imperio en decadencia” actuarían militarmente contra nosotros. Tal fue el “error de cálculo”.

EL “ERROR DE CALCULO”

Pero ese “error de cálculo” resonó como un cañonazo en el corazón de América Latina y elevó por encima de sí mismos a los responsables de la operación. El “error de cálculo” se transformó en un “acierto histórico”. Del mismo modo que un proyectil

disparado no puede volver al fusil, la guerra de las Malvinas y la unidad de América Latina han acelerado la historia de manera irreversible. Si se manifestaron defectos de conducción; de planes; de descoordinación, etc., constituyen los defectos propios de toda guerra. Lo más importante es que los hombres de Washington se volvieron contra Washington, aprendieron la palabra imperialismo, descubrieron el destino latinoamericano, empezaron a comerciar con el continente y recibieron la lección de historia más cruel de su vida. Y cuando el hierro y el fuego, la perfidia y el salvajismo del imperialismo anglo-yanqui y de sus hipócritas cómplices europeos hacia furor, los generales no se atrevieron a nacionalizar las empresas básicas de la propiedad enemiga, a romper relaciones con Estados Unidos, a declarar la moratoria de la deuda externa, en suma, a devolver golpe por golpe.

No fue la derrota de Puerto Argentino lo peor. Fue la aflojada en la aplicación de medidas políticas, financieras y económicas contra los agresores lo que testimonió la derrota argentina. La pérdida de la batalla en Malvinas habría sido un episodio secundario si la guerra contra el imperialismo se llevaba a cabo mediante la Revolución Nacional en todos los planos.

¿Quién hubiera dudado que llevábamos la guerra en serio si al caer Puerto Argentino se enviaba una patrulla militar al Palacio de Hacienda a detener al Ministro Alemann bajo la acusación de que estaba pagando la deuda externa a los asesinos de nuestros soldados y lo procesaba ante un tribunal militar como agente del enemigo? ¿Quién hubiera dudado de la voluntad nacional de proseguir nuestra lucha si la radio y la televisión hubieran sido desinfectados de Neustadt, Grondona, Horacio de Dios, Burone, Alzogaray y demás corte de cipayos y se hubiera declarado que los soldados argentinos son más importantes que los espectáculos de fútbol?

NO LO HICIERON Y POR ESO CAYERON

Al mismo tiempo que negar el pago a los usureros y agresores, el gobierno militar debió organizar una economía de guerra y un aumento general de salarios, derogar la veda política y la intervención en los sindicatos; de ese modo las masas trabajadoras y productivas del país habrían sostenido con impensable ardor la lucha contra el imperialismo y los colonialistas.

Por el contrario, Alemann continuó en su despacho sirviendo a sus amos de Europa. A su vez, las poderosas fuerzas que juzgaban una “aventura irresponsable” la reconquista de Malvinas, actuaban con una resistencia sorda que se propagaba a las cadenas de difusión. Los partidos políticos se “llamaban a silencio” para ver el drama lo más lejos posible, mientras conspiraban de la mano de Estados Unidos para voltear el gobierno que ocupaba las Malvinas.

Galtieri no advirtió que se había hecho lo más difícil y que la victoria estaba al alcance de la mano. El restablecimiento de los olvidados vínculos con América Latina y la explosión de entusiasmo revolucionario en toda la Patria Grande justificaba todos los sacrificios. ¡Habían saltado la OEA y el TIAR por los aires! Se habían desenmascarado para siempre los grandes imperios, conservadores o “socialistas”! Faltaba seguir adelante. Pero para Galtieri y los generales del “Proceso” todo esto ya era demasiado. Los generales se encerraron en los misteriosos comunicados del Estado Mayor conjunto y entregaron los sistemas de comunicación de masas a los mismos cipayos que los

habían adulado desde los tiempos de Martínez de Hoz. Esperaron en vano la “mediación diplomática”. Pero las guerras hechas a medias, como las revoluciones que se realizan a medias, cobran la cabeza de sus jefes. La caída de Galtieri era inevitable. Y así se lo expresó al General Saint-Jean en la noche del miércoles 16 de junio en la Casa de Gobierno, ante los jefes de los partidos políticos: “O cambian, o caen”.

LA CANALLA RESPIRA DE ALEGRIA

Los generales decidieron crucificar a Galtieri para demostrar que no querían seguir la guerra contra Occidente. Se habían olvidado de los muertos de América Latina, del colonialismo y de la flota inglesa. Con una admirable capacidad de comprensión, toda la sociedad anglófila, la prensa, los partidos políticos de la “multipartidaria” (que olfateaban las elecciones), los intelectuales europeizantes, en suma, toda esa parte de la sociedad argentina que se había formado en los últimos cien años a la sombra de Europa, respiraron con satisfacción apenas velada. Nadie quiso hablar más de la guerra. Todo el mundo quería hablar de la “postguerra”. La canalla de los vendepatria quería tapar cuanto antes la batalla de las Malvinas. Y los generales, que habían encontrado un culpable, lo entregaron de algún modo a la voracidad de los cipayos. Galtieri resultaba ser así el responsable de todo. Y el gobierno del General Bignone, lanzado como un misil a las elecciones de 1984, venía a decir al mundo que estos generales nada tenían que ver con las Malvinas. El tema de la guerra con Inglaterra se ventilará desde ahora “diplomáticamente”, según afirman las nuevas autoridades.

EL ESTALLIDO DEL “PROCESO”

No solo había estallado el lúgubre “Proceso”, al quebrarse la unidad de las tres Fuerzas Armadas. Al mismo tiempo se castigaba a Galtieri con la destitución porque “había ocupado las Malvinas”. Ese gran hecho de importancia mundial se convirtió en causa para una acusación criminal contra Galtieri. Esto mide bien a los actuales responsables militares del poder. No tenemos por Galtieri la menor inclinación a la benevolencia, según puede inferirse de lo escrito hasta aquí. Si lo juzgáramos desde el punto de vista de su participación en el “Proceso”, merecería igual juicio que los demás responsables del período. Pero la recuperación militar de las Malvinas es un título de honor para todos los argentinos y eso no excluye a Galtieri. Es el hecho del siglo ¡Vergüenza eterna para los que se abochornen de él!

Con elecciones o sin ellas el pueblo argentino deberá sustituir la sociedad anglófila, que está en ruinas cien años después de haber sido creada. La “descolonización” no solo pasa por las Malvinas. Deberá pasar por la cultura, la argentinización del Estado, la fusión con América Latina, la eliminación de la oligarquía europeizante y la reeducación de la alta clase media pseudo-culta, no menos europeizante.

Para esto, para irrumpir al porvenir, hace falta una Revolución Nacional.

Agosto de 1982

